

Libro Dos
El Joven y Su Desesperación
(1909 – 1932)



Como un pastor joven, William Branham batallaba para entender su vida peculiar. ¿Por qué es que él era el único ministro en la ciudad que veía visiones? Cuando Dios lo llamó por primera vez a un evangelismo en el ámbito nacional en 1936, él se negó, únicamente para pagar caro su error al perder a su esposa e hija de tuberculosis. Las visiones continuaban. Los ministros le decían que estas visiones procedían de Satanás. La desesperación lo condujo finalmente a buscar a Dios en la soledad, donde él estuvo cara a cara con un ser sobrenatural. El ángel le dio una comisión de parte de Dios para que llevara un don de sanidad Divina a la gente del mundo. Cuando William Branham argumentó que la gente no creería un ángel realmente se había encontrado con él, el ángel le dijo que le serían dadas dos señales sobrenaturales para probar su llamamiento. Entonces ellos tendrían que creerle. *¡Y ellos le creyeron!*

SOBRENATURAL:
La Vida de William Branham

SOBRENATURAL: La Vida de William Branham

Libro 2



Libro Dos:
El Joven y Su Desesperación
(1933 – 1946)

por Owen Jorgensen

SOBRENATURAL: La Vida de William Branham

Esta biografía es distinta a cualquier otro libro que Ud. alguna vez ha leído antes. Desde luego allí está el drama natural. . .

Alrededor de él la casa crujió como llegando a su fin. El yeso caía del techo como lluvia y reventaba de las paredes como palomitas de maíz. Un fuerte *crac* resonó al caer la habitación. El piso se sacudió mientras la casa cambiaba de sitio, enviando a Bill a estrellarse contra la puerta de un armario. Otro *crac* sonó cerca detrás del primero, junto con el ruido de madera que se partía. La construcción estaba siendo desarraigada de su cimiento.

Corriendo por el pasillo, Bill se arrojó por la puerta principal, sin saber que el porche se acababa de separar completamente de la casa. Él cayó en agua helada

Pero el drama es tan sólo el comienzo. Luego llega lo sobrenatural— y nada es jamás igual otra vez

Libro Dos:

El Joven y Su Desesperación

(1933 – 1946)

**por
Owen Jorgensen**

Sobrenatural: La Vida de William Branham

**Libro Dos
(1933 – 1946)**

Derechos Reservados © 1994
Por Owen Jorgensen

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin primero haber obtenido el permiso por escrito del autor. Esto abarca todos los medios de duplicación, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado o cualquier otro almacenamiento de información y sistema de recuperación. El duplicar este libro sin permiso es una violación de las leyes internacionales de derechos de autor.

0501-004-CPEd1

Título original en inglés: *SUPERNATURAL: The Life Of William Branham. The Young Man And His Desperation.*

Este Segundo Volumen de *SOBRENATURAL: La Vida de William Branham* ha sido traducido al español con la debida autorización de su autor, Owen Jorgensen.

Publicado por:

Tabernáculo *Luz Al Atardecer*
Apartado Postal # 512
Cuautitlán Izcalli, Edo. De México. C.P. 54700
MÉXICO

En algún lugar del mundo, un adolescente sincero está buscando respuestas a preguntas tales como:

¿Realmente existe Dios? Si es así, ¿quién es Él? Y ¿dónde está Él? Y ¿acaso este Dios está interesado en mi vida?

Este libro está dedicado a ti, joven investigador.

Porque así estaba yo una vez.

Contenido

Dedicación.	v
Prólogo del Autor.	ix
Resumen del Libro Uno	xiii

LIBRO DOS:

EL JOVEN Y SU DESEPERACION

12. De Pie en el Aire	3
13. Vuelve a Aparecer la Estrella Misteriosa	15
14. Se le Muestra Su Futuro Tabernáculo.	28
15. Propuesta de Matrimonio con la Lengua Trabada.	36
16. Como un Murciélago Salido del Infierno.	45
17. Un Matrimonio Esperanzador	51
18. El Error Después de Mishawaka	58
19. Cae una Cortina Negra	71
20. La Inundación Desastrosa	81
21. Muere Hope	89
22. El Momento Más Inestable de Su Vida	99
23. Batallando de Vuelta	109
24. Piernas Zambas Enderezadas	119
25. El Milagro de M-i-i-i-lltown	133
26. Perdido en la Montaña Hurricane	145
27. El Toro Asesino	157
28. El Ángel y la Cueva	171
29. La Señal en Su Mano	185
30. Prisioneros Libertados	191
Explicación del Autor	201
Fuentes y Bibliografía	205
Índice	209
Información del Libro	213
Libros Disponibles en.	216

Prólogo del Autor

LA ADVERSIDAD PUEDE TENER UNA RAZON. El apóstol Pablo escribió, “...a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” Algunas ocasiones Dios nos permite pasar por pruebas severas para poder dirigirnos hacia Su mayor propósito. Así fue en la vida de William Branham; y así ha sido en la mía propia.

Yo oí por primera vez acerca de William Branham en 1970, cinco años después de su muerte. Me quedé asombrado por lo que oí. Esta no se parecía a la historia de un predicador ordinario. Más bien parecía como que Dios se había ocupado directa y abiertamente de los asuntos de los hombres. Intrigado, leí rápidamente dos biografías breves referentes a él— el libro de Gordon Lindsay de 1950, *William Branham, Un Hombre Enviado De Dios*; y el libro de Peary Green de 1969, *Los Hechos Del Profeta*. Ansioso de saber más, busqué todo lo que podía encontrar sobre este hombre extraordinario. Encontré una abundancia de información disponible, pero la mayoría de detalles concernientes a sus experiencias poco comunes se encuentran diseminados por todos sus sermones grabados en cinta. Se me ocurrió cuán inspirador sería si todas estas experiencias fueran reunidas y colocadas en orden cronológico. Allí es cuando por primera vez comencé a soñar en escribir una biografía mía.

Pero el escribir una biografía demasiado larga requiere compromiso y una madurez, la cual, a principios de mis veinte años, yo no tenía todavía. Así que en vez de una biografía detallada, en 1973 escribí un panfleto extenso referente a William Branham. Imprimiéndolo yo mismo, lo mandé a unos cuantos ministros y conocidos a quienes pensé que podrían estar interesados. La acogida de ellos me abrumó. Las personas comenzaron a pedir millares de copias. Pronto yo estaba recibiendo cartas de países por

todo el mundo solicitando más información sobre la vida y ministerio de William Branham. Carente de tiempo y recursos para responder a estas solicitudes, permití que varios grupos misioneros Cristianos se hicieran cargo de la impresión y envió por correo de este folleto. Por los siguientes 20 años, centenares de millares de copias fueron distribuidas en docenas de idiomas alrededor del mundo.

La demanda de este folleto hizo que me diera cuenta de la necesidad de una biografía extensa y detallada referente a William Branham. Pero la tarea de investigación y poner en correlación la montaña de información necesaria para escribir semejante biografía parecía fuera de mi alcance. Yo estaba trabajando tiempo completo en la hacienda de mi familia— un rancho de trigo que se extiende a más de 6,500 acres. También estaba laborando media jornada como un pastor de una iglesia pequeña; todo esto además de criar a mis cuatro hijos. ¿Cómo podría yo disponer de tiempo para escribir? Parecía imposible.

Pero si Dios desea que hagamos algo Él sabe cómo ponernos en posición para hacerlo. En Marzo de 1986, una serie de calamidades azotaron a mi familia. Primera, mi esposa tuvo una peligrosa operación de la espalda; segunda, yo resulté gravemente herido en un accidente de esquí; tercera, perdí mi trabajo de media jornada; y cuarta, a causa de un litigio de contrato con el gobierno, mi familia estaba en riesgo de perder toda nuestra hacienda. Parecían como demasiados ramalazos al mismo tiempo. Con mi vida en confusión, volví a examinar mis objetivos y oré tocante a mi futuro. ¿Qué estaba Dios tratando de decirme? El único pensamiento que se mantenía regresando a mí era mi sueño más remoto de escribir la historia de la vida de William Branham en detalle. Finalmente, con temor y temblor, me encomendé a la tarea.

Por la gracia de Dios, tanto mi esposa como yo recuperamos la salud. También, eventualmente resolvimos nuestro litigio con el gobierno sin perder la hacienda. A través de todo esto, mi compromiso de escribir la biografía de William Branham permaneció. Durante dos años dediqué doce horas a la semana documentándome para este proyecto. Leí periódicos y artículos de revistas referentes a él, estudié fotografías, y vi carretes de películas tomadas de los milagros que ocurrieron en sus campañas de sanidad. También viajé a algunos de los sitios donde sucedieron

fenómenos sobrenaturales en su vida y platicué con testigos oculares. Pero la mayor parte de mi tiempo fue dedicado a escuchar centenares de los sermones grabados en cinta. Cuando en realidad comencé a escribir en 1988, yo ya había clasificado más de un millar de páginas de notas.

Si algo prueba que la adversidad puede tener un propósito, es esta porción de la vida de William Branham. Las pruebas y tragedias que enfrentó entre 1933 y 1946 contribuyeron a moldear su carácter, haciéndolo dispuesto a hacer todo lo que Dios pedía. Y Dios tuvo el propósito de pedirle mucho. Años después William Branham dijo: “Carácter es una victoria, no un don.” Él hablaba de la experiencia. Ojalá que la historia de la victoria de William Branham le inspire a Ud. en la propia suya. Mi oración es que Ud. adquiera de este libro una conciencia del poder y la cercanía de Jesucristo hoy día y un nuevo sentido del amor de Dios e interés por todos Sus hijos.

— Owen Jorgensen, 1995

Resumen del Libro Uno

EN SU INFANCIA William Branham luchó para sobrevivir. Su padre, Charles, era analfabeta, manteniéndolo en trabajos mal remunerados lo cual apenas daba de comer a su creciente número de hijos. Para el colmo de males, Charles tenía un deseo ardiente de alcohol que eventualmente disminuyó su salud, impidiéndole trabajar en lo absoluto. En consecuencia, en una edad temprana la responsabilidad de proveedor de la familia recayó sobre Billy, el mayor de los diez niños Branham.

Billy Branham era un niño nervioso que no encajaba bien con sus semejantes. Cosas raras se mantenían ocurriéndole, cosas llenas de misterio y espirituales que lo ponían tenso y desconcertado. A menudo su madre, le relataba acerca de la luz extraña que se introdujo girando en su cabaña de la montaña en el momento que él nació— a las 5 de la mañana, del 6 de Abril de 1909. Tan fascinante como era esta historia, ella únicamente añadía confusión a Billy. ¿Por qué era su vida tan diferente a la de aquellos en su derredor? ¿Por qué una voz desde un torbellino en un árbol le dijo que nunca bebiera, o fumara, o deshonrara su cuerpo en ninguna forma, porque habría para él una obra cuando tuviera mayor edad? ¿Por qué un torbellino aparecía cada vez que él intentaba desobedecer ese mandato? Y ¿por qué aquella gitana adivina en el circo dijo que ella sabía que él nació bajo una señal por cuanto veía una luz siguiéndole?

A pesar de estos y otros indicios, Billy no dirigió su atención hacia Dios hasta aquel día en 1931, cuando él casi se moría después de una operación para removerle el apéndice. Mientras su corazón latía más y más lentamente, el cuarto del hospital se empañaba, luego desapareció. De pronto él estaba de pie en un sendero debajo de un enorme álamo. Era el mismo sitio de donde una voz desde un

torbellino lo había aterrorizado cuando él era un niño pequeño. Ahora él veía el mismo torbellino haciendo remolinos en las ramas; pero esta ocasión una voz desde el torbellino dijo: “*Nunca bebas, o fumes, o deshonres tu cuerpo en ninguna forma— Yo te llamé y tú no quisiste ir.*” Billy preguntó frenéticamente: “¿Quién gritó? ¿Quién es Ud.? Y ¿qué desea que yo haga?” La voz sólo repitió: “*Yo te llamé y tú no quisiste ir.*” Billy exclamó: “Jesús, si ese eres Tú, permíteme regresar de nuevo a la tierra y prometo que predicaré Tu Evangelio a los cuatro vientos y en las esquinas. Les contaré a todos al respecto.” De pronto él estaba de vuelta en su cuarto de hospital. Él sobrevivió milagrosamente.

Ahora él se puso en camino en serio a encontrar a Dios. Durante meses buscó a través de muchas iglesias denominacionales buscando salvación. Un día él se arrodilló para orar en el cobertizo detrás de la casa de sus padres. En desesperación de alma confesó tanto su pecado y su gran necesidad. De pronto una cruz de luz se formó en el aire enfrente de él y una voz le habló en un idioma que él no entendía. Lejos de tener miedo, se sintió tranquilo y libre, como si un peso de cien libras hubiese tan sólo sido levantado de sus hombros. Al fin él había encontrado su salvación en la cruz de Jesucristo.

Poco después de esta experiencia él conoció a una joven, Amelia Hope Brumbach, quien lo invitó a visitar la Iglesia Misionera Bautista en Jeffersonville. Bill empezó a acudir regularmente. El pastor, el Dr. Roy Davis fue impresionado por la sinceridad y el fervor de este joven. Después de observarlo por varios meses, el Dr. Davis sugirió que Bill debería entrar al ministerio. Bill no había olvidado la promesa que él había hecho a las puertas de la muerte— si únicamente él pudiera tener otra oportunidad en la vida, él predicaría el Evangelio de Cristo a los cuatro vientos y en las esquinas. Él se sentía jubiloso de tener esa oportunidad.

Libro Dos

El Joven y Su Desesperación

(1933–1946)



William Branham siendo un joven

Capítulo 12

De Pie en el Aire

1933

LA NUEVA FE de William Branham no era una actividad suplementaria para él; no algo adicional, como mantequilla y jalea para untar sobre su pan. Ella era su pan. Durante 24 años él había vagado sin objetivo alguno a través de su propia soledad espiritual, hambriento hasta el punto de inanición; en un sentido espiritual, comiendo corteza, hojas y pasto para mantenerse vivo. Y ahora, por primera vez en su vida, estaba comiendo alimento verdadero cargado de nutrición espiritual, alimentándose con Jesucristo, el Pan de Vida que descendió del cielo para darle vida eterna al hombre moribundo. Bill sentía su fuerza espiritual creciendo semana con semana. De pronto el mundo tenía más significado que tan sólo sudor y ampollas, rechazo y confusión. Ahora Billy tenía esperanza y amor y un propósito que eran sempiternos. Su fe en Jesucristo rápidamente se había convertido en el centro de su existencia; el eje alrededor del cual giraban todos sus pensamientos y actividades.

Billy escuchó predicar a su pastor que la razón que el Dios Todopoderoso plasmó Sus pensamientos en la Biblia era para que cada Cristiano pudiera conocer la voluntad de Dios para la propia vida de él o ella; todo lo que se requería era leer la Biblia y orar. Billy comprendía el sentido de esa declaración, y él leía su Biblia insaciablemente, deseoso de aumentar su conocimiento de la Palabra para que así pudiera ponerla en servicio diariamente. Para él la Biblia parecía como una casa llena de tesoros que de pronto había heredado. Él deseaba entrar en cada habitación, tirar hacia afuera de los cajones, abrir los armarios, y registrar los roperos para ver exactamente lo que él ahora poseía.

Él no había leído muchos libros desde que había terminado el primer grado de secundaria hacía diez años, así que su destreza en la

lectura era falta de práctica y lenta. Él seguía el significado general bastante bien, pero no podía pronunciar aquellos nombres difíciles del Antiguo Testamento, como Artajerjes, Nabocodonosor, Zorobabel, y Benaía; y a menudo batallaba con la rara sintaxis del Inglés de [la versión de la Biblia] *King James*, tan distante de su propio dialecto de Kentucky. Cuando predicó su primer sermón a comienzos de 1933, Bill no confió en su propia lengua para leer la Biblia en voz alta. Más bien él persuadió a Hope que se sentara en la plataforma detrás de él y leyera su texto en lugar de él cada vez que le hiciera una señal. Su tema fue la gracia y el cuidado de Dios en la tumultuosa vida de Sansón. Hope leyó el texto de Bill del libro de Jueces y Bill comenzó a explicar. Dentro de poco él deseó leer a la congregación lo que dijo Jesús en Juan 14. Él indicaba con una inclinación de la cabeza y ella comenzó, “*No se turbe vuestro corazón—*” Bill intervenía, “Uds. oyeron lo que dice; no se turben.” Él le indicaba de nuevo a Hope con una inclinación de cabeza y ella continuaba leyendo, “*creéis en Dios, creed también en mí—*” Una vez más Bill interrumpía, “¿creen en Él? ¿Realmente creen?” Y así continuó en sus primeros intentos torpes de predicar— torpe e inconexo, sí, pero compensado con una intensa sinceridad que lo hacía elocuente.

Escuchando en la audiencia, *Ella* Branham consideraba las palabras de su hijo cuidadosamente. El cambio dramático en la vida de Billy, así como su sanidad milagrosa, habían despertado algo espiritual profundo dentro de su propia alma. Ella respondió al encomendar su vida a Jesús en su 39 aniversario. Rebosando de felicidad, Bill bautizó a su madre en el Nombre del Señor Jesucristo.

Animado por la respuesta de su madre, Billy comenzó a instar a su padre a que asistiera a la iglesia. Charles Branham se negaba y a pesar de todos los esfuerzos de Bill, no podía ser movido en esa dirección. Eso preocupaba a Billy. Él no podía hacer vacilar su interés por el perdido, basado en aquella horrible experiencia durante su operación a la edad de 14 años, donde al parecer se había sumergido dentro de la región de las almas perdidas y a la deriva. Ahora Bill a menudo oraba, “Amado Dios, no permitas que mi padre vaya a un sitio como ese; por favor permítele ver Tu gracia y que acepte Tu perdón.”

Una noche después que la mayoría de su familia se había ido a dormir, Billy se acostó sobre un jergón en la habitación de enfrente,

orando por su padre que estaba allá en una taberna local, embriagándose. Mientras Billy oraba, tuvo una impresión, como si una voz estuviera diciendo, “*Levántate.*” Él se puso de pie y salió a la puerta, sin saber la razón, pero sintiendo como que estaba siendo atraído hacia algo.

Detrás de la casa, un sendero cruzaba varios solares baldíos cubiertos de retama, la cual es un pasto rojizo que crece a la altura de la rodilla común en aquella área. Billy siguió el camino por medio de la luz de las estrellas. Cuando llegó al centro del campo se puso de rodillas, inclinó su rostro, cruzó las manos, y continuó orando por su padre. De pronto abrió los ojos, y se sobresaltó al ver a un varón de pie a diez pies [3 metros] enfrente de él; un varón muy poco común— bajo y esbelto de figura, con el cabello cayéndole hasta los hombros, la barba bien recortada, y un manto blanco que sobresalía claramente bajo las estrellas. El varón estaba volteado de lado hacia Bill, mirando en dirección al oriente. Él era un personaje tranquilo, de pie con sus manos cruzadas y sus pies uno ligeramente delante del otro. Bill miró una segunda ocasión a aquellos pies. Increíblemente, ¡ellos no estaban tocando el suelo!

“Ahora vamos a ver,” pensó Bill, mientras se mordía su propio nudillo del dedo lo suficientemente fuerte hasta lastimarse. “No estoy dormido. No, yo estaba allá orando por papá y algo dijo que saliera aquí... y aquí está este varón.”

Todo eso parecía muy real; la misma brisa que tiraba del pasto alto hacía que el manto blanco de este varón se ondulara. Bill desprendió un popote de retama y lo introdujo en su boca como un palillo de dientes. Pensó, “Ese se parece al Señor Jesús. ¿Me preguntó si será?”

Saliéndose del camino, Bill se trasladó a fin poder ver un poco más el rostro de este varón. Él se aclaró la garganta, “Ejem.” El varón no se movió. Bill pensó, “Creo que lo llamaré.” Dijo en voz alta, “¿Jesús?”

El varón se dio media vuelta y extendió sus brazos.

Esa fue la última cosa que Billy recordó. Él perdió la conciencia y cayó de bruces, pero no sin que antes aquel rostro se grabara por siempre en su memoria— un rostro tan abundante en carácter que ningún artista en el mundo jamás podría pintarlo. Era un rostro firme con autoridad— Él parecía como que si Él hablara, el mundo llegaría a su fin— y sin embargo sus ojos irradiaban tal bondad y compasión

y amor.

Al despuntar el día Bill volvió en sí, todavía en el campo de retama, tiritando del aire frío de la noche y de lo húmedo de la camisa de su pijama, evidentemente empapada con sus propias lágrimas. Se fue andando a casa, vestido, entonces, reventando de entusiasmo, se dirigió directamente hacia la casa de su pastor para pedirle su opinión.

El Dr. Davis estuvo lejos de emocionarse con el incidente. “Billy, eso te volverá loco. Ese es el diablo. No pierdas el tiempo con cosas así.”

Esas eran palabras desalentadoras, procediendo de un hombre que Bill respetaba mucho. Él abandonó la casa pastoral espantado y confundido— y deseando una segunda opinión. Así que al próximo que Billy visitó fue a su viejo amigo, el Reverendo McKinney, relatándole a este ministro de edad todo lo que había sucedido. “Ahora, Hermano McKinney, ¿qué piensa Ud. al respecto?”

El Reverendo McKinney se frotaba la barbilla con aire pensativo. “Pues, Billy, te diré— yo creo que si mantienes tu vida limpia y tan sólo predicas lo que está aquí en la Biblia— la gracia de Dios y demás— creo que estarías mucho mejor. Yo no correría en pos de una cosa fantástica si yo fuera tú.”

“Señor, no es mi intención correr en pos de alguna cosa fantástica. Tan sólo estoy intentando descubrir lo que es.”

El Reverendo McKinney asentía con la cabeza. “Billy, años atrás se solían tener esas clases de experiencias en la iglesia. Pero cuando cesaron los apóstoles, esas cosas cesaron con ellos. Ahora la única cosa que tenemos que muestra ese tipo de fenómenos son los demonios y espiritistas.”

“Oh, Hermano McKinney, ¿dice eso en serio?”

“Sí, lo digo en serio.”

Billy se estremeció ante el pensamiento. “Oh, Dios, ¡ten misericordia de mí! Hermano McKinney, ¿desea Ud. unirse conmigo en oración para que Dios nunca permita que eso me vuelva a suceder? Ud. sabe que yo le amo a Él y no deseo estar mal en estas cosas.”

“Sí, lo haré, Hermano Billy.”

Los dos hombres se arrodillaron sobre el piso de la casa pastoral. El Reverendo McKinney oraba, “Padre Celestial, quiero que Tú impidas que estos incidentes demoníacos atormenten la vida de este

joven Cristiano.”

“Sí, Padre Celestial,” Billy asentía en oración, “por favor no permitas que estas cosas jamás me vuelvan a suceder.”

Pero ellas continuaban sucediendo exactamente igual— y con regularidad. Algunas veces él sentía una presión extraña apretujando su piel, como si algo (o alguien) invisible estuviera parado cerca y soplando sobre él. Su piel sentía hormigueo. Eso se sentía tétrico. En otras ocasiones él andaba por la calle, trabajando, y de pronto se encontraba a sí mismo en algún otro sitio por unos cuantos minutos, observando algo suceder tan claramente como si hubiera estado sentado en primera fila mirando una obra de teatro. Luego él estaba de vuelta a donde había comenzado, el éxtasis había terminado, la vida continuaba como si nada hubiese acontecido jamás. Pero la imagen permanecía en su mente. Él había estado allí. Él había visto algo y no podía olvidarlo o hacer caso omiso de eso, incluso si él no sabía lo que eso significaba.

Él pensaba de nuevo en las palabras de su pastor: “Si quieres conocer la voluntad de Dios para tu propia vida, entonces lee la Biblia y ora.” Billy encontró un sitio debajo de un viejo roble y oró tocante a este problema hasta muy avanzada la noche. En algún momento después de la media noche se sacudió el polvo y se fue andando a casa. Su madre lo oyó entrar y lo llamó, contándole que su hermana estaba enferma. Bill se detuvo junto a la habitación donde Delores estaba durmiendo, se arrodilló y oró por su hermana de tres años de edad, luego subió las escaleras hacia su propia habitación. Tan pronto como cerró la puerta, escuchó el sonido de un chasquido parecido al de la proyección de chispas de dos cables eléctricos desnudos. ¿Podría haber un corto circuito en la habitación? Sus ojos estaban echando un vistazo a los enchufes de la pared cuando la habitación se llenó con una extraña luz verde amarillenta. Un instante después la habitación desapareció completamente.

Bill parecía estar de pie en el aire. El terror ejerció presión en los músculos de su corazón. ¿Qué estaba aconteciendo? ¿Se estaba muriendo? O ¿ya estaba muerto? Aquella luz, la cual seguía brillando en todo su derredor, se filtraba de una fuente en algún lugar de arriba. Él alzó la vista y se quedó boquiabierto, con los ojos muy abiertos, mientras una enorme estrella resplandeciente venía girando en dirección a él. El corazón de Billy retumbaba como un

timbal. Su pecho se tensó y él no podía respirar. Trató de gritar, pero no pudo expulsar ningún viento de sus pulmones. Por extraño que parezca, la bola ardiente, se reducía a medida que se acercaba hasta que no se miró más grande que su puño. Ella pegó en el pecho de él sin ninguna fuerza aparente, enterrándose en su corazón.

Al llegar a ese punto la escena cambió. Billy se halló parado sobre una loma cubierta de hierba. En el suelo enfrente de él se hallaba un recipiente anticuado para dulces de cristal, del tipo con base cuadrada y tapadera redonda. Pero en vez de contener caramelos de menta, este recipiente contenía cautiva a una gran palomilla del tabaco golpeando frenéticamente contra el cristal, tratando de ponerse en libertad. Procurando echar un vistazo al paisaje, Billy se volteó hacia su derecha. Allí estaba un ángel, severo e impresionante, vestido de un manto blanco que parecía irradiar una luz propia. Billy entrecerró los ojos mientras intentaba ver el rostro del ángel; pero no podía distinguirlo. Las facciones del ángel parecían ser una apariencia confusa de luz.

El ángel dijo: “*Ten cuidado. Ve lo que tengo que mostrarte,*” y él señaló en dirección al recipiente.

Billy miró hacia atrás al recipiente justo a tiempo para ver que un brazo arrojaba una piedra la cual golpeó el recipiente, haciendo añicos la prisión de la palomilla. La voluminosa palomilla del tabaco intentó emprender el vuelo, pero no podía despegar del suelo; su cuerpo era demasiado pesado para sus cortas y delgadas alas. La palomilla abrió su boca y un enjambre de moscas salieron a raudales, llenado el aire con su enfadoso zumbido. Las moscas se dispersaron en todas direcciones. Una de ellas voló hacia la oreja de Billy. Billy se echó para atrás.

El ángel dijo: “*Ten cuidado. Las moscas representan espíritus malignos, tales como espíritus de adivinación y de leer la palma de la mano. Ten cuidado.*”

Billy no supo cómo regresó a casa. En un segundo él estaba parado sobre un montecillo cubierto de hierba y en el siguiente segundo él estaba de vuelta en la oscuridad de su propia habitación. Ni siquiera había parpadeado en el lapso. ¿Dónde había estado? ¿Cómo llegó allá y cómo había llegado a casa? La experiencia lo había dejado tembloroso, así que se deslizó hacia la cama. Pero no concilió el sueño esa noche. Se mantenía dándole vueltas una y otra vez en su mente a la advertencia del ángel, preguntándose lo que podría

significar.

Al día siguiente Bill fue extremadamente cuidadoso en el trabajo, incluso asustadizo. Se mantenía esperando que algo drástico aconteciera. Durante su receso de almuerzo de medio día se detuvo en la tienda de abarrotes donde trabajaban tanto George DeArk como su hermano Ed. Bill estaba en la trastienda relatándole a George la visión cuando una mujer entró por la puerta principal. Una presión peculiar pasó rozándole a Bill, la misma clase de sensación que había experimentado cuando había tomado aquel autobús *Greyhound* la ocasión que fue abordado por una astróloga. Él se lo mencionó a su amigo. “George, hay algo raro con respecto a esa señora.”

Deteniéndose en la caja registradora, la mujer le dijo a Ed DeArk, “Estoy buscando a un hombre con el nombre de William Branham. Se me ha dicho que es un hombre de Dios.”

“Pues, anda de suerte. Él está en la tienda.” Ed gritó a la trastienda, “Bill. Hay alguien aquí que desea verte.”

Cuando Billy se acercó, la mujer le preguntó: “¿Es Ud. William Branham, el profeta de Dios?”

“Yo soy William Branham.”

“¿Es Ud. aquel que efectuó aquel milagro en el Sr. William Merrill en el hospital y sanó también a la Sra. Mary Der Ohanion después que ella había estado lisiada durante 17 años?”

Billy meneó la cabeza. “Señora, le han informado mal. Yo soy William Branham y yo estaba allí cuando ambas cosas sucedieron, pero yo no les sané. Jesucristo efectuó esos milagros.”

Eso la satisfizo. “He perdido unos bienes raíces y deseo que Ud. me los localice.”

Billy no entendía a lo que ella se refería con esa declaración, pero sí sabía que esta situación era en contra de la cual se le había estado advirtiendo en la visión de la noche anterior. Él dijo: “Señora, Ud. ha llegado a la persona errónea; Ud. debe haber estado buscando a un agorero o a un médium.”

Ella pareció sorprendida, “¿No es Ud. un médium?”

“No lo soy. Los médium son de diablo. Yo soy un cristiano, y tengo el Espíritu de Dios.”

La mirada de ella se tornó glacial. De pronto Bill se dio cuenta que ella misma era una médium. Le dijo, “Anoche en una visión el Señor envió a un ángel para advertirme de la llegada de Ud. y a decirme

que tuviera cuidado. Esta obra en la que Ud. está es del diablo y contrista al Espíritu de Dios.”

La mujer se llevó las manos al corazón. “Yo—yo necesito algún medicamento.”

“Señora, deje de hacer estas cosas y su corazón estará bien.”

Ella giró sobre sus talones y salió de la tienda pisoteando en un arranque de furia. Todavía a la vista, se detuvo y otra vez se agarró el corazón. Con un grito agudo, se desplomó hacia la acera. Para cuando Ed y Bill llegaron, ella ya estaba muerta.

Otros mensajes también vinieron por medio de visión, aunque no siempre tan claramente definidos. En una, Bill se halló dando brincos por un camino tocado por los rayos de la tarde. Él se sentía tan despreocupado y feliz—de la manera que se había sentido aquel día que por primera vez había entregado su corazón al Señor Jesucristo— y en la visión él estaba saltando y entrenándose con un adversario imaginario como en el boxeo para expresar su gozo. De pronto una gran sombra negra corría hacia él, como si fuera un perro yendo a morderlo. Asustado, Bill le dio un puntapié y gritó, “¡Fuera, perro!”

La figura sombreada se levantó. Para sorpresa de Bill él vio que no era un perro en lo absoluto, sino un hombre alto vestido de negro. El hombre refunfuñó, “Tú me llamaste un perro.”

“Lo siento, señor,” Bill se disculpó. “Pensé que Ud. era un perro porque Ud. estaba en el suelo sobre sus manos y rodillas.”

El hombre gruñó, “Me llamaste un perro, ¿verdad? Voy a matarte por eso.” El hombre extrajo de su cinturón una hoja de sable y llegó a Bill con pasos lentos y resueltos, sus ojos determinados a asesinar.

“Por favor, señor,” imploraba Bill, mientras se alejaba retrocediendo, “por favor, entiéndame. Yo no sabía que Ud. era un hombre. Realmente pensé que era un perro.”

El hombre enloquecido nunca vaciló, con cada paso se parecía más a un demonio. “Te enseñaré a llamarme perro. Te mataré.”

De pronto la espalda de Bill se topó con una alcantarilla. Él estaba atrapado. “Señor, no tengo miedo de morir, porque tengo a Jesús en mi corazón. Únicamente quiero que Ud. entienda que le llamé perro por equivocación.”

La figura oscura tan sólo refunfuñaba despreocupadamente, “Te mataré.” Él levantó alto la hoja curva, estando suspendida para asestar.

Billy exclamó. En ese momento, escuchó un ruido de lo alto, haciendo que alzara la vista. De los cielos se abalanzó un varón vestido con una túnica blanca. Plantando sus pies firmemente junto al costado derecho de Bill y se enfrentó al atacante de Bill con una mirada fija severa e impávida. El agresor retrocedió; su cuchilla, la cual estaba todavía suspendida alto en el aire, tembló, luego la soltó de sus dedos. Dando una vuelta, la figura oscura corrió tan rápido como podía ir.

El varón vestido de blanco se volteó hacia Bill y sonrió— al fin Bill echó una sonrisa. Bill se esforzaba tan arduamente como antes para ver aquel rostro claramente, pero los rasgos del ángel estaban desdibujados e irreconocibles. Envolviéndose en su manto blanco, el varón voló de vuelta hacia los cielos. La visión terminó.

¿Qué podría significar eso? Bill no estaba seguro, pero hasta que algo más específico indicara, él lo tomó que significaba que Dios enviaría un ángel para protegerlo de toda trampa que el diablo le tendiera.

WILLIAM BRANHAM tomó con seriedad su nuevo ministerio. Fiel a su promesa solemne, él predicaba el Evangelio en toda oportunidad, compartiendo su fe en el amor y la bondad de Jesús con antiguos amigos, amistades casuales, y absolutamente extraños. Una de las primeras personas que guió al Señor fue el Sr. Short, el alguacil suplente que había envenenado a *Fritz* el perro de cacería de Billy. Muchos otros siguieron. Bill estaba testificando constantemente acerca de Jesús. Ni tenía miedo de hablar en voz alta en escenarios poco convencionales, como paradas de autobús, talleres mecánicos, esquinas de las calles, y parques de la ciudad—dondequiera que podía encontrar un grupo de personas que se detuvieran el tiempo suficiente para escuchar. Como consecuencia, su fe estaba siendo desafiada constantemente.

Un Sábado Bill estaba predicando en un parque a un pequeño grupo de personas cuando un hombre que vivía junto al parque pasaba llevando una bolsa de comestibles en sus brazos. Bill lo conocía. En una ocasión este hombre había estudiado para ser un sacerdote Católico Romano, pero se había amargado de la religión en general y ahora era un inconverso declarado. El individuo se detuvo a escuchar por un momento, chupando incesantemente de

una toma de tabaco para mascar atracada dentro de su cachete. Finalmente dijo, “Predicador, tú te mantienes hablando de la Biblia como si fuera algo bueno. Esa Biblia es el libro más terco que jamás ha sido escrito. Es tan engañosa que ni siquiera se debería permitir que se publicara entre la literatura pública.”

Bill dijo, “Pues, este es un país libre. Ud. tiene derecho de opinar.”

El ex-sacerdote escupió una pasta líquida aguada color café de tabaco, apenas fallando los pies de Bill. “Predicador, ¿realmente crees que existe un Dios?”

“Sí, señor, lo creo.”

“¿Crees que este individuo Jesús era un Dios humano?”

“Sí, señor. Creo que Jesucristo era humano y también que Él era Dios.”

“¿Crees que Él resucitó de los muertos en aquel cuerpo humano?”

“Sí, señor, lo creo.”

El hombre tomó otra pulgarada de tabaco y se la atracó en el cachete. “Si yo pudiera probarte que no existe tal cosa como un Dios humano, ¿lo aceptarías?”

“Sí, señor. Lo aceptaría.”

Los labios del hombre se torcieron en una risa burlona maliciosa. “De acuerdo, predicador, dime— ¿cuántos sentidos hay en el cuerpo humano?”

“Vamos. Ud. sabe cuántos hay.”

“Sí, pero quiero que tú los menciones.”

Billy despachó, “La vista, el gusto, el olfato, el tacto y el oído.”

“De acuerdo, si Jesús era un Dios humano, como dices que Él era, entonces uno de estos cinco sentidos debería declararlo. ¿No es verdad eso?”

El grupo alrededor de él estaba escuchando con profunda atención. Bill contestó con cautela. “Parece bastante razonable. ¿Por qué?”

“¿Alguna vez has visto a tu Dios?”

“Pues, sí. Una noche no hace mucho tiempo yo—”

“Entonces permíteme verlo,” interrumpió el hombre. “No estoy hablando tocante a la fe. Mi sentido de la vista es exactamente igual como el tuyo.”

Bill dijo, “Yo lo vi a Él por medio de visión.”

“Entonces permíteme ver la visión.”

“No puedo. Únicamente Dios puede mostrar—”

“La verdad es que nunca te pusiste en contacto con Él con ninguno

de tus cinco sentidos.”

“Yo lo siento a Él.”

“Bueno, si lo sientes a Él, permíteme sentirlo. Mi sentido del tacto es tan bueno como el tuyo. Trae a Jesús aquí de modo que yo pueda sentirlo, entonces creeré en Él.”

Nervioso, Bill dijo, “Yo lo siento a Él en mi corazón.”

El hombre contraatacó, “Entonces permíteme sentirlo a Él en mi corazón.”

“Si Ud. creyera—”

“Ahora, no tu psicología. Yo deseo saber verdad.” El hombre escupió otro porrazo de tabaco en los pies de Billy.

Bill dijo: “Por favor no escupa sobre mi pie, señor.”

El ex-sacerdote se jactaba. “Bueno, predicador, estás todo paralizado, ¿verdad? Tú nunca lo has visto a Él, lo has sentido a Él, lo has gustado a Él, lo has olido a Él, o lo has oído a Él. Por lo tanto, si los cinco sentidos no lo declaran, entonces no existe tal cosa como Dios y tú deberías de dejar de engañar a estas personas con tu necedad.”

El hombre tenía un argumento sólido. Billy estaba orando en su corazón por sabiduría. “Señor, creo que Ud. tiene algunos buenos argumentos.”

El hombre sonreía con afectación. “Estás comenzando a volver en sí, ¿verdad que sí?”

“Tal vez lo estoy,” dijo Bill. “Ud. es realmente un hombre listo. Tiene una buena mente.”

El individuo escupió otra vez y se rió entre dientes, “Claro, tengo una buena mente. Mi madre nunca crió ningunos tontos.”

“Un momentito. ¿Dijo Ud. que tenía una mente?”

“Pues, claro, tengo una mente. ¿No la tienen todos?”

“¿Ella es una mente humana?” preguntó Billy.

El hombre miró desconcertado. “¿Qué te pasa, hijo? Tú debes haber perdido la tuya. Desde luego que es una mente humana.”

Billy dijo: “Entonces si es una mente humana, uno de los sentidos humanos debería declararla. ¿No es verdad?”

“Pues, me supongo—”

“¿Alguna vez ha visto su mente?”

Ahora le tocaba al inconverso ponerse nervioso. “Pues— ah— los doctores pudieran—”

“No el cerebro, ahora,” interrumpió Billy, “la mente. Existe una

diferencia entre el cerebro y la mente. El cerebro es la parte que uno ve si uno mirara debajo del cráneo; la mente son los pensamientos que el cerebro piensa. Y Ud. nunca ha visto su mente, ¿verdad?”

“No, me supongo que no la he visto.”

“¿Alguna vez ha olido su mente? ¿o la ha palpado? ¿o gustado? ¿o escuchado? No, nunca lo ha hecho, ¿verdad? Así que de acuerdo a su razonamiento, Ud. no tiene ninguna mente.”

“Yo sé que tengo una mente,” dijo el hombre con enojo.

“Y yo sé que tengo a Dios también,” dijo Bill, satisfecho que él se había salido bien con la suya. Entonces pensó en un final ingenioso. Parado en el grupo de espectadores estaba un jovencito que tenía una rosa prendida con alfileres al faldón de su saco. Bill pidió prestado el alfiler y dijo, “¿Ahora ve Ud. mi argumento? –y le picó al ex-sacerdote en su brazo.

“¡Oye!”

“¿Sintió Ud. eso?” preguntó Billy.

“Por supuesto,” dijo bruscamente, sobándose el brazo y frunciendo el entrecejo.

Billy se rió entre dientes. “Qué raro. Yo no sentí nada.”

Las personas en derredor de él se rieron también.

“Permíteme picarte con el alfiler y entonces lo sentirás muy bien.”

Ahora Billy tenía a su antagonista exactamente donde él lo quería. “Ese es mi argumento exactamente. Si Ud. aceptara al mismo Cristo que yo acepté, entonces Ud. lo sentirá de igual manera que yo lo siento.”

El inconverso se alejó pisoteando, enojado y poco convencido. Billy no estaba sorprendido. Aunque él únicamente tenía unos cuantos meses de ser un Cristiano, le había atestiguado a suficiente gente para darse cuenta que no podía cambiar el modo de pensar de una persona con un buen argumento. La fe era una revelación que procedía de Dios.

Capítulo 13

Vuelve a Aparecer la Estrella Misteriosa

1933

WILLIAM BRANHAM predicó en la Iglesia Misionera Bautista escasos tres meses cuando él y el Dr. Davis tuvieron un desacuerdo. El Dr. Davis deseaba que Bill ordenara a varias mujeres como predicadoras en la asamblea local. Bill se negó rotundamente.

“¿Qué es esto?” El Dr. Davis se enfureció, indignado ante el valor de su subordinado. “Tú eres un anciano en esta congregación,” le recordó el pastor. “Es tu deber apoyar los reglamentos de esta iglesia.”

“Dr. Davis, con todo el debido respeto a la fe Bautista, y todo a lo cual he sido ordenado, yo no sabía que era doctrina de la iglesia ordenar mujeres.”

“No obstante, esa es la doctrina de esta iglesia.”

“Billy preguntó: “Señor, ¿podría yo estar dispensado, tan sólo por esta noche?”

“No. Es tu deber estar allí.”

En un sentido Bill sentía que el Dr. Davis tenía razón: Como un anciano, él debería respaldar todo lo que hacía la iglesia local. Billy tenía este sentido de desánimo de estar atrapado dentro de algo que su convicción le decía que estaba errado.

“¿Podría Ud. al menos contestarme algunas preguntas?”

“Eso es lo que haré.”

“¿Podría Ud. explicar la razón que Pablo dijo en I de Corintios 14, ‘Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar’?”

“Naturalmente.” El porte del Doctor aumentó con confianza jactanciosa. “En aquellos días todas las mujeres estaban sentadas atrás en las esquinas, chismorreando y vociferando, y Pablo dijo,

‘No les permitan hacer eso.’ ¿Ves?”

Para Billy esa explicación no se alineaba con otra Escritura que él había leído. “Entonces explíqueme I de Timoteo 2...” –Billy dio vuelta a las páginas de la Biblia hasta que encontró el pasaje– donde Pablo dijo, ‘*Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.*’ Ahora, Dr. Davis, yo no digo que ella quiera hacer algo malo; pero ella es en verdad engañada en eso. Por lo tanto Dios no desea que ella sea una predicadora.”

El Dr. Davis frunció el entrecejo. “¿Esa es tu opinión personal?”

“Esa es la opinión de la Escritura, en mi modo de verla.”

“Joven, por eso se te podría retirar tu licencia por la iglesia Bautista.”

Billy se sacó la cartera de su bolsillo trasero. “Tan sólo les ahorraré la molestia, porque puedo ver que ella va a ser una carga para mí.”

“No, no, Hermano Billy, no vayamos demasiado apresurados en cuanto a todo esto.”

Sobre esa débil nota de reconciliación, terminó la disputa. Siendo que ninguno se volvería atrás de su posición ambos acordaron que Bill debería seguir su propio rumbo y comenzar su propia obra para el Señor. Un firme apretón de manos cimentó la decisión de ellos, y los dos hombres se separaron como amigos.

Rebosando de sueños y entusiasmo, Billy rentó el antiguo Salón Masónico en Jeffersonville y comenzó a celebrar servicios los Domingos. En el primer Domingo tan sólo un puñado de personas se reunieron a escucharlo predicar, pero desde allí su congregación se incrementaba con una o dos almas cada semana. Billy compartía su fe constantemente, testificándoles a nuevos rostros que él conocía en su trabajo, y a antiguos rostros que él había conocido toda su vida. Por cuanto invitaba a tanta gente a la iglesia, siempre había personas nuevas llegando en pequeños grupos a sus servicios Dominicales. De entre estos visitantes, unos cuantos aceptaban a Cristo como su Salvador y comenzaban a acudir regularmente a las reuniones de Bill. Poco a poco creció su congregación.

Cada nuevo convertido imponía mayor demanda en su tiempo,

pero a Billy no le preocupaba eso. En realidad, a él le agradaba. Después de tantos años de rechazamiento, por fin había encontrado amor y aceptación– tanto de Jesucristo como de este grupito de personas que lo miraban como su pastor. Finalmente él había encontrado su buena colocación en la vida, su propósito de estar vivo; y él tuvo la intención de entregarse a la causa de Cristo de todo corazón.

En Junio de 1933, Billy rentó una gran carpa de circo instalada en un solar baldío en Jeffersonville, planeando celebrar un avivamiento de dos semanas. El Domingo anterior a que comenzaran sus reuniones de avivamiento, mientras él se estaba preparando para la escuela Dominical en el Salón Masónico, cayó dentro de un éxtasis distinto a cualquier otra cosa que él hubiera experimentado previamente. Él podía ver al mundo tenderse como un mantel enfrente de él, y parecía como que de algún modo él estaba relacionado con el transcurrir del tiempo. Él veía soldados con piel color aceitunado marchando al unísono, bayonetas destellando en la punta de sus rifles de acción de cerrojo; luego vio a estos soldados atacando a un grupo de gente de piel negra, quienes rechazaban con lanzas, bieldos, y guadañas.

Una voz habló de detrás y a la diestra de Bill, de entre su línea de vista. Era la misma voz que le había hablado de entre aquel álamo cuando él tenía siete años de edad; una voz grave y resonante diciendo: “*Benito Mussolini invadirá Etiopía. El país más pobre caerá a su paso. Entonces Italia intentará invadir a otras naciones pero fracasará, y Mussolini mismo llegará a un final vergonzoso.*”

La escena cambió. Bill vio un ejército de hombres vestidos de uniformes verde pardo luchando contra soldados vestidos de gris. Bill podía ver tanques del ejército y explosiones y una vasta red de búnkeres de concreto, cañones, nidos de ametralladoras y alambre de púas. La voz detrás de él explicó, “*De Alemania, el joven austriaco, Adolfo Hitler, arrastrará al mundo hacia la guerra. Norteamérica también entrará a la guerra, y en el proceso Franklin Roosevelt será elegido como Presidente para a un cuarto período. Alemania se fortificará detrás de un extenso muro de concreto, y los Estados Unidos de América pagarán un tremendo precio en vidas para romper este muro. Pero Alemania será derrotada y Hitler llegará a un fin misterioso.*”

La escena cambió de nuevo. Él vio a Europa extenderse como un

mapa delante de él, y vio las fronteras nacionales modificándose y volviéndose a formar dentro de nuevas secciones políticas. La voz dijo: *“Existen tres ideologías políticas luchando por el dominio hoy en día: el Fascismo, el Nazismo, y el Comunismo. Los primeros dos se reducirán a nada, pero el Comunismo florecerá. Pon cuidado en Rusia, el Rey del Norte.”*

Por cuarta ocasión la escena cambió. La guerra en Europa se volvió de color azul y se decoloró de vuelta dentro de la historia. En su lugar Bill atestiguó tremendos avances en la tecnología extendiéndose por el globo. Entre otras maravillas, él vio automóviles con curvas aerodinámicas parecidas a un huevo, circulando por una complicada superestructura carretera. Un automóvil en particular lo asombró más que el resto. Él tenía un toldo de vidrio a manera de globo y sin volante. Mientras el automóvil se guiaba por sí solo electrónicamente por la “carretera”, la familia en el interior se estaba concentrando en un juego de pasatiempo. La voz no hizo ningún comentario, y la escena cambió por quinta ocasión.

Ahora Bill veía mujeres con cabello largo y usando vestidos largos, marchando con pancartas, demandando el derecho a votar. Cuando fue concedido ese derecho, él las vio elegir a un hombre joven como Presidente de los Estados Unidos. Luego Bill vio a las mujeres cortarse su cabello. Algunas de las mujeres se pusieron pantalones, mientras las otras acortaron sus faldas e hicieron sus blusas más reducidas al grado que sus ropas eran como del tamaño y forma de hojas de higuera.

Por sexta ocasión la visión se modificó. Bill observaba mientras allí se levantó en los Estados Unidos una mujer hermosa, vestida elegantemente. Pero a pesar de su hermoso semblante, allí parecía haber una dureza en cuanto a ella que desafiaba la descripción. Gran poder le fue entregado y ella dominó la tierra con su autoridad.

La voz a la diestra de Bill instó, *“Mira una vez más.”* Se volteó ligeramente para ver un séptimo y final espectáculo— los Estados Unidos se extendieron delante de él en ruinas caóticas. Cráteres llenaban de hoyitos el suelo, y hogueras humeantes de escombros ennegrecían el aire. Tan lejos como Bill podía ver, la tierra estaba vacía de seres humanos. Entonces la visión se desvaneció.

Bill se quedó por un largo rato, paralizado y aturdido. Cuando pudo hacer que sus dedos accionaran otra vez, levantó una pluma y

comenzó a garabatear las siete visiones, examinando su significado mientras escribía.

“Mussolini atacará Etiopía...” Ese sería un giro inesperado de los eventos mundiales. Bill sabía algo de Mussolini, un hombre a menudo en las noticias. Mussolini había sido el dictador totalitario de Italia desde 1922 y era ampliamente considerado como el salvador nacional de Italia. Él había traído el orden de entre el caos a un país empobrecido por la Guerra Mundial, estabilizando la economía de Italia y restaurando su dignidad. Sus reformas sociales habían sido llevadas a cabo sin perder el respaldo ni de los industriales o terratenientes. Las figuras públicas por toda Europa y los Estados Unidos aclamaban a Mussolini, algunas ocasiones comparándolo con Cesar, con Napoleón, y con Cromwell, por causa de su gran éxito en la transformación y la forma de gobernar a su país. ¿Por qué Mussolini arriesgaría su buen nombre para invadir a una nación tan atrasada como Etiopía?

En lo que a Adolfo Hitler se refiere, apenas en el pasado Enero, el Presidente Paul von Hindenburg de Alemania lo había designado Canciller, trayendo al Partido Nazi de Hitler al primer plano de la política Alemana. Pero ¿cómo es que él arrastraría a las naciones Europeas hacia una guerra otra vez, después que la última guerra había sido tan destructiva y desmoralizadora? Nadie en el mundo deseaba otra guerra. Sin embargo las visiones seguían sin estar equivocadas.

Bill no entendía los poderes políticos mundiales; pero sí leía los periódicos, y así que estaba al tanto de que el Fascismo de Mussolini estaba adquiriendo respaldo en Asia y América Latina. El Fascismo rechazaba la idea de la libertad individual, creyendo más bien que el estado debía regular toda la vida nacional; y sosteniendo la idea que el estado debería ser dirigido por medio de una personalidad dinámica, que mandara con autoridad suprema. Bill casi no sabía nada del Nazismo de Hitler, el cual no había estado mucho en las noticias hasta recientemente. Él sabía algo del comunismo de Rusia, con su falso servicio a los derechos de los trabajadores y su estrangulador gobierno central dirigido estrictamente por la elite del Partido Comunista. De todas las fuerzas luchando en Europa en este tiempo, el Comunismo parecía el menos probable para dominar. Pero entonces otra vez, las visiones nunca antes habían estado erradas.

¡Y aquellos automóviles que él vio! Tan elegantes y de línea aerodinámica. Cuán inmensamente diferentes se miraban de los automóviles a manera de caja recorriendo los caminos en 1933. ¡Qué maravillas debían estar por delante, si la ciencia y la tecnología podían inventar máquinas tan magníficas! Pero esos logros serían contrarrestados por la corrupción de los valores en el mundo, ejemplificados en la visión por la decadencia moral de las mujeres. Y ¿qué de aquella belleza insensible que algún día dominaría los Estados Unidos de Norteamérica? ¿Sería ella en verdad una mujer, o ella representaba un poder? Tal vez un movimiento político de las mujeres, o un movimiento espiritual. Bill escribió entre paréntesis, “Tal vez la iglesia Católica.” Y finalmente, allí ocurrió aquella destrucción espantosa. Parecía como que los días de los Estados Unidos de América estaban contados.

Bill leyó su profecía a la congregación, comentando a cada paso. Cuando llegó al punto de detallar cómo es que los tres “ismos” de Europa serían absorbidos por el Comunismo, él hizo que la gente se pusiera de pie y dijera repetidamente, “Vigile a Rusia. Vigile al Rey del Norte.” Después de describir la séptima y final visión, él añadió una opinión personal. “Ahora, pueblo, el Señor no me dijo esta parte; esto es de mí mismo. Pero juzgando por cuán rápido todo se está moviendo en el mundo, yo predigo que todo esto ocurrirá alrededor del año de 1977.”

Inspirado por estas visiones, Bill predicó con gran aflicción en aquella primera noche de sus reuniones de avivamiento en la carpa rentada. Aún cuando seguía necesitando a Hope para que le leyera su texto Bíblico en voz alta, eso no disminuyó su sermón mientras él desafiaba enérgicamente a la multitud a aceptar la gracia salvadora de Jesucristo. La noche siguiente, y cada noche sucesiva, la carpa se llenaba un poco más con gente al grado, que antes del culto del Domingo por la mañana dos semanas después, Billy Branham le estaba predicando a más de 1,000 almas. Él preguntó a cuántos les gustaría ser bautizados en el Nombre del Señor Jesucristo, y más de 200 se presentaron. Él despidió el culto rumbo al Río Ohio.

Era el 11 de Junio de 1933. Antes de las 2 en punto por la tarde bien se habían reunido más de 1,000 personas en las riberas del Río Ohio al pie de la Calle Spring para ver estos bautismos. La tierra estaba caliente bajo un cielo despejado. Ni siquiera la brisa más ligera se movía para refrescar a la multitud mientras cantaban,

“Yo me paro en las riberas tormentosas del Jordán, y le echo una mirada deseosa, a la tierra hermosa y feliz de Canaán, donde se encuentran mis posesiones. Voy rumbo a la tierra prometida...”

Cuando Billy llegó a la ribera, él vio una mujer joven que él conocía llamada Margie, sentada en un bote de remos cerca del sitio donde era necesario efectuar los bautismos. Margie estaba muy ligeramente vestida con un traje de baño. Sintiendo que el traje de baño de Margie era indecente e inapropiado, Billy le pidió cortésmente si ella podía salirse del agua.

Ella respondió indignadamente, “No tengo qué salirme.”

“Así es, Margie, no tienes qué hacerlo. Pero si yo fuera tú, yo tendría suficiente respeto por el Evangelio para salirme de donde estoy bautizando.”

“No me hables respecto a respetar el Evangelio. Yo soy una maestra de escuela dominical. Pero no creo en el bautizarse, y no tengo qué salirme.”

Margie se reía disimuladamente mientras Billy volvía el rostro.

Billy se metió en el río junto con el primer candidato para el bautismo. Los dos se pararon con el agua hasta la cintura mientras la corriente se movía lentamente alrededor de ellos. La superficie del río estaba tan en calma que parecía como vidrio fundido bajo el sol descubierto. Ondas de calor desdibujaban los árboles en la orilla opuesta.

Bill preguntó, “¿Crees que te has encontrado con Jesucristo en este avivamiento?”

El hombre respondió, “Sí.”

“¿Te has arrepentido de tus pecados?”

“Sí.”

“¿Crees que Jesucristo te ha perdonado y que ahora eres salvo de tus pecados?”

“Sí.”

“Entonces vamos a orar.” Juntos inclinaron sus rostros. Bill oraba, “Padre Celestial, estamos aquí por cuanto Tú nos has ordenado a ir a todas las naciones a hacer discípulos de entre ellas, bautizándolos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.” Entonces Bill alzó su rostro, se volvió hacia el candidato, y dijo: “Sobre la confesión de tu pecado yo te bautizo, mi amado hermano, en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo.” El candidato se tapó la nariz con los dedos mientras Bill lo sumergía hacia atrás en las

turbias aguas.

Mientras la primera persona bautizada avanzaba con dificultad hacia la orilla y el segundo candidato se metía en el agua, Bill exhortaba a la multitud, “¿Por qué nos dijo Jesús que fuésemos bautizados? Pues, por una cosa, es simbólico de la muerte; muerte para el mundo— el viejo hombre yendo hacia la tumba, por así decirlo, a fin de que él pueda aparecer y vivir una vida nueva en Jesucristo. Pero recuerden, el bautismo no les cambia; es únicamente la muestra exterior de una obra interior. El creyente le está atestiguando al mundo que Jesucristo ya lo ha cambiado en el interior.”

Uno por uno, Bill bautizaba a los candidatos de manera similar. La persona decimoséptima en entrar al agua del río era Edward Colvin, un muchacho no demasiado más joven que Bill mismo. Mientras los dos se paraban con la corriente hasta la cintura, Bill preguntó, “Edward, ¿crees que fuiste regenerado en las reuniones del avivamiento?”

“Sí,” dijo el muchacho.

Bill elevó la voz para que llegara hasta la multitud en la orilla. “Todos inclinen sus rostros.” Cuando ellos obedecieron, Bill cerró sus propios ojos, inclinó su rostro, y comenzó a orar en voz alta, “Padre Celestial, así como yo bautizo a este joven en agua, Tú bautízalo con el Espíritu Santo.” Él hizo una pausa, escuchando algo fuera de lugar— una especie de ruido impetuoso y silbante parecido a aquel de un viento. Parecía estar procediendo de arriba de él. Bill abrió los ojos y alzó la vista. Se quedó boquiabierto. ¡Una bola de fuego venía precipitándose de entre los cielos! Desde una cierta distancia ella se parecía a una estrella, oscilando entre verde amarillento y ámbar. A medida que caía más cerca, se parecía a un círculo de fuego arremolinándose— retumbando, dando vueltas, despidiendo chispas y destellos. Bill contuvo la respiración en terror a medida que la estrella venía directamente hacia él; pero ella se paró en seco y estuvo suspendida directamente por encima de la cabeza. Las aguas en derredor de Bill se agitaban y hacían espuma.

De pronto Bill escuchó una voz hablándole a él. No era la melodiosa voz baja que tan a menudo le hablaba a él en las visiones; esta voz era tenor, familiar. Ella dijo: “*Así como Juan el Bautista fue enviado para precursar la Primera Venida de Jesucristo, de igual manera tú eres enviado a precursar Su Segunda Venida.*”

En la ribera las personas todavía tenían sus rostros inclinados en oración. Pero Margie estaba observando desde su bote de remos. Cuando ella vio la luz, gritó histéricamente antes de desmayarse, cayendo de bruces dentro de la proa de su bote. Ese grito levantó las cabezas repentinamente. En segundos, el jaleo se propagó mientras la multitud alzaba la vista para ver una bola de fuego que giraba suspendida arriba de la cabeza de Billy Branham. Las mujeres gritaban, los hombres se agarraban el uno al otro; algunos se llenaron de pánico y corrieron; unos cuantos se desmayaron; la mayoría tan sólo temblaron.

No todos los que vieron la estrella escucharon la voz. Pero en particular una jovencita de 14 años de edad la escuchó. Ella había mantenido sus ojos cerrados y su rostro inclinado aun durante el frenesí de la multitud, porque su pastor le había dicho que inclinara su rostro y ella siempre procuraba hacer lo que su pastor decía. Esta jovencita escuchó la voz, escuchó cada palabra claramente— y por cuanto escuchó, algo poderoso cayó en lo profundo de su alma, como si un ancla se hubiera enterrado en la hendidura acumulada de su experiencia. Su nombre era Meda Broy, y ella estaba destinada para desempeñar un papel importante en el futuro de Bill.

La bola de fuego estuvo suspendida sobre la cabeza de Bill por menos de un minuto; luego se metió de vuelta como torbellino en los cielos de donde había venido. Las aguas picadas se aquietaron otra vez bajo un cielo azul sin viento. Billy hablaba con la multitud hasta que todos ellos se tranquilizaron, luego continuó bautizando hasta que terminó de bautizar por inmersión a todos los 200 candidatos en el Nombre del Señor Jesucristo. Mientras iba chapoteando hacia la orilla, un grupo de hombres de negocios de Jeffersonville lo rodearon y le preguntaron ansiosamente, “¿Qué significó esa luz?”

Bill contestó honestamente, “No sé. Yo soy un creyente. Esa podría haber sido una señal para el incrédulo. No sabría decirles.”

A LA MAÑANA SIGUIENTE un periódico local publicó un artículo referente a este incidente, titulado, “Estrella Misteriosa Aparece Sobre el Ministro Mientras Bautizaba.” Para todos los demás eso era tan sólo otra parte curiosa de noticias acerca de la cual charlar el día que apareció el periódico. Pero para William Branham era mucho más. Él había estado parado debajo de aquella luz ámbar

intermitente y casi cerraba los ojos ante su brillantez. Él había visto las aguas volverse violentas alrededor de él. Él había oído claramente aquella voz declarar, “*Así como Juan el Bautista fue enviado para precursar la Primera Venida de Jesucristo, de igual manera tú eres enviado para precursar Su Segunda Venida.*” No, esto no era algo para ser desestimado ligeramente, tan sólo porque parecía tan extraño y difícil de entender. Bill lo consideraba una señal sobrenatural que demandaba una explicación. Y si esta señal procedía de Dios, entonces él creía que la explicación de ella tendría que salir de las páginas de la Palabra de Dios. Bill leía con fervor su Biblia, buscando indicios. Él mantenía cerca un cuaderno y un lápiz a fin de poder anotar cualesquiera Escrituras que parecieran aplicarse. Para su sorpresa, él descubrió muchas.

El primer sitio que él encontró una referencia de Dios apareciéndose en la forma de un fuego sobrenatural fue en Génesis 15:17, donde Dios hizo un pacto con Abraham. Moisés escuchó a Dios hablarle de entre una zarza ardiente, el cual tuvo que haber sido un fuego sobrenatural por cuanto la zarza no se consumía.⁶ Moisés vio al Señor otra vez en una nube de fuego que lo ayudó a sacar a los hijos de Israel de Egipto; luego otra vez cuando Dios se encontró con él en el Monte Sinaí.⁷ Moisés lo vio muchas más veces, incluyendo cuando él dedicó el tabernáculo en el desierto, inspirándolo a escribir, “*Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor...*”⁸ Salomón lo vio cuando dedicó el primer templo en Jerusalén.⁹ Manoa, el padre de Sansón, lo vio cuando él se encontró con un ángel del Señor.¹⁰ Elías lo vio en la cima del Monte Carmelo.¹⁰ Ezequiel lo vio en una visión.¹² David lo describe en Salmos 18. Saulo de Tarso, en su camino hacia Damasco para perseguir a los Cristianos, fue dejado ciego por una “luz del cielo.” Él incluso escuchó hablar a una voz de esa luz, diciendo, “*Yo soy Jesús a quien tú persigues.*”¹³ Finalmente, tanto Daniel y Juan vieron

⁶ Éxodo 3:2

⁸ Éxodo 14:19-20 y 19:18-19

⁸ Levítico 9:24; Deuteronomio 4:24

⁹ II Crónicas 7:24

¹⁰ Jueces 13:19-20

¹¹ I Reyes 18:38

¹² Ezequiel 1:4

esa luz materializada en el Señor Jesucristo.¹⁴

Eran una sorprendente serie de versículos, que no daban lugar a dudas en la mente de Bill de que la estrella que había resplandecido encima de él en el río el pasado Domingo, poseía una herencia escritural que abarcaba desde Génesis hasta Apocalipsis. ¿Qué más podía él pedir en el aspecto de vindicación? Él sabía que eso tuvo que proceder de Dios.

A lo siguiente que Bill dirigió su atención fue al hecho que el río, el cual había estado en calma, de pronto se había tornado agitado alrededor de él cuando esa luz había aparecido. La única cosa parecida que él podía encontrar en la Biblia estaba en Juan 5:4. ¿Era posible que la luz encima de él en el río fuese el mismo ángel que había agitado las aguas en el estanque de Betesda en la antigua Jerusalén? Él consideró esta idea por un largo tiempo, pero no pudo encontrar nada más allá ya sea para demostrarlo o refutarlo, así que él lo dejó como una interrogante.

La tercera y más directa evidencia en cuanto al significado de esta señal procedió de la voz: “*Así como Juan el Bautista fue enviado a precursar la Primera Venida de Jesucristo...*” Bill examinaba estas palabras desde todo punto de vista, intentando determinar exactamente lo que ellas significaban. Él estudió la vida de Juan el Bautista y estuvo particularmente fascinado por la conexión que Dios hizo entre el profeta Juan y el profeta Elías. “*E irá delante de él (Jesús) con el espíritu y poder de Elías...*” le dijo un ángel al padre de Juan.¹⁵ Después Jesús dijo respecto a Juan: “*Y si queréis recibirlo, él (Juan) es aquel Elías que había de venir.*”¹⁶ Aquí había bastante, y Bill sabía que le tomaría un largo tiempo el entenderlo mejor.

Finalmente él consideró la segunda cosa que la voz había dicho: “*...de igual manera tú eres enviado a precursar Su Segunda Venida.*” Bill creía en la Segunda Venida de Cristo, habiendo escuchado al Dr. Davis predicar acerca de ella y habiendo leído referente a ella en el Nuevo Testamento. Pero ¿qué podría su propia vida insignificante tener que ver con el evento más importante de

¹³ Hechos 9:1-5

¹⁴ Daniel 10:5-7; Apocalipsis 1:14-15

¹⁵ Lucas 1:17

¹⁶ Mateo 11:1

todas las edades? ¿Podría esta luz sobrenatural en el río ser una señal? ¿Podría ella de alguna manera estar relacionada con la Segunda Venida de Cristo? ¿Se estaba acercando el tiempo? Tales pensamientos hacían que la mente de Bill diera vueltas en círculos mareantes. Parecía ser un misterio demasiado profundo para él desentrañarlo. No obstante él sentía una emoción clara nacida de la anticipación ardiendo en su alma.



Entre las personas que se bautizaron el 11 de Junio estaba Francis Marrion Harvey, de 73 años de edad, abuelo materno de Bill.



Bill bautizando en el Río Ohio el 11 de Junio de 1933



Bill bautizando en el Río Ohio el 11 de Junio de 1933



Bill bautizando en el Río Ohio el 11 de Junio de 1933

Capítulo 14

Se le Muestra su Futuro Tabernáculo

1933

DE ENTRE LOS CENTENARES de personas que habían acudido a la primera campaña evangelística de William Branham en Junio de 1933, la mayoría regresaron a sus iglesias de procedencia una vez que terminaron las reuniones nocturnas en la carpa. Pero algunos eran nuevos convertidos a Cristo, sin afiliaciones anteriores a ninguna iglesia. Muchas de estas personas comenzaron a presentarse en los servicios regulares de los Domingos de Billy. Pronto el Salón Masónico rentado fue demasiado pequeño para acomodar cómodamente a la multitud, obligando a Bill a buscar otro edificio.

En la esquina de la Calle Octava y la Calle Penn en Jeffersonville, no lejos de donde él estaba viviendo con su familia, la carretera torcía alrededor de un pequeño charco poco profundo, cubierto de lirios de fango. Yendo a casa del Salón Masónico, Billy se arrodilló en las hierbas de aljez junto a la orilla de este charco para orar tocante a este problema imprevisto. “Señor, ¿qué debería hacer yo? ¿Dónde deseas Tú que esté esta iglesia?”

Él contemplaba por todas partes, las grandes hojas verdes del lirio flotando como tantas planchas en la superficie del agua. Cuán hermosas se mantenían sus flores, algunas color de rosa, algunas blancas. Los lirios de fango lo asombraban— cómo es que ellos podían iniciar en semejante lodo y fango en el fondo de un charco y se abrían paso muy allá hacia la luz del sol, yendo a parar tan limpios y elegantes. Eso le recordaba a Bill de su propia vida, la cual tan recientemente había emergido del lodo de pecado hacia la luz del sol del amor de Jesucristo. Cuán maravilloso era el Señor que podía efectuar semejante milagro. Entonces llegó a él, como una revelación disparada por una saeta desde el trono de Dios: aquí estaría su iglesia— aquí mismo, donde estaban estos lirios de fango.

Billy se incorporó y se fue al paso por entre los juncos junto a la orilla del charco. Su corazón palpitaba con emoción. Sí, esto estaría perfecto. Él podría construir...

Los ladrillos de la duda se derrumbaron alrededor de sus oídos aún antes que el mortero de su revelación hubiera fraguado. ¿Cómo podría él comprar este terreno y construir una iglesia aquí cuando a duras penas podía mantenerse a él mismo, a su madre, y a sus hermanos y hermana? Él era un hombre pobre, predicándole a una congregación de gente pobre durante una de las peores depresiones económicas que el país jamás había visto. Muchos de los varones de su congregación estaban desocupados. El financiar el edificio de una iglesia, claro, parecía como un sueño imposible. Y sin embargo, si esa realmente era una revelación de parte de Dios, entonces de alguna manera habría un medio...

Billy platicó con los miembros de su congregación tocante a eso. Por asombroso que parezca, al reunir los exiguos recursos de ellos la congregación reunió suficiente dinero en efectivo para un pago inicial. El anteproyecto de los planos fue hecho, un préstamo garantizado, y el charco se rellenó— todo en cuestión de semanas. Los cimientos fueron colados en Julio y los bloques de concreto entregados para la obra. Pero antes que se levantara la segunda hilera de bloques de concreto, Bill deseó una corta ceremonia de dedicación donde él mismo colocara la primera piedra angular sobre el cimiento rectangular.

En la mañana de la ceremonia, Bill despertó como a las seis en punto. Afuera, los pájaros estaban cantando melodías de soprano, mientras las abejas zumbaban sus armonías de tenor. Las enredaderas de madreSelva debajo de la ventana de su segundo piso llenaban su habitación con el fragante perfume de verano. Billy estuvo acostado en cama por un largo tiempo, con las manos detrás de su cabeza, bebiendo el gozo del momento, pensando, “Oh, Gran Jehová, cuán maravilloso eres Tú. Tan sólo hace poco tiempo estaba oscuro; ahora el sol ha subido y toda la naturaleza se está regocijando. Y pronto el mundo espiritual, el cual está tan frío y oscuro de pecado, también se regocijará, porque el Sol de Justicia se levantará con sanidad en Sus alas.”

Mientras estaba acostado allí, una voz interior le ordenó que se pusiera de pie. Bill salió de la cama y permaneció mirando hacia la ventana. De pronto sintió una presencia indefinible en la

habitación, como una presión— pero no una presión maligna y amenazante. Esta presencia despertaba un temor reverencial santo, como si el Señor Mismo se hubiese acercado. Bill recorrió con la mirada las tres paredes a la vista. La habitación parecía vacía. Se dio la media vuelta para mirar detrás de él e inmediatamente fue absorbido en una visión.

Él se encontró a sí mismo parado en las riberas del Río Jordán, donde Juan el Bautista había bautizado a Jesús. Bill le estaba predicando el Evangelio a una multitud de gente cuando detrás de él oyó gruñidos y chirridos. Se dio media vuelta para ver una gran porqueriza construida allí mismo al lado del río. Ella estaba llena de cerdos y el hedor era abrumador. Bill advirtió, “Este sitio está contaminado. Eso no debería de ser. Este es suelo sagrado, donde Jesús Mismo anduvo.”

Entonces apareció el ángel del Señor, arrebatando a Bill lejos de ese sitio y dejándolo en la esquina de las calles Octava y Penn en Jeffersonville. En el solar que una vez ocupara un charco de lirio, ahora allí se mantenía en pie un gran edificio de bloques de concreto con un letrero arriba de la puerta principal que decía, “Tabernáculo Branham.” El ángel lo llevó al interior. Bill apenas podía dar crédito a sus ojos. El edificio estaba repleto de gente. No sólo estaba ocupado cada asiento, sino que la gente se acomodaba en los pasillos y de pie recargada en las paredes. En el otro extremo del salón colgaban tres cruces, una enfrente del púlpito, y una en cada lado. En la visión Bill se movió a un sitio detrás del púlpito y dijo: “Oh, esto es maravilloso; esto es glorioso. Dios, cuán bueno eres Tú al darme este tabernáculo.”

Entonces el ángel del Señor le dijo, “*Pero este no es tu tabernáculo.*”

“Sin duda que este es mi tabernáculo,” protestó Bill.

El ángel repitió, “*No. Ven y ve.*” El ángel levantó a Bill y lo puso en el suelo otra vez, esta ocasión bajo la extensa expansión de un claro cielo azul. El ángel dijo, “*Este ha de ser tu tabernáculo.*”

Mirando alrededor, Bill se encontró a sí mismo en un huerto. Los árboles frutales crecían como a 20 pies [6.10 metros] de altura en dos hileras iguales, creando un pasillo entre ellos, con un sólo árbol grande al final del pasillo, colocado así a fin de que estuviera a igual distancia de cada hilera. Una hilera parecía ser todos manzanos; la otra hilera, ciruelos. Por extraño que parezca, las raíces de ellos

estaban plantadas en amplios baldes verdes. Tanto en sus costados derechos como izquierdos, un balde vacío puesto en línea con cada hilera de árboles.

Una voz del cielo vociferó, “*La cosecha está madura, pero los obreros son pocos.*”

Bill preguntó, “Señor, ¿qué puedo hacer?” Mientras él observaba, los árboles comenzaron a parecerse a bancas de iglesia en la visión de su tabernáculo; y los tres árboles al final del pasillo tomaron la forma de tres cruces. Bill preguntó, “¿Qué significa esto? Y ¿qué hay tocante a estos baldes vacíos?”

El ángel respondió, “*Tú has de plantar en esos dos baldes.*”

Bill se paró en la brecha entre las dos hileras de árboles; cortó una rama de un manzano y lo metió en el balde vacío en línea con esa hilera; entonces cortó una rama de un ciruelo y lo plantó en el balde vacío en ese lado. Inmediatamente los árboles crecieron de estos dos baldes, sin detenerse hasta que igualaron la altura de los otros árboles en el huerto.

Luego un gran viento sacudió los árboles; y una voz dijo, “*Haz hecho bien. Alarga tus manos y recoge la cosecha.*”

Bill alargó ambas manos. Una gran manzana amarilla, firme y madura cayó en su mano; y en su otra mano cayó una gran ciruela amarilla, suave y madura. La voz dijo, “*Come los frutos; son agradables.*” Bill le dio una mordida a una, y luego a la otra. Ambas eran dulces, jugosas, y deliciosas. La voz repitió, “*La cosecha está madura, pero los obreros son pocos.*”

Ahora Bill se fijó que el árbol grande al final del pasillo, el cual tenía todavía la forma de una cruz, tenía tanto manzanas como ciruelas arracimadas en sus ramas. Bill corrió por el pasillo y se lanzó a la base de este árbol, exclamando, “Señor, ¿qué puedo hacer?”

El viento impetuoso sacudió los árboles tan fuerte, las manzanas y las ciruelas comenzaron a caer sobre Bill como gotas de lluvia. La voz dijo tres veces, “*Cuando salgas de esta visión, lee II de Timoteo 4.*” Entonces Bill estuvo de vuelta en su recámara.

El sol había subido un poco más alto en el cielo de la mañana, mostrando que había transcurrido algún tiempo mientras él había estado en la visión. Bill agarró su Biblia y le dio vuelta a las páginas en II de Timoteo. Él leyó despacio el capítulo cuarto, pensando en cada palabra, tratando de relacionarlo con la visión.

“Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá el tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comenón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán la verdad del oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio.”

Bill arrancó esa página de la Biblia y se la llevó con él a la ceremonia de dedicación en la Octava y Penn. Siendo que era un día laborable, únicamente alrededor de 50 personas de su congregación pudieron estar allí— mayormente mujeres y niños. Mientras el Comandante Ulrey de los Voluntarios de América dirigía a su banda en una animada marcha, Bill colocó la piedra angular firmemente en su sitio en el mortero fresco. Era un detalle simbólico. Siendo que el Nuevo Testamento proclamaba a Jesucristo como la Principal Piedra de Angulo de Su Iglesia Universal, cuando Bill colocó la piedra angular en el cimiento de su propio edificio, él estaba declarando que esta iglesia estaría dedicada a los principios de la Principal Piedra de Angulo, Jesucristo.

Luego la gente puso monedas, recuerdos, y peticiones de oración escritas en un bote de lata y colocó el bote dentro del hueco de la piedra angular. Bill contribuyó con la página que había arrancado de su Biblia esa mañana— la página que contenía aquellas palabras proféticas: “*Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio.*”



Bill colocando la primera piedra del Tabernáculo.



Parte de la congregación que asistió al evento.



Bill con su novia Hope Brumbach y George DeArk con su esposa.

Capítulo 15 Propuesta de Matrimonio con la Lengua Trabada

1933

AUN CUANDO ahora William Branham era el pastor de su propia congregación y predicaba cada Domingo por la mañana en el antiguo Salón Masónico en Jeffersonville, durante todo el verano de 1933 él continuó acudiendo a los cultos los Domingos por la tarde y los Miércoles por la noche a la Iglesia Misionera Bautista. Ciertamente es que este era un pretexto para estar con su novia, Hope Brumbach, más bien que para escuchar predicar al Dr. Davis. Pero ahora que su propio edificio de la iglesia pronto estuviera terminado, esto cambiaría, ya que él estaría celebrando sus propios cultos de mitad de semana. Entonces ¿cómo podría ver a su novia? Bill siempre había sido tímido e inseguro en torno del sexo femenino. El pensamiento de perder su pretexto fabricado de antemano para ver a Hope lo ponía a él en un sudor de ansiedad.

Bill estimaba cada minuto que se pasaba en compañía de Hope. Cuando ella sonreía, él sonreía. Cuando ella se reía, él se reía. Ella ejercía alguna clase de encanto sobre él que él no entendía— pero a él le encantaba eso. Para él ella parecía como todo lo bueno y hermoso en el mundo— aire y lluvia y verano y flores y amabilidad y deseo... Cuanto más cerca estaba de ella, más deseaba estar cerca de ella. ¿Qué ocurriría con su relación si él no tenía un pretexto para verla cada Miércoles por la noche? ¿Se alejaría ella de él? Bill se estremecía ante el sólo pensamiento. ¿Qué tal si ella encontraba a otro novio? Bill apenas podía respirar de tan sólo el pensar en eso. Él no podía correr el riesgo de perderla. ¿Cómo podría él vivir? No, él tenía que acercarse con otro buen pretexto para verla sobre una base normal. En algún momento, mientras Bill le daba vueltas al

problema una y otra vez en su mente, se le ocurrió que la mejor manera de pasar más tiempo con ella era conseguir que ella se cambiara el apellido a Branham.

En el momento que él decidió pedirle a Hope que se casara con él, sus dudas lo torturaron desde un punto de vista diferente. El padre de ella ganaba \$ 500 dólares al mes como el jefe de un sindicato, el Gremio local del Ferrocarril de Pennsylvania. Por el otro lado, Billy, estaba ganando 20 centavos de dólar la hora trabajando para la compañía de servicio público y con sus pobres ingresos estaba ayudando a mantener a su madre, padre, siete hermanos, y una hermana. ¿Cómo podía él mantener a una esposa? Todo lo que él tenía que ofrecerle era su amor y devoción. ¿Quién era él para apartar a Hope de su cómodo hogar y someterla a las penalidades de la pobreza? Ella merecía tanto más que eso. Después de mucha angustia de alma y mente, Bill decidió que no podía pedirle a Hope que se casara con él. Él la amaba demasiado para echar a perder la vida de ella.

Pero esa decisión no podía fin a su sufrimiento; eso sencillamente iniciaba otro dilema. Si no le iba a pedir jamás a Hope que se casara con él, ¿cómo podía él justificar el ocupar algo del tiempo de ella? ¿No estaría ella mucho mejor si él rompía la relación de ellos completamente? Cuanto más pronto dejara de verla, más pronto ella podría encontrar a alguien más— algún hombre que pudiera darle una vida buena. Sí, esa era la cosa apropiada que se debía hacer. Y eso es lo que él tenía que hacer. Pero...

Tanto como Bill pensaba que eso sería en mejor beneficio de Hope el que él se despidiera, él no podía resignarse a hacerlo. Él calculó de nuevo su posición económica y sus posibilidades. Algunos de sus hermanos tenían edad suficiente ahora para que ellos estuvieran ayudando a su madre con los gastos de la familia. Eso era algo de ventaja. Y los otros hermanos no estaban lejos de apoyar. En unos cuantos años más ellos estarían haciendo su parte para ayudar— otra ventaja. Tal vez Bill podría reducir gradualmente su sostén sin causar ninguna penuria adicional sobre su madre. Entonces, si él trabajaba muy arduamente, tal vez, al fin y al cabo, lograría un modo de vivir decente para Hope. Su emoción aumentaba mientras consideraba la posibilidad desde varios puntos de vista. Sí, parecía como que él podría económicamente manejarlo con éxito. ¿Debería él hacerlo?

Sí—sí, él lo haría. ¡Él le pediría a Hope que fuera su esposa!

Pero el tomar la decisión de pedirle y en realidad pedirselo, eran dos cosas distintas. A medida que el mes de Agosto daba lugar a Septiembre, Billy luchaba para armarse de valor suficiente para hacerle la pregunta decisiva. Él contemplaba los ojos oscuros de ella y la sonrisa radiante y pensaba, “Qué cosa, ¿no seríamos felices juntos?” Pero cada vez que él principiaba la pregunta, su boca se secaba completamente y se le formaba un nudo en la garganta de modo que apenas podía pasar saliva, mucho menos producir una frase entendible. Cada noche que estaba con ella intentaba de nuevo, pero las palabras sencillamente se negaban a salir. Él se decía a sí mismo, “¡Esta noche lo haré! No habrán pasado diez minutos en mi reloj que no se lo pida.” Eso no servía de nada; el tiempo transcurría como si nada y él no podía resignarse a ofrecerle matrimonio.

Bill se atormentaba por su problema durante horas seguidas. Algunas veces él se detenía en una zanja donde él estaba trabajando, apoyaba su espinilla sobre el mango de la pala, y tan sólo fijaba la mirada en el horizonte, mientras su cerebro rascaba y buscaba la respuesta en el fértil suelo de su mente. ¿Cómo iba él alguna vez a hacerle saber que se quería casar con ella si no tenía el valor de decir lo que pensaba? Por un tiempo acarició la idea de hacer que su amigo, George DeArk, se lo pidiera en lugar de él. Pero eso no parecía adecuado. Hope podría incluso rechazarlo a él en esas condiciones. Entonces ¿cómo podría él manejar eso? ¿Cómo? De repente se le ocurrió una idea. ¡Ya está! Le escribiría una carta.

Ese Domingo por la noche Bill se acostó tarde con papel y pluma, tomándose trabajo en cada enunciado, componiendo y volviendo a escribir, sudando hasta que la hoja de papel bidimensional expresó sus sentimientos lo mejor que podía hacerlo. Con esta hazaña Hercúlea* detrás de él, su primera inclinación fue darle la carta a Hope en propia mano. Entonces pensó que Hope leería esa carta en silencio mientras él estaría parado con mano sobre mano y mordiéndose el labio, sintiéndose tan nervioso que podría desmayarse fácilmente. No, eso no convenía. Decidió que la mandaría por correo. Si la mandaba por correo el Lunes, Hope la

* La palabra *Hercúlea* se refiere a Hércules, un héroe de la mitología Griega, quien se distinguió por su altura y fuerza extraordinarias y ejecutó, obligado por su hermano Euristeo, sus doce famosos trabajos, multitud de hazañas y pasó por las aventuras más extraordinarias.]

recibiría el Martes, y ella podría darle una respuesta el Miércoles por la noche cuando él la llevara a la iglesia. Eso parecía como un buen plan por el momento.

El Lunes por la mañana Bill humedeció con saliva una estampilla, la adhirió al sobre, y depositó la carta en un buzón en su camino al trabajo. Más tarde ese día, mientras estaba excavando una zanja, le llegó un pensamiento horrorizante: ¿Qué tal si la mamá de Hope cogía esa carta? La frente de Bill goteaba con sudor y sus rodillas se debilitaron tanto que tuvo que apoyarse contra el costado de la zanja para sostenerse. Él pensó, “Si su madre lee esa carta, estoy arruinado.”

Bill se llevaba bien con el papá de Hope, Charlie, pero su mamá era una historia diferente. Remilgada, la Sra. Brumbach se enorgullecía de su alta posición social en la comunidad. Ella vivía en una casa hermosa, usaba ropa costosa, acudía a una importante iglesia formal, y pertenecía a numerosas organizaciones influyentes. Ella consideraba que Bill Branham era tan sólo otro mozo de labranza— definitivamente no con clase suficiente para casarse con su hija. Ella también veía con malos ojos las convicciones religiosas de miras estrechas de Bill. Si ella veía esa carta, probablemente se opondría firmemente. Incluso podría ir tan lejos como hacer que Hope terminara con él. Bill se estremeció ante el pensamiento.

El Miércoles por la tarde Bill se detuvo detrás del flamante *Buick* de los Brumbach. Dejó la puerta abierta de su cacharro *Ford*, tan sólo para en caso que la Sra. Brumbach hubiera leído la carta y él tuviera que salir de allí a toda prisa.

Hope contestó a su llamada. “Hola, Billy. ¿No vas a pasar?”

“Oh, no,” pensó Bill. “Tú me tendrás allí donde está tu mamá y cerrarás la puerta. Entonces estaré en un terrible apuro.” Él sonrió débilmente y dijo, “Gracias, Hope, pero como que hace calor. Tan sólo esperaré aquí afuera en el porche hasta que estés lista.”

“Oh, pásate. Mamá y papá quieren verte.”

Bill pensó, “¡Oh, cielos! Ahora se acabó todo.” Él entró nerviosamente, se quitó el sombrero, y se mantuvo cerca de la puerta, listo para una huida rápida.

Hope dijo, “Pásate hasta la cocina donde están mamá y papá. Yo estaré lista para la iglesia en tan sólo unos cuantos minutos.”

Bill caminó hasta la puerta de la cocina. Los padres de Hope estaban sentados en la mesa de la cocina. “Cómo está Ud., Sr.

Brumbach. Cómo está, Sra. Brumbach.”

Charlie Brumbach, siempre cordial, dijo, “Hola, Billy. ¿No quieres pasar y tomar un vaso de té helado?”

“No, gracias. No tengo sed.”

“Pues, ¿por qué no pasas aquí y te sientas a fin de cuentas?”

La conspiración parecía estar aumentando. El corazón de Bill latía con fuerza intensamente. “No, gracias. Me quedaré aquí si Ud. no tiene inconveniente. Vaya que es un buen tiempo el que estamos teniendo.”

La Sra. Brumbach dijo, “Sí, magnífico tiempo.”

Los tres charlaron acerca del tiempo y otros incidentes hasta que Hope apareció bajando las escaleras. Bill no respiró más tranquilamente hasta que él y Hope estuvieron parados en el porche con la puerta principal cerrada con toda seguridad detrás de ellos.

“Billy, es una tarde tan preciosa; vámonos caminando hacia la iglesia.”

Un nuevo escalofrío de pavor recorrió por completo a Bill. Él pensó: “Esto es. Ella va decirme que hemos terminado nuestra relación. Más vale que la mire bien, porque probablemente es la última vez que logre estar con ella.”

Hope no mencionó la carta en su camino hacia la iglesia. Eso dejó a Bill a sufrir en un remolino de ansiedad a través de todo el culto. Él no escuchó una palabra de lo que predicó el Dr. Davis. Más bien, se pasó el tiempo contemplando a Hope con el rabillo del ojo, pensando en cuánto él detestaba perderla. Ella era una muchacha tan decente. Esta noche ella se miraba más radiante que nunca. Él esperaba que ella consiguiera a alguien que fuera bueno con ella. Ella merecía lo mejor que la vida tenía que ofrecer.

Estaba oscuro cuando Bill y Hope salieron de la iglesia y se dirigieron a la casa. Un cuarto de luna colgaba como un farol en el cielo de la noche. Cada vez que se apartaban de la sombra de los árboles, la luz de luna brillante hacía contraste con el cabello negro de Hope y los ojos oscuros con sus mejillas suaves y blancas. Bill temblaba por dentro con amor y anhelo.

“Bueno, Billy, ¿qué te pareció el servicio esta noche?” preguntó Hope de paso.

“Oh, creo que estuvo bien.” Bill sentía como que su mandíbula estaba hecha de cartón; parecía tan tiesa e inútil. Él esperaba en el rostro de Hope un ceño o alguna otra pista que pudiera advertirle que

el momento temido había llegado. Cada vez que ella movía los labios para comenzar a charlar, Bill estaba seguro que el final había llegado. Pero más bien ella desechaba otro comentario agradable, como si nada estuviera en su mente con excepción de los placeres de un veranillo de San Martín.*

Siendo que se estaban acercando a su casa y ella todavía no le había mencionado la carta, Bill comenzó a sospechar que ella no la había recibido en lo absoluto. Tal vez se había quedado pendiente en el buzón o perdido en el correo. Algo debió haber pasado con ella. Si Hope la hubiese leído, seguramente ya lo hubiera mencionado. La serenidad de Bill regresó, y su lengua se desató. Él se aproximó y tomó el brazo de Hope. Se estaba sintiendo bien.

Ellos casi llegaban a la casa de ella ahora. Durante una pausa natural en la conversación, Hope dijo, “Billy, recibí tu carta.”

Un escalofrío se deslizó hacia arriba de la espina dorsal de Bill; un nudo creció en su garganta y comenzó a obstruirle el aire de tal modo que apenas podía respirar. Él pasó saliva y consiguió refunfuñar, “¿La recibiste?”

Hope dijo, “Mm-jm,” y siguió caminando.

La tensión sobre Bill se sentía insoportable. Él pensó, “Mujer, ¿di algo antes que me desmaye!” Pero Hope parecía contenta de permitir que sus palabras se quedaran suspendidas en el aire sin otro comentario. Bill pensó: “Entonces tengo que decir algo, porque estamos a tan sólo unas cuantas puertas de su casa.” Él se armó todo de valor y dijo: “¿La leíste?”

Ella respondió, “Ajá,” y eso fue todo.

Bill sintió como si se estuviera volviendo loco de ansiedad. “¿Te agradó?”

Los labios de ella formaron un semicírculo en una pequeña sonrisa pícara. “Oh, estuvo bien.”

Bill sintió una descarga de adrenalina. Dejó de caminar y se volteó para mirar hacia ella. “Hope—”

“Bill, me encantaría casarme contigo,” dijo ella. “Te amo.”

Al día siguiente Bill y Hope fueron en el automóvil al centro de la ciudad a visitar una joyería. Bill pagó \$ 8.00 dólares por un juego de argollas matrimoniales. Él sujetó la argolla matrimonial a un seguro en su bolsillo para que no se le perdiera accidentalmente. Entonces

[*El Veranillo de San Martín es un tiempo breve de calor que suele hacer en otoño.]

tomó el delicado dedo de Hope en su mano callosa y comenzó a introducir el anillo de compromiso.

Hope lo detuvo. “Billy, ¿no crees que sería más caballeroso si se lo pidieras primero a papá y a mamá?”

Bill sintió que los músculos de su corazón le dieron un vuelco. “Oh, cielos,” pensó él. “Otra vez con la misma canción.” Él tenía miedo que si la Sra. Brumbach se oponía tajantemente, Hope podría retractarse. Lentamente, contra su voluntad, pronunció las palabras, “Sí, supongo que sí.” Entonces tuvo una idea. “Mira, Hope, cuando nos casemos, siempre va a ser a medias, ¿verdad?”

“Así es. Yo haré mi parte.”

“Y yo haré la mía. ¿Qué opinas que empecemos ahora mismo— tú pídeselo a tu mamá y yo se lo pediré a tu papá?”

Hope se encogió de hombros, “Eso me parece bien.”

“Tal vez deberías permitirme pedirselo a tu papá primero,” sugirió Bill sagazmente. Él deseaba obtener la promesa de Charlie antes que la Sra. Brumbach supiera algo al respecto. Eso le parecía como su mejor probabilidad.

“¿Se lo pedirás pronto?”

“Lo haré el Domingo por la noche.”

El siguiente Domingo por la noche, después que Bill trajo a Hope a casa de la iglesia, ellos dos se sentaron en el piso de la sala de estar escuchando al fonógrafo *Victrola*. Charles Brumbach estaba escribiendo a máquina en su escritorio. La Sra. Brumbach estaba sentada en un sillón cómodo reclinable con brazos de madera, tejiendo a ganchillo. Hope miró a Bill frunciendo el entrecejo, haciendo señas con la cabeza en dirección a su padre. Bill meneó la cabeza, y le hizo señas con la cabeza en dirección a su madre. Él no podía pedirselo a su padre ahora, no con su madre sentada en la habitación. Ello sería como pedirselo a ambos. La madre de ella podría ponerse furiosa y discutir y Bill podría irse con las manos vacías.

Billy se puso de pie. “Son las 9:30. Creo que más vale que me ponga en camino.” Hope lo acompañó a la puerta, tomándole la mano. Él dio las buenas noches y trató de alejarse pero ella no le soltaba la mano.

Ella le dijo en voz baja, “¿No se lo vas a pedir?”

“No puedo pedirselo con tu madre sentada allí.”

“Entonces regresaré adentro y tú lo haces que salga.”

“No puedo pedírselo con tu madre sentada allí.”

“Entonces regresaré adentro y tú lo haces que salga.”

Eso le pareció inadecuado a Bill, pero no podía pensar en nada mejor. “De acuerdo.”

Hope entró de vuelta a la sala de estar.

Bill se aclaró la garganta. “Sr. Brumbach, ¿podría hablar con Ud. tan sólo un momento?”

Charlie dejó de escribir a máquina y se dio media vuelta en su silla. “Claro, Bill, ¿qué se te ofrece?”

“Quiero decir afuera en el porche.”

La Sra. Brumbach alzó la vista de su tejido a ganchillo y levantó sus cejas en curiosidad. Charlie dijo, “Claro,” y siguió a Bill afuera en el porche principal, cerrando la puerta tras él.

Bill contemplaba la luna pendiendo justo encima de la alameda. “Vaya que es una noche hermosa, ¿verdad?”

“Vaya que sí,” coincidió Charlie.

“Vaya que ha estado tremendamente caluroso últimamente.”

“Vaya que lo ha estado.”

Bill tartamudeaba por las palabras apropiadas. “Ud. sabe— ah— yo me estaba— ah— preguntando si—”

“Te puedes casar con ella, Bill.”

El alivio fluyó abundantemente través de él. Él deseaba abrazar al Sr. Brumbach, pero se limitó a darle un apretón de mano. “Charlie, Ud. sabe, soy un pobre. No puedo cuidar de ella tan bien como Ud. lo hace. Solamente estoy ganando 20 centavos de dólar por hora. Pero, Charlie, ella no podría encontrar a nadie más que la ame más que lo que yo la amo. Y trabajaré hasta que sangren mis manos para sustentarla. Viviré fiel a ella, y haré todo lo que pueda hacer para hacerla feliz.”

Charlie puso su gran mano sobre el hombro de Bill. “Billy, sé que la amas y sé que ella te ama; y yo preferiría que te cases con ella por esos motivos que el que alguien la tratase mal, sin importar cuánto dinero tuviera. Aparte de eso, no es lo que uno tiene en la vida lo que cuenta; es cuán contento está uno con lo que uno tiene.”

“Gracias, Charlie. Recordaré eso.”

Bill nunca le preguntó a Hope lo que dijo su madre cuando ella se lo pidió; era suficiente el saber que la Sra. Brumbach no sería un obstáculo. La fecha de la boda fue fijada para Junio del año siguiente.

Capítulo 16 Como un Murciélago Salido del Infierno

1933 – 1934

LA CONSTRUCCIÓN en el terreno de la esquina de las calles Octava y Penn fue terminada a finales de Septiembre de 1933. Resultado del amor y respeto por su pastor, la congregación votó para ponerle por nombre al edificio “Tabernáculo Branham.” No se parecía a una típica estructura de iglesia. No tenía campanario, ni cruz grande, ni techo en pendiente pronunciada, ni techo interior abovedado. Era un simple edificio de bloques de concreto, con un techo de ligera pendiente, una fachada falsa, y ventanas y puertas rectangulares sin lujo. Algunas personas en el área bromeaban que se parecía más a un taller mecánico o a una nave de almacenamiento que a una iglesia. Pero a William Branham le parecía hermoso. Él colocó su púlpito en el sitio exacto donde había estado arrodillado cuando el Señor le había dado la inspiración de comprar esta porción de terreno. Él colocó tres crucifijos al frente del auditorio— uno en el púlpito, y uno a cada lado— así como los había visto colocados en la visión.

El proyecto entero costó \$ 2,000 dólares para completarse, con el banco asignando 20 años para levantar la hipoteca. Esa era una gran cantidad de dinero para que una congregación pobre financiara en medio la Gran Depresión. Para asegurarse que el Tabernáculo Branham pudiera pagar sus obligaciones mensuales, Bill se negó a tomar algo de los diezmos y las ofrendas de la gente para sus propios gastos de manutención, prefiriendo más bien reinvertir el dinero dentro del edificio.

Bill conservaba su trabajo en el Servicio Público de Indiana, aunque se trasladó a otro departamento. Ahora él era un instalador

de líneas a cargo de hacer ronda por las líneas de energía de alta tensión que corrían a través del área rural boscosa. El trabajo armonizaba tan bien con sus deberes como guardabosque que él podía a menudo hacer ambas tareas al mismo tiempo. Eso era oportuno porque todavía no estaba percibiendo ningún dinero de su trabajo como un guardabosque.

Una manera en que Bill había reducido los costos de construcción en el Tabernáculo Branham era el dejar el piso de tierra. Cuando el suelo se helaba, el piso del auditorio también se helaba. Bill venía temprano para un culto del Miércoles por la noche y calentaba las dos estufas de carbón para que sacaran el frío del santuario antes que la congregación comenzara a llegar. La gente entraba a la iglesia con el piso helado. Pero a la hora que terminaba el culto, el piso se había deshelado hasta convertirse en una suciedad lodosa y pegajosa. Las abuelas y las nietas por igual se hundían hasta los tobillos a medida que se esforzaban en lograr salir. Aunque todos ellos se reían jocosamente de eso después, también cubrían el piso con aserrín para que ello no sucediera otra vez.

Bill se dedicaba a sus deberes como un pastor con la energía de la juventud y el ahínco de un hombre joven que finalmente había descubierto su pasión. Aparte de deberes tan supuestos como los de predicar, de aconsejar, de orar por el enfermo, él también dirigía las alabanzas, pagaba las deudas, y limpiaba las cenizas de la estufa; todo lo que se presentaba que se necesitaba hacer, Bill ofrecía su tiempo.

El ser un pastor reciente además de ser un Cristiano reciente ocupaba los días de Bill con experiencias de aprendizaje— algunas previsibles, otras extravagantes. Al llegar a casa un Sábado por la noche en su automóvil, los faros de Bill perfilaron a un borracho dando tumbos en la calle. Resultó ser Wayne Bledsoe, un joven que había sido amigo de Edward el hermano de Bill. La prohibición todavía estaba en vigor, así que Bill metió a Wayne al automóvil y se llevó al borracho a casa con él, antes que se encontrara por casualidad en las manos de la ley. Él ayudó a Wayne a introducirse a la casa, lo puso en su propia cama, luego se hizo un lugar para sí mismo para dormir en el sofá.

“Wayne, ¿no estás avergonzado de ti mismo?” reprendió Bill.

“Na— Billy— na— no digas eso, Billy.”

“El embriagarse no es la respuesta. Eso te matará antes de tu

tiempo. Lo que deberías hacer es entregar tu vida a Jesús. Eso extenderá tu tiempo hacia la eternidad.”

“O Billy.”

Bill puso sus manos en la frente de Wayne. “Voy a orar por ti, Wayne.”

En el exterior un taxi llegó. La puerta del taxi se cerró de golpe y Bill escuchó pasos llegar corriendo por la acera. Una mujer tocó frenéticamente en la puerta, dando voces, “¡Hermano Bill! ¡Hermano Bill!”

Bill pensó, “Qué barbaridad, alguien debe estar muriéndose.” Él encendió las luces, se puso la ropa, y corrió hacia la puerta.

Nellie Sanders de dieciocho años de edad se paró en la entrada, su rostro estaba pálido, sus ojos rojos e hinchados.

“Nellie, pasa.”

Nellie entró. “Oh, Billy. Estoy arruinada. Estoy arruinada.”

“¿Qué ocurre, Nellie? ¿Tuviste un ataque cardíaco?”

“No, Hermano Bill. Yo estaba viniendo por la Calle Spring y— honestamente, hermano Bill no tuve la intención de hacer algún daño.”

El pensamiento de Bill estaba dando vueltas, preguntándose cómo tratar con esta joven histérica. “Ahora, tranquilízate, hermana. Cuéntame respecto a eso.”

Nellie era tan sólo una Cristiana reciente en sí misma, una de las convertidas de Bill de sus reuniones en la carpa en Junio. Antes que ella entregara su corazón a Jesús, había sido una de las mejores bailarinas en la ciudad; y su pareja de baile, Lee Horn, todavía conservaba los trofeos para probarlo.

Nellie respiró profundamente para calmar sus manos temblorosas. Ella intentó hablar despacio y claramente, pero sus palabras se aceleraban hasta que al final pronunciaba apenas inteligible. “Yo venía andando junto al *Redman’s Hall* [un club donde acostumbraban a tener un baile cada sábado por la noche] y escuché una música de baile. Me detuve un momento a escuchar. La música continuaba tocando cada vez mejor. Yo dije: ‘Señor, Tú sabes que te amo, pero sin duda puedo recordar las ocasiones cuando Lee y yo solíamos ganar todas esas copas y premios. Tal vez si subo estos escalones podré testificarle a algunas de esas personas.’ Así que subí los escalones y antes que supiera lo que estaba haciendo, yo me encontré allí en la pista de baile en los brazos de algún joven. Oh,

Billy, ¿estoy perdida para siempre? Yo no quiero ir a acabar como Margie.”

Billy se acordó de Margie, la muchacha muy ligeramente vestida con un traje de baño que se había negado a salir de su bote de remos cuando él le había pedido que se marchara, el día que él estaba bautizando los convertidos después de su reunión de avivamiento en Junio. Cuando aquella estrella misteriosa había descendido del cielo, Margie se había desmayado. Después ella se dio a la bebida. Durante una reyerta de cantina, se le hicieron cortes en el rostro con una botella rota, marcándola terriblemente. Lo último que Bill había escuchado, era que estaba en una institución para dementes.

Nellie estaba tan perturbada que estaba temblando. Bill trató de consolarla. “No, hermana, no estás perdida. Pero cometiste un error cuando te detuviste por un momento a escuchar la voz del diablo haciéndote volver a lo que eras antes que encontraras a Jesús. Yo no tengo mucho tiempo de ser un Cristiano, pero ya sé que la más grande batalla jamás peleada está en la mente humana. Es la batalla entre la fe y la duda. ¿Vas a creer la Palabra de Dios o a dudarla? Tienes que hacer tu propia elección.”

“Oh, Billy, deseo escoger la fe en Jesús.”

Wayne Bledsoe se había desembriagado un poco y se estaba incorporando de la cama observando, curioso acerca de la conmoción.

“No sé mucho tocante a la Biblia,” dijo Bill, “pero creo que Jesús dijo esto: *‘En mi nombre echarán fuera demonios’*.”¹⁷ Colocando su mano en el hombro de Nellie, él oró, “Demonio, no sé quién eres, pero esta es mi hermana, y no tienes por qué sujetarla. Vas a tener que salir de ella ahora. ¿Me escuchas?”

La puerta de tela metálica comenzó a abrirse y cerrarse rápidamente por sí misma— *bangity-bangity-bangity-bang*.

Los ojos de Nellie se dilataron. “Billy, mira. ¿Qué está pasando?”

Bill estaba nada más sorprendido. “Yo no sé.” Él miró hacia atrás a Nellie y oró, “Déjala, Satanás; en el Nombre de Jesús, sal de ella.”

Tan pronto como Bill mencionó el Nombre de Jesús, un espectro oscuro se levantó de detrás de Nellie Sanders, pareciéndose a un murciélago gigante, con cabello largo colgando de sus alas y pies. Él gruñó un gutural “*rrrrrrrrrr*” y atacó a Bill, quien exclamó, “Sangre

¹⁷ Marcos 16:17

de Jesús, ¡protégeme!” El demonio cambió su curso, y voló en dirección a la cama donde Wayne estaba sentado. Dio vueltas una vez, luego desapareció dentro de la cama. De mirada furiosa y moderadamente sobrio. Wayne gritó, arrancó sus colchas, y corrió a toda velocidad hacia la próxima habitación.

Bill condujo a Nellie a casa. Cuando regresó, él y su madre desmontaron la cama y sacudieron las sábanas. No había nada allí.

Atribulado, Bill mencionó este incidente a varios ministros. Cada uno de ellos le dijo básicamente la misma cosa: “Billy Branham, los días de echar fuera demonios han terminado. Además, un hombre no puede ver un demonio a fin de cuentas. Eso debió haber sido tu imaginación.” Bill podría haber desestimado eso como su imaginación, sino fuera porque tanto Wayne y Nellie también habían visto la aparición. ¿Era este el demonio que lo estaba atormentando continuamente? ¿Lo estaba siguiendo? ¿Estaba cerca de él todo el tiempo? ¿Era ello responsable de todos los acontecimientos peculiares en su vida, incluyendo las visiones? Pensamientos como estos lo atormentaban todo el tiempo, haciendo que Bill se preguntara el porqué su vida parecía ser tan diferente de los otros ministros que él conocía.



Bill (tercero de derecha a izquierda) con su uniforme de guardia con su grupo de trabajo en el *Servicio Público de Indiana*



El Tabernáculo Branham recién construido.

Capítulo 17 Un Matrimonio Esperanzador

1934 – 1935

WILLIAM MARRION BRANHAM se casó con Amelia Hope Brumbach el Viernes 22 de Junio de 1934. Bill tenía 25 años de edad; Hope tenía casi 21. Ellos rentaron una casita en la Calle Graham # 434, no lejos del Tabernáculo Branham. La casa tenía únicamente dos habitaciones. Una parte ellos la usaban tanto como su sala de estar y su recámara; la otra parte era la cocina. La casa no tenía agua corriente; Hope tenía que acarrear el agua de ellos de una llave pública a una cuadra de distancia. En general no tenía mucho de una casa; pero en \$ 4.00 dólares al mes, eran lo más que ellos podían disponer.

Los recién casados estaban comenzando su vida de casados con muy pocos bienes. Bill poseía un sofá de cuero gastado y su automóvil *Ford*. La mamá de Bill les dio una armazón de la cama de hierro. Alguien más les dio una antigua cama plegable. En un depósito de chatarra Bill compró una estufa de cocina por 75 centavos de dólar; luego pagó \$ 1.25 dólares para que le pusieran parrilla nueva en la estufa.

Hope fue a trabajar en la Fábrica de Camisas *Fine* para ayudar a ganar dinero suficiente para comprar algunos muebles más. Pronto ellos habían ahorrado lo suficiente para comprar un juego de desayuno sin pintar de *Sears* por \$ 3.98 dólares. Bill pintó el juego de amarillo, con un gran trébol verde en la mesa y el asiento de cada silla, porque Hope siempre lo estaba importunando de que era Irlandés. El juego de desayuno mejoraba su hogar considerablemente. No obstante, las rígidas sillas de madera no fueron hechas para relajarse. Bill se cansaba tanto trabajando en dos trabajos en el día y atendiendo sus responsabilidades pastorales por

las tardes. Él deseaba poder dejarse caer en un sillón sofá acolchonado en la noche, alzar los pies, y descansar mientras leía la Biblia.

Con Hope trabajando, Bill pensó que tal vez ellos podrían costearse un mueble después de todo. Los dos juntos fueron en el automóvil al otro lado del río a Louisville a comprar una silla bien acojinada de brazos acolchados. Encontraron un sillón reclinable con brazos de madera que tenía un precio de únicamente \$ 16.98 dólares. Eso no parecía fuera del alcance. Lleno con la emoción que resultaba de una experiencia nueva, Bill le dio al dependiente de la tienda \$ 3.00 dólares como el pago inicial y se dirigió a casa con un hermoso sillón reclinable con brazos de madera. Ellos lo colocaron en una esquina de la recámara. Bill se arrellanó en sus contornos suaves aterciopelados, llenando sus pulmones con la fragancia refrescante de recién fabricado. Él podía pensar en solamente una palabra para describirlo: celestial.

Ese sillón reclinable con brazos de madera era con mucho el mayor lujo que Bill había aún poseído. Después de andar a pie las altas líneas todo el día y predicar por la ciudad hasta la media noche, el sillón reclinable con brazos de madera recibía sus cansados músculos en sus reposados almohadones. Por los siguientes meses Bill a menudo se quedaba dormido en su sillón, con su Biblia abierta sobre su regazo. Amorosamente, Hope le instaba a levantarse para que así ella lo acostara.

Pero su compra pronto le creó un problema que Bill no había esperado. Por los términos del contrato, él debía pagar \$ 1.00 dólar a la semana por su deuda. Ese resultó ser el dinero del que él tenía mucha necesidad. A medida que trascurrían las semanas, los pagos de un dólar a la semana le causaron más y más daño a su precario presupuesto. A la séptima semana, Bill no logró aportar su tercer pago. Él tan sólo no tenía un dólar que ahorrar. La semana siguiente no estuvo mejor. Cuando Bill no pudo aportar su tercer pago consecutivo, la compañía financiera llamó. Bill se disculpó, y con un corazón afligido, sugirió que vinieran a llevarse de nuevo el sillón.

Unos cuantos días después, cuando Bill llegó a casa del trabajo, la cocina estaba inundada del olor de un pastel de cereza recién horneado— su favorito. Después de la cena, él se comió dos rebanadas de pastel, cubiertas de melaza de sorgo caliente. Él bromeó con Hope, “¿Por qué estás te estás portando tan bien

conmigo esta noche?”

Ella sonrió como si estuviera ocultando algo. “Bill, puse al hijo del vecino a que sacara algunas lombrices esta tarde. ¿Qué opinas que vayamos y pesquemos un rato?”

Eso le pareció tan raro a Bill porque a Hope no le interesaba mucho el pescar. “Primero vamos a entrar a la otra habitación y sentarnos, para así dejar que se me baje este pastel de cereza.”

“No, Bill, vámonos a pescar enseguida.” Sus palabras se oían casi suplicantes.

“Amorcito, ¿qué sucedió hoy?”

Hope dijo, “Nada,” pero los ojos de ella estaban húmedos.

Bill sospechó del problema, así que dijo otra vez, “Vamos a entrar primero a la otra habitación.” Cuando el rostro de ella se inclinó, Bill supo que él tenía razón. Él puso su brazo alrededor de ella y juntos pasaron por la entrada. El sillón reclinable con brazos de madera ya no estaba.

Hope recostó su cabeza sobre el pecho de Bill y sollozó, “Oh, Bill, yo intenté mantenerlo para ti. Intenté arduamente.”

Bill la apretó suavemente. “Lo sé, cariño. No es tu culpa. No pudimos evitarlo. Pero uno de estos días, las cosas serán diferentes. Algún día Dios pondrá un medio y tendremos un sillón cómodo.”

Ella ladeó su rostro a fin de mirar a los ojos tranquilizadores de su esposo. “Ojalá así sea, Bill.”

A PESAR DE LOS inevitables apuros de la pobreza, Bill y Hope Branham eran muy felices juntos. Ellos se valoraban el uno al otro, y su amor sin límites le echaba tierra a las zanjas y baches en su camino. En Diciembre de 1934, Hope se encontró encinta. Ambos estaban emocionados con la idea de tener un bebé. Por cuanto el linaje de Bill era Irlandés y el de Hope era Alemán, él la provocó al decir, “Si es un niño, vamos a ponerle por nombre Heinrick Michael.”

Hope se quedó boquiabierta. “Oh, Bill, eso suena horrible.”

El 13 de Septiembre de 1935, Hope estuvo de parto. Ella tuvo un tiempo difícil en el alumbramiento. Bill anduvo por millas de un lado a otro por el piso de la sala de espera del hospital. A las tres de la tarde, el bebé soltó el llanto. En ese mismo instante Bill gritó, “¡Gracias, Señor! Es un niño y su nombre será llamado Billy Paul.”

En unos cuantos minutos el doctor salió de la sala de alumbramiento. Con una sonrisa, dijo, “Reverendo Branham, yo podría cobrarle a Ud. por este piso de linóleo que Ud. ha desgastado. Pero eso valdría la pena. Ud. tiene un varoncito.”

Después que Bill se aseguró que su esposa estaba bien, él no pudo resistir una broma. “Cariño, cambié de parecer. No creo que deberíamos ponerle por nombre Heinrick Michael. Siendo que nació en Viernes 13, creo que deberíamos ponerle por nombre Jinx.”

Ella se rió. “Pero, Bill, yo quería ponerle el nombre como su padre.”

“Entonces le pondremos por nombre como su padre; y también como el del gran apóstol, San Pablo. Le pondremos por nombre Billy Paul.”

EN OCTUBRE de 1935 los periódicos proclamaban las noticias concernientes a la inesperada invasión de Mussolini a Etiopía. Italia, con sus modernas maquinarias de guerra, había retumbado dentro de aquel país atrasado aplastando rápidamente a toda la resistencia Etíope. Europa expresó su agravio ante la invasión al imponer inmediatamente sanciones económicas sobre Italia.

Bill leyó las noticias con profundo interés. Él no entendía qué fuerza extraña le permitía ver hacia el futuro, pero lo que fuera, los eventos que él veía siempre acontecían. Él se preguntaba una vez más cómo es que semejante don podía proceder del diablo, como sus amigos ministros estaban insistiendo. Él se sentía muy confundido.

Un Domingo después de salir de la iglesia Bill oyó decir por casualidad a Walt Johnson, “Uds. deberían haber oído a esos santurriones anoche...”

Bill intervino en la conversación. “¿Qué era eso, Hermano Walt?”

Walt estaba masticando un pedazo de cáscara de naranja seca para la indigestión. “Pentecostales, Billy. Tú nunca has visto nada parecido; ellos estaban saltando de arriba abajo y rodando por el piso. Y decían que si uno no balbucea en alguna clase de lenguaje desconocido uno no era salvo.”

“¿Dónde está eso?”

“Una reunión de carpa al otro lado de Louisville. El grupo se hacen llamar la Casa de David, y están llamando a estas reuniones la Escuela de los Profetas. Gente de color, desde luego.”

“Oh, eso lo explica,” dijo Bill, sabiendo cuán fanáticamente algunas personas de color expresaban su religión.

“Allí también había una gran cantidad de gente blanca.”

“¿En serio? ¿Ellos hacían también eso?”

“Sí, también lo hacían.”

“Eso es chistoso. Y la gente se entremezcla en cosas así.” Bill meneó la cabeza. “Bueno, me supongo que estamos comprometidos a recibir esas cosas.”

Pero el reporte provocó la curiosidad de Bill y el Lunes por la noche fue manejando al otro lado del río hacia Louisville a averiguar eso. Aunque no vio a nadie rodando por el piso, la multitud ciertamente estaba emocionada con respecto a algo, y ellos parecían tener algunas doctrinas extrañas.

Durante el culto un hombre excepcional de mediana edad se puso de pie a testificar. Él le recordaba a Bill a un profeta del Antiguo Testamento, con cabello canoso colgándole hasta los hombros y una barba rizada que le caía por el pecho. Su testimonio fue conmovedor al igual que su apariencia. Él se presentó como John Ryan de Dowagiac, Michigan. Él dijo que el Señor le había dicho que viniera hasta Louisville, Kentucky, a testificar en esa reunión. Él habló referente al poder de Dios, el fuego de Pentecostés, y el bautismo del Espíritu Santo. Su testimonio contenía tal energía y convicción que Bill decidió que él deseaba conocer a este hombre peculiar.

Ellos platicaron por un largo rato después de salir de la iglesia. John Ryan dijo que cuando era joven él había sido un acróbata en un circo. Por años había pertenecido a la iglesia Católica, pero después que entregó su corazón a Jesucristo, se convirtió en un Pentecostal, y ahora él viajaba así como el Señor lo guiaba, testificando acerca del poder de Dios a dondequiera que iba.

Bill le relató concerniente a la visión de siete partes que él había visto en Junio de 1933. Cuando John Ryan se enteró de que una de las partes preveía la invasión de Mussolini a Etiopía, Ryan apenas podía contener su entusiasmo y le preguntó si ellos podían platicar más tocante a eso después. Bill no tuvo inconveniente, así que él invitó al anciano a casa para que pasara la noche.

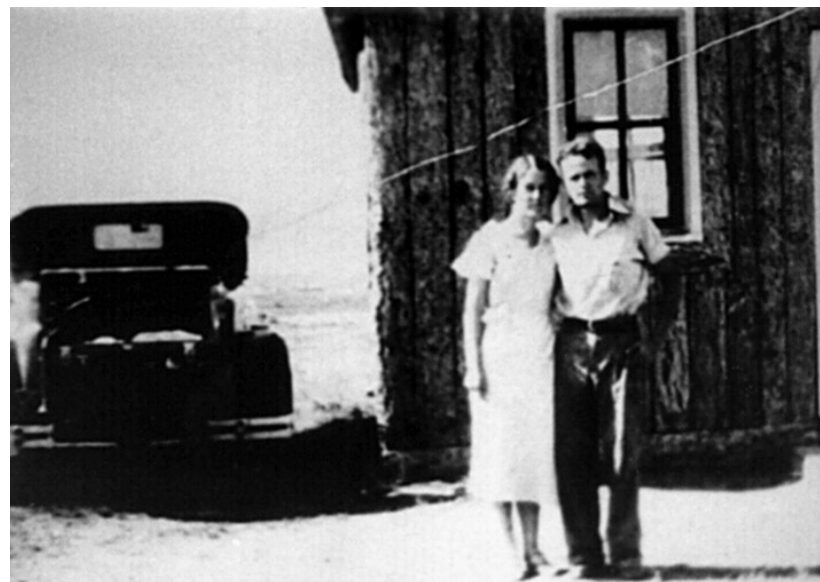
En la mañana se sentaron por un largo rato alrededor de la mesa de la cocina, mientras Bill compartía algunas de sus experiencias inexplicables. Él se sentía con más libertad para hablar con este desconocido que como se sentía hablando con los ministros a

quienes él había conocido por años.

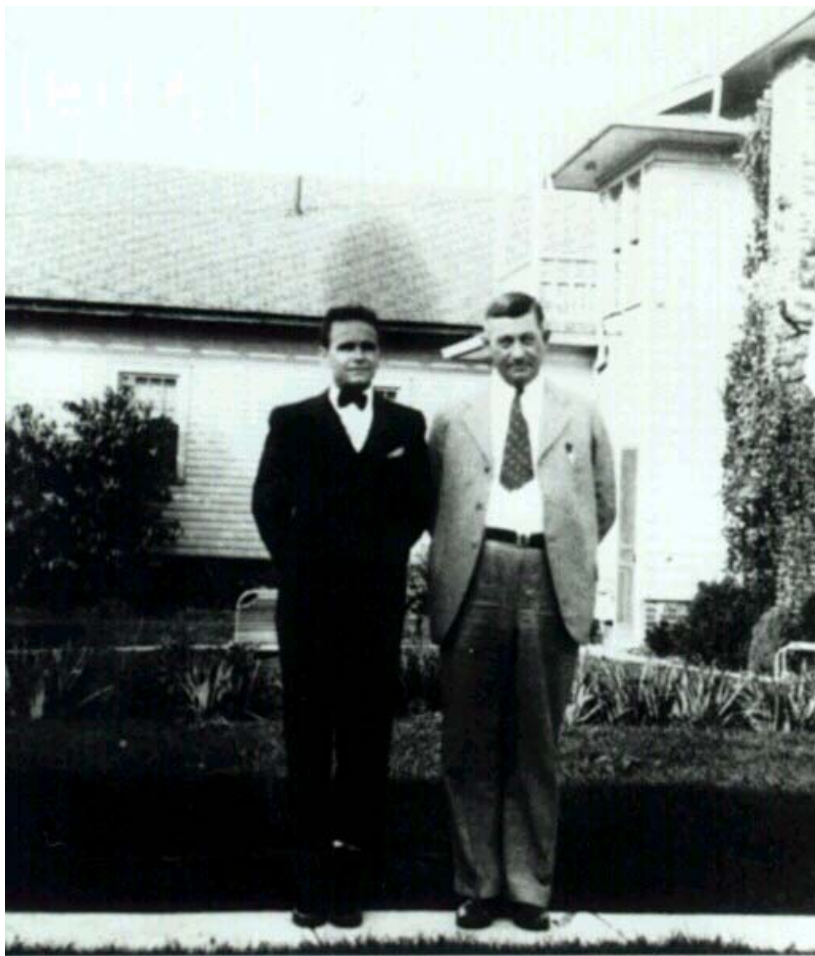
John Ryan animó a Bill a prestar especial atención a las visiones, sugiriendo que ellas podrían ser la voz de Dios hablándole a él. Entonces comenzó a hablar acerca de algo que él llamó la “experiencia Pentecostal,” la cual dijo que era el poder de Dios como una fuerza viva y dinámica en la vida de un Cristiano. Bill no podía captar su significado. El hombre usaba términos poco corrientes, como “bautismo del Espíritu Santo,” “hablar en lenguas,” e “interpretación de lenguas.” Pero una cosa estaba clara: John Ryan creía definitivamente en lo que estaba diciendo. Él se animaba más a medida que platicaba. De pronto alzó las manos y comenzó a hablar en alguna clase de lenguaje de algarabía. Después de un ratito se detuvo. Luego le dio la vuelta a la mesa, puso su mano sobre el hombro de Bill y dijo, “Hermano Billy, esta es la interpretación. Ud. es tan sólo un jovencito ahora. Hay mucha juventud para Ud. todavía. Pero algún día eso se normalizará y el Dios Todopoderoso le usará a Ud. para conmovir las naciones.”



Bill con su esposa Amelia Hope



Bill y Hope durante su luna de miel en Taos, New Mexico.



Bill con el papá de Hope, Charlie Brumbach.

Capítulo 18 El Error Después de Mishawaka

1936

POR LOS SIGUIENTES seis meses Bill invitó a John Ryan a quedarse en su hogar varias ocasiones y así logró conocerlo mejor. El hábito de Ryan de hablar en lenguas hizo a Billy demasiado escrupuloso; pero Bill ciertamente respetaba el modo Cristiano de caminar de Ryan. El hombre era muy humilde y muy dado a la oración y a la guianza del Señor.

John Ryan vivía en Dowagiac, Michigan, un pueblo pequeño como a 300 millas [482 kilómetros] al norte de Jeffersonville, apenas del otro lado del límite del estado de Indiana. Él invitó a Bill que viniera a visitarlo, seduciéndolo con reportes de la excelente pesca en el cercano Lago Pawpaw.

Bill fue tentado. Aunque él no había tenido vacaciones durante años, el costo de semejante viaje todavía le preocupaba. Hope había ahorrado \$ 8.00 dólares de su salario en la fábrica de camisas. ¿Cómo podía él justificar el gastarse los ahorros difíciles de obtener de su esposa en unas vacaciones donde había tantas otras partes que su dinero en efectivo podía invertirse? Hope tenía una idea diferente. Siendo que ella había ahorrado el dinero producto de su salario, ella sentía que tenía voz y voto en la manera que era gastado— y ella deseaba que su esposo lo usara para tomar un descanso. Bill dijo que lo haría y él deseaba que ella fuera con él. Pero Hope se rehusó, argumentando que prefería quedarse en casa y cuidar de Billy Paul de nueve meses de edad. Aparte de eso, Hope tenía ahora tres meses de embarazo de su segundo hijo y estaba padeciendo con los típicos ataques matutinos con náuseas. Ella no creía que disfrutaría el viaje a fin de cuentas.

Así que en Junio de 1936, Bill proveyó de gasolina a su *Ford*

Modelo T y se dirigió al norte de vacaciones. Cuando llegó a Dowagiac, Michigan, la Sra. Ryan lo hizo sentirse bienvenido. Para sorpresa de Bill, John Ryan no estaba allí. La Sra. Ryan le explicó, “El Señor lo ha llamado a que vaya a alguna parte allá por Indianapolis.”

Bill miró alrededor a la choza de dos habitaciones. Las alacenas no tenían puertas y Bill podía ver que estaban vacías. “¿Me quiere Ud. decir que el hombre se escapó así y le dejó a Ud. sin nada en la casa para comer?”

“¡Oh! Pero, Hermano Bill, él es el siervo de Dios,” dijo ella.

Bill pensó, “Pues, bendito sea su corazón, hermana. Si Ud. piensa así de su esposo, entonces ni yo lo criticaré.”

Después de un día completo de pesca en el Lago Pawpaw, Bill trajo su pesca de vuelta a la casa de la Sra. Ryan. Ella ni siquiera tenía manteca para freír el pescado, así que Bill fue en su automóvil al pueblo y le trajo algunos víveres.

El Sábado por la mañana Bill se dirigió de vuelta a casa. Al pasar por la pequeña ciudad de Mishawaka, Indiana, divisó un automóvil con un gran letrero en su costado que decía, “SÓLO JESÚS.” Bill pensó, “¿Qué significa eso?” Luego vio otro automóvil con “SÓLO JESÚS” en su costado; luego otro, y otro. Este letrero parecía estar por todas partes, pegado en *Cadillacs*, *Buicks*, *Fords*, incluso en bicicletas. Con su curiosidad removida, Bill siguió a uno de estos automóviles, el cual lo guió a un enorme edificio de iglesia a las orillas de la ciudad. Las calles adyacentes y varios terrenos baldíos estaban atiborrados con automóviles estacionados, la mayoría de los cuales desplegaban el mismo letrero intrigante, “SÓLO JESÚS.” Mientras Bill manejaba junto a la iglesia, él podía escuchar alabanzas procediendo de sus ventanas abiertas. La alabanza congregacional estaba acompañada de gritos y chillidos individuales. Parecía igual a la misma clase de culto de adoración que Bill había visto en Louisville cuando él había visitado aquel grupo llamado la Casa de David. Él pensó, “Oye, aquí es donde veré lo que es un santurrón.”

Estacionando su automóvil, se introdujo. El santuario estaba lleno con al menos dos mil personas, tanto blancos como de color. Bill tuvo que permanecer de pie en la parte de atrás y mirar por encima de las cabezas de la multitud para ver lo que estaba aconteciendo. En algún sitio allá en el frente un piano sonaba de modo discordante. La

gente batía las manos y cantaba con entusiasmo, “Soy de Él, soy de Él; Es mi gozo el decir que soy de Él...” Las mujeres gritaban, haciendo subir escalofríos a la espina dorsal de Bill. Entonces alguien comenzó a danzar en el pasillo con tanto ímpetu como podía danzar. Pronto otros se unieron a él. La multitud completa parecía mecerse y moverse de un lado a otro al ritmo de la música.

Al principio Bill pensó, “¡Qué cosa! ¡Fiu! ¡Qué manera de comportarse en la iglesia! ¿Qué diantre les pasa a estas personas?” Pero cuanto más permanecía allí, mejor se sentía. Él comenzó a pensar, “Nada anda mal con estas personas. No están locos; tan sólo están emocionados.”

Cuando dio comienzo la predicación, Bill se percató que se trataba de una convención nacional Pentecostal. Se tuvo que celebrar en el Norte por causa de que la segregación racial todavía acosaba al Sur. Un predicador joven habló acerca del bautismo del Espíritu Santo, señalando con el dedo mientras predicaba. Para Bill ello parecía como que el hombre estaba señalándolo directamente a él. Este predicador se mantenía refiriéndose a Escrituras como Hechos 2:4— “*Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen*”; Hechos 2:38— “*Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo*”; y Hechos 10:44,46— “*Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso... los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios.*”

“Eso es parte de la Biblia,” pensó Bill. “Nunca lo vi así antes. Tal vez hay algo en cuanto a esto después de todo.” Cuanto más escuchaba, más le agradaba lo que oía. A la hora que terminó el culto, él estaba pensando, “Hay una cosa que tengo que decir referente a estas personas: ellos no están avergonzados de su religión. Creo que regresaré esta noche.”

Bill realmente deseaba quedarse y averiguar de qué se trataba todo esto del “bautismo del Espíritu Santo”, así que salió hacia el automóvil a contar sus monedas de cinco, diez y un centavos. Le habían quedado \$ 1.75 dólares. Siendo que sabía más o menos cuánta gasolina se necesitaba para llegar a casa, él calculó que podría tener únicamente 20 centavos de dólar de dinero sobrante. Eso no era suficiente para rentar un hotel para automovilistas con

acceso directo de las habitaciones al área de estacionamiento para pasar la noche; pero no importaba— él podía arreglárselas al dormir en una parcela de maíz. Yendo al centro en su automóvil, Bill compró una bolsa de panecillos rancios por cinco centavos, calculando que él podía fácilmente vivir de estos por dos días. Se comió uno de los panecillos, puso el resto en el asiento trasero, entonces regresó en el automóvil a la iglesia para el culto de en la noche.

Antes que diera principio el culto, un hombre subió a la plataforma y dijo: “Esta noche deseamos que todos los predicadores, sin importar su denominación, suban aquí y se sienten en la plataforma.” Más de doscientos ministros se abrieron paso hacia el frente, Bill entre ellos. Se sentaron en sillas detrás del púlpito, mirando hacia la audiencia. Cuando todos estaban sentados, el hombre detrás del púlpito dijo, “No tenemos oportunidad para que prediquen todos Uds. ministros, así que deseamos que cada uno de Uds. pasen junto al micrófono aquí y tan sólo digan quiénes son y de dónde son.”

El micrófono pendía del techo por medio de su propio cable, balanceándose en el aire a dos pies [60 centímetros] arriba del púlpito. Bill nunca antes había visto un micrófono. Él lo miraba con curiosidad mientras pasaba y decía, “William Branham, evangelista, Jeffersonville, Indiana.”

Esa noche Bill vio cosas dignas de verse extrañas e intrigantes que recordaría por el resto de su vida. Había dos varones sentados en la audiencia que parecían usados de una manera especial por Dios. El se había fijado en ellos con anterioridad en la tarde, y ahora estaban allí de nuevo. Un varón se ponía de pie y hablaba en un idioma desconocido como una ametralladora disparando; luego el otro varón se ponía de pie e interpretaba en Inglés lo que el primer varón había dicho en su lengua desconocida. Después de un rato lo hacían de nuevo, únicamente que al revés. Maravillándose ante qué espirituales debían de ser estos dos hombres, Bill decidió que tenía que platicar con ellos antes de irse a casa mañana.

Cuando llegó la hora de la predicación, un hombre anciano de color subió cojeando a la plataforma. Él traía puesto un saco negro largo con un cuello de terciopelo. Un borde de cabello blanco rodeaba la parte de atrás de su cabeza. Se miraba tan débil y frágil, Bill se preguntaba, “No van a poner a predicar a ese pobre ancianito, ¿verdad?”

Pero eso es exactamente lo que iban a hacer. El caballero anciano se acercó al micrófono, y dijo, “Amados hijos, voy a tomar mi texto esta noche de Job 38:4-7.” Él abrió su Biblia y leyó, “*Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?...Cuando alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos los hijos de Dios.*” Desde allí, en vez de traer su tema a la tierra, este anciano predicador regresó en el tiempo a diez millones de años para describir lo que aconteció en el cielo cuando la tierra era tan sólo un pensamiento en la mente de Dios. Luego vino adelante a través del tiempo, a través de las dispensaciones, siguiendo el arco iris horizontal hasta el milenio y siguió hasta el cielo nuevo y la tierra nueva. Para entonces él estaba tan feliz, que gritó, “¡Gloria a Dios! ¿Uds. creen que tengo una nueva clase de religión? Hermano, ¡tan sólo tengo un estuche nuevecito de la religión de antaño! ¡Juupii!” Él se levantó de un salto en el aire, taconeó repetidamente, y gritó, “¡Aleluya! No hay espacio suficiente aquí para que yo predique.” Y saltó fuera de la plataforma, tan ágil como un niño.

Bill se quedó boquiabierto de asombro. Él pensó, “Si el bautismo del Espíritu Santo hace que un anciano actúe así, ¿qué hará si estuviera en mí?”

Después de la iglesia Bill se detuvo en una boca de incendio a beber agua, se comió algunos de sus panecillos, luego salió manejando hacia el campo y se estacionó en una parcela de maíz. Sus pantalones buenos estaban arrugados sin más remedio, así que intentó planchar sus pantalones toscamente cosidos de tejido rayado en relieve. Extendiéndolos sobre el asiento delantero de su automóvil, desenganchó el asiento trasero y lo puso en la parte de arriba, esperando que por la mañana el peso del asiento trasero desarrugara la raya de sus pantalones. Entonces se acostó en el pasto debajo de un cerezo y oró, “Señor, ¿qué es esto en lo que me he metido? ¿Es esto lo que John Ryan llamaba ‘la experiencia Pentecostal’? Señor, ayúdame a saber de qué se trata todo esto. Yo nunca he visto gente tan religiosa en mi vida. No sé exactamente qué es lo que ellos tienen, pero siento que esto es lo que mi corazón hambriento ha estado buscando. Dios, de algún modo dame favor con esas personas.”

Mucho después de la media noche, enrolló su camisa para usarla como una almohada y se durmió.

En la mañana Bill examinó sus pantalones de tejido rayado en

relieve. No habían mejorado mucho, aunque todavía se miraban mejor que sus otros pantalones. En lo que se refiere a su buena camisa, era un lío. El entrenamiento Bautista de Bill lo hacía sentir que siempre debería estar de etiqueta antes de entrar a la casa de Dios. Él se preguntaba si podría resignarse a ir a la iglesia en pantalones de tejido rayado en relieve y una camiseta. Entonces pensó, “¿Por qué no? Nadie me conoce aquí. Eso estará bien.”

Llegó temprano a la iglesia. A medida que el santuario se llenaba de personas, un hombre de color se sentó a un lado de él y una mujer blanca del otro. Después del servicio de alabanzas, un hombre se acercó al micrófono y dijo, “Anoche en la plataforma, el ministro más joven que tuvimos aquí era un evangelista con el nombre de William Branham de Jeffersonville, Indiana. Deseamos que venga hacia delante y traiga el mensaje de la mañana.”

Bill apenas podía dar crédito a sus oídos. Él miró hacia abajo a su ropa desaliñada, entonces inconscientemente se deslizó con rapidez un poco más abajo en su asiento.

El hombre repitió, “¿Hay alguien aquí que sepa el paradero de William Branham, un evangelista de Jeffersonville? Él estaba anoche en la plataforma. Deseamos que él traiga el mensaje esta mañana.”

Bill se hundió en su asiento todavía un poco más abajo. El hombre de color sentado junto a él se inclinó y preguntó, “Oye, ¿lo conoces?”

Él no quería mentirle al hombre, así que Bill dijo en voz baja, “Sí, lo conozco.”

“¿Está aquí?”

“Ah— sí, él está aquí, pero—”

“Entonces ve por él.”

Eso realmente puso a Bill en un aprieto. “Pues— ah— mira, hermano, yo—yo te lo diré, yo soy él.”

El hombre de color sonrió y asintió con la cabeza. “Pensé que como que te estabas deslizando allí hacia abajo por algo. Así que súbete allí y predica.”

“No, no puedo subir allí con esto puesto.” Bill estiró hacia el frente con los dedos su camiseta blanca.

“A esas personas no les interesa cómo va uno vestido. Sube.”

“No, señor, realmente no puedo.”

El micrófono resonó otra vez, “¿Alguien ha encontrado al

Reverendo William Branham?”

El hombre de color alzó la mano y con su dedo apuntando hacia abajo a Bill y gritó, “¡Aquí está! ¡Aquí está!”

Bill se puso de pie lentamente. Cada ojo en el edificio se volteó en dirección a él. Su rostro se puso tan rojo que sus oídos parecían estar ardiendo. Con su Biblia bajo el brazo, se acercó al pasillo central y subió a la plataforma. Tímidamente dio pasos enfrente del púlpito. La multitud lo ponía nervioso; la manera en que iba vestido lo ponía nervioso; incluso aquel novedoso micrófono lo ponía nervioso. Pero sobre todo, estaba nervioso porque no tenía nada en mente sobre lo cual predicar.

Así que tan sólo comenzó a platicar, “Pues, amigos, yo no sé mucho respecto a la manera que todos Uds. predicán. Yo tan sólo subía por el camino y...” Él puso la encuadernación de su Biblia sobre el púlpito y dejó que las páginas se abrieran al azar. Mientras platicaba, echó un vistazo al primer versículo en la página. Era Lucas 16:23, “*Y en el infierno alzó sus ojos, estando en los tormentos... Y dando voces...*” Instantáneamente Bill reconoció la historia acerca de un hombre rico que no hizo caso de un mendigo llamado Lázaro. Entonces el hombre rico murió y fue al infierno.

Bill tenía su sermón. Él le leyó esta historia a la audiencia, luego predicó, “Allí está el hombre rico en el infierno. ¿Por qué fue él atormentado? Él vio que no había flores allí; entonces él lloró. Él vio que no había niños allí; entonces él lloró. Él vio que no había alabanzas allí; entonces él lloró...” Bill continuó de esta manera, mostrando la tragedia final de una vida que había rechazado el Evangelio. Cuanto más predicaba, más profundamente esta gente Pentecostal penetraba en el tema de él, hasta que la multitud se agitaba con emoción. “No había paz allí; entonces él lloró. No había amor allí; entonces él lloró. No había Cristianos allí; entonces él lloró. No había Dios allí; entonces él lloró.” Finalmente Bill lloró.

La multitud se levantó sobre sus pies y gritaba a Dios por misericordia. A estas alturas la reunión parecía desdibujarse en la mente de Bill y él mismo se perdió en algún lugar en el torbellino emocional de la gente moviéndose. La próxima cosa que supo, él estaba de pie afuera en el patio de la iglesia. Un hombre grande y robusto se acercó a él y dijo, “¿Dices que eres un evangelista?”

“Sí, señor.”

“Soy el Anciano Johnson de Texas. ¿Qué opinas de venir a Texas

y celebrarme un avivamiento?”

Bill miró las botas vaqueras de tacón alto del hombre y su sombrero vaquero alto. “¿Es Ud. un predicador?”

“Claro que lo soy.”

En ese mismo momento un hombre de menor estatura se acercó, vestido en pantalones bombachos a cuadros parecidos a los que usaban los antiguos jugadores de golf. “Soy el Rev. Smith de Miami, Florida. Tengo 500 santos en mi iglesia. Me gustaría que vinieras a celebrar un avivamiento también para mí.”

Bill levantó sus cejas y pensó, “Entonces mis pantalones de tejido rayado en relieve no están tan fuera de tono al fin y al cabo.”

Una mujer salió y dijo, “Yo realizo obra misionera con los Indios al norte de Michigan. Mientras tú estabas predicando, el Señor me dijo que te pidiera que vinieras a auxiliarme con los Indios.”

“Espere un momento,” dijo Bill, “Permítame conseguir un trozo de papel.”

Mientras garabateaba los nombres y direcciones, más ministros se acercaban a él con la misma petición— hasta que Bill tenía suficientes invitaciones que le durarían un año de viaje. Bill se sentía extático. Su vida iba a cambiar. Él difícilmente podía esperar el regresar a casa y contárselo a Hope.

Pero antes que se dirigiera a casa, había dos hombres más que Bill deseaba conocer. Él buscó entre la multitud afuera de la iglesia hasta que divisó a uno de los varones que lo había impresionado durante las reuniones con una demostración tan poderosa de lenguas e interpretaciones. Bill se abrió paso y se presentó a sí mismo.

“Oye, tú eres el joven que predicó esta mañana,” dijo el caballero mayor. “¿Has recibido el bautismo del Espíritu Santo?”

“Soy un Bautista.”

“Pero ¿has recibido el Espíritu Santo desde que creíste?”

“Pues, hermano, yo no tengo lo que todos Uds. tienen, sé eso.”

“¿Alguna vez has hablado en lenguas?”

“No, señor.”

“Te diré inmediatamente que no has recibido el Espíritu Santo.”

Bill se encogió de hombros. “Pues, si eso es lo que se requiere para recibir el Espíritu Santo, entonces no lo he recibido.”

Mientras charlaban, Bill observaba atentamente al varón, buscando el espíritu del hombre. Aunque Bill no entendía el poder único que él poseía, estaba aprendiendo la manera de usar este don

para lograr su propósito. Él descubrió que si realmente deseaba saber algo concierne a alguien, él podía generalmente descubrirlo si platicaba con esa persona el tiempo suficiente para captar el espíritu de él. Ahora el anciano Cristiano parecía percibir que algo peculiar estaba aconteciendo, porque sus ojos se movían de un lado a otro nerviosamente. Bill sostenía la conversación enfocada en las reuniones y pronto vino la visión. Bill se sintió satisfecho— este hombre era genuino; un verdadero Cristiano.

Convencido ahora de que iba por buen camino, el alma de Bill estaba ardiendo con deseo por más de Dios. En el camino de regreso a su automóvil, se tropezó con el segundo hombre que lo había impresionado en la audiencia. Bill se presentó a sí mismo.

El hombre preguntó, “¿A qué iglesia perteneces?”

“Soy un Bautista.”

“Todavía no has recibido el Espíritu Santo, ¿verdad?”

“Pues, no sé. Sé que no he recibido lo que tienen todos Uds.”

“¿Alguna vez has hablado en lenguas?”

“No, señor.”

“Entonces no lo has recibido.”

Todo el tiempo que estuvieron charlando, Bill buscó captar también el espíritu de este hombre. Cuando finalmente vino la visión, ella expuso la vida del hombre como un huevo podrido. Bill vio que este hombre estaba casado con una mujer de cabello negro, pero en el momento presente estaba viviendo con una mujer rubia y tenía dos hijos con ella. La visión continuó en detalle vergonzoso. Aquí estaba un hipócrita descarado. Este hombre no era “Sólo Jesús”; él era “Sólo Domingo.” En la visión lo vio sentado en una cantina, bebiendo y maldiciendo; y luego sentado en la iglesia el Domingo, ¡hablando en lenguas y profetizando! Los pensamientos de Bill regresaron en repugnancia. “Señor, perdóname. El espíritu entre estas personas tiene que estar mal, o ¿de qué otra manera podría este hipócrita estar en la iglesia y profetizar?”

Bill pidió permiso y rápidamente encontró su automóvil. Mientras se alejaba manejando de Mishawaka, le daban vuelta sus pensamientos en su cabeza tanto como su *Ford* anticuado saltaba de arriba abajo en el camino. “Señor, no puedo entenderlo. ¿Cómo pudiera el genuino Espíritu Santo caer sobre ese Cristiano verdadero y sobre ese hipócrita al mismo tiempo? No puede ser. Tal vez estoy engañado, pero sencillamente no puedo ver eso en la Biblia. Creo

que yo debería tan sólo dejar en paz este asunto de 'lenguas y profecía'."

Entonces Bill recordó lo que dijo Jesús en Marcos 16: "*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas...*" Bill pensó, "Esa es la Escritura. ¿Qué voy a hacer con ella?"

El dilema no se resolvía por sí mismo, así que lo dejó pendiente, tornando sus pensamientos más bien a todas aquellas invitaciones que había metido en su bolsillo trasero. Su espíritu comenzó a revivir; su sueño desplegó sus alas como un águila y se remontó alto por encima de las nubes, mirando hacia abajo con anticipación sobre su futuro camino. Él recordó lo que el Señor le había dicho el día que había colocado la piedra angular de su tabernáculo: "*Haz la obra de evangelista...*" Parecía como que Dios ahora estaba abriendo camino para que él hiciera justo eso.

Para cuando Bill llegó a su casa, se sentía tan emocionado que estaba listo para hacer las maletas e irse al día siguiente. Hope salió corriendo a encontrarlo, su negro cabello largo ondeaba en el viento. Tan pronto como se abrazaron, Hope percibió la emoción de él. "Bill, ¿de qué estás tan feliz?"

"Cariño, ¡he encontrado la iglesia más grande en el mundo!"

"¿Dónde has estado?"

"Allá por Mishawaka. Cariño, ¡Si vieras qué iglesia! Estas personas gritan y vociferan; ellos no están avergonzados de su religión."

Hope alzó sus cejas escépticamente. "No son santurrones, ¿verdad?"

"Yo no sé qué clase de santurrones son ellos, pero tienen algo que yo necesito. Vi a un anciano de 90 años de edad convertirse en joven otra vez. Algunas de las personas hablan en lenguas desconocidas, y otros interpretan lo que se dijo. ¡Y en cuanto a la predicación! Predican hasta que se les va la respiración, doblan las rodillas hasta el piso, se vuelven a incorporar, se quedan sin respiración, y empiezan otra vez. Yo nunca oí algo semejante en mi vida. Y mira." Bill hizo alarde del papel con sus nombres y direcciones. "Todos estos pastores desean que yo vaya a predicar para ellos, desde Michigan sin parar hasta Texas. Voy a abandonar mi empleo, dejar mi iglesia, y comenzar a predicar de tiempo completo allá entre estas

personas. Tengo suficientes invitaciones para que me dure un año. ¿Irás conmigo?"

Sin la vacilación de un momento, Hope dijo, "Bill, cuando me casé contigo prometí que me te acompañaría hasta que la muerte nos separara. Claro, iré contigo."

El siguiente paso era decirles a los padres de ellos. Cuando Bill se dirigió a su madre, *Ella* dijo, "Billy, me acuerdo de un sueño que tuve tan sólo a unos cuantos días después que fuiste convertidos. Yo te vi parado en una nube blanca predicándole al mundo entero."

Bill vagamente se acordaba que ella le relató el sueño años atrás. Bill se encogió de hombros. "Pues, no sé respecto al mundo entero, pero claro que estaré predicando por todos los estados. Y, mamá, Ud. debería de ver cuán emocionadas están estas personas respecto a Jesús. Ellos no están ni una pizca de avergonzados de gritar Su Nombre."

"Hace mucho tiempo allá en Kentucky tuvimos lo que llamábamos Bautistas de 'estilo antiguo.' Ellos solían comportarse así, gritando y vociferando. Esa es la genuina religión sincera, Billy."

"Yo creo en la religión sincera, mamá."

Ella palmeó el brazo de él. "Yo sé que así es, Billy. Confío que Dios te bendiga."

Sin embargo, fue una historia completamente diferente cuando fueron a decirle a la mamá de Hope. Para este entonces, el Sr. y la Sra. Brumbach se habían separado. Charles Brumbach se había mudado allá para Fort Wayne, Indiana. La Sra. Brumbach seguía viviendo en su hogar en Jeffersonville. Sentado en el porche de enfrente con Hope y la mamá de ella, Bill dijo, "Sra. Brumbach, he descubierto un maravilloso grupo de personas. Hope y yo estamos planeando salir y viajar entre ellos." Luego él le relató lo que había acontecido en Mishawaka.

La Sra. Brumbach frunció el ceño. "William, te daré a entender que nunca le daré permiso a mi hija que salga con un montón de basura de santurrones así."

"¡Oh! Pero, Sra. Brumbach, este es el grupo de gente más feliz en el mundo. Ellos no están avergonzados de su religión. Me agrada eso."

"Basura," insistió ella, "¡no son otra cosa que basura! ¿No te das cuenta que esos son tan solo gente que las otras iglesias han echado a patadas? Nunca te daré permiso que arrastres a mi hija allá

entre escoria como esa. ¡Ni pensarlo!”

“Pero, Sra. Brumbach, aquí en mi corazón siento que el Señor quiere que yo vaya con esas personas.”

“Basura,” repitió ella. “William por qué no te quedas con tu iglesia hasta que termines de pagarla; entonces consíguete una casa pastoral y actúa como alguien que tiene cordura. ¿Crees que yo podría ser feliz sabiendo que mi hija está siendo arrastrada por toda la nación— que hoy come y mañana no; nunca teniendo una muda de ropa o un vestido decente que ponerse?”

“Sra. Brumbach, esta no es una propuesta de vestir. El asunto de ello es, siento que el Señor desea que yo lo haga.”

“Claro que no, nunca permitiré que mi hija ande entre semejante basura como esa.” Aquí, la Sra. Brumbach se dio media vuelta y miró airadamente y de manera acusatoria a Hope. “Y si ella sí va, su madre se irá a la tumba con un corazón destrozado.”

Hope se quedó boquiabierta. “Madre, ¿dices eso en serio?”

“Eso es tan sólo lo que quiero decir.”

Hope comenzó a llorar. Bill puso su brazo alrededor de ella. “Pero, Sra. Brumbach, ella es mi esposa.”

“¡Pero es mi hija!”

Bill dijo, “Sí, señora.” Se puso de pie y se fue del porche hacia el automóvil.

Hope venía corriendo tras él. “Billy, a pesar de lo que dice mamá, permaneceré contigo.”

“Oh, de acuerdo. Vamos tan sólo a olvidarlo.”

“Pero, Bill, si sientes que Dios desea que vayas, entonces deberías de ir.”

Bill suspiró. “Cariño, me supongo que estoy sopesando las cosas, pero no deseo herir los sentimientos de tu mamá. ¿Qué tal si algo le sucediera mientras estamos allá en el camino? Entonces te pasarías el resto de tu vida preguntándote si destrozaste el corazón de tu madre. Vamos a aplazarlo por un tiempo.”

De modo que Bill ignoró el primer llamado de Dios para un evangelismo a nivel nacional. Ese resultó ser el peor error que él alguna vez cometió en su vida— un error que pronto tendría consecuencias desastrosas.

Capítulo 19 Cae Una Cortina Negra

1936

COMO PARA TRANQUILIZAR su afligida conciencia, William Branham incrementó sus esfuerzos evangelísticos alrededor del área de Jeffersonville. Sintiendo que la historia de su vida podría inspirar a otros a tener fe en Dios, Bill puso por escrito algunas de sus experiencias y las mandó imprimir en un folleto de 15 páginas¹⁸. Él pidió prestado su título de Hebreos 13:8, *Jesucristo Es El Mismo Ayer, Hoy Y Por Los Siglos*, y firmó su obra “por el Rev. Wm. (Billy) Branham.”

A manera de prólogo él escribió:

“Este libro ha sido escrito para que todo aquel que lo lea, pueda saber que Jesucristo todavía está salvando y sanando a la humanidad.

Es mi creencia que Él pronto ha de aparecer otra vez.

Este libro relata fue que Él escogió a un pobre muchacho y lo llamó a Su ministerio; cómo fue que el muchacho huyó de la presencia de Dios por un tiempo y luego cómo volvió a servirle con todo su corazón.”

Bill continuó en la página siguiente con una oración:

“Oh Padre Celestial, por favor bendice a cada persona que lee este libro.

Hazles saber que muy pronto vas a llamar a una Iglesia

¹⁸ La versión original tenía 15 páginas de extensión. Una versión posterior se había ampliado a 24 páginas. (Esta versión todavía está disponible, vea la Bibliografía.)

Poderosa, tal como nunca hemos visto.

Todavía te creemos.

Haz nacer un anhelo en cada corazón, Tú, oh gran Ser Justo, ayuda a Tu siervo humilde para continuar con Tu mensaje.

Sé que me escondiste entre los juncos, como hiciste con Moisés, por alguna razón.

Así que Padre, ayúdame a glorificar Tu Nombre, porque lo pido en el Nombre de Jesús.

Amén.”

Las siguientes siete páginas hacían resaltar la vida poco común de Bill, comenzando con la manera en que él y su madre hubieran muerto en una tormenta de nieve, si no hubiese sido por la intervención de un vecino. Él relató de la voz que le habló desde las ramas de un árbol cuando tenía siete años de edad, diciendo, “*Nunca bebas, ni fumes, ni deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.*” Luego mencionó su viaje a Arizona en 1927 y relató cómo es que el fallecimiento de su hermano Edward lo trajo a casa y lo obligó a considerar lo que aguarda más allá de esta vida. Él escribió lo referente a haber sido superado por el gas mientras trabajaba para la compañía de servicio público, su operación posterior, y la visión de una cruz de luz que lo dirigió hacia Dios. Luego describió su propia sanidad milagrosa de un trastorno estomacal y astigmatismo severo, su llamado a predicar, y finalmente la bola de fuego que apareció sobre su cabeza mientras bautizaba en el Río Ohio en 1933 (aunque no mencionó la voz que dijo, “*Así como Juan el Bautista fue enviado para precursar la Primera Venida de Jesucristo, de igual manera tú eres enviado a precursar Su Segunda Venida.*”)

Él concluyó su folleto con estas palabras:

Amado lector, si tan sólo tuviera lugar en este folletito para contarles de todas las cosas que han sucedido, de cómo nuestro tabernáculo fue construido y muchos poderosos avivamientos que hemos celebrado. Hay gente que ha venido de cerca y también de muy lejos para ser sanada. Pero tengo que abreviar para que este folleto se pueda producir económicamente, y así pueda llegar hasta Ud. Estas cosas

son escritas para informarle a Ud. que Jesucristo todavía es el mismo de hoy, como fue ayer, y lo será por los siglos, y para que Ud. se dé cuenta de que debe creerle y ser salvo. Cuando tengamos un avivamiento cerca de Ud., si le es posible, queremos que asista.”

Allí siguieron dos páginas de testimonios por personas que habían sido sanadas milagrosamente, incluyendo una del Sr. Merrill y una de la Sra. Der Ohanion, quienes fueron las primeras dos personas sanadas por medio de una visión después que Bill se había convertido en un Cristiano.

El Sr. Merrill escribió:

“Yo estaba en el hospital en New Albany, Indiana, cuando oí del Hno. Branham. Me había arrollado un automóvil y casi todas mis costillas estaban quebradas y mi espalda estaba torcida. En cuanto a la ayuda médica, yo estaba sin esperanza. Cuando el Hno. Branham oró por mí, todas mis costillas volvieron instantáneamente cada una a su lugar y también sanó mi espalda. El doctor no pudo entenderlo. Me levanté, me vestí y fui a mi casa y al trabajo.

Doy gracias a Dios por Su Poder Sanador.”

– William H. Merrill
1034 Clark Street
New Albany, Indiana

La Sra. Der Ohanion escribió,

“Yo había sido una lisiada por varios años, y por un tiempo ni aun podía salir de la cama. Mis piernas estaban encogidas y por eso no podía andar. Los doctores me dijeron que nunca más andaría. Oí del Hno. Branham y de cómo Dios le estaba contestando las oraciones, y le llamé. Él y otro joven llamado DeArk, vinieron a orar por mí. Inmediatamente mis piernas fueron sanadas. Yo pude andar; todavía estoy andando y ya han pasado 4 años.

Le doy gracias al Señor por Su Poder tan Maravilloso.”

– Sra. Mary Der Ohanion
2223 East Oak Street

New Albany, Indiana

El folleto concluía con un sermón de dos páginas sobre el poder de Jesucristo para sanar hoy en día. Bill escribió,

Muchos que leen la Biblia, dicen: “Si tan sólo yo hubiera vivido en el tiempo de Cristo, hubiera podido ir a Él y me hubiera ayudado.” Amigo, Él está aquí hoy para ayudarte, igual como estuvo en aquel día. Sólo crea al Espíritu Santo porque Él es el Testigo de Jesús. Por favor, allí donde está, crea en Él y Ud. será sanado.”

Miembros de la congregación de Bill distribuían copias de *Jesucristo Es El Mismo Ayer, Hoy Y Por Los Siglos* a sus amigos y familiares, quienes cada uno a su vez repartían copias a sus amigos y vecinos. Con el tiempo este modesto folleto se abriría camino muy dentro de muchos lugares remotos y produciría algunos milagros asombrosos...

DESPUÉS EN aquel verano de 1936 Bill y Hope iban a llegar a Fort Wayne, Indiana, a visitar al papá de Hope. Bill tenía prisa por tomar la carretera, porque si podían llegar a tiempo allí, ellos podían abarcar el culto del Sábado por la noche en el Tabernáculo Redigar, una iglesia que le gustaba visitar cada vez que él estaba en Fort Wayne.

“Hope, no te vas a bañar antes que nos vayamos, ¿verdad?” Bill le echó un vistazo nerviosamente a su reloj.

“No me tomará mucho tiempo. Pero, Bill, si vamos a la iglesia esta noche, voy a necesitar un par de medias nuevas. Mientras me alisto, ¿puedes ir al centro de la ciudad a [la tienda] *JC Penney* y me compras un par?”

“Bueno, si eso acelera las cosas.”

“Sí, así será. Aquí tienes 60 centavos. Ahora asegúrate en traer medias de chifón, no de rayón. Y asegúrate que sean ‘moda completa.’ ¿Te podrás acordar de eso?”

“Claro. Medias de chifón, ‘moda completa.’”

Las medias de chifón eran fabricadas de pura seda, lisas y lujosas. Aunque tres veces más caro que el rayón, el chifón era preferido por cualquier mujer que deseaba sentirse elegante y mirarse de moda. El rayón, por otra parte era a menudo la opción de las mujeres ancianas

que estaban más interesadas en la economía y utilidad antes que en la apariencia. Bill Branham sabía poco con respecto a las modas de las mujeres y tenía dificultad en separar en su mente el chifón del rayón. Para asegurarse que no se le olvidara, se mantenía repitiendo la correcta mientras caminaba hacia la tienda: “Chifón... chifón... chifón... chifón...” Alguien le decía lo saludaba mientras pasaba. “Hola,” contestaba, y continuaba diciendo entre dientes, “Chifón... chifón... chifón...”

Entonces pasó Orville Spon, un viejo compañero de pesca. Orville dijo, “Billy, ¿sabías que las percas están picando allá al lado de aquel último muelle? Algunas de ellas son de *este* tamaño.” Orville extendió las manos para señalar el tamaño.

Bill silbó, bastante impresionado. Los dos hombres discutieron la carnada y los métodos de pesca por unos cuantos minutos. Cuando Bill se alejó, se le había olvidado qué tipo de medias él debía de comprar.

Ahora ¿qué iba él a hacer? Estaría apenado de regresar a casa y decirle a Hope que se le había olvidado. Aparte de eso, le tomaría demasiado tiempo. De pronto pensó en Thelma Ford, una amiga suya que trabajaba cerca en un almacén. Ella probablemente podría decirle lo que él necesitaba saber.

Una vez habiendo cruzado la puerta, Bill se detuvo en la sección de artículos deportivos para admirar su rifle favorito calibre .22 en el anaquel. Era una hermosa arma de fuego, perfecta para la cacería de ardillas. Bill había querido comprarla por más de un año. Pero costaba \$ 17.00 dólares— y él ni siquiera podía reunir los \$ 3.00 dólares para un pago inicial. Bueno, tal vez, algún día...

Thelma Ford venía. “Hola, Billy. ¿En qué te puedo servir?”

“Hola, Thelma. Hope quiere que yo le compre un par de calcetines.”

Thelma arrugó la nariz. “Pues, Billy, Hope no quiere calcetines.”

“Sí, los quiere. Ella los quiere ‘moda completa.’”

“Oh, tú quieres decir medias. ¿De qué tipo las desea?”

Sintiéndose ridículo y no queriendo mostrar más de su ignorancia, Bill decidió alardear de sus cualidades. “¿De qué tipo tienes?”

“Tenemos todo desde rayón hasta—”

“Ese es el que ella desea, rayón. ¿Cuánto cuestan?”

“Cuestan 20 centavos el par.”

“En ese caso me llevaré dos pares.”

Ahora Bill se estaba sintiendo engreído. Cuando llegó a casa bromeó con Hope, “Uds. mujeres siempre están jactándose respecto a cuán buenas compradoras son. Van del otro lado del río hasta Louisville y se pasan todo el día buscando gangas, mientras yo voy directamente al centro de la ciudad aquí en Jeffersonville y compro dos pares de calcetines con el dinero que me diste para un par; y todavía me sobra dinero.”

“¿Trajiste chifón?”

“Sí, lo traje.” Chifón— rayón— todo le parecía igual.

Hope tomó la bolsa y miró al interior. Sonrió. “Sí, Bill, eres un verdadero descubridor de gangas.”

Cuando llegaron tarde a Fort Wayne por la tarde, Bill se enfadó cuando Hope dijo que necesitaba detenerse en un almacén antes de ir a la iglesia. Bill se detuvo y Hope se dio prisa a entrar. Unos cuantos minutos después regresó cargando una pequeña bolsa de papel. Ella no dijo lo que había comprado y, siendo que el pensamiento de Bill estaba concentrado en llegar al Tabernáculo Redigar tan pronto como fuera posible, él no preguntó. Qué poco sabía Bill cuán pronto su inocente error de aquella mañana se volvería a perseguirlo.

UN DESTELLO de luz del sol centelló por la vida de Bill cuando nació su hija el 27 de Octubre de 1936. Le pusieron por nombre Sharon Rose— una inversión de la Rosa de Sarón, uno de los títulos poéticos de Jesucristo. Sharon Rose era una niña hermosa, y Bill la amaba más que lo que a él le encantaba el sol cálido en un día despejado de otoño. Él no sabía que el nacimiento de Sharon sería el último rayo de felicidad en tocarlo durante muchos años.

Las oscuras nubes comenzaron a acumularse en Noviembre. Primero, murió la cuñada de Bill. Entonces uno de sus hermanos fue matado, Edward Charles Branham, hijo, de 17 años de edad. Un Domingo en la noche Charlie se hizo llevar en automóvil en el estribo exterior de un automóvil conducido por una persona ebria. El automóvil chocó de refilón contra un poste de energía eléctrica, raspando a Charlie, fracturándole el cuello. Bill estaba predicando en la iglesia en ese momento. Otro de sus hermanos le trajo las noticias. Inmediatamente Bill despidió el servicio, pero para cuando él llegó al hospital su hermano Charlie ya estaba muerto.

La muerte del joven Charlie afectó tremendamente al padre de

Bill. Todavía quebrantado en salud y desesperadamente pobre, Charles Branham, padre, comenzó a meditar en su vida, tanto en su pasado como en su futuro. Una mañana Bill lo vio sentado en medio de las manceras de un arado, llorando. Bill le preguntó, “¿Qué ocurre, papá?”

“Tú no lo entiendes, Billy, pero algún día lo entenderás. Yo deseo ver la antigua tierra natal otra vez. Tengo 52 años de edad, y no he regresado allá como por 25 años.”

“Si Ud. desea regresar allá, papá, yo le daré el dinero para que vaya.”

Por una última ocasión, Charles visitó el lugar cerca de Burkesville, Kentucky, donde nació. Cuando regresó a Jeffersonville, se sentó en una cantina, pensando en cómo es que él había saboteado su vida con el alcohol. Un hombre le ofreció comprarle una bebida. Sintiendo culpable, pero incapaz de detenerse a sí mismo, él aceptó. A medida que el ligero líquido café llenaba su medida para licores, Charles dijo, “Presten atención, muchachos, tengo un hijo parado allá en un púlpito esta noche. Ese muchacho está bien y yo estoy mal. No permitan que este licor desacredite a mi hijo.” Cuando él llevó a sus labios la copita que contenía un solo trago, su mano temblaba tan intensamente que la mayor parte del whisky se derramó sobre su barbilla. Charles prorrumpió en llanto y lloró. Tomando su sombrero, se salió.

Dos semanas después, el 30 de Noviembre de 1936, Charles Branham sufrió un ataque masivo al corazón. Él todavía estaba vivo cuando Bill llegó a su lecho. Bill acostó la cabeza de su padre en sus brazos. Aquellos mechones de cabello negro rizado estaban apenas comenzando a volverse canosos en las sienas. Bill pensó, “Yo contribuí a poner esos cabellos canosos allí. ¿Cuántos pesares le he causado?” Él miró a la mano de su padre, que le faltaba un dedo de un accidente con una desfibradora, y él pensó en cuán arduamente había trabajado este hombre para criar a sus diez hijos. A Bill no le interesaba lo que alguien más pensara de Charles; este hombre era su padre, y él lo amaba.

Charles alzó su vista hacia los ojos de su hijo mayor. “Billy,” dijo en voz baja, “he estado mal.”

“Papá, no es demasiado tarde para cambiar.”

Y allí mismo junto al lecho de muerte de su padre, Bill lo guió al Señor de toda vida y esperanza, Jesucristo. En el lapso de la hora

Charles fue a encontrarse con su Hacedor. En ese momento Bill vio a un ángel blanco de pie enfrente de él. A través de su dolor, Bill al menos sabía que el alma de su padre estaba segura en Cristo.

LA SIGUIENTE desgracia comenzó una semana antes de Navidad cuando ambos hijos de Bill cayeron enfermos con resfriados. Pronto Hope estaba sorbiendo los mocos y tosiendo junto con ellos. La temperatura en el exterior había bajado por debajo de cero. Hope puso sábanas en la base de las puertas y toallas a lo largo de los alféizares para reducir las corrientes de aire. Eso ayudaba un poco, pero a causa de que la casa tenía tan poco aislamiento, la estufa de la cocina tenía dificultad para mantener calientes las dos habitaciones.

En 1936 la Navidad cayó en un Viernes. El día anterior a Navidad, Hope fue con una amiga del otro lado del río a Louisville, Kentucky, a comprar algunos regalos de último minuto para los niños. Bill se presentó a trabajar como de costumbre. En su receso de medio día abrió una cuenta de ahorros para Sharon Rose, introduciendo 80 centavos— su regalo de Navidad para su hija de dos meses de edad. Luego dejó un regalo de Navidad en la oficina de su compañero de juventud, Sam Adair, quien recientemente acababa de regresar de la Facultad de Medicina para abrir un consultorio privado en Jeffersonville.

Después esa tarde Bill recibió una llamada urgente. Mientras andaba de compras en Louisville Hope se había desmayado en la calle. Ahora estaba en la casa en cama, desesperadamente en necesidad de atención de él. Bill se fue corriendo y encontró a Hope enredada en sábanas, tiritando incontrolablemente. Él le tocó la frente. Su piel se sentía ardiendo.

Bill llamó a Sam Adair, quien vino de inmediato. El doctor Adair introdujo el termómetro debajo de la lengua de Hope. Poniendo su estetoscopio contra el pecho de ella, él escuchó y frunció el ceño. Luego chequeó el mercurio. “Oh, cielos, tiene fiebre de 105 grados [Fahrenheit] [43 grados centígrados]. Bill esto es grave. Ella tiene neumonía. Necesitas darle jugo de naranja toda la santa noche. Hazla que beba al menos dos galones [7.57 litros] para abatir esa fiebre.”

Bill se sentó junto a la cama de Hope por toda la noche, dándole sorbos de jugo de naranja. Ya para la mañana de Navidad la fiebre había bajado unos cuantos grados.

La Sra. Brumbach hizo una visita corta para ver a su hija y se horrorizó por la habitación fría y con corrientes de aire. “William, esta casa no está provista de calor suficiente para abrigar a Hope. Voy a llevármela a mi casa.”

Bill dijo, “Yo preferiría preguntarle al Doctor Adair si debiéramos moverla.”

“¿Adair? Yo no le preguntaría a él nada. Ese muchacho no tiene suficiente cordura para buscar un lugar donde guarnecerse de la lluvia. Traeré al Dr. Lawrence para que la vea.” Se marchó.

Bill llamó al Doctor Adair, quien le aconsejó, “Bill, no la muevas. Si sacas a Hope en este estado del tiempo glacial ahora mismo, eso la matará.”

“Pero, Doctor, su mamá va a hacerlo de todos modos.”

“Entonces me libraré del caso ahora mismo. Bill, te amo como un hermano; tú sabes eso. Pero no puedo ser responsable por Hope bajo esas condiciones. Tendré que dejar el caso y cedérselo al Dr. Lawrence.”

“Pues, doctor, tú sabes dónde están mis sentimientos.”

Con sus pensamientos en confusión, Bill se fue andando hacia la iglesia, se puso de rodillas y oró, “Señor, yo amo a mi esposa. Por favor ten misericordia de ella y sánala. ¿Lo harás, Señor?”

Bill vio un lienzo negro cayendo enfrente de él, parecido a la cortina que pone fin a una función de teatro. Él se quedó boquiabierto en horror ante la visión. Luego, mientras observaba, nubes grises color pizarra obstruyeron al sol. Lluvias torrenciales azotaron el campo, causando que el Río Ohio creciera hasta que finalmente los diques que protegían a Jeffersonville se derrumbaron, inundando las partes más bajas de la ciudad. Él vio a un varón descender del cielo con una regla para medir en su mano y medir el agua sobre la Calle Spring a 22 pies [6.70 metros] de profundidad.

La visión perturbó a Bill. Hasta aquí, cada visión momentánea que él había visto del futuro se había hecho realidad. Él compartió la visión alrededor de la ciudad, esperando que la gente hiciera caso, se prepararan, y por consiguiente vidas pudieran ser salvadas. Pero aquellos a quienes les contó o se rieron disimuladamente, se rieron entre dientes, o francamente se rieron a carcajadas. Incluso aquellos en su propia congregación se mostraron escépticos— como el anciano Jim Wiseheart, quien dijo, “Billy, la peor inundación que alguna vez hemos tenido fue en 1884, y entonces hubo únicamente

como 6 pulgadas [15.24 centímetros] de agua sobre la Calle Spring.”

Bill repitió la visión. “Yo vi a un varón descender de los cielos, tomar una regla para medir, y la metió allí en la Calle Spring y dijo, ‘Veintidós pies.’” [6.70metros]

Jim Wiseheart se burló, “Au, Billy, tan sólo estás excitado.”

“No estoy excitado. ¡Eso es ‘así dice el Señor’! Y además, el mismo Dios que me dijo que habrá una inundación, me mostró una cortina negra que se ha interpuesto entre Él y yo. Algo nos ha separado. Él no me escucha cuando oro por mi esposa. Estoy preocupado de que ella nunca podría salir de esto.”



Bill y Hope atrás de la casa de los papás de él.

Capítulo 20 La Inundación Desastrosa

1937

AUNQUE Billy Paul y Sharon Rose se recuperaron rápidamente de sus resfriados, la neumonía de Hope se aferró tenazmente. Ella se pasó de plano el mes de Enero encamada en la casa de su madre, incapaz de hacer algo por sí misma. Bill se encargaba de sus hijos después de trabajar, pero durante el día él tenía que dejarlos con una niñera. Él contrató a Meda Broy. Meda tenía ahora casi 18 años de edad. Ella se había graduado de la preparatoria el mes de Mayo pasado y todavía no había encontrado un trabajo de tiempo completo, así que esta fue una buena manera para que ella ganara un poco de dinero extra y al mismo tiempo echarle una mano a su pastor.

En la última mitad de Enero de 1937, un frente de tormenta entró a la parte noreste de los Estados Unidos. Durante dos semanas lluvia fría llovió a cántaros la inmensa área de los Montes Apalaches desaguada por el Río Ohio. Cada día el Río Ohio hacía que aumentara más de nivel los costados de los riberos que protegen a Jeffersonville y Louisville. Y las lluvias seguían cayendo— algunas ocasiones como nieve, pero más a menudo como aguanieve. Los hombres patrullaban constantemente los diques. Si uno se rompía, centenares de millas de tierras de labrantía estarían inundadas, así como las partes bajas de todos los pueblos ribereños en el área. Los riberos estaban bien construidos, pero eran únicamente de tierra; no podrían soportar aguas tan altas por un prolongado periodo de tiempo. Día con día los diques se debilitaban. Finalmente llegó el momento a mediados de Febrero cuando las autoridades civiles decidieron evacuar a todos los que vivían en áreas de riesgo.

Todo el día las carreteras estaban llenas de gente mudándose a

terrenos más elevados. Tanto la casa de Bill como la de la Sra. Brumbach se ubicaban en una de las áreas amenazadas, así que Bill tuvo que encontrar en alguna parte para llevar a su esposa. Primero Bill cotejó con los hospitales habituales. Desafortunadamente todos estaban llenos. Bill tuvo que mudar a Hope y a sus hijos a un hospital provisional montado por el gobierno. Luego él se unió al esfuerzo de evacuación civil.

A pesar del amplio aviso previo, algunas personas todavía se quedaron en sus casas, a menudo porque no tenían los medios para viajar. Los voluntarios trabajaban febrilmente ya entrada la noche, intentando encontrar a tales personas y sacarlas antes que fuera demasiado tarde. Alrededor de la media noche una porción del ribero en el lado de Indiana del río se desbordó, mandando un muro masivo de agua estrellándose contra el centro de la ciudad de Jeffersonville. Cada sirena en la ciudad lloraba un último aviso urgente— lo peor había llegado.

Bill estaba en el otro lado de la ciudad en ese momento, patrullando con su camioneta de la compañía de servicio público. Él tenía su lancha en la parte de atrás, tan sólo para en caso que fuera necesario. Un mensaje se oyó en su radio, “Bill, se ha desbordado de nuestro lado. Date prisa y desplázate hasta la calle Chesnut con tu lancha. Vamos a necesitar de tu ayuda.”

Cuando Bill llegó a la localización transmitida por el radio, varios hombres señalaron hacia el otro lado de las aguas turbulentas que estaban haciendo remolinos alrededor y entre las casas. “Hay una madre y un grupo de niños dejados desamparados allá. No podemos llegar con ellos. ¿Crees que podrías llegar a ellos con tu lancha de motor?”

Mirando fijamente dentro de la aguanieve y la penumbra, Bill podía distinguir una figura de pie en el porche de una casa cerca de donde el dique se había roto. El torrente estaba saliendo a borbotones a través de aquel agujero en la barrera contra inundación y la casa se estaba sacudiendo violentamente del ataque violento del agua. A través del ruido del viento y el estruendo de las aguas de la inundación, Bill podía oír tenuemente a la mujer gritando por auxilio. La corriente se miraba terrible. “Haré todo lo que pueda. Ayúdenme a meter mi lancha al agua.”

Poniendo en marcha su motor, Bill intentó dirigirse directamente hacia la mujer dejada desamparada, pero la corriente era demasiado

fuerte y lo mantenía empujándolo fuera de la ruta. Así que él dirigió la proa de su navío aguas arriba y tiró al máximo del acelerador, abriéndose paso con dificultad en dirección al origen de la inundación. Su pequeño motor y hélice luchaban para avanzar. Cuando llegó tan cerca como se atrevió al ribero colapsado, hizo girar su lancha y se fue a toda velocidad transversalmente hacia la corriente, la cual lo llevó diagonalmente hacia su objetivo.

Él se impactó contra el costado de la casa y rápidamente aseguró la lancha a uno de los postes del porche. La madre se había desmayado. Ella se miraba tan lastimosa tirada con brazos y piernas extendidas sobre el helado porche, con la aguanieve pegándole el cabello a su cabeza y su ropa a la piel. Detrás de ella, dos niñas pequeñas se apiñaban apenas adentro de una entrada abierta, aterrorizadas. Bill se las arregló para quitarlas a las tres del resbaladizo porche e introducir las a su lancha que se agitaba sin contratiempo.

Él apuntó su lancha directamente hacia terreno alto donde estaba estacionada su camioneta, pero la poderosa corriente lo obligó a desembarcar casi a una milla [1.6 kilómetros] abajo de donde se había puesto en marcha. Un grupo de colaboradores de salvamento ayudó a las niñas primero desde la lancha. Cuando levantaron a la madre inconsciente para sacarla de la lancha, ella se reanimó y comenzó a gritar histéricamente: “¡Mi niña! ¡Mi niña! Oh, ¡no dejen a mi niña!”

Asustado, Bill miró a las dos niñas que había rescatado. La menor tenía al menos dos años de edad. El pánico le hizo tener escalofrío más severo que la aguanieve azotándole el rostro. ¡Él no había revisado dentro de la casa! ¡Él debió haber dejado una niña pequeña dentro de aquel edificio declarado en ruina! Bill les gritó a otros colaboradores de salvamento: “Regresaré y traeré a la niña.” Los hombres asintieron con la cabeza.

Bill dio una vuelta a su lancha y se abrió paso con dificultad de vuelta aguas arriba hacia la barrera contra inundación. Al momento que había llegado a su objetivo, parte del porche ya no estaba y el resto de la casa parecía como si pronto le seguiría. Bill amarró su lancha a uno de los postes del porche que quedaban y corrió hacia dentro de la casa, buscando desesperadamente de una habitación a otra. No había ninguna niña. ¿Qué podría significar eso? Entonces comprendió: la madre había estado inconsciente por todo el periodo de rescate; ella no sabía que sus dos niñas estaban a salvo. Ella se

debía haber estado refiriendo a su hija menor cuando gritaba, “¡Mi niña!”

Alrededor de él la casa crujió como llegando a su fin. El yeso caía del techo como lluvia y reventaba de las paredes como palomitas de maíz. Un fuerte *crac* resonó al caer la habitación. El piso se sacudió mientras la casa cambiaba de sitio, enviando a Bill a estrellarse contra la puerta de un armario. Otro *crac* sonó cerca detrás del primero, junto con el ruido de madera que se partía. La construcción estaba siendo desarraigada de su cimiento.

Corriendo por el pasillo, Bill se arrojó por la puerta principal, sin saber que el porche se acababa de separar completamente de la casa. Él cayó en agua helada. Por la gracia de Dios él se las arregló para asirse al borde del porche mientras iba llevado a la deriva en las olas. Sacándose él mismo del agua, subió gateando sobre las tablas desordenadas hacia su lancha de salvamento. Con los dedos entumecidos él deshizo el nudo corredizo. Momentos después, la construcción en ruinas se desprendió completamente de su cimiento y fue arrastrada por la corriente dentro de la noche.

Bill sabía que todavía no estaba fuera de peligro. El motor se había parado mientras él estaba registrando la casa y ahora su endeble navío estaba siendo arrastrado incontrolablemente a través de las calles inundadas. En cualquier momento él podía ser volcado por una ola o por la rama de un árbol. Bill agarró la cuerda de tiro, cubierta de hielo, y colocó el extremo con el nudo dentro de la muesca en el volante del motor. Él tiró duro. Nada sucedió. Tiró otra vez; todavía nada. Él accionó el ahogador y tiró otra vez; seguía sin arrancar. A estas alturas la máquina estaba inundada. Una y otra vez Bill dio un tiró a esa cuerda de arranque hasta que sus agotados músculos pidieron un descanso. La máquina se negaba a encender.

Mientras tanto, la corriente lo había llevado del otro lado hacia la Calle Market, luego a través de otro hueco en la barrera contra inundación allá sobre el Río Ohio mismo. El terror renovó la energía de Bill. ¡Tan sólo minutos más abajo de él retumbaban las Cataratas del Ohio!

Olas de quince pies [4.57 metros] se ondulaban alrededor de él. Bill batallaba para mantener el equilibrio mientras peleaba con aquel motor terco. Entre los estirones, parecía como que podía escuchar una voz que le decía, “*Ahora ¿qué piensas de tu decisión de no ir allá entre ese montón de gente Pentecostal?*” Bill dio un tirón otra

vez a la cuerda de arranque— nada.

Él podía escuchar las Cataratas del Ohio bramar allá adelante. Poniéndose de rodillas sobre el agua helada que salpicaba alrededor del fondo de la lancha, Bill entrelazó sus dedos congelados y oró desesperadamente, “Señor, tengo a una esposa enferma y dos niños enfermos postrados allí en el hospital. En tan sólo unos cuantos minutos más me hundiré debajo de esas cataratas. Oh, Señor, por favor ayúdame. No quiero morir aquí en el río y dejar a mi familia desamparada.”

Un pensamiento divergente interrumpió su oración. Parecía como que él podía oír a su suegra diciendo, “Basura. Ellos no son otra cosa que basura. Nunca te daré permiso que arrastres a mi hija allá entre escoria como esa.”

Temblando de culpabilidad, Bill oró, “Amado Dios, sé que he hecho mal, pero por favor perdóname. Jesús, por favor ten misericordia de mí. ¡Por favor pon en marcha mi motor!”

Las cataratas rugían más fuerte al momento. Poniéndose de pie, Bill tiró otra vez de la cuerda de arranque. En esta ocasión el motor hizo un ruido fuerte, tosió dos veces, luego arrancó. Bill dio media vuelta a su lancha y le dio toda la gasolina que podía. Lentamente ganó distancia contra la corriente hasta que finalmente estaba lo suficiente lejos de las cataratas que él podía con toda seguridad apuntar su proa hacia la tierra de Indiana.

Él arribó muy abajo por Howard’s Park; a millas de donde había principiado; casi hasta New Albany. Amarrando su lancha a un árbol, comenzó a regresar a pie en dirección a Jeffersonville.

Fue temprano en la mañana cuando finalmente deslizó su cuerpo agotado detrás del volante de su camioneta de servicio. Inmediatamente arrancó para ver a su esposa e hijos, pero tuvo que desviarse cuando encontró el camino obstruido por la inundación. Él intentó una ruta diferente. También estaba obstruida. Después de casi una hora de intentos frustrados, Bill comprendió que cada camino que iba con esa dirección era intransitable. De repente una nueva ola de terror se derramó dentro de su corazón. ¿Podría estar anegado con agua el hospital del gobierno? Se fue corriendo hacia las oficinas del gobierno y encontró a un amigo suyo, el Comandante Weekly.

“Comandante, ¿se ha derrumbado el hospital?”

“Billy, hay arriba de 20 pies [6.09 metros] de agua allí en esa área.

¿Tenías a alguien allí?”

“Sí, una esposa enferma y dos niños enfermos.”

“No te preocupes; todos fueron evacuados. Los pusieron a todos en un tren y los transportaron allá al norte a Charlestown. Me temo que no muy agradable. Todo lo que se tenía disponible eran furgones para ganado.”

Alguien más dijo, “Oí que el tren fue arrasado donde los puentes de caballete atraviesan el Arroyo Lancassange. Creo que todos se ahogaron.”

Todas las líneas telegráficas y telefónicas estaban cortadas por la corriente entre Jeffersonville y Charlestown, así que no había manera de recibir más información sin tener que ir allá. Bill saltó dentro de su camioneta y se dirigió por el Utica Pike hacia Charlestown, 12 millas [19.32 kilómetros] al norte de Jeffersonville. El Arroyo Lancassange lo paró en seco. Había retrocedido por millas, inundando sus riberas, convirtiendo los campos de maíz en ciénegas e inundando millas de carretera. Bill regresó a toda velocidad hacia Jeffersonville, cargó su lancha, llenó el tanque de gasolina, y regresó a donde el Utica Pike y las vías de ferrocarril habían desaparecido bajo el agua.

La aguanieve se había convertido en granizo y estaba rebotando en el piso de su lancha mientras Bill introducía el casco en el agua. Él intentó seguir aquellas vías del tren subacuáticas y lo hizo muy bien por una milla [1.6 kilómetros]; pero cuanto más llegaba al centro del arroyo, la corriente luchaba más fuerte contra él, hasta que finalmente lo quitó completamente del curso. Pronto él estaba perdido sin esperanza en un laberinto de campos de maíz pantanosos situado entre parcelas de bosques. Se volvió demasiado peligroso ya sea avanzar o retroceder. Tanto como si apuñalara su corazón el hacerlo, Bill sabía que tendría que aguantarse y esperar hasta que acabara la tormenta. Él varó su lancha en una isla pequeña, se construyó un cobertizo de ramas de árbol, y provocó un fuego. Luego se sentó a esperar... y a preocuparse.



Vista aérea de la inundación en Jeffersonville



Lancha de motor usada durante las labores de rescate



Bill durante las labores de rescate

Capítulo 21 Muere Hope

1937

LA INUNDACIÓN DEL AGUA aisló a William Branham en aquella pequeña isla durante tres miserables días. La mayoría del tiempo se la pasó atormentándose, imaginándose lo peor, figurándose a su esposa e hijos flotando boca abajo en el río, suspendidos en un montón de maleza en algún sitio. Estos tipos de pensamientos casi desgarraban su alma. En angustia imploró auxilio de su Maestro. Pero no importaba cuán fervientemente oraba, no podía encontrar consuelo en el Señor. Parecía como si Dios le hubiera dado la espalda y se estaba negando a escucharlo. Cada vez que Bill oraba, sus pensamientos giraban en dirección a aquella gente Pentecostal que había conocido en Mishawaka. ¿Eran ellos realmente “escoria” de las otras iglesias? O ¿habían ellos abandonado aquellas iglesias porque habían descubierto algo genuino? Sentado hora tras hora en su isla carcelaria, Bill tuvo suficiente tiempo para considerar si aquella gente emocional Pentecostal era basura o no; y si a fin de cuentas él debió haber prestado atención a la opinión de su suegra por encima de la guianza del Espíritu Santo.

Al segundo día de su confinamiento, la lluvia finalmente se detuvo; la cubierta de nube disminuyó; y ocasionalmente el sol brillaba. Un avión lo localizó y le arrojó comida. Al tercer día, el viento se calmó y Bill decidió intentar otra vez atravesar. Él se las arregló para seguir avanzando en su lancha otra milla [1.6 kilómetros] a lo largo del arroyo inundado hasta una pequeña comunidad llamada Port Fulton, ubicada en terreno apenas lo suficiente alto que las olas únicamente chocaban contra unos cuantos peldaños. Él permaneció en Port Fulton durante siete días, deseando

con ansia que la inundación del agua descendiera y la corriente disminuyera. Finalmente ya no podía aguantar la espera. Hizo otro intento en llegar a la orilla lejana y en esta ocasión lo logró.

Asegurando su lancha a un árbol, se fue caminando por la carretera en dirección a Charlestown. Cuando llegó a los límites de la ciudad, les preguntó a todos los que veía si sabían algo respecto a un tren que venía de Jeffersonville momentos antes que la inundación arrasara las vías del tren. Ninguno de los que él les preguntó sabía algo al respecto. Descorazonado, Bill caminó pausadamente calle arriba en dirección a la estación de ferrocarril.

Un automóvil apareció al lado de él y se detuvo, “Pues, Billy Branham, ¿qué es lo que te trae a Charlestown?” Se trataba del Coronel Hayes, un viejo amigo de la familia. Después que Bill le explicó su difícil situación, el Coronel Hayes dijo, “Súbete Billy. Te ayudaré a encontrarlos.”

Pronto estaban parados en la entrada de la oficina de despacho del ferrocarril. Bill temblaba mientras preguntó, “Hace diez días —la noche que se desbordó el dique en Jeffersonville— ¿hubo un tren que entró como a la medianoche? Había estado compuesto de furgones para ganado, pero los furgones estaban llenos de gente— gente enferma.”

“¿Cómo se me podría olvidar ese tren?” contestó el despachador. “Fue el último que pasó antes que las vías fueran arrasadas.”

Bill sintió una oleada de alivio. “¿Qué les pasó a esas personas?” preguntó ansiosamente.

“No podría decirte. El tren nunca se detuvo aquí. No sé a dónde fue a parar; pero el maquinista que lo conducía estará pasando en un momentito. No te despegues de aquí.”

El maquinista fue más servicial. “¿Una madre con dos niños pequeños? Sí, recuerdo ese caso. Todos ellos estaban muy enfermos. Los bajamos en Columbus, Indiana. Joven, posiblemente no puedas llegar allá. La inundación del agua tiene a todos los trenes aislados de Columbus y todos los caminos también están interceptados.”

Mientras Bill y el Coronel salían de la estación, Bill se ponía nervioso de preocupación, frotándose las manos y tronándose los dedos. El Coronel Hayes puso una mano firme sobre el hombro de Bill y dijo, “Puedo llevarte allí, Billy. Conozco una vía a través de los caminos vecinales traseros que van contiguos al terreno alto. Estoy muy seguro que evitará el agua.”

“Entonces pongámonos en marcha.”

Columbus, Indiana, estaba a 50 millas [80.5 kilómetros] más lejos al norte. Llegaron allí al oscurecer y pronto se enteraron de una iglesia Bautista que había sido convertida en un hospital temporal para acomodar a todos los enfermos y heridos víctimas de la inundación. Cuando llegaron enfrente del edificio, Bill subió corriendo los escalones, abarcando tres de una zancada. El auditorio estaba completamente lleno de gente. Las bancas habían sido amontonadas contra una pared, y ahora muchas hileras de camillas del ejército estaban acomodadas en línea en el piso. El ruido y la confusión dominaban la enorme sala— personas andando por los pasillos y hablando; pacientes gimiendo y tosiendo. Bill gritaba desesperadamente, “¡Hope! ¡Hope! ¿Dónde estás?” Los rostros volteaban en dirección a él. A Bill no le importaba. Él corría entre las camillas, buscando aquel rostro que significaba más para él que ningún otro. “Hope, ¿dónde estás, cariño?”

Muy allá al final de la sala, Bill vio una mano delgada alzarse en el aire. Se fue deprisa por la fila de camillas hasta que llegó a la cama de ella. La primera mirada a su amada esposa le hizo estremecerse involuntariamente. “Amado Dios, ¡ten misericordia!” pensó él. La piel de Hope se miraba tan blanca como el algodón. Sus brazos se miraban tan delgados; ella debió haber bajado más de 25 libras [11.34 kilogramos] de peso. Sus ojos se habían hundido profundamente en su cabeza y los huecos de sus mejillas se habían hundido tanto que el contorno de sus pómulos podía ser visto fácilmente.

Hope alzó la vista hacia él fijamente y sonrió débilmente. “Me miro horrible, ¿verdad, Bill?”

Bill batallaba para mantener su voz sin que se le quebrara. “No, cariño, te miras bien. ¿Dónde están Billy Paul y Sharon?”

“Alguien los ha llevado por allá en una habitación. No me permiten verlos.”

Una mano tocó el hombro de Bill. “¿Es Ud. el Reverendo Branham?”

“Sí.”

“Soy uno de los doctores aquí. ¿Podría hablar con Ud. en privado por unos cuantos minutos?”

Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído de Hope, el doctor dijo, “Reverendo Branham lamento tener que ser la persona

que tenga que decirle esto, pero su esposa ha contraído pulmonía tuberculosa. No creo que podamos detener eso ahora.”

Las palabras del doctor se sentían como un bisturí cortando en tajadas el pecho de Bill. “No, doctor, no puede ser. Dios puede salvarla.”

“Bueno, eso podría ser cierto; pero en lo que a la ciencia médica se refiere, ella no tiene remedio. No hay nada más que podamos hacer por ella. También me estoy encargando de sus hijos. Su niño está muy bien, pero su niña está muy enferma con pulmonía. Ud. será un hombre muy afortunado si ella se salva de la enfermedad.”

Bill sollozó, “Oh, Dios, ten misericordia.”

“No prorrumpe en llanto enfrente de su esposa,” le amonestó el doctor. “Eso únicamente acrecentará el sufrimiento de ella. Ella no sabe que se está muriendo.”

Bill batalló para volver a mantener su angustia bajo control. “¿Cuándo puedo llevármela a ella y a los niños de vuelta a Jeffersonville?”

“Tan pronto como se abran los caminos.”

Al volver a la camilla de Hope, Bill dijo, “Cariño, el doctor me dijo que puedo llevarte a casa en unos cuantos días. Conseguiremos que el doctor Adair te atienda.”

Los labios delgados de Hope formaron un semicírculo ligeramente en una sonrisa lastimosa. “Eso estará bien, Bill. Tal vez Dios tenga misericordia y me permita vivir.”

Batallando para mantener su voz sin que se quebrara, Bill dijo, “Con todo mi corazón, espero que Él lo haga.”

DURANTE CINCO MESES Hope estuvo confinada al hospital en Jeffersonville. El Dr. Adair probó cada artimaña en su maletín negro de doctor para sacarla de su deslizamiento descendente. Nada surtía efecto.

Cuando Hope comenzó a escupir sangre, Bill se puso más desesperado con preocupación. Era poco lo que el Dr. Adair podía hacer para tranquilizarlo, con excepción de explicar lo que estaba sucediendo. “El bacilo de tuberculosis infectando sus pulmones ha perforado un vaso sanguíneo en el árbol bronquial. De allí es de donde procede la sangre.”

“Doctor, ¿no hay algo más que podamos intentar? Estoy

desesperado.”

“Conozco a un tal Dr. Miller que labora en un sanatorio en Louisville. Él ha tenido mucha experiencia con la tuberculosis; él podría tener algunas sugerencias. Le llamaré.”

El Dr. Miller cruzó el río para examinar a Hope antes de emitir su opinión. “La enfermedad parece estar muy avanzada. La única cosa que podría funcionar es neumotórax artificial.”

Bill miró perplejo. “¿Qué es neumotórax?”

“*Neumo* quiere decir pulmones y *tórax* es la cavidad torácica que contiene al corazón y los pulmones. El neumotórax es una condición donde el aire o el gas han entrado al área *entre* los pulmones y la pared torácica, incrementando la presión en esa región, la cual cada uno a su vez provoca que se colapsen los pulmones. Esto sucede espontáneamente en algunas enfermedades pulmonares y generalmente es muy malo. En el neumotórax artificial nosotros colapsamos un pulmón a propósito. Siendo que la bacteria que causa la tuberculosis necesita elevados niveles de oxígeno para sobrevivir, si colapsamos un pulmón al mismo tiempo algunas veces podemos sofocar el microbio.”

“Eso parece riesgoso. ¿Qué está involucrado?”

“Necesitamos introducir una aguja entre las costillas y la cavidad torácica. Entonces inyectamos cantidades moderadas de aire, colapsando un pulmón al mismo tiempo. Gradualmente los pulmones absorben este aire, de modo que tenemos que inyectar más aire en intervalos durante la duración del tratamiento.”

Ahora Bill no estaba seguro. “Parece riesgoso.”

“No hay garantías,” dijo el Dr. Miller.

Bill habló de eso con Hope y ella estuvo de acuerdo en correr el riesgo. El hospital en Jeffersonville no tenía una máquina para neumotórax, así que Bill pidió prestado el dinero para rentar una de un hospital en Louisville. Él sostenía la mano de Hope mientras los doctores entumecían el costado de Hope e introducían una aguja en el espacio entre sus costillas y su cavidad torácica. Durante todo el procedimiento, Hope se mordía el labio y apretaba la mano blanca de Bill. Ella estaba sufriendo terriblemente. Cuando el Dr. Miller terminó, Bill tuvo que abrir con fuerza los dedos de Hope de la mano de él.

Después del tratamiento, el Dr. Miller quiso que se tomara una radiografía de ambos pulmones. Los examinó cuidadosamente y

luego llamó a Bill dentro de una sala de consulta. “Reverendo Branham, me temo que hemos fracasado. Los pulmones de su esposa ya están demasiado deteriorados. No hay nada en el mundo que podamos hacer ahora por ella. El Dios Todopoderoso la está llamando ahora. Me temo que ella puede únicamente vivir unos cuantos días más.”

Atormentado más allá de la expresión, Bill volvió al cuarto de Hope. Ella se miraba tan pálida y frágil, como una muñeca de porcelana grande acostada sobre la cama. Cuánto la amaba él. ¿Qué haría sin ella? Y los niños— Billy Paul ni siquiera tenía dos años de edad; y Sharon Rose tenía escasamente nueve meses— ¿qué harían ellos sin una madre?

Hope preguntó, “¿Te dijo algo el doctor?”

Bill meneó la cabeza. “No me preguntes, amorcito. Tengo que irme a trabajar ahora, pero regresaré cada ciertas horas para inspeccionarte.” Él detestaba el apartarse de su lado, pero se había endeudado con cientos de dólares en gastos médicos en los pocos meses pasados y necesitaba mantenerse trabajando para liquidarlos.

El Jueves 22 de Julio, Bill estaba patrullando a 30 millas [48.3 kilómetros] al norte— cerca de Scottsburg, Indiana— cuando el mensaje fatal llegó finalmente en su radio: “Llamando a William Branham, tu esposa se está muriendo. Si quieres verla viva, vale más que vengas ahora.”

Bill paró su camioneta al lado del camino y se bajó. Desabrochándose el cinturón de su arma, lo puso sobre el asiento; luego se quitó el sombrero y se puso de rodillas al lado del camino. Inclinando su rostro ante Dios, él oró, “Padre Celestial, he hecho todo lo que puedo hacer. Tú sabes que estás arrancando la mismísima alma de Tu siervo; pero yo probablemente quité Tu alma precipitadamente cuando escuché a mi suegra en vez de a Ti. Yo te dije antes que lo lamentaba. Señor, por favor, no permitas que muera Hope hasta que pueda verla una vez más.”

Subiéndose de vuelta a la cabina, puso a funcionar su sirena, y aceleró hacia el hospital tan rápido como la camioneta podía correr. Resonando los pasos y entrando por la puerta principal, vio a Sam Adair bajando de la sala en dirección a él. El Dr. Adair le echó una mirada a Bill, agachó la cabeza, y entró por una puerta lateral de modo que Bill no tuviera que enfrentarse con él. Bill bajó corriendo hacia abajo a la sala y tiró de la puerta para abrirla.

Sam puso su brazo alrededor de él y gimió con compasión. “Billy, amigo.”

“Dime, doctor, ¿todavía está viva?”

“Creo que así es, Billy. Pero no por mucho tiempo.”

“Doctor, ven conmigo a su cuarto, ¿quieres?”

El Doctor Adair bajó la cabeza. “Oh, Bill, no me pidas que vaya. Hope me ha cocido en el horno muchos pasteles. Ella es como mi hermana. No puedo soportar el volver otra vez a ese cuarto.”

Una enfermera abrió la puerta y se introdujo en el cuarto. “Reverendo Branham, quiero que se tome esta medicina. Ella le tranquilizará los nervios.”

Bill la apartó con la mano y se dirigió al cuarto de Hope. La enfermedad le dijo, “Yo iré con Ud.,” y lo siguió.

El Doctor Adair lo llamó, “Bill, ella está inconsciente.”

Hope yacía sobre la cama con un lienzo blanco cubriéndole el rostro. Bill levantó el lienzo. Los ojos de ella estaban cerrados y su mandíbula abierta. Su cuerpo había enflaquecido a menos de cien libras [45.36 kilogramos]. Bill puso su mano sobre la frente de ella; se sentía fría y húmeda. Tomándola por el hombro, la sacudió suavemente. “Hope, amorcito, respóndeme. Yo te amo con todo mi corazón. ¿Me hablarás tan sólo una vez más?” No hubo respuesta, ningún movimiento. Bill oró en voz alta, “Dios, sé que he estado mal, pero por favor permíteme que me hable tan sólo una—”

Antes que terminara su oración, los párpados de Hope parpadearon, luego se abrieron. Ella intentó levantar los brazos, pero estaba demasiado débil. Sus labios se movieron, hablando palabras casi imperceptibles. “Es tan fácil,” dijo ella. “¿Por qué me hiciste volver?”

Bill se inclinó sobre la cama para escucharla mejor. “¿A qué te refieres, amorcito?”

“Bill, tú has hablado de eso, has predicado sobre eso, pero no tienes la menor idea de cuán hermoso es.”

“¿De qué estás hablando?”

“Yo me estaba yendo al hogar. Había dos personas vestidas de blanco, uno parado a cada costado de mí. Estábamos bajando por un sendero bordeado de flores espléndidas y elegantes palmeras. Pájaros hermosos estaban por todas partes, cantando y volando de árbol en árbol. Era tan tranquilo. Entonces te escuché llamando a lo lejos en la distancia y me volví a verte.” Hope se fijó en la enfermera

parada detrás de su esposo. “Louise, cuando te cases ojalá que tengas un esposo tan amable como el mío. Él ha sido tan bueno conmigo, tan comprensivo.”

La enfermera se cubrió el rostro con un pañuelo y salió precipitadamente del cuarto.

“No, amorcito,” dijo Bill, “no he podido hacer por ti como hubiera deseado.”

“Hiciste lo mejor que podías, Bill; y te amo por eso. Pero debería darme prisa; ellos me están esperando. Antes que me vaya, hay unas cuantas cosas que quiero decirte. Tú sabes por qué estoy partiendo, ¿verdad?”

Él intentó decir que sí, pero no podía lograr hacer que saliera la palabra; así que únicamente asintió con la cabeza.

“Nunca debimos haber escuchado a mamá,” susurró Hope. “Aquellas personas Pentecostales tienen la razón. Prométeme que algún día irás con aquellas personas. Educa a nuestros hijos así.”

“Sé que nunca debí haber escuchado a tu madre. Amorcito, algún día yo enmendaré eso, hablo verdad.”

“Bill, ¿te acuerdas de aquel rifle que querías comprar y que no tuvimos el dinero suficiente para el pago inicial?”

“Sí, querida, sé eso.”

“Yo deseaba tanto que tuvieras ese rifle. He estado ahorrando mis monedas de cinco y diez centavos del dinero asignado para ropa que semanalmente tú me das. Cuando te vayas a casa, mira en la cabecera de la cama plegadiza. Encontrarás allí un sobre con el dinero en él. Prométeme que te comprarás ese rifle.”

Él tragó saliva y prometió, “Por tu bien lo compraré.”

“Otra cosa— quiero disculparme porque te oculté algo. ¿Te acuerdas de aquella ocasión cuando íbamos a Fort Wayne, y me compraste aquellas medias?”

“Sí, me acuerdo.”

“Bill, tú me compraste la clase equivocada. Esas medias eran para una mujer anciana. Se las di a tu mamá. No te lo dije porque no quería herir tus sentimientos.”

De pronto Bill sintió un tipo de dolor diferente lacerándolo. Por su descuido aquel día él le había restado importancia a las necesidades de Hope. ¿Cómo había sido él tan desconsiderado, tan insensible? Su angustia ahora parecía insoportable.

El rostro de Hope se tornó tranquilo. “Bill, ellos están regresando.

Puedo sentirlos acercándose. Bill, es fácil. Este maravilloso Espíritu Santo que recibimos, me está llevando hasta el final. Prométeme que siempre permanecerás fiel a eso. Es maravilloso en la hora de la muerte.”

“Te prometo que lo haré.”

Hope consiguió una débil sonrisa. “También quiero que me prometas que no te quedarás soltero.”

“Oh, Hope, no puedo prometerte eso. Te amo demasiado.”

“Bill, tenemos dos hijos. No quiero que sean traídos por ahí de un lugar a otro. Encuentra a una buena joven Cristiana y cástate con ella; alguien que ame a nuestros hijos y forme un hogar para ellos.”

“Oh, Hope, por favor no me pidas que te prometa eso.”

“Por favor, Bill. No me permitirías morir desdichada, ¿verdad?”

Con el corazón casi arrancado de su pecho, Bill dijo entre dientes. “Prometo que haré lo mejor que pueda.”

Sus últimas palabras para él fueron: “Bill, quédate en el ministerio.”

Bill dijo, “Cariño— te sepultaré allá en el Walnut Ridge. Y si duermo, me acostaré a tu lado. Si Jesús viene antes que yo muera, estaré en el campo de batalla en algún sitio predicando el Evangelio del Espíritu Santo. En aquel gran día cuando Jesús parta en dos el cielo y la Nueva Jerusalén venga descendiendo del cielo, yo reuniré a Billy Paul y a Sharon y nos encontraremos contigo junto a la Puerta Oriental antes que entremos.”

Hope sonrió por última vez y apretó la mano de él. Luego cerró los ojos para andar aquel sendero entre aquellas palmeras que conducía a la ciudad de Dios. En los pensamientos de Bill, ella permanecería para siempre de 24 años.





Amelia Hope Branham
(1913 – 1936)

[Foto de la página anterior: Hope y Billy Paul de cinco semanas y seis días de nacido.]

Capítulo 22 El Momento Más Inestable de Su Vida

1937

ELLA BRANHAM instó a su hijo a que se quedara con ella aquella primera noche después de la muerte de Hope. Ella sabía que los hijos de él estaban siendo vigilados por la Sra. Broy, y *Ella* no quería que Bill estuviera solo. Pero Bill dijo que no, él deseaba irse al hogar. Aun cuando no había muchas cosas de valor allí— \$10.00 dólares hubieran comprado todo en ambas habitaciones— no obstante, la pequeña casa era la casa de *ellos*. Hope la había mantenido limpia; le había puesto un toque con su amor y la había transformado de ser una unidad de alquiler exigua y ordinaria en un hogar cálido y atrayente.

Pero tan pronto como Bill entró por su puerta principal, supo que había cometido un error. El lugar no tenía acogida; ninguna vida, ningún poder de ánimo. Entrando en la recámara, miró en la cabecera de la cama plegadiza. Allí, debajo de un periódico, estaba el sobre que Hope había mencionado. Bill vació las monedas de cinco y diez centavos sobre la colcha y las contó. Hicieron un total de \$ 2.80 dólares— tan sólo 20 centavos menos de lo que se necesitaba para el pago inicial de aquel rifle calibre .22 que él había estado deseando por más de un año. Bill decidió en su corazón desembolsar este dinero en ese rifle; y— a pesar de los centenares de dólares que debía en gastos médicos— él se había comprometido a realizar los pagos mensuales de ese rifle hasta que él fuera dueño de él libre de cargo— en memoria de su leal esposa.

Se acostó en la cama, anhelando escaparse dentro del sueño. Un ratón había conseguido entrar a la estufa de la cocina y ahora estaba crujiendo algún papel para encender en las parrillas. A Bill le parecía como si fuera Hope abriendo las envolturas de algunos dulces que

ella había mantenido en una repisa de la cocina. Él se incorporó y cerró con el pie la puerta de la cocina. Allí estaba colgada la bata de dormir de Hope en una percha detrás de la puerta. Ahora él comprendía que se debió de haber ido a la casa de su madre; cada cosa allí le estaba recordando a su esposa echada en la funeraria. Bill ocultó sus mejillas húmedas en el colchón y dio rienda suelta a su dolor.

Un puño daba golpes urgentemente en la puerta. Bill se levantó de un salto y dejó pasar a Frank Broy y a su hijo Fletcher a la habitación. Frank dijo, “Te traigo algunas malas noticias.”

“Lo sé, Frank. Yo estaba con Hope cuando murió.”

“Pero eso no es todo. Tu niña también se está muriendo.”

“¿Sharon?” Bill se quedó boquiabierto. “¡Por supuesto que no!”

“Sí. El Dr. Adair se la acaba de llevar al hospital. Ella tiene meningitis. El doctor dice que no existe posibilidad de que viva. Vente, te llevaré allá.”

En vez de moverse, Bill se desplomó en el piso. Frank y Fletcher lo ayudaron a levantarse y ya afuera a meterlo en la camioneta de Frank.

Cuando Bill llegó al hospital, el Dr. Adair lo llevó al laboratorio y le permitió mirar a través de un microscopio a los especímenes del fluido extraído de la columna vertebral de Sharon. “Es meningitis tuberculosa,” dijo el Dr. Adair con tristeza. “Ella lo contrajo de su madre. Generalmente el bacilo de Koch* se detiene en los pulmones, pero algunas ocasiones se introduce en el torrente sanguíneo y llega a las meninges que cubren el cerebro. Eso es lo que pasó con tu hija. Lo siento, Bill, pero al llegar a este punto no hay absolutamente nada que podamos hacer por ella.”

“¿Dónde está ella, doctor? Quiero verla.”

“Ella está en la planta baja en cuarentena, de modo que no puedes ir a verla. Ella es infecciosa.”

“No me importa si muero; tengo que ver a Sharon una vez más.”

Con dificultad, el Dr. Adair mantenía su resolución. “No puedes hacerlo, Bill. Es meningitis. Podrías portarlo en tu saco y transmitírselo a Billy Paul.”

Bill se sentó y ocultó el rostro entre sus manos, sollozando, “Tan

* *Bacilo de Koch.* Nombre dado a este bacilo en honor a Roberto Koch, quien fue el descubridor del bacilo de la tuberculosis.]

sólo tráeme algo de cloroformo y déjame morir con ella. ¿Qué significa la vida para mí ahora? Todo lo que amo se ha ido.”

El Dr. Adair sentía la angustia de su amigo como si fuera propia. “Bill, quédate aquí, iré en busca de una enfermera para que te traiga algo que mitigue el dolor.”

Tan pronto como el Dr. Adair abandonó la sala, Bill se le escapó por otra puerta y consiguió bajar al sótano. Sharon Rose yacía en una cuna, quejándose y moviéndose a sacudones con espasmos musculares. Un pedazo de tela de estopa fina había sido drapada sobre su cuerpo como un mosquitero, pero el pataleo y el dar vueltas de ella se lo habían quitado y ahora las moscas estaban chupando la humedad de alrededor de sus ojos. Bill espantó las moscas y volvió a poner la red en su sitio.

“Sharon,” dijo él dulcemente.

Cuando ella volteó la cabeza para mirarlo, sus labios comenzaron a temblar. Ella había sufrido tan intensamente que uno de sus ojos se había cruzado.

Bill cayó de rodillas, cerró sus ojos, y apretó las manos. “Oh, amado Dios,” clamó él, “Tú te llevaste a mi querida esposa ¡y ahora te estás llevando a mi niña! Por favor no te lleves a mi niñita. Yo soy el que hizo mal; Tú deberías llevarme a mí. Lamento el haber escuchado a alguien más en vez de a Ti. Trataré de nunca volver a hacerlo. Señor, yo iré con esa gente que ella llamó ‘basura’ y ‘escoria’ y no me interesará quién me llame un santurrón. Haré todo lo que Tú quieras que haga; únicamente por favor, no permitas que muera mi niña.”

Tan pronto como abrió los ojos, vio lo que parecía un lienzo negro cayendo entre Sharon y él mismo. Él había visto la misma cosa mientras oraba por Hope la Navidad pasada. Él sabía que Dios había rechazado su oración.

Ese instante fue el momento más inestable en la vida de Bill. De rodillas sobre el piso duro de aquella sala de cuarentena en el sótano, con su niña de nueve meses de edad muriéndose ante él, el Tentador atracó y susurró, “*Tú dices que Dios es amor. ¿Esto es amor? Tanto como has predicado y tan diligentemente como has tratado de vivir por Él, y ahora que se trata de la vida de tu propia hija, ¡Él te desecha! ¿A qué clase de Dios sirves a fin de cuentas?*”

Por un momento Bill vaciló precariamente sobre la línea entre vida y muerte. Entonces vino su respuesta, aumentada de alguna fuente

escondida de fuerza en lo profundo de su alma: “Como Job de antaño yo diré, *‘Jehová dio, y Jehová quitó; bendito sea el nombre de Jehová.’*¹⁹ Oh, Dios, yo no sé la razón que Tú me estás haciendo pedazos de esta manera, pero eso no cambia mi fe en Ti. Aún si Tú me mataras, seguiré confiando en Ti. Yo creo en ti.”

Se puso de pie y por última vez se inclinó sobre la cuna de su hija. “Sharon, después que los ángeles se lleven tu alma más allá para encontrarte con tu madre, yo te sepultaré aquí en los brazos de tu madre.”

Amelia Hope Brumbach fue sepultada el Sábado 24 de Julio de 1937, en el Cementerio Walnut Ridge, en un solar que el padre de ella había comprado para sí mismo y su esposa. Sharon Rose murió al día siguiente. El Lunes por la mañana el agente funerario volvió a abrir la tumba de Hope y bajó el pequeño ataúd de Sharon en la cabecera del de su madre. Bill había cumplido su promesa; él había sepultado a Sharon Rose en los brazos de su madre.

DURANTE las semanas siguientes Bill subsistió en un atolladero de dolor insoportable. Sus días parecían sin final; sus noches eran a menudo una tortura insomne. Cada mañana de día de la semana él se obligaba a ir a trabajar. Él sabía que tenía una obligación de liquidar sus deudas médicas y eso le daba una razón para permanecer viviendo. Por la tarde recogía a Billy Paul de la casa de la familia Broy, preparaba la cena, luego recorría a pie las calles durante horas, cargando a su hijo sobre sus hombros.

Un día después de trabajar, Bill sentó a su hijo en los escalones de la entrada y se dirigió hacia el patio trasero para inspeccionar a su perro de cacería, el cual mantenía amarrado debajo de un roble en la parte trasera de su solar. Billy Paul dijo, “Papito, ¿dónde está mi mamá?”

Bill había contestado esa pregunta un centenar de veces, pero Billy Paul de dos años de edad tan sólo no tenía edad suficiente para entender. “Ella está en el cielo. Fue a ver a Jesús.”

“¿Cuándo va a regresar? Quiero verla.”

“Ella no va a regresar, Billy, pero tú y yo vamos a verla alguna vez.”

¹⁹ Job 1:21

Bill comenzó a andar por el caminito hacia la parte trasera de la casa.

Billy Paul apuntó su dedo rechoncho arriba hacia el cielo. “Papito, ¡mira! Vi a mi mamá allá arriba en aquella nube.”

Eso fue demasiado para que Bill soportara. Cayendo boca abajo sobre el caminito, permaneció allí por una hora, sepulcralmente inmóvil, mientras Billy Paul se sentaba en los escalones y lloraba por su madre. Cuando Bill finalmente reunió la fuerza para incorporarse, llevó de vuelta a Billy Paul a la casa de la familia Broy y lo dejó, mientras él mismo seguía su camino hacia Walnut Ridge. Antes que llegara al cementerio, un automóvil se acercó y se detuvo. El Sr. Isler, un senador de Indiana que vivía en la localidad, se bajó del automóvil. “¿Adónde vas, Billy? ¿Al cementerio?”

“Sí.”

“Esta no es la primera vez que te he visto subiendo esta loma. ¿Qué haces por allá?”

“Me siento junto a la tumba de mi esposa y mi niña y escucho al viento tocar música en los árboles.”

“¿Qué tipo de música toca él?”

Bill citó el primer verso de un himno de iglesia. “Existe una tierra más allá del río, a la cual llaman el dulce más allá, y solamente llegamos a esa ribera por medio del decreto de fe. Uno por uno vamos pasando los portales, para allá morar con los inmortales; cuando algún día suenen aquellas campanas por ti y por mí.”

El Senador Isler estrechó ambas manos de Bill en las suyas. “Billy, deseo preguntarte algo. Te he visto de pie en las esquinas de las calles y predicar al grado que pareciera como que ibas a caer muerto. Te he visto ir de arriba a abajo por las calles haciendo llamados a los enfermos a todas horas de la noche. Pero después de todo este problema que has tenido, ¿qué significa Cristo para ti ahora?”

“Él es todo lo que me ha quedado, Sr. Isler. Él es mi vida, mi todo, mi última palabra. Él es la única cosa sólida a la que me puedo aferrar en la vida.”

El Sr. Isler meneó la cabeza. “Después que Él se llevó a tu esposa y a tu niña, ¿todavía deseas servirle?”

“Aún si Él me mata a mí, seguiré confiando en Él.”

Temprano a la mañana siguiente se le asignó a Bill el reparar una línea secundaria dañada sobre la Carretera 150 cerca de New Albany. Poniéndose sus trepadores y su cinturón de seguridad, él se

trepó en el poste de energía, deteniéndose apenas abajo del pórtico. Hope y Sharon Rose estaban profundamente en su mente. Él podía entender la razón que Dios se había llevado a su esposa, pero ¿a su niña? ¿Por qué razón Dios se llevó a su hijita?

Mientras trabajaba, cantaba el antiguo himno del Evangelio, “En el monte Calvario estaba una cruz, emblema de afrenta y dolor; mas yo amo esa cruz, do murió mi Jesús; por salvar al más vil pecador.” En ese instante el sol despuntaba por la cima de los árboles en el horizonte, bañándolo en la luz del sol y creando una sombra sobre la ladera cercana a él— la sombra de un hombre colgando de una cruz.

“Así es,” sollozó él, “fueron mis pecados los que Te pusieron allí, Jesús. Soy tan culpable como alguien más.” De pronto una idea confusa le pasó por la mente. Aprovechándose de esta confusión, el diablo lo incitó a interrumpir su propia vida. Bill miró a sus gruesos guantes de caucho, luego a la línea de transmisión primaria de 2300 voltios que corría al lado de la línea secundaria. Él consideró las posibilidades. Eso estaba mal— muy mal; pero de alguna manera en este momento, con su pensamiento obcecado por la desesperación, lo malo parecía bueno. Quitándose de un tirón uno de sus guantes protectores, dijo, “Amado Dios, aborrezco hacer esto, pero soy un cobarde. Sencillamente no puedo seguir viviendo sin ellas.” Él alargó su mano descubierta hacia la primaria de 2300 voltios, sabiendo que cuando se agarrara de ella, la corriente haría hervir su sangre y haría pedazos sus huesos. “Sharon, Papito va a venir a verte a tí y a mamita.”

Él nunca supo lo que sucedió después. Cuando volvió en sí, él estaba sentado sobre el suelo con su cinturón de seguridad todavía atado alrededor del poste. El sudor cubría su cuerpo y él estaba temblando incontrolablemente. Incapaz de trabajar ya más ese día, arrojó sus herramientas en la parte trasera de su camioneta de servicio y se dirigió a casa.

Varias cartas estaban atiborradas en su buzón en el porche de enfrente. Bill las agarró en montón y las metió, desparramándolas sobre la mesa de la cocina. Aparte de los recibos de pago mensuales normales, una carta era totalmente inesperada. Ella procedía de su banco y estaba dirigida a la “Señorita Sharon Rose Branham.” Las manos de Bill temblaban mientras desprendía la solapa. Entonces entendió. El banco le estaba devolviendo sus 80 centavos. Bill se había olvidado de la cuenta de ahorros que él había abierto para

Sharon unos cuantos días antes de la Navidad. Eso fue justo antes...

Su dique mental se colapsó, inundando su mente con aquellos terribles recuerdos. Él oró, “Jesús, cuando yo era niño pasé hambre y frío tantas veces. Todo mundo se reía de mí y me llamaba un afeminado. Yo me sentía tan solo. Después que me convertí en un Cristiano, Tú me diste un hogar y una familia propia. Procuré vivir correctamente. Ahora Tú has quitado todo de mí. Estoy tan atormentado; ya no puedo seguir de esta manera. Oh, Dios, ¿por qué no me llevas también a mí?”

Una vez más el diablo se introdujo como una niebla, obcecando la mente de Bill al razonamiento y al sentido común. Por un momento Bill perdió de vista la mano guiadora de Dios. En ese momento inestable, Satanás lo incitó hacia la peor posible línea de conducta que él podía tomar. Bill guardaba su revólver de guardabosque en una funda de pistola colgada de un clavo detrás de la puerta de la cocina. Tomando el arma en la mano, se arrodilló en el piso junto a una cama de campaña del ejército colocada cerca de la estufa. Poniendo el cañón en su cabeza, amartilló el percutor y apretó el gatillo mientras oraba en voz alta, “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre. Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad...” Él apretaba con más y más fuerza aquel gatillo bien lubricado, pero no cedía. Él entregó cada pizca de su fuerza que le había quedado, pero todavía aquel delgado semicírculo de hierro no se movía. Finalmente se dio por vencido y echó a un lado el arma. Cuando ella golpeó el piso, disparó y una bala perforó la pared.

Bill cayó atravesado en la camilla. “Oh, Dios, Tan sólo me estás partiendo en pedazos. Ni siquiera me dejas morir.”

Eventualmente lloró hasta que cayó en un sueño exhausto— y él soñó. No era un sueño típico, con límites confusos y conciencia imprecisa. Los límites sobresalían marcados y bien determinados; y ellos se quedaron en la memoria de él tan claramente como si él en verdad hubiera estado allí.

Él soñó que estaba en algún sitio en una pradera allá en el Oeste, caminando por un camino desértico, cantando una balada popular del oeste, “Hay una rueda en la carreta que está rota, y el lebrero en el rancho que dice ‘Se Vende’...” Bill estaba caminando junto a una antigua carreta con toldo, del tipo de la que los primeros colonizadores llamaban un carromato con toldo. Una de las ruedas delanteras de la carreta estaba rota, causando que el bastidor de la

caja se ladeara en una esquina hasta que el eje tocara el suelo. Junto a donde la rueda de madera rajada se apoyaba contra el bastidor de la carreta, estaba una hermosa jovencita observándolo. El viento jugaba con su rubio cabello largo. Sus ojos azules brillaban en el sol. Mientras Bill pasaba, se quitó su sombrero vaquero y la saludó animadamente, “Buenos días, señorita.”

Ella contestó, “Buenos días, papito.”

Bill se detuvo y fijó la mirada en esta mujer hermosa vestida de blanco. Ella se miraba de por lo menos 20 años de edad. “Pues, Señorita, ¿cómo puedo ser el papito de Ud. cuando Ud. tiene casi la misma edad que yo?”

La sonrisa de ella se amplió, mostrando los dientes perfectos. “Papito, tú no sabes en dónde estás. En la tierra yo era tu pequeña Sharon Rose.”

“¿Sharon? Pero—pero tú eras tan sólo una niña pequeñita.”

“No hay niños pequeños aquí, Papito. Todos somos de la misma edad; somos inmortales. ¿Dónde está mi hermano, Billy Paul?”

“Lo dejé con la Sra. Broy hace tan sólo un momentito.”

Sharon dijo, “Aquí voy a esperar a Billy Paul. Por qué no sigues tu camino y ves a mamá. Ella te está esperando allá en tu nuevo hogar.”

“¿Nuevo hogar? Los Branhams nunca han tenido hogares; siempre hemos sido pobres vagabundos.”

“Tú tienes un hogar aquí arriba, Papito. Mira.”

Ella señaló por el camino. Allá al final de la vereda se mostraba un magnífico palacio encaramado en la cima de la colina. El sol acababa de descender detrás del techo de la mansión, y ahora los rayos de sol estaban proyectándose en cada dirección como faros guiando a viajeros fatigados hacia el puerto. Bill comenzó a correr. A medida que se acercaba, él podía oír un coro angelical cantando, “*Mi hogar, dulce hogar...*” Una prolongada escalera conducía desde el pie de la colina hasta la puerta principal. Hope esperaba en el portal abierto, vestida de blanco, con su largo cabello negro extendido a la brisa. Bill saltaba por la escalera, abarcando tres escalones de una zancada. Cuando llegó al descansillo, cayó a los pies de ella. Hope amablemente lo instó a que se incorporara. Bill dijo, “Hope, acabo encontrarme con Sharon allá en el camino. Ella se ha convertido en una jovencita tan hermosa.”

“Sí, así es. Bill, tienes que dejar de preocuparte por mí y Sharon.”

“Cariño. No puedo evitarlo. He estado tan solitario por causa de Uds. dos. Y Billy Paul llora por ti todo el tiempo; ya no sé qué hacer con él.”

“Sharon y yo estamos mucho mejor de lo que Uds. están. Prométeme que ya no te vas a preocupar por nosotros.” Hope puso un brazo sobre el hombro de él y le palmeó la espalda, así como lo había hecho tan seguido en la tierra. “Bill, te miras tan cansado. Te estás agotando orando por los enfermos. Entra conmigo; ahora puedes sentarte y descansar.”

Él entró con ella a la mansión, y allí estaba un sillón reclinable con brazos de madera color verde, exactamente como aquel que había perdido con la compañía financiera a causa de que no pudo efectuar los pagos.

Hope dijo, “¿Te acuerdas de aquel sillón?”

Se formó un nudo en la garganta de Bill. “Cómo no me voy a acordar.”

“No se llevarán este,” le aseguró. “Ya está pagado.”

“No entiendo.”

“Vas a regresarte ahora, Bill. Prométeme que ya no te preocuparás por mí y por Sharon.”

“Hope no puedo prometerte eso.”

Pero Hope de repente ya no estaba y Bill estaba despertando. Él todavía estaba de rodillas sobre la camilla en la oscuridad de su cocina. Se puso de pie y miró alrededor de la habitación oscurecida. Parecía como que él podía sentir un brazo invisible sobre su hombro. “Hope, ¿esa eres tú?” Parecía como que él podía sentirla palmeándole la espalda. “Hope, ¿estás en la habitación?” ¿Estaba él imaginándose eso? O podía escuchar la voz de ella hablándole al oído, “*Prométeme que no te vas a preocupar.*”

Bill dijo, “Hope, lo prometo.”



Billy Paul

Capítulo 23

Batallando de Vuelta

1937 – 1939

EL RIO OHIO efectivamente había medido 22 pies [6.70 metros] por encima de la Calle Spring durante la inundación de 1937, exactamente como el ángel le había mostrado a William Branham que sería. El Tabernáculo Branham, el cual no estaba lejos de la Calle Spring, también había recibido un bautismo. Al elevarse la inundación por agua había estallado las ventanas, haciendo flotar todo aquello en el interior que no estaba sujetado al piso, incluyendo el púlpito y las bancas de la iglesia. Cuando el río cenagoso finalmente había descendido, las bancas habían descendido entrecruzadas y patas arriba, pero el púlpito se había instalado de vuelta en casi el sitio exacto donde debía de estar— todavía en posición vertical y todavía estando orientado hacia la congregación. La noche anterior a la inundación, Bill había dejado su Biblia abierta en la parte superior del púlpito. Cuando él finalmente logró regresar para inspeccionar el daño, descubrió que su Biblia estaba exactamente donde la había dejado, todavía abierta en la misma página. Bill tomó eso como una señal de Dios— aunque las circunstancias externas de su vida estaban en desorden, la Palabra de Dios que él predicaba permanecía siempre fiel y estable.

Eso era alentador— y Bill necesitaba cada pizca de estímulo que él pudiera obtener que lo ayudara a sobrellevar su vida. Él sencillamente no podía sobreponerse a la pérdida de su esposa y su hija. Él sentía como que estaba purgando una sentencia de prisión sin esperanza de libertad condicional. La tristeza lo encerraba como los barrotes de una celda; la soledad lo vigilaba como un custodio de la cárcel; y la desesperación, como un vigilante severo, parecía reglamentar cada movimiento suyo. La sentencia parecía casi demasiado pesada de soportar.

Algunas ocasiones él exprimía consuelo de su sueño de Hope y Sharon en el cielo. Él sabía que era un sueño por cuanto se había quedado dormido. (Las visiones ocurrían cuando él estaba completamente despierto.) Pero había sido un sueño tan memorable—tan vivo, tan apegadas a la realidad sobre el carromato con toldo y las huellas dejadas por sus botas en la arena. También parecía estar tan lleno de significado, como si Dios hubiese querido decirle muchas cosas. Algunos aspectos parecían muy obvios— la rueda rota seguramente representaba a su familia separada; y era cierto que Hope y Sharon estaban ahora en un mejor lugar que la tierra. Pero los otros símbolos no estaban tan claros. ¿Por qué fue el sueño situado en el Oeste? ¿Había algún significado en la puesta del sol? Y lo más enigmático de todo, ¿a qué se refería Hope cuando dijo que él se estaba agotando de orar por los enfermos? Él no podía encontrar respuestas satisfactorias para estas preguntas.

Bill extrajo su mayor fuerza de la Biblia. Él leyó en Romanos 8:28 donde dijo el apóstol Pablo, “*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.*” Bill batallaba para creer eso, pero era tan difícil entender. ¿Qué bien posible podía proceder de la pérdida de su esposa y su hija? Él prestó atención a Juan 14 donde dijo Jesús, “*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo... No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.*”

Bill procuraba poner en práctica este consejo, pero su corazón a menudo estaba turbado exactamente igual. Aunque continuaba predicando en su iglesia, él había perdido mucha de su energía anterior. Él se interesaba tanto por la gente, pero de algún modo no se sentía bien con el Señor. Cada vez que oraba, nunca podía tocar verdaderamente el trono de Dios en la manera que lo había hecho anteriormente. Se sentía miserable.

Su madre seguía viviendo apenas a unas cuantas cuerdas de distancia de él. Después de la muerte de Charles, padre, ella había acondicionado su casa en una casa de huéspedes, lo cual le redituaba un medio de manutención, aunque modesto, constante. Todos los días *Ella* preparaba el desayuno y la cena de sus clientes. Bill, frecuentemente hacía una visita corta por las noches para cenar. Una noche mientras él estaba ayudando a su madre a recoger de la mesa

los trates sucios, *Ella* le preguntó lo que él pensaba del puente nuevo que estaban construyendo sobre el Río Ohio entre Louisville, Kentucky, y Jeffersonville, Indiana. “¿No te parece familiar?” preguntó ella.

“Curioso, pero de algún modo eso— casi como que me acuerdo de ello más o menos.”

Ella asintió con la cabeza. “Un día hace años te metiste corriendo a la casa todo excitado, farfullando tocante a haber visto un puente donde no había puente. Al principio pensé que todo era charlatanería. Pero entonces me puse a pensar en serio— así que lo anoté y lo escondí.”

Ella alargó un trozo de papel amarillento doblado. Bill sabía lo que decía antes que él lo leyera; su recuerdo de la infancia volvió con rapidez. Él se acordaba del manzano, el juego de canicas, la sensación peculiar que lo recorrió; se acordó de cómo el río de pronto parecía más cerca, y cómo es que el puente había sido formado rápidamente sobre el agua, uniéndose pieza con pieza, hasta que una viga elevada a la mitad se desprendió y vino cayendo con gran estrépito. Él abrió el viejo pedazo de papel y leyó el garabato de su mamá. Entonces pensó en el nuevo puente en construcción. Allí estaba. Había sucedido justo en la manera que él lo había visto cuando era un niño.

“Mamá, ¿qué piensa Ud. que significa eso?”

Ella se encogió de hombros. “¿Cómo voy yo a saber? Pero, Billy, a lo largo de los años a menudo me he preguntado si es que naciste con un propósito especial en la vida. Sigo creyendo que podría ser así.”

Acordándose de aquella visión de su infancia—su primera visión— y ahora comprendiendo que había sido cumplida, Bill se preguntaba la misma cosa. ¿Realmente podría su vida estar avanzando hacia algún propósito único? Presentemente su vida se sentía tan falta de inspiración, tan vacía, tan desprovista de significado, que era difícil imaginarse cómo Dios podría usarlo para algo especial. Pero nunca podía olvidar a aquel niño de siete años de edad escuchando en pánico mientras una voz grave hablaba con él de entre un torbellino en un árbol, diciéndole, “*Nunca bebas, ni fumes, ni deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.*” ¿Era esa la razón que Dios no le permitía morir todavía? ¿Había todavía algo para que él llevara

a cabo?

Una diminuta llama de esperanza vacilaba dentro de su pecho.

EL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1939, Adolfo Hitler ordenó a sus tropas que invadieran Polonia. Dos días después Francia y Gran Bretaña le declaraban la guerra a Alemania. Los Franceses atacaron inmediatamente al otro lado del Río Rin a lo largo de su frontera común con Alemania, pero tenían dificultad para penetrar a las inflexibles defensas alemanas. Mientras tanto, los cuerpos de caballería de Polonia eran irremediablemente superados por las divisiones mecanizadas de Alemania. Después de no más de 18 días de batalla desastrosa, el gobierno de Polonia y la unidad militar huyeron hasta aproximarse a Rumania. Desde esa posición la resistencia Polaca se colapsó rápidamente, permitiéndole a Alemania concentrar su energía en la invasión Francesa. Aunque Francia se retiró apresuradamente del territorio Alemán, parecía obvio a la mayoría de los analistas políticos que la guerra en Europa, en vez de haber cesado, apenas estaba comenzando.

Como cualquier otro que tenía acceso a un radio o a los periódicos, William Branham seguía este drama Europeo con atención seria. Sin embargo, su interés sobre la guerra emanaba desde una perspectiva completamente diferente. Esto era lo que él había visto en Junio de 1933, cuando él había caído en un éxtasis y observó siete eventos desenvolverse delante de él en una visión panorámica del futuro. Eso era inexplicable. ¿Qué clase de poder le permitía a él ver eventos antes que acontecieran? Y ¿con qué propósito? Allí estaba esa palabra otra vez— propósito. Tal vez Dios realmente tenía un propósito importante planeado para su vida. Si así era, ¿por qué eso no se manifestaba más claramente?

Al llegar a este punto en sus pensamientos, la mente de Bill era llevada inevitablemente de vuelta a su encuentro con la gente Pentecostal en Mishawaka, Indiana, dos años antes. Bill sabía que había fallado al plan de Dios para su vida cuando desechó aquellas invitaciones de los ministros Pentecostales para evangelizar allá entre las iglesias de ellos. Pero ¿cómo podía él volver en la voluntad de Dios? Desde luego que él sencillamente podía comenzar a visitar iglesias Pentecostales con la esperanza que algunos pudieran pedirle que les predicase. Pero allí seguía estando una pregunta

persistente— como una barricada— que le impedía seguir una ruta tan directa: el dilema tocante a los dones del Espíritu Santo; específicamente el dilema tocante a las lenguas e interpretación de lenguas.

Ya Bill se sentía convencido que tanto las lenguas y la interpretación de lenguas eran dones genuinos del Espíritu de Dios; la Biblia parecía lo suficientemente clara en ese sentido.²⁰ Lo que atribulaba a Bill era su experiencia en Mishawaka con aquellos dos varones que habían estado especialmente activos en expresar los dones de lenguas y su interpretación. Ambos habían demostrado la misma manifestación poderosa del Espíritu de Dios en el culto en la iglesia. Pero después cuando Bill habló a solas con cada varón, él había visto directamente dentro de sus vidas personales. Aunque uno de ellos era completamente un Cristiano dedicado, el otro varón era absolutamente un hipócrita. Bill sabía que esa era la verdad; las visiones nunca estaban equivocadas. Eso es lo que lo perturbaba respecto a la idea general Pentecostal de permitir que los dones del Espíritu operaran públicamente en las reuniones de la iglesia. Si ese realmente era el Espíritu de Dios cayendo en aquella reunión Pentecostal en Mishawaka, ¿cómo podía bendecir el Espíritu de Dios a aquel flagrante hipócrita? Eso no parecía apropiado. Pero ¿podría el espíritu de Satanás producir las obras de Dios? Eso también parecía dudoso. Entonces ¿era posible que ambos espíritus pudieran estar en el trabajo en la misma reunión? Semejante idea presentaba sus propias dificultades. Si el Espíritu de Dios y el espíritu de Satanás producían los mismos resultados, ¿cómo pudiera alguien alguna vez saber lo que era auténtico?

Este acertijo lo había atribulado muchas veces durante los dos años pasados. Pero ahora— después de ver que su visión de la guerra en Europa se había vuelto una realidad— Bill sentía una urgencia renovada de encontrar una respuesta a fin de que pudiera poner atrás de él su error y comenzar de nuevo allí en el sendero en dirección a cualesquiera que fuere el destino que Dios tenía en mente.

Yéndose unos cuantos días de su trabajo, Bill se dirigió al norte sobre la Carretera 62 hasta que llegó al área de *Tunnel Mill* [El Molino del Túnel]. Él estacionó su automóvil a un lado de la carretera, vadeó el *Fourteen Mile Creek* [Arroyo de las Catorce

²⁰ I Corintios 12:1-12 y 14:1-33

millas], y se fue andando hacia los bosques. El otoño estaba mostrando su belleza. Hojas anaranjadas, cafés y rojas susurraban arriba y crujían debajo de él mientras caminaba. Los pájaros llenaban el ambiente con sus conciertos suaves. Eventualmente Bill llegó al sitio donde aquel barranco de 80 pies [24.38 metros] de profundidad se desprendía de un precipicio completo de piedra caliza. Él anduvo con mucho cuidado por la maleza y las enormes rocas por la base del precipicio hasta que llegó a la entrada de su cueva. Allí estaba una piedra delgada puntiaguda saliente de arriba parecida a un diente enfrente del hoyo. Él encendió su vela, entonces meneó primero los pies dentro de la abertura. Siguiendo el pasillo sinuoso de 25 pies [7.62 metros] de vuelta hacia la ladera, se detuvo a contemplar a la roca en forma de pirámide en posición invertida estando suspendida arriba de aquella mesa rectangular de piedra caliza. Ella lo asombraba cada vez que la veía. Puso en el suelo su saco y unas cuantas velas extras sobre el reborde que él usaba como cama. Luego tomó su Biblia y regresó al exterior a buscar a Dios en la cálida luz del sol de otoño.

Un roble caído estaba tirado en el suelo no lejos de la entrada de la cueva. El sitio donde el tronco del árbol viejo se bifurcaba en las ramas ahora formaba una tumbona natural. Bill se arrellanó en aquella horcadura toda la tarde, leyendo su Biblia y orando. Eventualmente el cielo se oscureció y las estrellas aparecieron. Una ligera pero fresca brisa de otoño lo obligó a refugiarse dentro de su cueva.

A la mañana siguiente él no se levantó hasta que el sol estaba lo suficiente alto para calentar el sitio. Él había dejado su Biblia abierta en la horcadura del roble seco y el viento había volado sus páginas a Hebreos el capítulo 6. Bill se sentó a horcadas sobre el tronco del árbol y comenzó a Leer.

“Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos participantes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes el siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba

provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada.”

Eso no tenía ningún sentido para él. Él le dio vuelta a las páginas, buscando una cierta Escritura en II de Timoteo que había estado en su mente. Cuando apartó sus manos de la Biblia, una racha de viento voló las páginas de vuelta a Hebreos el capítulo 6. Él pensó, “Qué extraño.” ¿Era Dios tratando de decirle algo con esta porción de Escritura? Él leyó otra vez el capítulo 6, pero eso seguía sin tener sentido para él.

Volviendo andando hacia su cueva, bajó a través del hoyo y se abrió paso por el pasaje angosto donde aquella pirámide invertida de piedra caliza pendía sobre la mesa rectangular de piedra. Bill se puso de rodillas y oró, “Señor, ¿qué significa el capítulo 6 de Hebreos? ¿Qué estás tratando de decirme?”

De pronto sus dedos se entumecieron— no del frescor de la cueva; era esa sensación entumecedora que a menudo precedía a una visión. Sus brazos y piernas se sentían pesados y sus labios se sentían gruesos como si un dentista le acabara de aplicar una inyección de Novocaína.* Cuando abrió los ojos, vio al mundo girando sobre su eje. El suelo se parecía a un campo recién arado. De alrededor del borde de este planeta rotatorio venía un varón vestido de blanco, cargando un gran saco en su costado. Después de cada unos cuantos pasos este varón sacaba un puñado de semillas de su saco y las esparcía por el suelo con un lanzamiento de su brazo. Tan pronto como desapareció alrededor de la curvatura de la tierra, Bill vio otro varón— este vestido de negro— que venía también de una manera furtiva detrás del primero. Este segundo varón también tenía un saco en su costado y estaba esparciendo semillas a medida que iba de puntillas por el campo. Pero él se mantenía volteando con rapidez la cabeza de un lado a otro, como si estuviera haciendo algo malo y tenía miedo de ser sorprendido.

Después que este varón de negro había pasado alrededor del borde del mundo, Bill vio a las semillas germinar y crecer rápidamente hasta su altura plena. Ahora llegaba a ser evidente lo que eran las

* La novocaína es un derivado de la cocaína que se usa como anestésico local.]

semillas— algunas eran trigo y otras eran abrojos, cardos, y hierbas hediondas. El sol salió, secando el campo y absorbiendo la humedad del campo. Tanto el trigo como las hierbas juntas bajaron sus cabezas, jadeando y orando desesperadamente por la lluvia. Las plantas declinaban más y más hacia la tierra reseca. Entonces Bill vio venir una enorme nube negra condensándose sobre el horizonte. Mientras la lluvia caía a cántaros, el trigo se enderezó y exclamó, “¡Gloria a Dios! ¡Alabado sea el Señor!” Al mismo tiempo los abrojos y las hierbas hediondas se irguieron rápidamente y gritaron, “¡Gloria, aleluya! ¡Alabado sea el Señor!” Repentinamente el mundo entero estaba vivo con plantas bamboleándose en la lluvia, todas gritando la misma cosa— “¡Alabado sea el Señor!” Entonces la visión le dejó.

Bill se sentía regocijado. Ahora entendía Hebreos capítulo 6— “*Porque es imposible que los que... fueron hechos partícipes del Espíritu Santo... y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento... Porque la tierra que bebe la lluvia... recibe bendición de Dios; pero la que produce espinas y abrojos es reprobada...*”

Esa era su respuesta: La misma lluvia que hace que el trigo crezca también riega a los abrojos y las hierbas hediondas. Y el Mismo Espíritu Santo que bendice y alimenta al Cristiano, puede también bendecir a un hipócrita; es tan sólo que el hipócrita manifestará un fruto diferente. Todo dependía de la semilla que fue plantada.

Bill pensó respecto a lo que dijo Jesús. “*Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.*”²¹ Así como era en lo natural, de igual manera era en lo espiritual. Eso explicaba la razón que Jesús declaró, “*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.*”²² Aunque estas personas mostraron señales externas del poder de Dios, sus motivos internos

²¹ Mateo 5:44-45

²² Mateo 7:22-23

eran malos y corruptos.

Bill abandonó su cueva entendiendo finalmente que había dos espíritus operando dentro de la estructura de la iglesia, extrayendo su vida de la misma fuente, pero apuntando en direcciones opuestas. Como el injerto de ramas ajenas dentro del árbol principal, todas ellas extraían su vida del mismo tronco. Por lo tanto el naranjo podría sustentar las ramas de un limón o una lima o una toronja. Todas las ramas ajenas podrían parecer como que pertenecían al naranjo; sin embargo cuando producían su fruto, la rama de limón produciría limones; la rama de lima, limas. Del mismo modo siempre habría personas en la iglesia Cristiana que extraerían su vida del tronco del Espíritu Santo, pero sus frutos serían de interés propio, o políticos, o legalismo farisaico, o hipocresía— cualquier cosa menos el fruto del Espíritu Santo. No obstante si ese tronco principal alguna vez echaba una rama nueva suya, produciría naranjas. Jesús dijo en San Juan 15, “*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permaneciere en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.*” Pablo escribió, “*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza;*”²³ Jesús insistió, “*Por sus frutos los conoceréis.*”²⁴

Ahora que él entendía la diferencia entre aquellos dos varones en Mishawaka quienes habían demostrado lenguas e interpretaciones tan dramáticamente, Bill comenzó a relajar su actitud hacia los dones del Espíritu y las demostraciones externas de emoción. El 31 de Diciembre de 1939, él celebró un culto de nochevieja en su iglesia para anunciar 1940. Él tenía un pizarrón puesto en la plataforma y estaba trazando una línea del tiempo Bíblica de la Segunda Venida de Cristo, a lo mejor de su entendimiento. Un grupo de personas Pentecostales había venido de este lado del río desde Louisville para acudir a su culto. Cuando Bill hizo un receso de la enseñanza, algunas de las mujeres de este grupo desearon entonar un canto especial. Resultó ser un tremendo conjunto— una mujer tocaba los címbalos, otra golpeada sobre botes de hojalata, otra mujer tocaba un lavadero con dedales en sus dedos y la cuarta mujer aporreaba el piano. Ellas tocaban un canto rápido, y la congregación

²³ Gálatas 7:22-23

²⁴ Mateo 7:15-20

cantaba las palabras, “Habrá en el aire un encuentro con Jesús, en el dulce Hogar más allá; Quisiera verte en la mansión de luz en gloriosa Eternidad. ¡Un canto se oirá, nunca oído de mortal, muy glorioso al declarar! El Hijo de Dios nuestro Guía será en el encuentro Celestial.” En el ajetreo y ruido de la música, una adolescente rubia saltó de su asiento y danzó en el pasillo.

Bill se sentó en la silla del escarnecedor, criticándola en su corazón, pensando, “No hay nada de Dios en eso. Ella tan sólo está montando un espectáculo. Ella desea que la vean. Está haciendo una taberna de mi iglesia.”

Otra mujer se unió a la primera, luego otra. Bill pensó, “Espera un momento. Me pregunto si existe alguna Escritura relacionada con ese modo de danzar.” Él se acordó de cómo María, cuando vio el ejército de Faraón ahogado en el Mar Rojo, tomó un pandero y danzó por toda la orilla, regocijándose en victoria, y las hijas de Israel la siguieron, danzando.²⁵ Luego se acordó de cómo el Rey David, cuando fue regresada el Arca del Pacto a Jerusalén, danzó delante del Señor con toda su fuerza.²⁶ Bill pensó, “Tal vez todavía no tengo suficiente victoria conmigo.” Así que mientras se sentaba en la plataforma, dejó que su pie Bautista almidonado comenzara a dar golpecitos al ritmo de la música. Pronto su pie se estaba balanceando y estaba palmeando sus manos. Antes que terminara el canto, él estaba allí en el piso, danzando con los otros.

Aprendiendo de esa experiencia, Bill oró, “Dios, sácame de la silla del escarnecedor. De ahora en adelante permíteme mirar a algo sensiblemente antes que yo dicte un juicio.”

Esa era una oración sencilla, pero una que tendría consecuencias de largo alcance. Él estaba avanzando una vez más por el camino hacia su destino.

²⁵ Éxodo 15:20-21

²⁶ II Samuel 6:12-15

Capítulo 24

Piernas Zambas Enderezadas

1940

UN DOMINGO POR LA TARDE a principios de la primavera de 1940, William Branham pasó por la casa de su madre después de salir de la iglesia. Se sentó con ella en la mesa de la cocina y charló hasta ya tarde. Meda Broy estaba alojando a Billy Paul de cuatro años de edad en la casa de ella durante la noche, así que Bill no tenía prisa de irse a casa. Cuando finalmente se levantó para marcharse, *Ella* dijo, “Se mira muy frío allá afuera. Billy, ¿por qué no pasas la noche aquí?”

Afuera un fresco viento del norte soplaba con furia la nieve contra los cristales de las ventanas. Bill pensó en las dos habitaciones frías que lo esperaban en casa. “Claro, mamá. Permaneceré la noche,” dijo con gusto.

Una vez en la recámara disponible de su madre, Bill se acostó de costado a lo largo de la cama y comenzó a orar. Todo el día él había sentido una inexplicable carga pesando en su corazón y ahora era su oportunidad de hablar de ella con su Padre Celestial. Después de una hora se quedó dormido.

Como a las dos de la mañana despertó, sintiendo todavía esa oscura carga allí en su espíritu. Refrescado de su siesta, se puso de rodillas al lado de la cama y continuó orando. La habitación estaba demasiado oscura que no necesitaba cerrar sus ojos para concentrarse. Después de un rato se fijó en algo blanco encendiéndose tenuemente en una esquina de la habitación. Al principio él pensó que se trataba de la ropa limpia de su madre amontonada sobre una silla. Pero a medida que observaba, eso parecía moverse, elevándose en el aire. Ahora se parecía más a una nube blanca; y parecía estar viniendo en dirección a él.

En otro momento él estaba encerrado en una neblina luminiscente.

De pronto Bill ya no estaba en la recámara en lo absoluto, sino en algún sitio en el exterior. Enfrente de él estaba una casa pequeña y reducida— del tipo que él siempre llamaba una casa “de escopeta.”* Él entró por la puerta principal y se halló en una combinación de sala y recámara. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera rojos machihembrados. Delante de él, una entrada se abría hacia una cocina, la cual— así como la suya de alquiler— era la única otra habitación en esta casa. Una mujer de cabello oscuro a comienzo de sus 20 años estaba reclinando la cabeza contra la puerta de la cocina, llorando. A la izquierda de Bill, una anciana estaba sentada llorando en un almohadón rojo. Ella se había quitado los anteojos y los estaba limpiando con su pañuelo. Mirando a su diestra, Bill vio a un joven sentado sobre un sofá acolchonado. Este joven tenía el rostro volteado hacia la ventana así que todo lo que Bill podía ver de él era el cabello rubio ondulado en la parte de atrás de su cabeza. Más lejos a la izquierda de Bill, un niño de cabello castaño vestido con overoles de pana azules estaba acostado sobre su pecho a la mitad de una cama individual de hierro. El niño estaba horriblemente lisiado— sus piernas estaban deformadas como sacacorchos e inclinadas hacia atrás contra sus caderas; del mismo modo sus brazos estaban deformados y apretujados contra su costado. Un hombre alto de cabello moreno, quien Bill suponía ser el padre, estaba al lado de la cama, bajando la mirada al niño.

“¿No es extraño eso?” pensó Bill. “Yo estaba con mi mamá apenas hace un momento, y ahora aquí estoy en esta casa.”

Pronto sintió una presencia impresionante de pie apenas atrás de su hombro derecho. Bill trató de mirar, pero algo le impidió voltear la cabeza. Entonces escuchó la misma voz que siempre platicaba con él en las visiones.

El ángel preguntó, “¿Puede vivir este niño?”

“Señor, yo no sé,” contestó Bill.

El ángel dijo, “Haz que el padre traiga al niño a ti de manera que puedas orar por él, el niño vivirá.”

El padre sacó a su hijo de la cama y lo llevó del otro lado hacia Bill, quien puso sus manos sobre el estómago del niño y comenzó a orar. Sorpresivamente el niño saltó de los brazos de su padre. Él tocó

* [La casa de escopeta tiene todas las habitaciones en una línea, generalmente desde el frente hasta la parte de atrás, halladas especialmente en el sur de los EE.UU.]

el piso con su pierna izquierda, la cual se destorcó en línea recta y normal. Inmediatamente dio otro paso, y cuando lo hizo su pierna derecha se enderezó. A medida que daba su tercer paso, sus brazos se destorcieron. Entonces el niño puso sus manos en las manos de Bill y alzó la vista hacia él. Un bigote de leche cubría el labio superior del niño. Él dijo, “Hermano Bill, estoy perfectamente sano.”

“Pues, alabado sea el Señor,” contestó Bill.

El ángel— todavía detrás de él y fuera del alcance de la vista— dijo, “Ahora te llevaré a algún otro sitio.” Él levantó a Bill y lo transportó muy lejos, sentándolo en un cementerio junto a una iglesia rural. El ángel le señaló a una de las lápidas sepulcrales y le dijo, “Recuerda el nombre y las fechas en esta. Ella será tu sitio de orientación.” Luego se llevó rápidamente a Bill a otra localidad donde dos tiendas, una gasolinera, y unas cuantas casas se juntaban alrededor de un cruce de caminos. Una tienda tenía una fachada amarilla. De esta construcción salió un hombre que llevaba puesto pantalones de pechera azules y una gorra de pana. Él tenía bigote blanco. El ángel dijo, “Él te enseñará el camino.”

Una vez más Bill fue arrebatado de la escena. Cuando sus pies tocaron una vez más la tierra, él estaba siguiendo a una mujer joven y corpulenta dentro una casa. Bill se encontró a mismo en una habitación empapelada de amarillo, con dibujos rojos. En la puerta colgaba un letrero: “Dios Bendiga Nuestro Hogar.” En la pared izquierda estaba recargada una estufa de leña, y junto a la pared derecha estaba una cama individual de bronce. Un adolescente en pijamas acostado encima las sábanas, angustiándose de los efectos de algo que pudiera haber sido polio— ambas piernas estaban torcidas y encogidas debajo del cuerpo, y un brazo estaba encogido sin esperanza. Bill no podía distinguir si era niño o niña— en algunos aspectos el rostro parecía masculino, pero el cabello largo y los labios curvados sugerían distinto.

El ángel preguntó, “¿Puede andar esa persona?”

Bill pensó, “Tiene que ser un joven por cuanto él dijo, ‘persona,’ no ‘jovencita.’” Él contestó, “Señor, yo no sé.”

El ángel ordenó. “Ve pon tus manos a través del estómago de la persona y ora.”

Cuando Bill hizo como fue instruido, el personaje en la cama exclamó, “¡Alabado sea el Señor!” mientras que la mano seca se

llenaba completamente y aquellas dos piernas lisiadas se estiraban en línea recta y fuertes. El adolescente se sentó en la cama, causando que una pierna de la pijama se arremangara, exponiendo una rodilla. Ahora Bill estaba seguro del sexo. No era la rodilla huesuda de un joven, sino la rodilla redonda y suave de una jovencita. Bill oyó gritar a alguien cerca de él, “¡Oh, gracias, Dios!”

Y en la lejanía él oía a alguien más gritando, “¡Oh, Hermano Branham! ¡Hermano Branham!” Abruptamente Bill estaba en la casa de su madre otra vez, de pie a la mitad del piso de la recámara. Él meneó la cabeza, sintiéndose confundido y desorientado. Su madre lo llamó de la recámara contigua, “Billy, hay alguien tocando en la puerta principal, llamándote.”

“Ya lo escuché, mamá.” Él dio traspies por el pasillo y abrió la puerta principal. La silueta de un hombre joven muy turbado apareció en la entrada, sus ojos hinchados y rojos. Instantáneamente Bill lo reconoció como el hombre en la primera parte de la visión, el hombre que había bajado la mirada sobre el niño. “Pase,” instó Bill. “¿Qué ocurre?”

El hombre dio un paso al interior para librarse del viento frío. “Hermano Branham, ¿se acuerda de mí?”

“No, no creo acordarme.”

“Soy John Himmel. Hace como cuatro años Ud. me bautizó a mí y a mi familia aquí en Powder Plains.”

“Ya me acuerdo de Ud.,” dijo Bill, a medida que una vaga memoria se fortalecía paulatinamente. “Ud. mató a un hombre hace unos cuantos años, ¿verdad?”

“Sí, señor— lo golpee con mi puño y le fracturé el cuello en un pleito. Huí de la justicia y también de Dios. El año pasado mi hijo mayor murió de pulmonía. Tengo otro hijo y ahora se está muriendo con pulmonía doble. El doctor se acaba de marchar de mi casa porque no hay nada más que él pueda hacer, y de pronto Ud. vino a mi corazón. ¿Desea Ud. venir y orar por mi hijo?”

“Sí, señor— iré. Tan sólo permítame ponerme mi ropa y arrancar mi automóvil.”

“No hay necesidad que lleve su automóvil; Ud. puede ir conmigo. Yo le traeré de regreso. Únicamente vivo a 11 millas [17.7 kilómetros] de aquí, tan sólo unas cuantas millas arriba de Utica. Mientras Ud. se viste, voy allá a traer a Graham Snelling. Él es mi primo y quiero que él también ore por mi hijo.”

Mientras Bill estaba regresando a la habitación a ponerse la ropa, Ella lo llamó mientras pasaba por su puerta. “Billy, ¿qué es lo que le ocurría al hombre?”

“Madre, algo ha sucedido. Yo estaba en una visión apenas hace un momentito.”

“Oh, ¿de veras?” dijo ella, casi casualmente. “¿Hay algo de bueno?”

“Sí— el hijo del hombre va a ser sanado. Le contaré más al respecto cuando regrese.”

En diez minutos John Himmel llegó con su primo. Bill conocía Graham Snelling— un joven como de su misma edad quien recientemente acababa de convertirse en un Cristiano. Tan pronto como Bill se subió al automóvil, se dio cuenta que Graham era el hombre de cabello rubio que él había visto en la visión, aquel sentado en un sofá acolchado rojo mirando fijamente por la ventana. Bill ardía por dentro con expectación, sabiendo que Dios iba a ejecutar un milagro.

Ellos se dirigieron al norte al Utica Pike. Bill dijo, “Sr. Himmel, Ud. vive en una casita blanca. ¿Verdad?”

“Sí, señor, allí vivo.”

“Su casa está situada en una loma y la puerta principal está orientada hacia el sur.”

“Así es.”

“Tiene dos habitaciones. Una de ella tiene tablas rojas machihembradas subiendo hasta la mitad de las paredes. Ud. tiene allí un sofá acolchado y un sillón y una cama individual de hierro. Su hijo enfermo tiene como... como tres años de edad diría yo. Tiene cabello castaño y está vestido con pantalones de pana azul. La madre de él tiene cabello negro.”

John Himmel miraba fijamente a su pasajero boquiabierto. “¿Alguna vez estuvo Ud. en mi casa, Hermano Branham?”

“Cuando Ud. tocó en mi puerta, yo me acababa de ir de su casa.”

El rostro del hombre se deformó de la confusión. “Eso es extraño; yo jamás lo vi allí.”

“Yo estuve allí espiritualmente. Sr. Himmel, si yo lo bauticé a Ud., tal vez Ud. me escuchó decir tocante a cómo es que algunas veces veo cosas antes que sucedan.”

“Sí, me acuerdo. ¿Algo parecido a eso le sucedió a Ud. ahora?”

“Así fue. Y cualquier cosa que sea que me dice estas cosas, nunca

me ha dicho una mentira. Sr. Himmel, su hijo va a ser sanado cuando yo llegue allí.”

Ante estas palabras, John Himmel frenó su automóvil hasta detenerse, se echó sobre el volante y, con su rostro oculto entre las manos, dijo bruscamente, “Dios, estoy avergonzado de mí mismo. Si Tú me perdonas, prometo que viviré para Ti el resto de mi vida.”

Cuando llegaron a su destino, se miraba exactamente como la casa que Bill había visto en la visión. Seguro de sí mismo él pasó a grandes pasos por la puerta principal. Allí estaba el sofá acolchado y el sillón; la joven madre de cabello negro; la cama individual de hierro; el niño enfermo.

John le preguntó a su esposa, “¿Sigue respirando?”

Los pulmones del niño no se movían lo suficiente para que se notara, así que la madre la madre sostuvo un pedazo de papel transversalmente en la nariz del niño por si tuviera respiración. “Sí, sigue vivo,” dijo ella “pero de milagro.”

Ahora Bill sabía que aquellos brazos y piernas horriblemente deformados que él había visto en la visión representaban la pulmonía que estaba matando a este niño. “Traigan el niño hacia mí,” ordenó él.

El padre trajo el niño y los sostuvo en brazos mientras Bill oraba. Pero en vez que se mejorara el niño, instantáneamente se empeoró. El movimiento había despertado sus sentidos. Ahora se ahogó por la flema en la garganta y dejó de respirar completamente. Llenos de pánico, los padres sacudían a su hijo y le daban palmaditas en la espalda repetidamente hasta que llenaba de aire una vez más sus pulmones. Pero cada nuevo respiro parecía como que podría ser su último— él tosía, escupía y luchaba, algunas veces llorando un lloro débil y frío entre bocanadas de aire.

“Algo anda mal,” pensó Bill. Mientras echaba un vistazo por la habitación, comprendió lo que era. La situación no estaba exactamente como él la había visto en la visión. La madre no estaba recargada en la puerta que daba a la cocina; Graham Snelling no estaba sentado en el sofá acolchonado mirando hacia fuera por la ventana; y allí debía de estar una anciana sentada en el almohadón rojo, limpiando sus anteojos.

Mientras la desesperada madre friccionaba medicina debajo de la nariz de su hijo, Bill se sentó en el sofá, mortificado. En su entusiasmo él había actuado anticipadamente de la visión, y al

hacerlo así había pasado por alto a Dios. Él ni siquiera podía decirle a los Himmel lo que andaba mal. La única cosa que podía hacer ahora era sentarse y aguardar... y esperar que la gracia de Dios no tuviera en cuenta su error.

Durante una hora y media Bill se sentó quietamente y oró, mientras el niño luchaba desesperadamente por su vida. Cuando la primera luz del alba coloreó el horizonte, Graham Snelling dijo, “Me tengo que ir, porque tengo que estar en el trabajo alrededor de las 8 en punto.”

“Muy bien,” dijo John Himmel, “Te llevaré en el automóvil de regreso. Hermano Branham, ¿Ud. también desea irse?”

“No, me quedaré aquí.”

Con la moral caída hasta los pies, Bill miró a los dos hombres poniéndose los sacos junto a la puerta principal. Él sabía que Graham Snelling era el varón rubio en la visión. Si Graham ahora se marchaba, ¿cuándo regresaría? ¿Esta noche? De acuerdo a la visión, el niño no podría ser sanado a menos que Graham estuviera allí. Bill se preguntaba ¿cómo es que ese niño enfermo podría sobrevivir el día?

Mirando hacia fuera por la ventana, Bill vio a una anciana que se acercaba por la vereda hacia la casa. ¡De pronto él se dio cuenta que ella traía anteojos puestos! Bill pensó, “Oh, Dios, cuánto Te agradezco. Ahora, si únicamente estos dos varones no se marchan.”

John Himmel se abrochó el último botón de su saco, luego volteó hacia su esposa y le dijo, “Regresaré después de un rato. No voy a trabajar hoy.”

Graham estaba cubriendo sus orejas debajo de la gorra cuando un toque sonó en el traspatio de la casa. La madre corrió por la cocina a abrir la puerta trasera. La anciana se metió rápidamente, temblando de frío.

“¿Quién es?” preguntó John.

“Es mamá,” respondió la mujer joven, cerrando la puerta trasera. “Mamá, ¿alcanzaste a dormir algo?”

“Un par de horas basta,” dijo la anciana. “¿Cómo está el niño? ¿Ha mejorado algo desde que me fui?”

“No,” contestó la mujer joven, temblándole la voz. “Mamá, se está muriendo” —entonces prorrumpió en llanto. Cubriéndose el rostro con las manos, reclinó la cabeza en la puerta de la cocina.

“¡Allí está!” pensó Bill, aumentando su excitación. “Esa es

exactamente la manera en que se miraba en la visión. Ahora, la abuela tiene que estar sentada en aquel sillón, limpiando sus anteojos, y el Hermano Snelling tiene que estar sentado aquí donde estoy yo.”

Bill se puso de pie para desocupar el sofá. Graham Snelling se quitó el sombrero, se sentó en el sitio que Bill acababa de desocupar, y miraba fijamente hacia fuera de la ventana.

“Oh, cielos,” pensó Bill. “Tan sólo que suceda una cosa más.”

La abuela entró a la habitación principal, donde se sentó en el sillón rojo. Sus lentes se habían empañado por completo— al entrar como lo hizo de afuera hacia una habitación húmeda y cálida— así que se los quitó de la nariz y comenzó a limpiarlos... exactamente en la manera que lo había hecho en la visión.

Al instante en que todo estaba puesto en orden, Bill podía sentir aquella presión peculiar sobre su piel, como si alguien o algo poderoso estuviera parado cerca. Bill dijo, “Hermano Himmel, ¿sigue teniendo confianza en mí como un siervo de Cristo?”

“Claro que sí, Hermano Branham.”

“Entonces tráiganme el niño.”

Los padres habían dejado acostado al niño porque cada vez que lo levantaban, entraba en espasmos expectorantes y perdía la respiración completamente. Ahora, sin un pensamiento de duda o temor, el padre agarró rápidamente a su hijo y se lo trajo a Bill.

Imponiendo sus manos sobre la piel amoratada del niño, Bill oró, “Padre Celestial, perdona el atontamiento de Tu siervo por adelantarse a la visión. Sana a este niño en el Nombre de Jesucristo.”

El niño comenzó a menearse. Sus mejillas amoratadas se tornaron en rosadas y sus ojos decaídos comenzaron a moverse, luego se concentraron. “¡Papito!” gritó. “¡Oh, papito, papito!” Y lanzó sus brazos alrededor del cuello de su padre.

Todos en la habitación convergieron en el niño al mismo tiempo, haciéndose la misma pregunta: ¿Está sano? El niño dijo que se sentía bien, pero Bill agregó, “Sr. Himmel pasarán tres días antes que eso se vaya completamente del niño, porque en la visión él dio tres pasos antes que sus extremidades deformadas terminaran de desenrollarse.”

John Himmel condujo a Bill y a Graham de vuelta a Jeffersonville a tiempo para que ambos llegaran a trabajar.

El Miércoles por la noche Bill le relató a su congregación tocante a

la visión y la sanidad, diciendo, “Mañana por la tarde, quiero que todos Uds. vayan allí conmigo y miren en las ventanas. Uds. observen y vean si ese niño no viene por el piso con un bigote formado por la leche en su labio superior. Él pondrá sus manos en las mías y dirá, ‘Hermano Bill, estoy perfectamente sano.’ ”

El Jueves por la tarde toda la iglesia siguió a Bill a la casa “de escopeta” de dos habitaciones en el campo. La gente se agolpó alrededor de las ventanas y otros se pararon detrás de Bill mientras él tocaba en la puerta principal. La madre estaba trabajando en el traspatio de la casa. Bill podía oírla corriendo por el piso de madera para responder a la puerta.

“Pues, es el Hermano Bill. Pase y mire la diferencia en nuestro hijo ahora.”

Bill entró sin decir una palabra. A través de la puerta abierta de la cocina, él podía ver al niño sentado en una esquina jugando con algunos cubos. El niño se incorporó y se fue tambaleando por el piso. Su labio superior estaba adornado con un bigote de leche con chocolate. Él puso sus manitas en las de Bill y dijo, “Hermano Bill. Estoy perfectamente sano.”

En su siguiente culto en la iglesia Bill relató el resto de la visión, concerniente a jovencita con el brazo seco y dos piernas encogidas que sería sanada. Él enfatizó, “Yo no sé lo que significan estas cosas. Tan sólo les relato a Uds. lo que veo.”

Dos semanas después, cuando Bill apareció para trabajar en la mañana, el Sr. Scott, su capataz, dijo, “Llegó una carta para ti, Bill. La puse en tu cajón.”

Mientras Bill estaba recogiendo sus asignaciones de trabajo para el día, miró a la dirección del remite en esta carta. Procedía de una tal Sra. Harold Nale en South Boston, Indiana. Él nunca había escuchado de un sitio llamado South Boston, Indiana.

Desprendiendo la solapa y abriendo la carta, él leyó,

Estimado Sr. Branham

Mi nombre es la Sra. Harold Nale. Vivo en South Boston, Indiana. Tengo una adolescente lisiada que está postrada en cama por su aflicción. La artritis ha invadido sus articulaciones y ahora ella llora día y noche por causa del dolor. Soy Metodista. Hace varias semanas en un culto de oración... (Bill se sintió débil por dentro cuando vio la fecha.

Era la misma noche que él había visto la visión concerniente a la jovencita lisiada siendo sanada.) ...alguien me dio el folleto suyo titulado *Jesucristo Es El Mismo Ayer, Hoy Y Por Los Siglos*. Después que leí su libro, algo se movió en mi corazón para escribirle a Ud. y pedirle que venga a orar por mi hija.

Le saluda atentamente,
Sra. Harold Nale

Esa noche en la iglesia, después de recordarle a la gente de su visión, Bill leyó la carta. “Estoy seguro que esta es la jovencita que vi en la visión; pero nunca he escuchado de este sitio. ¿Alguien aquí sabe dónde queda South Boston?”

George Wright dijo, “Hermano Branham, creo que está apenas al sur de New Albany.”

Varias personas desearon ir con Bill para ver cumplida la visión: Jim Wiseheart, el diácono de mayor edad de Bill; Meda Broy de 21 años de edad; y el Sr. y la Sra. Brace, una pareja que se había mudado a la región para estar cerca del Tabernáculo Branham después que la Sra. Brace había sido sanada milagrosamente de tuberculosis por medio de las oraciones de Bill. Ese fin de semana, cuando se amontonaron todos en el automóvil de Bill, Bill le entregó al Sr. Brace un pedazo de papel con un nombre y dos fechas escritos en él.

“¿Para qué es esto?”

“En algún sitio por el camino nos vamos a encontrar con un cementerio. Ud. encontrará eso escrito en una de las lápidas sepulcrales.”

“Yo creí que Ud. dijo que nunca antes había estado en South Boston.”

“Nunca he estado. Esas fechas me fueron dadas por el ángel del Señor. Cuando las veamos, sabremos que estamos en el camino apropiado.”

Se dirigieron al sur, sólo para descubrir que George Wright había estado pensando en un pueblo llamado New Boston, no South Boston. Preguntando en una oficina de correos, se enteraron que South Boston era una aldea al norte de Jeffersonville, apenas arriba de Henryville. Preguntando de nueva cuenta en Henryville, se les dieron las instrucciones generales.

Por seis millas [9.66 kilómetros] siguieron un camino sinuoso y fangoso más allá de pequeñas fincas, campos de maíz, lomas pobladas de árboles, y matorrales de sazafrás. Los caminos laterales (¿o eran los caminos principales?) frecuentemente se bifurcaban, dificultando el saber si seguían encaminándose por el camino apropiado. De pronto algo sujetó las tripas de Bill con tal fuerza que lo dejó sin respiración. Él paró y se detuvo.

“¿Qué ocurre?” preguntó Jim Wiseheart.

Bill temblaba ligeramente y el sudor goteaba por su sien. “No sé. Algo anda mal. Necesito estar solo un momento.”

Se bajó y caminó hacia atrás del automóvil. Poniendo un pie arriba sobre la defensa trasera del automóvil, oró, “Padre Celestial, ¿qué quieres que Tu siervo sepa?” El frío aire de la primavera estaba refrescando y pronto desapareció la sensación de opresión alrededor de sus pulmones y la traquea. Mientras miraba en su derredor, se fijó en una iglesia ubicada a una extensa distancia del camino. Junto a la iglesia antigua se situaba un pequeño panteón rural. “Hermano Brace,” gritó emocionadamente, “tráigame ese pedazo de papel.”

Todos salieron del automóvil y siguieron a Bill hacia el cementerio. Apenas pasando la entrada estaba una gran lápida sepulcral de mármol. El nombre y las fechas esculpidas en su suave superficie blanca coincidían con aquellas en el pedazo de papel en la mano del Sr. Brace.

“Nunca antes he estado en esta región,” dijo Bill, “pero yo sé que estamos en el camino apropiado. Ese fue el ángel del Señor que me detuvo. Él no quería que yo pasara por alto esta señal.”

Siete millas [11.27 kilómetros] después llegaron a una loma y miraron hacia abajo a una pequeña aldea en un cruce de caminos.

“Ese es el sitio,” dijo Bill. “Y allí está la tienda con fachada amarilla. Ahora pongan cuidado— cuando llegemos, un varón con bigote blanco va a salir de esa tienda y nos dará direcciones. Él traerá puestos pantalones de pechera azules y una gorra de pana. Esperen y vean.”

La Sra. Brace dijo, “Hermano Branham, sigo sin poder creer lo de aquella lápida sepulcral allá atrás. Nunca he visto suceder algo como esto antes. Si ese hombre aparece como Ud. dice, no sé lo que voy a hacer.”

“Si él no aparece,” dijo Bill, “entonces soy un gran embustero.”

A medida que el automóvil aminoraba la velocidad en el cruce de

caminos, se abrió la puerta principal de la tienda y salió el hombre— bigote blanco, pantalones de pechera azules, una gorra amarilla de pana y todo. La Sra. Brace, sentada en el regazo de su esposo, se desmayó.

Bill dijo, “Ahora pongan cuidado— él actuará de una manera muy rara a causa de que el poder de Dios está tan cerca.” Bajando su vidrio, él dijo, “Señor, me puede decir dónde vive Harold Nale.”

Al principio el hombre parecía sorprendido. Luego mientras hablaba, sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro como si se sintiera nervioso. “Suba por este camino aquí como a media milla [805 metros] y doble en el primer camino hacia su izquierda. Es la segunda casa a su izquierda. Ud. verá un gran corral rojo ubicado sobre una loma. ¿Por qué?”

“Él tiene una hija afligida, ¿verdad?”

“Sí, así es. ¿Qué pasa?”

“El Señor Jesús va a sanarla.”

Bill siguió las instrucciones del hombre saliendo de South Boston, mientras en el asiento trasero el Sr. Brace frotaba la cara de su esposa. La Sra. Brace se reanimó mientras ellos subían el camino de entrada de los Nale. Bill estacionó el automóvil en el patio y todos se bajaron. Una mujer corpulenta abrió la puerta de su casa.

“¿Cómo le va? Soy el Hermano Branham.”

“Pensé que Uds. eran. Soy la Sra. Harold Nale, la que le envié la carta a Ud.”

“Gusto en conocerla, Sra. Nale. Estas personas han venido conmigo a orar por su hija. Ella está a punto de ser sanada.”

“¿Qué?” La mujer abrió de par en par la puerta. “Pasen Uds.”

Una vez en el interior, Bill no esperó a que la Sra. Nale les indicara el camino, sino que fue a grandes pasos por la sala hacia la recámara de la jovencita. Los otros siguieron de cerca detrás de él. La habitación en la que entraron coincidía exactamente con la de su visión: allí estaba la estufa de leña; el papel amarillo de empapelar dibujos rojos; el letrero arriba de la puerta que decía “Dios Bendiga Nuestro Hogar”; la cama individual de bronce; y allí, encima de las sábanas, yacía aquella jovencita decrepita con el rostro de muchacho— uno de sus brazos secos y sus piernas encogidas debajo de ella.

Cuando la Sra. Brace vio la habitación y la jovencita así como Bill se las había descrito, se desmayó por segunda ocasión. Su esposo se

abalanzó a su costado y la levantó parcialmente, dándole unas ligeras palmadas en su rostro, intentando reanimarla.

Aquí sucedió algo que Bill nunca pudo explicarse después. Parecía como que el espíritu de él se separó de su cuerpo y flotó en una esquina por encima del grupo. Desde su posición panorámica él se veía a sí mismo (o al menos su cuerpo) andar por el piso hacia la cama y decir, “Hermana, Así Dice El Señor, ‘Tú vas a estar sana.’” Él se miró a sí mismo imponer las manos sobre el estómago de la jovencita, exactamente como lo había hecho en la visión. Entonces el espíritu de él se precipitó de vuelta dentro de su cuerpo. Él tenía los ojos cerrados y estaba orando, “Señor, yo hago esto en lo que creo que es Tu mandato.”

La jovencita gritó. Bill abrió los ojos y vio que su mano lisiada estaba normal ahora. En un arrebato de emoción la jovencita usó su brazo recién restaurado para levantarse en la cama. Sus piernas se enderezaron, y al hacer esto una pierna de la pijama se le arremangó hacia arriba, mostrando su rodilla redonda, cumpliendo exactamente la visión.

El Sr. Brace había reanimado a su esposa suficientemente para que ella se sostuviera en pie. La jovencita postrada en cama gritaba, “¡Mamá! ¡Mamá!” mientras balanceaba sus piernas nuevas en el borde de la cama, las colocó en el piso, y se puso de pie. La Sra. Brace le dio un vistazo al milagro, y se desvaneció otra vez, cayéndose en los brazos de su esposo.

Un breve tiempo después, mientras esperaban en la habitación principal, allí salía esta joven adolescente, vestida en una bata, caminando en sus dos piernas sanas y peinándose el cabello con la mano que durante dos años había estado encogida e inútil. Para este entonces, la Sra. Brace conseguía recobrar el sentido.



Bill bautizando en el río *Blue* en *Totten's Ford* después del avivamiento de Milltown, Indiana.



Georgie Carter.

Capítulo 25

El Milagro de M-i-i-i-lltown

1940

VARIAS SEMANAS después de la sanidad de la hija de la Sra. Nale, William Branham estaba una vez más pasando la noche en la casa de su mamá. Aunque la hora era avanzada, él no podía quedarse dormido; así que se levantó y caminó por el piso de la recámara para visitas en la oscuridad, sintiendo una remota carga tirando de su corazón. Él pensó, “Tal vez alguien está enfermo en algún sitio y necesita que yo ore.”

Bill se puso de rodillas al lado de la cama y oró por un tiempo prolongado sin ningún alivio. Alzando la vista, notó una mancha de color blanco en una esquina, cerca de donde su madre tenía algo de ropa limpia amontonada en una silla. Por extraño que parezca, eso parecía estar brillando tenuemente. Cuando la mancha blanca se dirigió hacia él, Bill supo que era el ángel del Señor. Se parecía a una nube pequeña y luminiscente. La neblina blanca se introdujo en él y de pronto se halló caminando por una soledad sombría. En algún lugar en la distancia él escuchó el balido de un cordero. “*Be-e-e-e-e. Be-e-e-e-e.*” Se oía tan desvalido. Bill dijo, “Ese pobre animalito. Voy a ver si puedo encontrarlo.” Él se movió en dirección de aquel ruido lastimoso, buscando detrás de los árboles y debajo de los arbustos un bulto de lana. A medida que se acercaba más al origen de ello, el balido se hacía más fuerte y parecía cambiar de altura y tono hasta que parecía casi humano. Bill se detuvo y escuchó con atención. El cordero parecía estar balando, “*M-i-i-i-lltown... M-i-i-i-lltown.*” Entonces la visión le dejó.

Bill nunca había escuchado de un lugar llamado Milltown, así que a la siguiente noche en la iglesia él le preguntó a su congregación si alguien sabía de su localización.

George Wright dijo, “Yo sé, Hermano Branham. Es un pequeño

pueblo como a 35 millas [56.35 kilómetros] hacia el oeste de aquí, no lejos de donde vivo.”

“Voy a ir allí el próximo Sábado,” explicó Bill. “Alguien está en problemas.” Y él le relató a la congregación acerca de la visión.

“Yo lo llevaré allí.” Se ofreció George Wright.

Milltown confirmó ser una comunidad típica rural de Indiana. El sitio más concurrido el Sábado era la tienda de abarrotes en medio del pueblo, donde todos los campesinos venían a realizar sus compras semanales. Conduciendo por la calle principal, Bill pensó, “Me pregunto ¿qué es lo que el Señor quiere de mí?” Siendo que no se aconsejaba nada mejor, él decidió predicar en la esquina junto al mercado. Entrado en la tienda, compró una caja de madera, la puso boca abajo en la esquina de la calle, se subió en la parte alta, Biblia en mano, planeando predicarle a todo transeúnte. Pero aunque él había efectuado semejante labor de evangelización en las esquinas en Jeffersonville, por alguna razón él ahora no podía pensar en un tema sobre el cual predicar. Enseguida llegó a ser obvio que las personas no se iban a detener y escuchar a su sermón torpe e improvisado.

George Wright dijo, “Hermano Branham, voy a subir a la loma a venderle algunos huevos a un hombre que conozco por allá. ¿Desea acompañarme allá?”

“Será lo mejor. Aquí no estoy logrando nada.”

Cerca de la cima de la loma, ellos pasaron por una gran iglesia blanca. Bill comentó, “Qué construcción tan hermosa.”

“Sí,” respondió George. “Ud. sabe, lástima de lugar. Solía ser una iglesia Bautista, pero el último pastor allí se metió en problemas. Toda la congregación lo abandonó y se fueron a otras iglesias en el pueblo y el municipio ha expropiado el edificio.”

“Hermano George, ¿por qué no detiene el automóvil y me permite bajarme aquí? Siendo algo tirando de mí hacia esa iglesia.”

“De acuerdo, Hermano Bill. Pasaré por Ud. en mi camino de regreso.”

Después que el automóvil se alejó, Bill subió los escalones e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Se sentó en los escalones de la entrada, entrecruzó sus manos, inclinó su rostro y oró, “Señor, si Tú me quieres en esta iglesia, por favor ábreme las puertas.”

Dentro de poco un hombre se acercó caminando y dijo, “Hola. Lo

vi sentado aquí y me pregunté si yo podría ser de ayuda.”

“Pues, soy un predicador,” explicó Bill, “y estaba interesado en ver esta iglesia, pero está cerrada con llave.”

El hombre dijo, “Yo tengo la llave.”

“¡Gracias, Señor!” dijo Bill en voz baja.

El desconocido abrió las puertas principales y lo guió a través de un pequeño salón de entrada hacia un santuario amplio que podía acomodar casi cuatrocientas personas.

“¿Quién es el dueño del edificio?” preguntó Bill.

“Es del municipio. Yo tan sólo me encargo de él. Únicamente lo usamos para bodas y funerales.”

“¿Sería posible que yo celebrara aquí un avivamiento?”

“Ud. tendrá que hablar con los oficiales del municipio tocante a eso.”

Cuando regresó George Wright, los dos buscaron al alcalde, quien dijo, “Claro, si ponen un medidor de luz en ella. No hay electricidad en el edificio ahora.”

“Eso no será problema,” dijo Bill. “Yo trabajo para la compañía de servicio público en Jeffersonville. Instalaré mi propio medidor.”

El siguiente Sábado por la mañana Bill instaló su medidor en la vieja iglesia, y entonces comenzó a visitar a la gente alrededor del área, diciéndoles acerca de las reuniones de avivamiento programadas para comenzar ese próximo Miércoles por la noche. Su primer contacto no era prometedor. “Cómo le va, señor. Me llamo Billy Branham.”

“Buenos días. El mío es J—”

“Sr. J—, vamos a tener una reunión de avivamiento el próximo Miércoles por la noche en la antigua iglesia blanca en la loma. ¿Desea Ud. venir?”

El Sr. J— resultó ser un tipo duro. “Yo crío pollos. No dispongo de tiempo para ir a ninguna iglesia.”

“Bueno, ¿no podría dejar solos a los pollos por un momentito y venir a las reuniones?” persistió Bill.

“Escuche, amigo,” dijo con brusquedad, “¿Por qué no deja de meterse en lo que no le incumbe y yo haré lo mismo?”

“No fue mi intención herir sus sentimientos, señor.”

Continuó de esa manera por el resto del día. La mayoría de la gente le mostraba más cortesía que el Sr. J—, pero todos con los que él hablaba se resistían a la idea de un avivamiento, Bill se hubiera

sentido desanimado, si no fuera porque sabía que él estaba allí por la palabra del Señor. En algún sitio de Milltown uno de los corderos del Señor estaba balando pidiendo auxilio. Ya que la visión le había dado a él únicamente un pequeño detalle— el nombre del pueblo— Bill sabía que tan sólo se tendría que mantener intentando hasta que apareciera el cordero necesitado.

George Wright colocó un anuncio del avivamiento próximo en el periódico local, haciendo propaganda de su pastor como “otro Billy Sunday,” comparando a Bill con el famoso jugador de béisbol convertido en evangelista que había muerto en 1935. Ese truco podría haber funcionado y atrajo a un pequeño pero curioso grupo, exceptuando que el anuncio también mencionaba “sanidad Divina” y manifestaba que el Reverendo Billy Branham oraría por los enfermos. Las actitudes conservadoras de Milltown se endurecieron hacia ideas tan radicales. Aquel Domingo los ministros locales les advirtieron a sus congregaciones el apartarse de semejantes tonterías. La Iglesia de Cristo local incluso llegó al extremo de amenazar a sus miembros con excomulgarlos si se atrevían a acudir al avivamiento. Contra semejante telón de fondo de oposición, no fue sorprendente que el Miércoles por la noche únicamente cuatro personas se sentaran en las bancas de la antigua Iglesia Bautista de Milltown— George Wright, su esposa, su hijo, y su hija. Bill dio su mensaje exactamente igual como si el edificio hubiera estado lleno.

El Jueves por la noche parecía como que sería una repetición del Miércoles. Pero cinco minutos antes que el culto fuera a comenzar, un hombre con una pipa de fumar hecha de una mazorca de maíz en su boca se acercó a los escalones de la entrada y miró a través de las puertas abiertas.

Fijándose en este hombre parado allí, George Wright se apresuró a la parte de atrás a invitarlo a pasar. “Vaya, Sr. Hall, me da gusto verlo,” saludó George.

El pelo del hombre estaba despeinado, su ropa estaba sucia, y le faltaban varios dientes al lado de su boca. Él volcó su pipa de mazorca y la golpeó ligeramente contra el costado del edificio, provocando que las cenizas salpicaran sobre los escalones. “¿Dónde está este pequeño ‘Billy Sunday’ del que Uds. están presumiendo? Deseo echarle una mirada.”

El Sr. Hall se introdujo en la primera banca a la cual él llegó a medida que entraba por la puerta, mientras George se acercaba al

frente a prevenirle a su pastor. “Hermano Bill, la persona más difícil de dar su brazo a torcer acaba de entrar por la puerta. Se llama William Hall. Él dirige la cantera allá en la cima de la loma. Oh, él es uno excepcionalmente impresionante.”

Bill estaba sentado en una silla detrás del púlpito, leyendo su Biblia. Él metió su separador en su lugar y se puso de pie. “Tal vez él es del que el Señor anda en pos.”

Mientras Bill comenzaba a predicar, George Wright se fue a la parte de atrás de la iglesia e invitó al Sr. Hall a acercarse más al frente.

“No, gracias. Me ocuparé de las cosas aquí atrás y Ud. puede ocuparse de ellas allá.”

Pero para el momento que Bill terminó su sermón, el Sr. Hall no únicamente se había acercado al pasillo, él estaba arrodillado en la barandilla enfrente del púlpito, clamando a Dios que tuviera misericordia de su alma.

Para el Viernes por la noche un William Hall nuevo había forzado a una docena de sus vecinos y empleados a venir con él al avivamiento. Al final del servicio, Bill ofreció orar por cualquiera que estuviera enfermo. Varias personas pasaron al frente y fueron sanados.

Más tarde, el Sr. Hall dijo, “Ud. cree, Hermano Branham, hoy cuando yo estaba platicando por ahí acerca de las reuniones e invitando a los amigos, me di cuenta que hay una jovencita por aquí que ha estado preguntando por Ud. Se llama Georgie Carter, y tiene tuberculosis— la ha tenido por años. Georgie tiene 23 años, y si mal no recuerdo, según se dice ella ha estado postrada en cama durante nueve años y ocho meses. Ella está ahora en una situación muy difícil— tan sólo pellejo y huesos. Está tan mal que ni siquiera la levantan para ponerle un cómodo debajo de ella. Parece que ella ha estado leyendo un librito que Ud. escribió tocante a Jesús siendo el mismo hoy así como Él fue ayer, y ha estado implorando que Ud. venga y ore por ella.”

La intuición de Bill le decía que esta era aquel cordero que balaba en la visión. “¿Qué estamos esperando? Vamos a orar por ella.”

“Me temo que no es así de fácil. Sus padres pertenecen a la Iglesia de Cristo, de modo que no desean tener nada que ver con Ud. Crean que Ud. es un engañador.”

“En ese caso,” dijo Bill, “tan sólo lo llevaré delante del Señor en

oración.”

Las sanidades que acontecieron el Viernes por la noche avivaron un avispero de debate por la comunidad. La ira salió a relucir y muchos se burlaban; pero algunas personas fueron incitadas por la curiosidad. El Sábado por la noche 30 rostros nuevos se sentaron en las bancas de la antigua iglesia blanca, y una docena de más alegadas sanidades añadieron combustible para alimentar el fuego de la controversia local.

Después del culto el Sr. Hall trajo buenas nuevas a Bill. “Los Carters han cambiado de parecer y le permitirán a Ud. orar por su hija esta noche, siempre y cuando ninguno de los padres tenga que estar en la casa cuando venga Ud. Me supongo que Georgie ha estado clamando tanto por Ud. que ellos esperan que esto la satisfaga.”

“Me supongo que tuvieron que obtener el permiso de su pastor antes que pudieran permitirme ir allí,” comentó Bill. “De todos modos, pongámonos en marcha.”

Lo que Bill vio cuando entró a la habitación de la joven lo conmocionó hasta la parte más interna de su simpatía. Durante los nueve años de su enfermedad, Georgie Carter se había consumido al grado que ahora yacía en cama como un esqueleto cubierto con piel. Sus brazos parecían palos de escoba. Ella no podía haber pesado más de 50 libras [22.68 kilogramos]. Sobre la sábana al lado de su cabeza estaba una copia del folleto de Bill, *Jesucristo Es El Mismo Ayer, Hoy Y Por Los Siglos*.

Los labios de Georgie se movían, pero Bill no podía escuchar lo que ella decía. Se acercó a la cama y se inclinó más cerca. Ella susurró, “Hermano Branham, yo creí que Ud. vendría y Jesús me permitiría sanar.”

“Hermana, si Él lo hace, ¿le servirá Ud. a Él con todo su corazón?”

Ella asintió con la cabeza tan ligeramente y repitió, “Con todo mi corazón.” Entonces comenzó a toser. Su enfermera sostenía una tasa en la boca de Georgie, pero la pobre muchachita estaba tan débil que no tenía suficiente energía para escupir.

Para alentar su fe, Bill le relató a Georgie tocante a la sanidad de la hija de la Sra. Nale. Georgie preguntó, “¿Por qué no puede Ud. hacer lo mismo por mí como lo hizo por aquella muchacha Nale?”

“Hermana, esa fue una visión. Primero tengo que ver una visión. En dos semanas estaré teniendo otros cuatro días de reuniones de

avivamiento aquí en el pueblo. Tal vez para ese entonces Dios me muestre algo más preciso. Por ahora, yo puedo orar por Ud.— eso es todo lo que sé. Si el Señor me muestra algo más, regresaré. Pero siga creyendo que después que oremos juntos, Ud. va a sanar.”

Cuando se abrieron las puertas de la antigua Iglesia Bautista de Milltown dos semanas después, Bill predicó acerca de la gracia salvadora y poder sanador de Jesucristo a lo doble de cantidad de personas que él había tenido antes. Cada noche veía incrementarse la multitud y producía más conversiones, inspirando a Bill a apartar el Sábado por la tarde para un servicio bautismal.

El Sábado se reunieron en *Totten's Ford* en el Río Blue. Le sorprendió a Bill que hubieran muchas más personas de pie en la ribera del río de las que habían acudido a cualquier noche en particular del avivamiento. Cuando él le mencionó esto a William Hall, el hombre le dijo que uno de los ministros locales había animado a toda su congregación a venir y observar.

Bill se metió en las aguas frías y arremolinadas hasta la cintura e invitó a aquellos nuevos creyentes a salir y sellar su testimonio con el bautismo. Casi cincuenta personas respondieron. Una por una Bill las bautizó en el Nombre del Señor Jesucristo. Cuando Bill llegó a la última persona en la fila, él oró, “Dios, así como Tú enviaste a Juan a bautizar a Jesús, así Jesús nos dijo, *‘Id por todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablará nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.’*”²⁷

Al llegar a ese punto la multitud comenzó a gritar y a chillar y a estremecerse y a palmear las manos como si el Espíritu de Dios estuviera saltando de uno al otro. Casi cada persona todavía con la ropa seca hizo fila para ser bautizada, incluyendo el ministro que había traído consigo a su congregación. Uno por uno estos convertidos “al instante” se metieron al río— hombres de traje y corbata, mujeres con vestidos de seda, padres con sus hijos. Bill continuó bautizando las almas hambrientas hasta ya entrada la tarde. A la hora que terminó, sus piernas estaban tan frías y entumecidas

²⁷ Marcos 16:15-18

que dos varones tuvieron que sacarlo en brazos del agua.

George Wright condujo a Bill hasta su casa para darle de comer y que descansara para el culto esa noche. Cuando llegaron, todavía dispusieron de una hora antes que la comida estuviera lista. Bill le dijo a su amigo, “Voy a salir al bosque a orar. Hay algo pesando en mi corazón.”

“De acuerdo,” dijo George, “pero cuando yo suene la campana para cenar, Ud. venga enseguida porque tendremos que apurarnos y comer si es que vamos a llegar a tiempo a la iglesia.”

Bill se abrió camino por la maleza y se arrodilló junto a un arbusto de cornejo. El sol se estaba ocultado, las sombras alargándose. A pesar de su corazón cargado, él estaba teniendo dificultad para entrar en un estado de ánimo devoto. El viento estaba helado, y él no podía ponerse cómodo; las espinas se mantenían espinándolo a través de las perneras de sus pantalones, y él se preocupaba de que era tarde para ir a la iglesia. Pero persistía en ello tenazmente hasta que las alas de su oración tomaron el vuelo del Espíritu de Dios, elevando a Bill por encima del fastidio tan insignificante como espinas y frío. La campana de la cena sonó, pero Bill estaba demasiado profundo en oración para escucharlo. La campana sonaba y sonaba sin resultados. Pronto los Wrights estaban buscando por los bosques con linternas, llamando a su pastor.

Al abrir los ojos, Bill se sobresaltó por una luz ámbar iluminándolo desde un poco más lejos y arriba del arbusto de cornejo. Una voz grave retumbó a través de los bosques, diciendo, “*Ve por el camino de los Carters, y Georgie será sanada.*”

Gritando de júbilo, Bill saltó sobre sus pies y se fue corriendo hacia la finca de los Wright. Cruzando un sembradío, corrió alrededor de la esquina de una construcción, directamente hacia los brazos de George.

“Hermano Billy, ¿dónde ha estado Ud.? Hay gente por toda la loma buscándolo. Mamá ha estado esperándolo para cenar durante una hora.”

“Hermano Wright, no voy a tomar cena esta noche, Georgie Carter va a ser completamente sanada. ¡Es ‘Así Dice El Señor’!”

Las cejas de George Wright se elevaron tan altas como podían ir. “¿Me quiere decir Ud. que ella se va a levantar?”

Ella va a estar normal y sana en los próximos pocos minutos, justo tan pronto como yo pueda llegar allí.”

“Venga entonces,” dijo George. “Yo traeré el automóvil mientras Ud. entra y le dice a mamá que ya apareció. Ella puede decirle a otros.”

El Sr. Brace estaba en la casa. Cuando Bill le contó las buenas nuevas, no podía creerlo. “¿Se refiere Ud. a ese montón de huesos? ¿Puedo ir con Ud. y verlo?”

“Claro.”

George se acercó con su automóvil, y pronto los tres estaban yendo a toda velocidad por las casi ocho millas [12.88 kilómetros] de caminos de tierra que los llevaría hacia Milltown.

EN ESTE MISMO MOMENTO la Sra. Carter estaba preocupada y yendo y viniendo impaciente por su casa. Ese día más temprano ella se había sentado junto a la cama de su hija mientras Georgie había hecho un trato con Dios. Georgie le había prometido a Dios que si ella podía ser sanada ese día, ella saldría a *Totten's Ford* y sería bautizada con los otros. Cuando había pasado la tarde sin un milagro, Georgie había montado poco a poco en un arrebato de emoción, clamando en sí misma hasta el agotamiento. Ahora la Sra. Carter estaba molesta con respecto a toda la situación. Ella entró a la cocina, se arrodilló, y oró, “Amado Dios, ten misericordia de Georgie. La pobre muchachita, postrada allí tan cercana a la muerte; y ahora ese impostor ha pasado por la región aquí reclamando ser algo que no es; y él tiene a mi niña toda destrozada y confundida. Dios, ten misericordia.”

Ella levantó el rostro y se enjugó los ojos. El ocaso del sol estaba proyectando una intensa luz roja a través de la ventana de la cocina y arriba contra la pared lejana. La Sra. Carter vio la sombra de un varón moviéndose por la pared. Al principio pensó que tenía que ser su esposo que venía rodeando el exterior de la casa. Pero cuando la silueta llegó directamente a ella, parecía la sombra de Jesucristo.

Ella tartamudeó, “¿Quién—quién es Ud.?”

La sombra de dio la media vuelta y miró en dirección a la puerta. La Sra. Carter también se dio la media vuelta y se sobresaltó al ver a aquel predicador. Billy Branham entró por la puerta principal sin siquiera tocar. Ella sabía que era Branham, porque había visto su fotografía en aquel folleto que había inquietado tanto a su hija. Branham estaba sujetando una Biblia sobre su corazón y era seguido

por otros dos varones— uno era un hombre local, George Wright; el otro era un hombre que ella no conocía. Estos tres varones la pasaron de largo en dirección a la recámara de Georgie; pero antes que llegaran allí, desaparecieron.

La Sra. Carter se llevó las manos hacia la boca y gritó, “¡Oh, misericordia! ¡Debo estar dormida!” Corriendo hacia la recámara de su hija, balbuceaba, “¡Georgie! ¡Georgie! Nunca adivinarás lo que acaba de suceder. Yo estaba en la cocina orando y—”

Ella oyó un automóvil aproximándose y detenerse enfrente de la casa. Las puertas del automóvil se cerraron. La Sra. Carter miró a través de la puerta abierta de la recámara hacia la cocina y vio al joven Reverendo Branham pasar por su puerta principal con su Biblia sujeta hacia su pecho. Dos varones entraron detrás de él. Eso era demasiado extraño para que ella lo comprendiera. Sus ojos se pusieron en blanco en su rostro y se desmayó, golpeando el piso como un costal lleno de harina cayéndose de una silla.

CUANDO BILL salió del automóvil enfrente del hogar de los Carters, él sintió el regocijo de la confianza absoluta subiéndosele por todo el cuerpo. Nada podía detenerlo ahora. Él tenía la visión. Él sabía dónde estaba. Mientras subía los escalones hacia el porche, parecía como que su espíritu se separaba de su cuerpo. Él se miró a sí mismo abrir la puerta principal y entrar sin tocar. Allí en la cama yacía aquella joven lastimosa, Georgie Carter, seca y arrugada como una momia Egipcia. Su madre, arrodillada al lado de la cama, lo miró y se desmayó. Bill se miró a sí mismo caminando hacia la cama. Entonces su espíritu volvió a entrar en su cuerpo.

Él bajó la vista a la frágil jovencita debajo de las sábanas y dijo, “Hermana Georgie, el Señor Jesucristo, a quien Ud. ha amado y confiando todo este tiempo, ese mismo Jesús se encontró conmigo en los bosques esta noche y me dijo por medio de una visión que Ud. sería sanada. Por lo tanto, yo la tomo a Ud. de la mano y digo, en el Nombre de Jesucristo, párese sobre sus pies y sea completamente sana.”

Apretando su mano huesuda, Bill estiró despacio. Pero no había necesidad de que fuera despacio, Georgie gritó mientras el poder sobrenatural energizaba su cuerpo. Echando hacia atrás sus cobertores, dio un salto de su prisión tan alegre como una colegiala

en la mañana de Navidad.

La hermana menor de Georgie entró corriendo de otra habitación para investigar la conmoción. Ella vio a su hermana mayor— postrada en cama por lo que ella podía recordar— ahora danzando alrededor de la habitación como un esqueleto metálico. La impresión separó temporalmente el razonamiento de la hermana menor. Ella gritaba y tiraba de su cabello y salió corriendo por la puerta principal abierta, todavía gritando, “¡Algo ha sucedido! ¡Algo ha sucedido!”

El Señor Carter venía del corral, cargando un balde de leche. Al escuchar los gritos y temiendo lo peor, dejó caer la leche y corrió a toda velocidad hacia la casa, únicamente para detenerse en la entrada y contemplar en asombro total a su hija Georgie, sentada en el piano, punteando un himno que había aprendido a tocar cuando era una niña:

Tenme cerca de la cruz,
Do preciosa Fuente,
Brinda a todos sanidad
Fluye del Calvario.

Más tarde George Wright se acercó a la loma hacia la iglesia para hacerles saber a la multitud que esperaba la razón que el Reverendo Branham no se había presentado a tiempo. Todos allí deseaban ver el milagro de primera mano. A la hora que llegaron a la casa de los Carter, Georgie estaba gateando por el patio de enfrente sobre sus manos y rodillas, besando las flores y el prado.²⁸

Comprensiblemente, a la siguiente noche la antigua iglesia blanca estaba llena hasta las paredes con gente. Después que terminó el culto, William Hall preguntó, “Hermano Branham, ¿qué es lo próximo que Ud. está planeando?”

“No estoy seguro, no había pensado más allá de encontrar aquella oveja perdida en la visión.”

George Wright hizo una observación, “Sería una pena dejar ir a

²⁸ Georgie Carter vivió bien de salud hasta 1954 cuando se le diagnosticó cáncer de seno. Ella tenía en ese entonces 41 años de edad. Para cuando el cáncer fue descubierto, él ya se había esparcido, significando que ella no tenía esperanza médica de restablecimiento. En desesperación le pidió a William Branham que orara por ella. Él oró, y Georgie Carter fue sanada una vez más. Ella vivió durante otros 44 años, falleciendo el 22 de Marzo de 1998, a la edad de 84 años.

estas personas sin darles suficiente buena enseñanza fundamental de la Biblia.”

Bill estuvo de acuerdo. “Me supongo que yo podría regresar sobre una base regular hasta que Dios levante a alguien más para hacer la obra.”

El Sr. Hall, quien después se convertiría en el pastor de la Iglesia Bautista de Milltown, expresó su aprobación. “Será bueno el usar esta agradable construcción para algo más que funerales. Parece haber demasiados a fin de cuentas. Tenemos otro aproximándose el Lunes.”

“Oh, ¿alguien que yo conozca?” preguntó George.

“Me supongo que Ud. conoció al Sr. J—.”

George y Bill se miraron uno al otro. George dijo, “Me supongo que él ya no criará más pollos.”

Bill agregó, “Es una lástima que no pudiera disponer de un poco de tiempo para ocuparse de su alma.”



Varios miembros de la familia acompañaron a Bill a Milltown el último día del avivamiento, y luego a *Totten's Ford* para el bautismo. *Fila trasera* de izquierda a derecha: Edgar (Doc), hermano, edad 27; Bill; Delores, hermana, edad 12; *Ella* Branham, mamá, edad 54. *Fila delantera*: Donnie, hermano, edad 14; y Billy Paul, hijo, edad 5.

Capítulo 26

Perdido en la Montaña Hurricane

1941

EL CANTO TERMINÓ. Ansiosamente Billy Paul se acomodó enfrente de su pastel, llenando sus pulmones con tanto aire como podían contener, y sopló hasta que todas las seis velas se apagaron. Rebotando de felicidad, abrió sus regalos.

William Branham sonrió, contento de que su hijo estuviera disfrutando de su cumpleaños— gracias a la solicitud de Meda Broy. Ella le había cocido en el horno un pastel a Billy Paul y había planeado su fiesta con cuidado, deseando que este día— Sábado, 13 de Septiembre de 1941— fuera un día memorable para su joven encargo.

Hasta ahora Meda había estado cuidando a Billy Paul Branham todos los días de la semana por casi cinco años. A ella le parecía más que natural que le diera una fiesta de cumpleaños. Sin embargo, no todos en la comunidad miraban la situación de Bill y Meda tan inocentemente. Numerosos entrometidos estaban propagando un rumor malicioso respecto a “ese joven predicador y su ama de casa.” Bill se ofendió por estas insinuaciones despiadadas en contra de la buena reputación de Meda, pero él podía entender la razón que la gente hablaba: Aquí estaba una hermosa joven en edad de casarse que estaba haciendo poco con su vida con excepción de lavar la ropa sucia de él, limpiando la casa de él, vigilando al hijo de él. Realmente no era justo para Meda que él estuviera ocupando tanto del tiempo de ella. Bill decidió que por el bien de Meda él debería poner fin a su empleo. Planeó decírselo alguna tarde cuando recogiera a Billy Paul después de trabajar. Pero cada vez que se presentaba una oportunidad, él atragantaba sus palabras. ¿Cómo podría él decirle a esta jovencita compasiva que había vigilado su hijo por casi cinco años que él deseaba una nueva niña? Él no

podía resignarse a hacerlo. Pero por el bien de ella, sentía que se tenía que hacer— de alguna manera. Meda necesitaba estar libre de sus vínculos personales con él a fin de que pudiera desarrollar un vínculo para toda la vida con alguien más.

Finalmente se le ocurrió a Bill un plan rápido. Él pensó que si concertaba una cita con otra mujer, Meda se enojaría tanto con él que tan sólo dejaría de trabajar. No funcionó de esa manera. Meda no se enojó en lo absoluto; ella se sintió mucho. Lloró durante días.

Bill también sentía horrible. Él pensaba tanto en Meda y estaba procurando hacer lo que era mejor para ella; pero en vez de eso había hecho un enredo de todo. Al menos le debía una explicación a ella. “Meda, ¿no comprendes? Estoy ocupando mucho de tu tiempo. Eres una jovencita demasiado buena para consumir tu vida en mí.”

“Pero, Bill— yo te amo. Siempre te he amado. Y además, tú eres el único hombre que siempre amaré.”

“Agradezco eso, Meda. Yo también te amo. Pero tú sabes, tan sólo voy a vivir como un ermitaño. Jamás me voy a volver a casar, así que ¿cómo puedo mantenerme ocupando tu tiempo?”

Ese era un argumento que Meda sencillamente no podía aceptar. Cuando ella estuvo a solas, puso su Biblia cerrada en su regazo y oró, “Señor, si esto es lo que Tú deseas, yo no quiero desobedecerte... y sin embargo amo a Bill. No sé qué hacer. Señor Jesús, ¿me ayudarás? Nunca te he pedido esto en mi vida, Señor, y ojalá que nunca tenga que pedirte esto otra vez; pero estoy pidiendo ahora— cuando yo abra esta Biblia, por favor ¿me darás una Escritura como consejo y consolación?”

Cerrando sus ojos, ella abrió la Biblia a la mitad y colocó su dedo índice en un sitio en el centro de una página. Luego miró. Su dedo apuntaba a un versículo en Malaquías el capítulo cuatro: “*He aquí yo os envío a Elías el profeta antes que venga en día de Jehová grande y terrible...*”

“Esa es una Escritura extraña para consolación,” pensó ella. “Me preguntó ¿por qué el Señor—?” Entonces se acordó... Años atrás ella estaba en la ribera del río y Bill estaba allá en el agua bautizando cuando apareció aquella estrella al mediodía. Ella no había visto la bola de fuego porque había mantenido sus ojos cerrados durante la oración; pero nunca podía olvidar escuchar su voz declarar, “*Así como Juan el Bautista fue enviado para precursar la Primera Venida de Jesucristo, de igual manera tú eres enviado a*

precursar Su Segunda Venida.” Ahora ella comprendía la razón que el Señor le había dado esta Escritura peculiar como consolación. “*He aquí yo os envío a Elías el profeta...*” Meda se incorporó y siguió su camino con un corazón tranquilo, convencida de que ella y Bill iban a estar casados.

Bill no estaba lejos de la misma conclusión en sí mismo. Un día después de trabajar se detuvo a recoger a su hijo de la casa de los Broy. Billy Paul estaba jugando en un montón de arena. Bill dijo, “Billy, ven y ve a casa con papito.”

Billy Paul volteó la cabeza y dijo, “Papito, ¿dónde está mi casa?”

Bill se sacudió. Él había estado viviendo recientemente en una pequeña casa flotante anclada en el río por cuanto detestaba el estar en su casa de renta— parecía tan vacía sin Hope. Ahora él miraba a su hijo de seis años de edad y pensó, “Si algún día se le conduce a la silla eléctrica, él podría voltearse hacia mí y decir— ‘Papá, si hubieras hecho lo que mamá te pidió que hicieras y te hubieras vuelto a casar y hubieras formado un buen hogar para mí en vez de andar trayéndome de un lugar a otro, no hubiera sido de esta manera.’ ” Mientras Bill quitaba la arena del pantalón de su hijo, pensó, “A la hora de la muerte de Hope, ella tal vez tenía razón.”

Esa noche algo despertó a Bill de un sueño profundo. Acostado quietamente en la oscuridad, él escuchó las olas chapoteando suavemente contra su casa flotante. Y allí había algo más. ¿Era alguien de pie apenas adentro de su puerta? El cabello en su nuca se le erizó de miedo. Luego Bill escuchó una voz grave resonante decir, “*Ve y toma a Meda Broy y cástate con ella este próximo veintitrés de Octubre.*”

WILLIAM BRANHAM y Meda Broy unieron sus manos en matrimonio el 23 de Octubre de 1941. Como una luna de miel, Bill sugirió que visitaran las Cataratas del Niágara, luego continuar al oriente por la frontera norte de los Estados Unidos hasta las Montañas Adirondack en la parte superior de Nueva York. Bill había estado en esta área varias ocasiones y conocía a uno de los guardabosques allí. Dos años atrás él y el guardabosque Denton habían matado a tres osos cerca de la Montaña *Hurricane* [Huracán], allá cerca de la frontera Canadiense. Si Bill pudiera ir a cazar este otoño, él podría con optimismo matar otro oso, el cual le daría

suficiente carne para que durara todo el invierno.

Eso le pareció sensible a Meda. Ella sabía cuán pobres estaban empezando sus vidas de casados. Ella le había ayudado a Bill a recoger zarzamoras por las tardes para obtener dinero suficiente para comprar su carbón para el invierno. Una provisión de carne sería una ventaja bien recibida para su apretado presupuesto.

Bill escribió, “Sr. Denton, llevo este otoño. Deseo cazar algún oso con Ud. otra vez.”

El Sr. Denton le contestó, “De acuerdo, Billy, vente, estaré en la cabaña al final del Camino de la Montaña Hurricane...” y él le señaló el día en Noviembre. “Puedes ayudarme a bajar el cable telefónico que instalamos esta primavera, y luego cazaremos el oso.”

Un mirador de incendios remataba en la cima de la Montaña Hurricane. Aquella primavera Bill le había ayudado a los guardabosques a sujetar una línea telefónica por cinco millas [8 kilómetros] a lo largo de la vereda que unía la torre del mirador con una caseta al final del camino. Se requeriría por lo menos un día para embobinar aquellos cables para el invierno, pero para Bill eso le parecía un buen trato por el privilegio de cazar con un guía tan excelente.

Bill, Meda y Billy Paul llegaron con unos cuantos días de anticipación. La cabaña del guardabosque estaba herméticamente cerrada con llave, pero allí había un cobertizo a corta distancia de la vereda que los protegería del viento. Aunque no había nevado todavía, el tiempo parecía como que comenzaría en cualquier momento. Aquella noche la temperatura descendió bajo cero. Para proteger a Billy de que se muriera de frío, Bill y Meda pusieron al niño en medio de ellos mientras dormían.

A la mañana siguiente Bill dijo, “Qué crees, cariño, sería bueno si consigo un gran ciervo para llevar a casa junto con el oso. Si pudiera conseguir hoy una pieza de caza pequeña, tendríamos con seguridad nuestra carne para el invierno.”

Echando una ojeada arriba a las nubes oscuras, Meda preguntó, “¿Crees que es seguro irte sin el guardabosque? ¿Qué tal si te pierdes?”

“¿Yo? ¿Perderme?” Eso le pareció divertido a Bill. “Ni por equivocación. No me podrías perder en ningún lado. Mi madre es media India, ¿lo recuerdas? Tengo suficientes instintos para saber exactamente dónde me encuentro todo el tiempo, soy como mi

abuelito Harvey. Aparte de ser maestro de escuela, él era el mejor cazador y trampero del Sur.”

Meda le echó una mirada de “no estoy segura” de resignación. “Bueno, no te tardes tanto, Bill. Recuerda, nunca antes he estado aquí en los bosques. No sé nada en cuanto a esto.”

“Estaré de vuelta como a las dos,” prometió él.

Echándose al hombro su rifle, se fue andando por el camino hasta que llegó a un sitio que había sido completamente deforestado años atrás. Entre tocones y montones de restos de ramas, árboles nuevos habían crecido a hasta alcanzar 15 pies [4.57 metros] de altura. Esto parecía el hábitat ideal para el venado— alimento suficiente y gran protección. Bill abandonó el camino y se desvió por el bosque. Durante la hora siguiente, vio gran cantidad de huellas de venados, pero todas ellas eran de pezuña angosta, significando que eran venadas. Él necesitaba un venado macho.

Mientras cruzaba del otro lado una cordillera y bajaba hacia el cañón próximo, Bill oyó algo moviéndose en los matorrales. Se detuvo tan quieto como un tocón de árbol, escuchando. Él oía claramente cuatro patas aplastando agujas de pino— no pezuñas, estas eran patas con cojinete. En ese mismo momento el animal se fue. Bill vislumbró un enorme león de montaña precipitándose dentro de los matorrales. Él se echó al hombro su rifle para apuntar, pero el felino gigante era demasiado rápido. Bill no tuvo tiempo de disparar antes que desapareciera.

Bill persiguió a aquel león de montaña por una milla [1.61 kilómetros] por el cañón. Por un rato él pudo oírlo haciendo ruido al pisar a través de la espesa maleza. Pero pronto el felino se le adelantó demasiado y Bill tuvo que volver a sus destrezas de rastreo, buscando huellas y ramitas dobladas. Eventualmente el león se introdujo en un bosque gigante donde hábilmente se echó a correr a través de las copas de los árboles. Bill perdió el rastro y se dio por vencido.

Él inició la vuelta hacia arriba al cañón, pero se detuvo cuando aspiró por la nariz el revelador olor de un oso. Entusiasmadamente escaló la escarpada barrera del cañón contra el viento, atravesando la cordillera y bajó al otro lado. Varias veces perdió la pista, pero pudo recuperarla de nuevo. El suelo se enderezó. Bill se mantenía caminando, estudiando el terreno en busca de pistas tales como un hormiguero destruido o marcas de zarpa en un árbol. Llegó a la

cumbre de una cordillera y bajó por un barranco poco profundo. Cuando llegó al fondo, el aroma le anunció que su presa estaba cerca. Bill buscó entre las rocas y las grietas hasta que encontró la cueva del oso. Eso parecía ser inconfundible; el hedor hizo que le lloraran los ojos. Se aproximó cautelosamente a la oscura abertura, su rifle amartillado y listo. La cueva poco profunda estaba vacía.

Bill miró su reloj. Las manecillas estaban apremiando las 12:30. Él tendría que iniciar el regreso pronto si tenía la intención de cumplirle su promesa a Meda. Ahora que conocía las guaridas del oso, él podía regresar tan pronto como él y el Sr. Denton terminaran de dismantelar la línea telefónica allá en la Montaña Hurricane.

Comenzó a subir el barranco, él había recorrido tan sólo un corto tramo cuando vio moviéndose un pequeño matorral del otro lado del cañón, “Allí está,” pensó Bill. Él metió un casquillo en la recámara y se quedó quieto. En vez de un oso, un ciervo majestuoso apareció a la vista. Bill apuntó su rifle y apretó el gatillo. El ciervo cayó donde estaba.

A la hora que Bill terminó de desangrar y destripar a su caza, era pasada la una. Colgó al ciervo por las piernas traseras a la rama de un árbol y se fue cuesta arriba por el cañón tan rápido como la maleza le permitía avanzar. Se fijó en la cubierta de nubes cayendo. La Montaña Hurricane ya estaba velada. Pensó, “Voy a tener que darme prisa. Esa tormenta se está acercando.” Él sabía que si se tornaba nebulosa, no podría reconocer sus señales.

Durante 30 minutos anduvo con paso largo, constantemente buscando el sitio por donde había entrado a este particular cañón. Deteniéndose para descansar, sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la cara. “Fiu, ese fue un camino largo,” pensó. “No pensé que vine hasta acá.”

Una vez más comenzó a avanzar poco a poco. En unos cuantos minutos se detuvo en asombro total. ¡Allí estaba colgado su venado!

“Pues, ¿qué hice?” dijo entre dientes. “En algún lugar pasé por alto mi desviación. Pero ¿cómo me di media vuelta y regresé aquí?”

Una vez más se puso en camino, pensando, “Esta vez lo agarraré bien. Yo tan sólo no estaba poniendo suficiente atención.” Caminando animadamente, buscaba cuidadosamente el sitio donde él había bajado por la cuesta abrupta. Las nubes estaban ahora apenas arriba de los árboles. Se estaba poniendo más difícil reconocer cualquier cosa. Después de cuarenta minutos cruzó un

lugar que le pareció familiar. En un minuto más él supo la razón. Allí estaba su venado colgando en aquel árbol.

Mientras Bill se ponía en camino por tercera ocasión, pensó, “No puedo cometer el mismo error tres veces seguidas.” Pero una hora más tarde se encontró a sí mismo de vuelta ante su venado otra vez.

Cansado y desconcertado, se sentó a descansar y a recobrar el dominio de sí mismo. Él sabía lo que estaba sucediendo. Los Indios llamaban a eso la caminata de la muerte— un hombre se pierde en los bosques y vaga en círculos hasta que, exhausto, muere de exposición a la intemperie. Si Bill hubiera estado en las montañas solo, no hubiera estado preocupado. Él sencillamente se hubiera regresado a la cueva del oso y hubiera invernado hasta que la tormenta se hubiese disipado y las nubes se elevaran. Una vez que sus señales estuvieran a la vista, sería un asunto sencillo el dirigirse de vuelta hacia la cabaña. Pero bajo las actuales circunstancias, ese plan era impensable. Meda nunca antes en su vida había estado en los bosques. Ella no sabía cómo encender un fuego. Si Bill no regresaba al campamento, ella y Billy Paul fácilmente podrían morir de frío durante la noche. Además, ella estaría aterrorizada de la oscuridad. ¿Qué tal si ella escuchaba gritar a un animal? Ella podría pensar que era él y saldría a buscarlo— y ella misma se perdería. Luego Bill pensó en aquel león de montaña acechando por los bosques cerca del cobertizo...

Loco de preocupación, Bill se levantó de un salto y se fue a toda velocidad por entre los matorrales. Dentro de poco, él mismo se detuvo, pensando, “Momento, William Branham. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Te has vuelto loco?” Él había sido un habitante de los bosques toda su vida. Él sabía lo que era el mayor peligro en una situación así— la persona se entusiasma y acomete imprudentemente a través del bosque; entonces en la primavera alguien encuentra sus restos en el fondo de un precipicio. Él dio un profundo respiro para calmar sus nervios vacilantes. “Tengo que tomar control de mí mismo,” pensó. “Realmente no estoy perdido. Tan sólo estoy un poco desorientado. Todo lo que tengo que hacer es orientarme.”

La niebla se había espesado completamente ahora, y todo parecía desconocido. Para agravar más las cosas, había comenzado a nevar. Lo peor de todo, el sol se estaba ocultado y la oscuridad estaba cayendo rápidamente. Si él no encontraba la salida pronto, no encontraría la salida en lo absoluto. Entonces los tres perecerían en

la noche.

Batallando para mantener la calma, Bill pensó, “No puedo estar perdido, soy demasiado hábil como un habitante de los bosques para estar perdido. Piensa un momento. Cuando entré aquí, el viento me daba en el rostro. Allí está; todo lo que tengo que hacer es mantener el viento dándome en la espalda y puedo salir.”

Él se dirigió en la dirección opuesta del viento. Todo lo que podía ver a su alrededor eran las figuras sombrías de los árboles cercanos y arbustos dando vueltas en la niebla y la nieve. Cada determinada frecuencia el viento inconstante cambiaba de direcciones. Pronto llegó a ser obvio que el viento, arremolinándose como lo hacía alrededor de los picos de la montaña, no funcionaría como una brújula.

Para reforzar su valor y mantenerse tranquilo, Bill dijo en voz alta, “No estás perdido. Tú sabes en dónde estás.”

Pero su conciencia ponía de manifiesto sus opiniones: Billy, tú sabes que estás perdido.

Él mismo se respondía: “¿Yo? No yo. No puedo perderme.” Entonces se encontró con una enorme cepa que él sabía que nunca antes había pasado. Él comenzó a temblar. El sudor le corría por el rostro. “No hace falta que te sigas engañando ya más,” pensó. “Estás perdido. Admítelo.”

No era el golpe a su orgullo lo que lastimaba; era el terror que él sentía por su esposa y su hijo. “Realmente estoy perdido,” dijo para sus adentros. “No sé dónde está el oriente y el occidente. Tengo que escoger una dirección y caminar en línea recta porque como voy, estoy caminando en un círculo. Así que voy a caminar en *esta* dirección.”

Tomando una dirección al azar, comenzó a caminar, poniendo particular atención a los pocos árboles que podía ver, procurando caminar en una línea recta de árbol a árbol. Mientras caminaba le parecía escuchar una voz decir en voz baja, “*Dios es nuestro amparo y fortaleza, Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.*”²⁹

Bill pensó, “Ahora me estoy volviendo loco. Estoy escuchando cosas.”

Se mantenía caminando, concentrándose tan firmemente como podía en su misión. Pronto escuchó de nuevo, un poco más fuerte

que anteriormente. “*Dios es nuestro amparo y fortaleza, Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.*” Bill se mantenía caminando, arrastrando consigo el arma; se sentía tan cansado. La voz persistente se volvió más fuerte. “*Dios es nuestro amparo y fortaleza...*”

Bill se detuvo y dijo en voz alta, “Señor Jesús, estoy perdido. No tengo brújula o señales; pero todavía te tengo a Ti. Señor, no soy digno de vivir, pero por favor no permitas que mi esposa y mi hijo mueran.”

Entonces escuchó esa voz otra vez. No era su imaginación; él la escuchaba claramente con sus oídos: “*Dios es nuestro amparo y fortaleza, Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.*”

Recargando su rifle contra un árbol, Bill se quitó el sombrero, lo dejó caer en la nieve, y se arrodilló sobre él. Alzando la vista, oró, “Padre Celestial, pensé que sabía todo lo referente a los bosques, pero estaba equivocado. Sé que estoy extraviado, pero no sé en qué dirección doblar. He sido tan jactancioso; merezco estar perdido. Yo debería quedarme aquí por días y tener que comer puerco espines para sobrevivir. Pero, Señor, mi pobrecita esposa es inocente. Ella y mi hijo morirán esta noche si no salgo de aquí. Padre, está casi oscuro y estoy perdido— totalmente perdido. Por favor socórreme. Sé mi brújula y mi guía.”

Incorporándose de nuevo, sacudió la nieve de su gorra, entonces dijo, “Señor, creo que esa voz que me habló en voz baja era Tu voz. Creo que hay un ángel de Dios en alguna parte siguiéndome a través de este bosque. Señor, te he pedido dirección. Eso es todo lo que puedo hacer. Ahora, me estoy poniendo en marcha en esta dirección.”

Él comenzó a caminar en la misma dirección que había estado yendo anteriormente. De pronto sintió una mano en su hombro, jalándolo hacia atrás como para detenerlo. Asustado, Bill volvió violentamente la cabeza para mirar y ver quién era. Por extraño que parezca, no había nadie allí. Pero aun mientras miraba, la niebla se disipó por un momento y vislumbró la Montaña Hurricane detrás de él. Esa era la vía a la seguridad. ¡Y él se había estado dirigiendo absolutamente lejos de ella! Ahora apenas tenía tiempo suficiente para darse la media vuelta y alinearse con la montaña antes que la niebla cayera de nuevo.

Levantando su mano, Bill exclamó, “Oh, gran Jehová Dios, estás

²⁹ Salmos 46:1

tan cerca de mí que pusiste Tu mano en mi hombro. Tú eres verdaderamente mi auxilio en la tribulación.”

Bill subió a través del crepúsculo brumoso tan directamente como podía en dirección de la Montaña Hurricane, poniendo cuidado en cada segundo por temor a desviarse de la ruta. El bosque se oscureció hasta hacerse de noche. Bill caminaba con un brazo siempre alzado, buscando justo arriba de su cabeza por aquella línea telefónica la cual corría de árbol en árbol por cinco millas [8 kilómetros] hasta la ladera de la montaña. Si él tan sólo pudiera poner su mano en uno de aquellos dos cables, él podría seguirlo hacia abajo por la ladera de la montaña directamente hasta la cabaña. Si no daba con esos cables, todos perecerían, él, su esposa, y su hijo.

Durante las siguientes tres horas mantuvo su recorrido, algunas veces teniendo que andar a tientas directamente hasta acantilados rocosos. La borrasca de nieve se había convertido en una ventisca. El viento rugía, arrancando las ramas de los árboles. Bill llevaba su rifle en una mano y mantenía la otra arriba de su cabeza hasta que su brazo se sentía tan pesado como un cañón de escopeta. Entonces cambiaba las manos; siempre teniendo cuidado de retroceder unos cuantos pasos antes de continuar, tan sólo para estar seguro que no había pasado por alto esa línea telefónica durante el cambio. Algunas veces su mano pasaba rozando un objeto y él gritaba, “¡Lo tengo!” Pero únicamente había agarrado la rama de un árbol. Sus dedos se paralizaban en los guantes. Eventualmente se ponía así que casi no podía levantar cualquiera de los dos brazos. Con todo y eso tenía que mantener uno allá arriba. Tres vidas dependían de eso.

Ya la noche estaba tan negra, él casi no podía ver la nieve haciendo remolinos enfrente de su rostro. Crecía su falta de ánimo y audacia. ¿Qué tal si él había pasado por un sitio bajo, donde los cables que se extendían de árbol en árbol a través de una depresión, elevándolos más que lo que su brazo alargado hacia arriba podía tocar? Si eso había sucedido, entonces todos los tres estaban condenados.

Su brazo topó con algo elástico. Él bajó la mano hasta que sus dedos se encogieron alrededor de un cable delgado. ¡Él lo había encontrado! ¡Él estaba salvado! ¡Los tres estaban salvados!

Bill dejó caer su rifle, se arrebató el sombrero y dio gracias: “Oh, Dios, qué sensación es el ser encontrado cuando uno está perdido. ¿Cómo puedo alguna vez agradecerte lo suficiente? Allá abajo al

final de este cable se encuentra todo lo que en esta vida es de gran estima para mí—mi esposa y mi hijo. Esta línea telefónica será mi guía fuera de esta montaña. No me soltaré de este cable por nada en el mundo. Pero realmente, Señor Jesús, Tú eres mi guía. Y tengo el propósito de aferrarme a Ti durante el resto de mi vida, porque yo sé que al final hay calor y seguridad y reposo.”



Bill, Meda y Billy Paul



Capítulo 27

El Toro Asesino

1945

LA GUERRA DEVASTADORA en Europa se estaba reduciendo a su fin, con el ejército Alemán siendo estrechado firmemente desde dos flancos por las fuerzas Aliadas. En Enero de 1945 el ejército Ruso, dirigido por el general Zhúkov, se abrió paso hacia el río Odra a tan sólo 40 millas [64.4 kilómetros] al este de Berlín. Pero poco después, las divisiones mecanizadas Rusas se juntaron para hacer un alto en un pantano de lodo de manantial y dura resistencia alemana. Al mismo tiempo los Aliados de Occidente estaban logrando un buen progreso a través de Francia y Bélgica, con los Norteamericanos habiendo penetrado más adentro dentro del territorio ocupado por los Alemanes. A principios de Marzo el Tercer Ejército del General Patton llegó al río Rin en Coblenza. Unos cuantos días después el Primer Ejército del General Hodge se apoderó de un puente más abajo del río en Mannheim. Los generales Norteamericanos deseaban seguir avanzando de tal suerte que pudieran llegar antes que los Rusos a Berlín; pero se les ordenó esperar a que las 25 divisiones Británicas del General Montgomery los alcanzaran.

Antes 25 de Abril los Rusos no solo habían cercado Berlín, sino que también se habían encontrado con las fuerzas Norteamericanas en el río Elba a 45 millas [72.45 kilómetros] hacia el occidente. Al mismo tiempo, las defensas Alemanas en Italia se colapsaron, permitiendo a los Aliados de Occidente avanzar rápidamente hacia el norte de la bota Italiana. El 28 de Abril el dictador Italiano Benito Mussolini fue capturado y ejecutado por su propio pueblo mientras intentaba escapar del avance de los Aliados. El Fascismo ahora yacía muerto como una fuerza política mundial, y el Nazismo estaba dando sus últimos respiros. El Comunismo, por otra parte, estaba



Bill y Meda

dando patadas y extendiéndose y engulléndose todo lo que estaba a su alcance. Mientras los Comunistas y los Nazis combatían en las calles de Berlín, Hitler designaba a uno de sus ayudantes, Karl Dönitz, como el jefe del estado Alemán. Luego el 30 de Abril, Adolfo Hitler desapareció silenciosamente de la faz de la tierra. Dönitz inmediatamente comenzó el proceso de rendición unilateral, el cual fue completado oficialmente el 8 de Mayo de 1945. La guerra en Europa había terminado.

FRENTE A estos eventos trascendentales del mundo, Bill podía únicamente observar y maravillarse; pues ellos querían decir que de las siete visiones del futuro que él había visto una tras otra aquella mañana de Junio de 1933, ahora tres de ellas habían acontecido literalmente— Mussolini había muerto en desgracia, Hitler había llegado a un fin misterioso, y el Comunismo se estaba fortaleciendo como una fuerza política dominante. No cabía duda que las otras cuatro visiones seguirían en el sólo tiempo de Dios. Esto le daba a Bill una razón para estar optimista tocante a su futuro personal. Seguramente el Señor debía tener un propósito específico para su vida, si no ¿por qué razón el Todopoderoso le concedía un don tan poco común?

Bill necesitaba todo el combustible que pudiera encontrar para mantener ardiendo el pequeño fuego de su optimismo, porque en lo natural, no podía ver ninguna manera que él pudiera alguna vez sacarse de su pobreza lo suficiente para llevar a cabo algo grande para el reino de Dios. Él todavía trabajaba en tres trabajos, dos sin salario. Aun cuando él siempre parecía andar escaso de dinero, nunca consideró tomar ningún dinero de sus servicios como pastor. Él tenía varias razones para esto. Primera, a partir de leer su Biblia y de observar a ministros en torno a él, él reconoció a principios de su ministerio que el amor al dinero podría ser una de las trampas más mortales que el ministro alguna vez enfrentaría; y Bill tuvo el propósito de evitarla. Segunda, aunque algunos miembros de su congregación estaban ganando tanto como \$ 3.00 dólares la hora, la mayoría eran tan pobres como, o más pobres de lo que él era, y Bill no podía resolverse a pedirles a aquellas pobres personas el sacrificarse más de lo que ya lo hacían. Él predicaba el principio Bíblico de diezmar y cada miembro ponía una décima parte de sus

ingresos dentro de una cajita que mantenían en la parte de atrás de la iglesia específicamente con ese propósito. Pero Bill no usaba un centavo de este dinero para sí mismo. Todo se destinaba a los pagos mensuales del empréstito, con tan sólo apenas suficiente sobrante para los gastos de mantenimiento del edificio. Su tercera razón entrañaba un toque de orgullo e independencia. Siendo que estaba fuerte y podía trabajar, “¿Por qué no trabajar?”

Un día de paga por la tarde, Bill y Meda estaban haciendo un presupuesto de sus \$ 28.00 dólares de su cheque de pago semanal de su trabajo en el Servicio Público de Indiana. Sus propios diezmos se descontaban primero. Luego Meda señalaba los recibos de pago que tenían que tener un pago absolutamente. Sin importar cómo dividían sus restantes \$ 25.20 dólares, sencillamente no podían hacer que se cubrían todas sus obligaciones inmediatas. Les faltaban como \$ 10.00 dólares. Bill sostenía una letra y decía, “Cariño, ni siquiera podemos comenzar a pagar esta.”

“Pero tenemos que pagarla,” decía ella. “Oh, Bill, ¿qué vamos a hacer?”

Bill tuvo una idea. “Sabes una cosa, esta noche en la iglesia voy a recoger una ofrenda.”

La sorpresa inicial de Meda se fundió en diversión. “Voy a divertirme al verte intentarlo.”

Esa noche después del servicio de alabanzas y antes que comenzara a predicar, Bill dijo, “Muy bien amigos, esta noche— Ahora no me gusta pedirles esto...” Meda le lanzó una mirada cómica, sabiendo cuán incómodo él se estaba sintiendo. Bill procuró evitar mirarla mientras decía torpemente las palabras. “Nunca antes hice esto... estos son tiempos difíciles, Uds. comprenden, y... difícilmente se pueden cubrir las necesidades con el dinero que se tiene... si todos Uds. tienen una moneda de cinco o diez centavos que les gustaría depositar en mi sombrero mientras lo pasan por ahí... Hermano Wisheart, podría venir y tomar mi sombrero.”

El diácono Wisheart se presentó, mirando tan sorprendido como todos los demás. No es que estas personas no amaran a su pastor; lo amaban; y desde luego que estaban dispuestos a ayudarlo en cualquier manera que pudiesen. Era tan sólo que en los pasados 12 años esto nunca antes había sucedido.

El hermano Wisheart pasó el sombrero por la primera banca. Bill observaba mientras la Sra. Weber metía la mano en la bolsa de su

delantal a cuadros y sacaba un pequeño monedero de broche. Cuando sacó una moneda de cinco centavos, el corazón de Bill se hundió así como el peso de plomo sobre un sedal cayendo dentro del lodo en el fondo de un charco. Él sabía que estos eran tiempos difíciles para casi todos, no tan sólo para él. Él no podía hacerlo. “Espere un momento, Hermana Weber. Ud. no necesita poner esa moneda de cinco centavos allí dentro. Realmente no lo dije en serio. Tan sólo les estaba gastando una broma a todos Uds. para ver lo que harían.”

Ahora el anciano diácono Wisheart se sentía más perplejo que nunca. Él preguntó, “Hermano Branham, ¿qué debería hacer yo?”

“Tan sólo vuelva a poner en su sitio mi sombrero, Hermano Wisheart. Voy a continuar con el culto.”

Meda se cubrió la boca con su mano y meneó la cabeza. Bill podía adivinar por los ojos de ella que se estaba riendo.

John Ryan el viejo amigo de Bill de allá del norte, había estado en Jeffersonville esa semana haciendo una visita por ahí. Este anciano impetuoso había pedaleado una bicicleta en malas condiciones todo el camino desde Michigan, algunas 250 millas [402.5 kilómetros]. Pero la bicicleta le había dado tanta guerra por el camino, que decidió abandonarla y viajar a dedo de vuelta casa. Con la generosidad característica, John Ryan le dio la bicicleta a Bill, quien la reparó inmediatamente y la dejó como nueva con un bote de pintura de diez centavos. Bill en sí mismo realmente no necesitaba una bicicleta, pero pensó que podría venderla para obtener el dinero extra que necesitaba.

El segundo trabajo no remunerado de Bill, que era el de un guardabosque del estado de Indiana, coincidía tan estrechamente con su trabajo para la compañía de servicio público que rara vez lo consideraba un esfuerzo demás. Eso era oportuno porque su trabajo como instalador de líneas era suficientemente cansado para dos trabajos. Una de sus tareas principales para el Servicio Público de Indiana era hacer una ronda por las líneas de transmisión de alta tensión que se extendían por centenares de millas a través de las escarpadas regiones apartadas de Indiana. Gran parte de esta distancia no tenía caminos cercanos, así que Bill a menudo se encontraba a sí mismo a pie, caminando 30 millas [48.3 kilómetros] al día, seis días a la semana— todo por tan sólo 60 centavos la hora. No obstante, había otras recompensas aparte del dinero. El trabajo lo

mantenía fuera del pueblo y dentro de la soledad que a él le encantaba. Ocasionalmente, a través de su capacidad como guardabosque, él podía ayudar a un cazador furtivo a reformarse y así proteger la fauna local. Entonces también, siempre se detenía y charlaba con campesinos trabajando en sus campos. Invariablemente se presentaba el tema en torno a Dios y Bill aprovechaba la oportunidad para compartir con ellos el amor de Jesucristo. Algunas ocasiones un campesino se ablandaba y entregaba su corazón a Jesucristo. Inmediatamente Bill lo llevaba al arroyo más cercano y lo bautizaba en el Nombre del Señor. Con la ropa completamente mojada, los dos se separaban, ambos regocijándose mientras regresaban a sus respectivas tareas.

Una tarde Bill estaba allá cerca de Henryville, Indiana, soltando algunos peces dentro de un arroyo para el *Departamento de Pesca y Caza*. Él estaba cerca de una finca de un amigo suyo que él logró saber que estaba enfermo— así que Bill pensó que sería bueno si se detenía y oraba por el hombre. Siendo que la finca estaba apenas al otro lado de unos cuantos cercados, Bill no se tomó la molestia de rodear manejando los caminos. Desabrochándose la funda de su pistola, echó el arma en el asiento delantero de su camioneta, cerró la puerta y saltó el primer cercado, olvidándose que había un letrero en cada esquina del pasto, advirtiendo, “¡PELIGRO! TENGA CUIDADO CON EL TORO.”

Bill tarareaba un himno Cristiano mientras se desplazaba a través del campo cubierto de pasto. A la mitad del pasto estaba una pequeña parcela de robles achaparrados— arbolitos larguiruchos alcanzando una altura de diez pies [3 metros]. Bill estaba acercándose a estos árboles cuando de pronto un enorme toro se puso en pie y bufó. Había estado echado tranquilamente en la sombra de las ramas nudosas de roble, fuera del alcance de la vista hasta ese entonces. Bill reconoció su peligro instantáneamente, pues este toro *Guernesey** en particular tenía una vasta reputación. Había sido un semental de primera categoría en la finca Burk cerca de Jeffersonville, pero siempre había mostrado un temperamento tozudo y finalmente había corneado a su propio vigilante hasta matarlo, obligando a su dueño a deshacerse de él. Siendo que era un toro de tan primera categoría, Burk se lo había vendido a este

* *Guernesey*: Raza de ganado procedente de la Isla Guernesey.]

hombre aquí en Henryville, esperando que el campo aislado no le permitiría más oportunidades de perjuicio.

Bill había sabido todo respecto a esto, pero sencillamente se le había escapado de la memoria. Ahora él echó mano desesperadamente de sus oportunidades. Los robles achaparrados eran demasiado endebles y estaban en la dirección equivocada. El cercado estaba demasiado alejado. Hasta allá había dejado su arma. Él podría haberle disparado al animal, y luego pagarle al campesino por su pérdida.

El toro asesino agachó la cabeza, bufó y dio patadas con las patas delanteras rascando el suelo. Sus cuernos largos puntiagudos en verdad parecían defensas letales. Bill se buscó el arma. No estaba allí. Entonces se acordó— ¡había dejado la funda de la pistola en el asiento de la camioneta!

“Pues, Señor— si ha llegado la hora para que yo muera, quiero enfrentarme a él como un hombre.” Él enderezó los hombros y miró tranquilamente a su enemigo. En ese momento, algo increíble sucedió dentro de él. Su temor se evaporó, reemplazado por un amor nacido de la simpatía y el entendimiento distinto a cualquier cosa que jamás había experimentado antes. Él pensó, “Ese pobrecito toro estaba echado aquí en el campo y yo fui y lo perturbé. Él no sabe otra cosa que protegerse.”

El toro bufó más intensamente y más rápido. Raspando el suelo con su pezuña, arrojando polvo detrás de él así como lo hacen los toros antes de una embestida. Bill dijo en voz alta, “Toro, lamento el que te haya perturbado. No deseo que me mates. Soy un siervo de Dios y estoy en camino para orar por un hombre enfermo. Me olvidé de esos letreros.”

El toro embistió, con la cabeza agachada, con sus cuernos curvos apuntados completamente sobre el blanco. Asombrosamente, Bill no sintió absolutamente ningún temor, únicamente amor. Él dijo, “En el Nombre de Jesucristo, ve y échate debajo de aquellos árboles.”

El toro continuó embistiendo con todo su músculo y furia. Cuando estaba únicamente a diez pies [3 metros] de distancia, echó hacia delante sus patas delanteras y se detuvo en una nube de polvo. La expresión más extraña cruzó su cara y giró la cabeza hacia la derecha, luego de vuelta hacia la izquierda. Entonces el animal se dio la media vuelta y le mostró a Bill el rabo. Caminó lentamente de vuelta hacia los robles achaparrados, se echó y observaba mientras

Bill caminaba por el resto del camino a través del pasto.

Por el resto del día— y muchos otros días— Bill se maravillaba ante lo que había acontecido en aquel pasto entre él y el toro. En la faz de casi una muerte segura, él había dado un paso más allá de su propio interés para sentir el latido del corazón de otra vida. De alguna manera había entendido la agitación del toro y había simpatizado con el animal. Como un pastor, él a menudo hacía esfuerzos para con otros, interesándose y ayudando en todo lo que podía. Pero esta experiencia era algo diferente, algo más profundo. Por unos cuantos minutos en su vida, todo el temor se había desvanecido y había sentido amor perfecto.

COMO POR ESTE TIEMPO Bill se enteró que una vecina suya— la Sra. Reed, quien vivía al final de su cuadra— se estaba muriendo de tuberculosis. Ella había sido trasladada al sanatorio en Louisville para proteger a sus cuatro hijos pequeños de la enfermedad sumamente contagiosa. A causa de que la tuberculosis era el demonio que había matado a Hope, Bill sentía una carga profunda por la Sra. Reed. Él sencillamente no podía apartarla de su mente— una madre tan joven, sufriendo tanto, y tener que abandonar esos niños necesitados.

Una noche Bill fue en su automóvil al sanatorio y oró por ella. Dos días después, mientras Bill estaba sentado en su porche de enfrente, el Señor le mostró una visión de la Sra. Reed como una abuela de pelo cano saludando de mano a sus hijos adultos. Bill regresó al sanatorio y le dijo, “Así Dice El Señor, ‘¡Ud. va a vivir!’”

La Sra. Reed exclamó, “Oh, ¡gracias sean a Dios!”

Bill preguntó, “¿Se levantará y será bautizada en el Nombre del Señor Jesucristo, invocándolo a Él y lavando sus pecados?”

Ella contestó, “Haré todo lo que Dios me pida que haga.”

Unos cuantos días después Bill estaba afuera en la banqueta enfrente de su casa alistándose para manejar su bicicleta recientemente adquirida rumbo a la tienda de abarrotes. Apenas acababa de montar su pie sobre la barra superior y estaba a punto de ponerse en marcha cuando su vecino contiguo lo llamó, “Oiga, espérese un momento, predicador. ¿Adónde va?”

“Buenos días, Sr. Andrews. Me estoy encaminando hacia la tienda de abarrotes. ¿Puedo traerle algo?”

“No. Tan sólo quería preguntarle algo.” Su voz tomó un tono gruñón. “¿No está avergonzado de sí mismo?”

“¿A qué se refiere?”

“Al decirle a esa pobrecita madre moribunda que iba a vivir y darle falsas esperanzas a la familia.”

Ahora Bill entendía de lo que se trataba todo esto. El Sr. Andrews era un vecino decente la mayoría del tiempo, pero siempre había sido insolente hacia la fe de Bill en Dios. El Sr. Andrews trabajaba en el depósito del gobierno con el Sr. Reed y debió de haber oído respecto a la visión de él. “Pues, Sr. Andrews, ella *va* a vivir,” insistió Bill.

“Miles de personas mueren de tuberculosis cada año. ¿Qué es lo que lo hace a Ud. pensar que la Sra. Reed va a vivir?”

Bill le dio la única explicación que podía. “Porque Jesús así lo dijo. Él me mostró una visión de ello.”

El Sr. Andrews expresó su disgusto con un bufido. “Si yo fuera Ud. estaría avergonzado de mí mismo, el andar por ahí y engañar a la gente de esa manera. Sé que estoy siendo severo con Ud. pero—”

“No hay problema, Sr. Andrews. Ud. tiene sus ideas y yo tengo las mías.” Bill se montó en su bicicleta y se fue.

Mientras tanto, la condición de la Sra. Reed había mejorado tan notablemente que sus doctores deseaban examinar sus pulmones con rayos x otra vez. Para el asombro de ellos, no pudieron encontrar ni un indicio de la enfermedad de su cuerpo. Ya no existía ninguna razón para mantenerla en el sanatorio. Con gran júbilo y fanfarria, ella regresó a casa con su familia.

Dos días después dijo Meda, “Billy, hoy me di cuenta que la Sra. Andrews está muy enferma. Deberías de ir allí y verla.”

“De acuerdo, iré; pero tendré que ser cauteloso con su esposo. Él no piensa muchísimo en mí.”

Bill fue a la siguiente puerta y tocó. El Sr. Andrews abrió la puerta. “Hola, Sr. Andrews. Me han dicho que su esposa está enferma. ¿Podría hacer algo por Ud.?”

“Oiga,” dijo su vecino bruscamente, “tenemos un buen doctor y no tenemos necesidad de ninguna ayuda de Ud. Ella tan sólo tiene apendicitis. Se lo extraeremos y eso cuidará de ella. No necesitamos ninguna oración por aquí.”

“Sr. Andrews, yo no pregunté si podía orar por su esposa. Tan sólo deseaba ofrecer mi servicio. Podría traer algo de cena o hacerle un

mandado para comprar víveres o cualquier otra cosa que pudiera hacer para ayudar.”

“Gracias, pero no, gracias,” dijo el Sr. Andrews insolentemente. “Todo está bajo control.”

“Ojalá que así sea,” dijo Bill. “Si le puedo ser de ayuda, tan sólo hágamelo saber.”

Su vecino gruñó y dio un portazo.

A la mañana siguiente Bill se fue a trabajar como de costumbre, haciendo ronda por las líneas altas para la compañía de servicio público. Él se bajó de la camioneta, se ajustó el cinturón para el arma de guardabosques, comenzó a subir por el camino. No había ido lejos cuando se sintió profundamente convencido de darse la media vuelta y regresar a casa. La lluvia caía de un cielo gris oscuro, pero no lo suficiente para impedirle trabajar, así que se quitó de encima el impulso y continuó caminando. El efecto regresó una vez más, más imperante que antes. Bill regresó a su camioneta y mandó un mensaje por radio a su sobrestante que no estaría trabajando ese día. Entonces se dirigió a casa.

Le sorprendió a Meda el ver a su esposo pasar por la puerta a media mañana. “¿Qué estás haciendo de regreso?”

“No sé exactamente. El Señor me dijo que regresara, así que regresé.”

Dejó su arma en la mesa de la cocina, la desarmó, y comenzó a lubricarla y a limpiar las piezas. A través de la ventana vio al Sr. Andrews viniendo por el costado de la casa. En unos cuantos momentos llamaron a su puerta y el Sr. Andrews gritó, “Sra. Branham, ¿está aquí el predicador?”

Meda, afanada en el tablero de la cocina, se secó las manos en el delantal y dijo, “Sí. Pase, Sr. Andrews.”

Su vecino pasó por la puerta de la cocina mirando como un perro maltratado. Los ojos de él estaban hinchados y rojos, y mucosidad le goteaba de la nariz. Su sombrero estaba retorcido en su mano. “Hola, predicador,” dijo él contritamente.

“Hola, Sr. Andrews. Tome asiento.”

El Sr. Andrews se sentó enseguida de Bill. El desorden emocional se mostraba en cada rasgo de su rostro. “¿Ha oído acerca de la Sra. Andrews?”

“No. ¿Qué pasa?”

“Pues, predicador”—le temblaba la voz—“ella se va a morir.”

“Lamento escuchar eso, Sr. Andrews. Aunque sé que Ud. tiene un buen doctor.”

“Sí,” dijo él, sonándose la nariz, “pero después de todo no era apendicitis. Resulta que es un coágulo de sangre y está tan solo a un par de horas de su corazón. Tenemos a un especialista de Louisville en el hospital ahora. Él dice que cuando el coágulo de sangre llegue al corazón, ella se va a morir.”

“Qué cosa, es una lástima,” dijo Bill. “No me agrada escuchar eso. Pero me alegra que Ud. tenga un buen doctor en ese caso.”

El Sr. Andrews tartamudeó y luchó por conseguir sus siguientes palabras. “Pues— ah— ella está muy mal, ve, y— ah— yo estaba pensando si— ell— ¿Ud. considera que pudiera ayudarla?”

“¿Yo?” Bill extendió su mano por el pecho. “Yo no soy un doctor. ¿Cómo sabría yo qué hacer?”

“Pues— ah— Ud. sabe— yo pensé que tal vez Ud. podría ayudarla un poco, como lo hizo con la mujer allá en la esquina— la Sra. Reed.”

“Ese no fui yo,” explicó Bill. “Ese fue el Señor Jesús quien ayudó a la Sra. Reed. Yo pensé que Ud. no creía en Él.”

El Sr. Andrews se encogió de hombros. “Ud. sabe, una de mis tías era una Cristiana que vivía allá en las lomas. Una ocasión ella le hizo una promesa a Dios de pagarle a un predicador de circuito \$ 5.00 dólares a fin de año. Ella lavaba la ropa de otras personas, tratando de ahorrar el dinero, pero a medida que se acercaba el fin de año, ella nomás no tenía. El día anterior a que viniera el predicador ella compró una pastilla de jabón por cinco centavos. Ella estaba parada en el lavadero, llorando porque no pudo cumplir su promesa. Se secó las lágrimas en delantal, entonces metió las manos en el agua y restregó la pastilla de jabón sobre el lavadero para que se levantara espuma. El jabón hizo un sonido raro de tintineo. Cuando ella miró con más atención, encontró una moneda de \$ 5.00 de oro incrustada en aquella pastilla de jabón. De modo que ella pudo cumplir su promesa a Dios a fin de cuentas.”

“¿Cómo llegó esa moneda de oro allí?” preguntó Bill, aunque él sentía que sabía la respuesta.

El Sr. Andrews meneó la cabeza. “Yo no sé. A menudo yo mismo me he preguntado eso.”

“Yo le diré a Ud. la manera. El Jesús resucitado hizo eso. La mujer hizo su promesa de buena fe procediendo de un corazón puro. Ella

pensó que podía hacerlo. Dios sencillamente puso un medio para que ella cumpliera su promesa.”

El Sr. Andrews asintió con la cabeza. “He pensado mucho en eso. Incluso me ha hecho pensar que existe un Dios.”

“Sr. Andrews, sí *existe* un Dios.”

El hombre inclinó el rostro. “¿Cree Ud. que Él podría ayudar a mi esposa?”

“Claro. Yo sé que Él puede.”

“¿Orará Ud. por ella?” Rogó el Sr. Andrews.

“Primero lo primero. Ud. necesita arreglar su propio corazón. Qué le parece el que se ponga de rodillas conmigo y oremos juntos.”

“Pues, yo—yo no sé a duras penas qué decir.”

“Yo le ayudaré.”

Así que ellos empujaron hacia atrás sus sillas de la mesa y, poniéndose de rodillas, reposaron sus codos sobre el asiento de sus sillas. Bill dio instrucciones, “Desde el fondo de su corazón, diga, ‘Dios, ten misericordia de mí, un pecador.’”

Ellos continuaron orando hasta que aquel ateo empedernido regó con lágrimas su camino a la fe en Jesucristo. Luego el Sr. Andrews se enjugó los ojos y preguntó, “Pues, predicador, ¿irá Ud. ahora allá al hospital?”

“Sí, iré.”

Meda fue con él. A la hora que entraron al cuarto del hospital, la Sra. Andrews estaba tan mal que no quedaba color en sus ojos. Su rostro estaba tan hinchado que apenas se parecía a la misma persona que vivía contigua a ellos durante muchos años. Meda lloró ante el aspecto de ella. Bill se puso de rodillas junto a la cama y oró, “Amado Dios, por favor ayuda a la Sra. Andrews. Todos estamos impotentes. El doctor ha hecho todo lo que puede hacer, y todavía ella se está muriendo. Jesús, sabemos que Tú resucitaste de los muertos y estás vivo entre nosotros, con poder para hacer cualquier cosa. Te pedimos que tengas misericordia de esta pobrecita mujer y permítele vivir.”

Bill permaneció allí por un rato, sosteniendo la mano hinchada de la Sra. Andrews.

Meda preguntó, “¿Ves algo?”

“No, cariño, no veo.”

Ellos salieron del cuarto y bajaron a la sala al pabellón de maternidad para mirar a los bebés recién nacidos por la ventana.

Luego regresaron al cuarto de la Sra. Andrews. Justo mientras Bill pasaba por el umbral, él vio a la Sra. Andrews en su propia cocina sacando de su estufa un pastel de manzana. Luego Bill se vio a sí mismo sentado en el porche principal de su propia casa. La Sra. Andrews vino rodeando el linde de la casa y le ofreció todo el pastel. Después de trincar en pedazos aquel pastel, Bill sacó un trozo y se lo comió. Entonces, tan rápido como se había ido, él estaba de vuelta en el cuarto del hospital. Se volteó a Meda y dijo, “Amorcito, todo va a estar bien. No te preocupes. Dios ha escuchado nuestras oraciones.”

Una enfermera oyó por casualidad su comentario. Ella preguntó, “Reverendo Branham, ¿qué quiere Ud. decir?”

Bill explicó, “La Sra. Andrews me cocerá en el horno un pastel dentro de tres días a partir de ahora. Si eso no es así, entonces dejaré el ministerio.”

Regresando a la casa del Sr. Andrews, Bill le dijo, “Así Dice El Señor, ‘Su esposa va a estar bien.’ No se preocupe, Sr. Andrews.”

“¿Cómo puede Ud. estar seguro?”

“Dios ya lo dijo por medio de la misma visión que dijo que la Sra. Reed iba a vivir, y ella está en casa y sintiéndose bien.” Pero Bill no mencionó aquella parte concerniente al pastel de manzana.

Bill y Meda se fueron a casa. Dos horas más tarde el Sr. Andrews tocó a la puerta de Bill otra vez. “Predicador, el doctor dice que ella se está muriendo ahora mismo. Ella tiene estertores de la muerte en la garganta.”

“Pero el Señor Jesús dijo que ella va a vivir,” contestó Bill, tratando de tranquilizarlo. “¿No cree lo que le dije?”

“Pues, predicador, quiero creerlo, pero los doctores dicen que ella no puede sobrevivir otra hora.”

“No hace una poca de diferencia lo que dicen los doctores. Cuando Dios habla algo, tiene que acontecer.”

Nervioso y confiado en absoluto, el Sr. Andrews se marchó rumbo al hospital. Meda, recordando cuán terrible se había mirado la Sra. Andrews, le preguntó a su esposo, “Bill, ¿qué piensas realmente?”

“Pues, no te preocupes tocante a eso. Dios ya lo dijo así y eso le pone fin al asunto. Esa mujer me cocerá en el horno un pastel de manzana dentro de tres días, y yo estaré sentado allá en el porche cuando me coma la primera rebanada. Si no sucede, entonces Dios no me está hablando.”

En el transcurso de la hora regresó el Sr. Andrews, todo emocionado y gritando, “Predicador, ¿sabe Ud. lo que ha sucedido?”

Bill apenas había llegado a acoplar de vuelta las piezas de su revólver. Hizo girar el cilindro, lo regresó a su sitio, metió de vuelta el arma en su funda. “¿Qué ha sucedido, Sr. Andrews?”

“Toda el agua ha desaparecido de ella. Ella se levantó de la cama y dijo, ‘Me estoy muriendo de hambre.’ Cuando una de las enfermeras le trajo un caldo de pollo ella dijo, ‘No quiero caldo; quiero salchichas y chucruta.’”^{*} Predicador, ¡dijeron que me la puedo llevar a casa en un par de días!”

Tres días después de eso, mientras Bill estaba sentado en su porche principal, la Sra. Andrews vino alrededor de la esquina de la casa, pastel en mano. Bill se apoyó en sus pies y disfrutó la rebanada de pastel de manzana más deliciosa que jamás comió.

Al día siguiente Bill vendió su bicicleta reparada por \$ 10.00 dólares, el cual era justo el dinero suficiente para cumplir con sus obligaciones crediticias durante el mes. Él sabía que el Señor estaba teniendo cuidado de él.

[^{*} Chucruta: Platillo alemán de col en trozos fermentado en su propio jugo con sal.]



Bill y su congregación en el tabernáculo en los años 40's.



John Ryan y su esposa.

Capítulo 28

El Ángel y la Cueva

1946

DURANTE MUCHAS HORAS William Branham iba y venía de un lado a otro por el piso de la sala de espera del hospital. En una sala de partos cercana, su esposa, Meda, estaba en trabajo de parto para dar a luz a su primer hijo. No fue un parto fácil. Al final el doctor extrajo su niña por medio de operación cesárea. El día era el 21 de Marzo de 1946— cinco días antes del 27 aniversario de Meda.

Más tarde ese día, el doctor le recomendó a Bill que ya no tuvieran más hijos. En su opinión profesional, el cuerpo de Meda no podía soportar la tensión nerviosa del alumbramiento una segunda ocasión. Bill tomó esta recomendación de una manera filosófica. Él tenía casi 37 años de edad. Tan sólo unos cuantos años antes él había pensado que su hijo Billy Paul sería toda la familia que él alguna vez tendría. Ahora él no únicamente amaba a su esposa, sino que también mecía una niña. Si Dios había determinado que esta había de ser la extensión de sus hijos, él no podía quejarse.

Meda y Bill llamaron a su nueva niña Rebekah. Aunque ella apiñó más la casa de dos habitaciones, Rebekah compensó esta inconveniencia al añadir una rociada de frescura a los días de Bill, los cuales por lo demás habían llegado a ser agobiados con rachas de desaliento y desconfianza en sí mismo.

La depresión de Bill tenía raíces profundas. Desde que él había desechado su oportunidad de predicar entre las iglesias Pentecostales casi diez años antes, Bill rara vez había estado satisfecho con su relación con Dios. Tanto como Bill había orado y estudiado y predicado y testificado al paso de los años, parecía como que sencillamente no estaba llegando a ninguna parte. Naturalmente que habían habido unas cuantas visiones y muchas sanidades, algunas de ellas bastante sobresalientes. Pero, paradójicamente, estos

incidentes ponían a Bill más perturbado y confundido en vez de menos, pues ellas eran fuertemente criticadas por casi cada ministro en su área. Los pastores más severos condenaban a Bill como un engañador poseído por el diablo y un charlatán sin escrúpulos; los más comprensivos sencillamente lo calificaban como un hombre bien intencionado que estaba engañado. Pero todos estos ministros concordaban que las visiones que Bill veía y los milagros que seguían, todos procedían de poderes demoníacos; Dios sencillamente ya no efectuaba ese tipo de cosas.

Cuando Bill se había convertido en un Cristiano por primera vez, él había estado desconcertado por las actitudes condenatorias de tales ministros. Después de todo, no únicamente las visiones que él veía del futuro siempre se volvían realidad, también eran generalmente benéficas, a menudo mostrando la vía hacia una sanidad milagrosa en la vida de alguien. ¿Cómo podía algo que producía tan buenos resultados ser inspirado por el Príncipe del Mal? Pero al paso de los años, el criticismo constante por parte de sus semejantes eventualmente influía en el pensamiento de Bill en dirección contraria. Si tantos hombres eruditos —sus colaboradores en el Evangelio de Cristo— concordaban en que las visiones eran inspiradas por demonios, entonces las visiones debían de estar procediendo del origen erróneo. Esto atormentaba inmensurablemente el alma de Bill. Por cuanto él amaba al Señor Jesús con todo su corazón, la idea de que el diablo tuviera algún poder extraño e inexplicable sobre su vida hacía miserable a Bill. Durante un largo tiempo ahora había estado orando para ser libre de acontecimientos tan extraordinarios, pidiendo, “Por favor, Dios, aleja esta cosa de mí. Ya no deseo ver eso, nunca. Padre Celestial, soy un Cristiano ahora. No pertenezco a Satanás; te pertenezco a Ti. Por favor no permitas que estas cosas extrañas me acontezcan otra vez. No me permitas continuar como estoy ahora. Deseo ser como otros ministros Cristianos, tan sólo estudiando la Palabra como soy enseñado a hacer.”

Sus oraciones en este sentido no fueron contestadas. Poco después del nacimiento de su hija Rebekah, él vio otra visión en la cual él se halló caminando al noreste por un camino. Dentro de poco el Espíritu de Dios le dio la media vuelta y le señaló el oeste. Bill vio una gran llanura; luego vio elevarse una montaña de entre el suelo de la llanura, una montaña con un campanario de iglesia elevado en su

cumbre.

Un ángel se paró detrás y a la derecha de Bill, apenas fuera de su vista. El ángel ordenó, “*Ve al oeste en dirección a esa montaña.*”

Bill obedeció. A medida que se acercaba más, vio una puerta ubicada en la base de la montaña. Él entró y se encontró con una mujer hermosa vestida con un vestido de boda. El vestido primoroso, el cual sin duda una vez había sido blanco como la nieve, ahora estaba ensuciado y manchado. La mujer dijo, “Hola, soy la Sra. Metodista. ¿Es Ud. el Hermano Billy Branham?”

“Yo soy. Dígame, ¿por qué está tan cubierto con manchas su vestido?”

“Oh, eso,” dijo ella, alzando una palma y luego dejando caer su muñeca para mostrar su falta de interés. “He estado *tan* ocupada.”

“Así es,” coincidió Bill. “Uds. Metodistas tienen tantas organizaciones y sociedades en su iglesia, Uds. no han tenido mucho tiempo para el Señor.”

La Sra. Metodista dijo, “Se me dijo que Ud. estaba siendo enviado a mí. Tal vez yo debería despertar a mi esposo.” Ella se fue deprisa por un túnel lateral y no regresó.

Mirando a su izquierda, Bill se fijó en un montón pequeño de piezas de pan de corteza dura rodeado por una bandada de pollos blancos. Las aves que cloquean levantaban sus cabezas hacia un lado para mirar el banquete; algunos picoteaban un poco en el montón, pero la mayor parte del pan permanecía intacto.

El ángel preguntó, “¿*Los conoces?*”

“No,” contestó Bill.

“*Ese es tu tabernáculo y ellos no se comen el Pan de Vida ya más. Te estoy enviando más lejano al oeste.*”

Continuando en dirección al oeste, Bill abandonó la montaña y llegó a un desierto extenso, donde vio una enorme estructura algo parecido a una carpa o una catedral cubierta con cúpula. Bill entró por los laterales abiertos y subió a una plataforma construida, deteniéndose por fin enfrente de una cortina imponente.

El ángel ordenó, “*Recorre la cortina.*”

Cuando Bill tiró del cordel colgante, la cortina se deslizó fácilmente a un lado, revelando un enorme montón del Pan de Vida.

El ángel dijo, “*Alimenta con esto a la gente.*”

Bill se dio la media vuelta para observar mientras multitudes de personas vestidas de blanco venían de todas direcciones,

reuniéndose debajo del pabellón, formando una vasta audiencia. Entonces la visión se desvaneció.

La visión perturbó a Bill más que de costumbre. Él había estado orando tan arduamente últimamente para ser liberado de estas distracciones no deseadas y sin embargo todavía aquí vino una. ¿Por qué Dios le estaba permitiendo a Satanás que lo atormentara de esta manera? Para colmo de males, la visión se miraba tan espiritual; y sin embargo todo eso le dejaban con interrogantes. ¿Por qué era en dirección al oeste? ¿Por qué aquella montaña del Pan de Vida era tan enorme? ¿De dónde venían todas esas personas? Y finalmente, ¿cómo podría él alimentar a todas esas personas con el Pan de Vida? Después de todo, él era tan sólo un pobre predicador provinciano sin educación. ¿Por qué tanta gente querría venir a escucharle predicar? Sin embargo hasta la fecha, las visiones nunca habían estado erradas. Esa era probablemente la interrogante que más le causaba perplejidad en la mente de Bill: ¿Por qué el diablo le daba visiones que resultaban ser ciertas? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Todo eso parecía tan desconcertante.

Al medio día del Martes 7 de Mayo, Bill estacionó su camioneta de servicio enfrente de su casa en la Calle 8ª. # 922 Oriente, apenas del otro lado de la calle del Tabernáculo Branham. Mientras se estaba bajando, Roger Gibbs, quien era un miembro de su iglesia, llegó y se estacionó detrás de él.

Roger dijo, “Billy, ¿subirás conmigo a Madison esta tarde?”

“Lo siento, Hermano Roger, pero no puedo. Esta tarde tengo que ir a Henryville de ronda. Pasa a la casa por un rato. Mi esposa tiene la comida lista.”

“No, es mejor que me vaya. Te veré en la iglesia el próximo Domingo.”

“De acuerdo. Te veo el Domingo.”

Bill se arremangó las mangas y se lavó las manos debajo del grifo al aire libre en el patio de enfrente. Luego se fue alrededor del costado de la casa, desabrochándose el cinturón de su pistola mientras caminaba a fin de ponerlo en el porche. Un gran árbol de arce daba sombra a esta área. Bill acababa de poner el pie debajo de sus ramas cuando escuchó un viento bramando arriba de él. Echó un vistazo arriba y se sorprendió al ver a un remolino enorme venir directamente hacia él. Parecía hacer pedazos la parte superior de la casa y el árbol, lanzando cada tablilla y hojas chocando contra su

pecho. Bill se tambaleó y cayó hacia atrás hacia el porche, casi desmayándose.

Roger Gibbs saltó de su automóvil y corrió hacia el costado de su pastor. “Hermano Bill, ¿qué es lo que pasa?”

Lentamente Bill miró alrededor, sin entender lo que había sucedido. El remolino ya no estaba. El día estaba calmoso y cálido. Él alzó la vista hacia las ramas del arce, luego hacia el techo de su casa. Sorprendentemente ambos estaban intactos y en buen estado. Entonces comprendió de lo que se trataba. “Estoy bien,” dijo con una voz reservada. “Hermano Roger, sigue tu camino. Estaré bien.”

Meda corrió de la casa con un vaso de agua. “Bill, ¿te desmayaste?”

“No, cariño. Es esa misma cosa otra vez.”

Meda lo ayudó a levantarse. “Pasa. La comida está lista.”

“Meda, amorcito, estoy cansado de esto.” Su voz estaba forzada con la agonía de sus dudas y depresión más íntimas. Yo sé en mi corazón que amo a Jesucristo. No quiero que el diablo tenga nada que ver conmigo. He orado y le he implorado a Dios que impida que eso jamás me vuelva a suceder; y sigue viniendo. No puedo continuar de esta manera— todos me dicen que estoy siendo perseguido por un demonio y yo procurando vivir una vida Cristiana. ¡Soy un prisionero!”

“Billy, no deberías prestar oído a lo que te dicen esas personas.”

“Pero, cariño, mira a los otros predicadores. Ellos no están atormentados con este tipo de cosa.”

Meda podía ver la resolución formándose en los ojos hundidos de su esposo y eso la atemorizó. “¿Qué estás planeando hacer?”

Quiero que le llames a mi jefe y le digas que no estaré trabajando esta tarde. Posible esté de vuelta mañana; posible nunca esté de vuelta. Dile que si no estoy de vuelta para el Viernes, que ponga a un hombre en mi lugar. Meda, tengo \$ 17.00 dólares ahorrados en el banco. Eso es suficiente para que sigas viviendo mientras no estoy.”

“Billy, ¿a dónde vas? ¿Qué vas a hacer?”

“Voy allá a mi cueva en *Tunnel Mill* a tener una confrontación con Dios. No sé cuándo regrese a casa, pudiera ser en dos días o dos semanas. Meda, nunca saldré de esos bosques hasta que Dios me prometa que Él quitará de mí esta cosa y nunca permitirá que me vuelva a suceder.”

Manejando hacia el área de *Tunnel Mill*, Bill estacionó su

automóvil donde el camino daba una vuelta cerrada a través de una depresión. Él abrió los hilos de un cerco de alambre de púas, se metió por en medio, y se puso en marcha directamente hacia su escondite, orando la mayor parte del camino. Cuando llegó a su cueva, se dejó caer en la rama curva del árbol caído allí en la entrada y abrió su Biblia, leyendo y orando el resto de la tarde. En el libro de I de Corintios, una porción del capítulo 14 se quedó en su mente. Los versículos 32 y 33 dicen, “*Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz...*” Eso es lo que Bill deseaba con ansia en su corazón— paz. Desde que él era un niño, desde su primera visión, él había sido entrelazado con confusión. El convertirse en un Cristiano había disminuido su confusión por un tiempo, pero eso no la había disipado completamente. ¿Dónde estaba esa paz que Dios había prometido? Y qué quería decir la Biblia con “*los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas.*”

Después de la puesta del sol él se metió en su cueva. Allí, yendo y viniendo de un lado a otro en el pasadizo oscuro y angosto, él continuó su búsqueda desesperada por una respuesta. “Padre, ¿por qué permites que estas cosas extrañas me sucedan? Tú sabes que te amo. Y no quiero estar poseído por el diablo. No quiero que me sucedan esas cosas. Por favor, Dios, no permitas que nunca más me sucedan. Yo no deseo irme al infierno. De qué sirve que yo predique y me fatigue tan decididamente, si estoy mal. Y no únicamente me estoy conduciendo a mí mismo hacia el infierno; también estoy descaminando a otros centenares.”

Hora tras hora él derramaba grandes cantidades de su angustia al Señor. Él oraba con intensidad, implorando y clamando hasta que sus ojos estaban hinchados y su garganta dolorida. Entonces se sentó en la oscuridad, meditando en el Dios Todopoderoso, orientando sus pensamientos más allá de la luna y estrellas y las dimensiones del tiempo y la eternidad, buscando ese sitio donde él pudiera encontrarse finalmente con su Creador. Después de un rato se puso de pie otra vez e iba y venía por el piso, dejando que su voz alegrara los sentimientos de su corazón desesperado.

Algún momento ya entrada la noche, se sentó en el saliente que él usaba como cama. Pero dormir estaba distante de su mente. “Dios, por favor libérame. Tú conoces mi corazón. Tú sabes que te amo. Todos esos clérigos se mantienen diciéndome que el espíritu que se

mueve en torno a mí es del diablo. ¿Por qué permites que mi vida sea atormentada de esta manera? ¿Por qué no me liberas de eso? Dios, me quedaré aquí mismo hasta que muera, si Tú no te encuentras conmigo y me liberas de mi prisión. ¿Por qué no me liberas de esa cosa de modo que yo pueda ser como los otros ministros?”

Él sintió otra vez esa presión extraña, como si algún tipo de fuerza invisible acaba de entrar en la cueva oscurecida. Su piel sentía hormigueo y el cabello de la parte de atrás de su cuello se erizó. Tal vez el Señor estaba a punto de darle su respuesta. Se sentó silenciosamente en la oscuridad como el carbón, esperando escuchar la voz de Dios. Mientras esperaba, le llegó un pensamiento nuevo. ¿Qué tal si todos aquellos ministros estaban errados? Bill nunca antes había considerado semejante posibilidad. Sin embargo ¿qué tal si lo estaban? ¿Qué tal si Dios, no Satanás, producía estos acontecimientos? Pero si ese era el caso, entonces ¿cómo personas tan posesionadas por el diablo tales como agoreros, astrólogos, y médium venían y podían reconocer un don en su vida, y sin embargo estos ministros Cristianos no sabían nada al respecto?

Tan pronto como él convirtió esta interrogante en palabras, la respuesta vino a él con la fuerza de un torrente. Cuando nació Jesús, únicamente los astrónomos— los cuales eran astrólogos —vieron la estrella en el Oriente y la siguieron hasta Belén. Ningún hombre santo en Palestina la vio. ¿Podría esa haber sido la misma estrella que apareció sobre el río Ohio en 1933, mientras él estaba bautizando a las personas después de sus primeras reuniones de avivamiento? Él podía recordar aquel día tan claramente— el agua cristalina; el cielo azul despejado; aquella bola de fuego girando por encima de la cabeza; la voz que declaró, “*Así como Juan el Bautista fue enviado para precursar la Primera Venida de Jesucristo, de igual manera tú eres enviado a precursar Su Segunda Venida.*” Bill recordaba cómo un grupo de hombres de negocio había venido a él después aquella tarde y habían preguntado qué significaba eso. Él no sabía en ese entonces; durante todos estos años él no sabía. Pero ahora... ahora, en la quietud de la noche, después de haber llorado todas las lágrimas de sus ojos; ahora, después de haber implorado al grado que su garganta estaba reseca e inflamada; ahora, después de suplicarle a Dios que alejara de él estas visiones y que nunca permitiera que sucedieran otra vez; ahora, por primera vez en su

vida, ¡él se preguntaba si tal vez había estado pidiendo la cosa equivocada!

El cuadro, el cual durante tantos años había sido oscuro y confuso, ahora estaba llegando a ser sorprendentemente claro. Se le ocurrió a Bill que cuando Jesús anduvo en la tierra, Israel rebosaba de hombres religiosos— Fariseos, Saduceos, intérpretes de la ley, escribas, sacerdotes y rabinos. Muchos de estos hombres eran eruditos, bien entrenados en las Escrituras. Sin embargo, por extraño que parezca, cuando Jesús comenzó Su ministerio público, la mayoría de estos hombres renunciaron a Él rotundamente, llamando a Jesús un diablo, Beelzebub, el príncipe de los agoreros, el mejor médium de todos ellos.³⁰ Aún más extraño todavía era el hecho que la gente poseída por el diablo identificaba a Jesús correctamente, diciendo, “¡Él es el Hijo de Dios!”³¹

Bill temblaba a medida que las Escrituras llegaban a raudales en su entendimiento. Los predicadores decían que Jesús era un diablo; los diablos decían que Jesús era el Santo de Israel. ¿Podía ese patrón aplicarse a la propia vida de Bill? Sí—sí podía; pues ese patrón no estaba limitado solamente a la vida de Cristo. Cuando Pablo y Silas estaban predicando el Evangelio por toda Asia Menor, en cada ciudad Judía los hombres santos los declaraban mentirosos e impostores; sin embargo en Filipos, una agorera poseída por el diablo proclamaba que Pablo y Silas eran hombres de Dios que estaban mostrando el camino a la salvación.³² Entonces Bill recordó cómo Jesús y Pablo se ocuparon de aquellos demonios al reprenderlos y ordenándoles que se quedaran quietos. Ellos no necesitaban la ayuda del diablo. Tanto Jesús como Pablo sabían quiénes eran ellos.

“Tal vez he estado equivocado todo este tiempo,” pensó Bill. Tal vez debí de haber abrazado eso en vez de pelear en su contra. Él oró en voz alta, “Dios, si he estado equivocado y he desechado algo de Ti a causa de que no lo entendía, si he estado equivocado, por favor perdóname.”

Tan pronto como dijo estas palabras, Bill captó el parpadeo de una luz. Eso lo sobresaltó. Oye, ¿qué es esto? ¿Es alguien viniendo con

³⁰ Mateo 9:32-34, 10:25, y 12:22-28; Marcos 3:22-26; Lucas 11:15-20

³¹ Mateo 8:28-29; Marcos 1:22-24

³² Hechos 16:16-18

una linterna? No, no procedía del exterior. Estaba en el interior de la cueva— un pequeño punto de luz suspendida en el aire, pulsando con energía, haciéndose rápidamente más grande y más brillante al grado que era una bola de fuego que giraba y zumbaba, proyectando su iluminación en las paredes y el piso. Bill entrecerró los ojos y se echó la mano a la cabeza para proteger sus ojos de la luz deslumbrante. Entonces escuchó el sonido sordo *clomp, clomp, clomp* de pisadas en el piso de la cueva. Justo abajo de aquella bola de fuego ámbar, Bill vislumbró un pie descalzo, y una túnica blanca. Luego de debajo de aquella luz intensa salió un varón.

¡Tal varón como Bill nunca antes había visto! Él era grande— de al menos seis pies [1.82 metros] de altura y pesaba tal vez unas 200 libras [90.72 kilogramos]. Tenía brazos macizos, los cuales estaban cruzados enfrente de él. Su cabello moreno le caía hasta los hombros. Parecía tener alrededor de 30 años de edad. Su rostro barbilampiño tenía una compleción morena, casi aceitunada. Sus ojos eran oscuros y penetrantes.

El varón se mantenía andando en dirección a Bill. La luz ámbar disminuía mientras se elevaba hacia la parte superior de la cueva y se quedaba suspendida apenas encima de la cabeza del visitante, todavía girando y pulsando con energía. Bill quería gritar y correr, pero este varón estaba obstruyendo el corredor estrecho que conducía hacia el exterior. Bill se sintió paralizado de terror. Él tenía la mano en su boca y estaba mordiendo tan firmemente en uno de sus dedos que comenzaba a sangrar.

Cuando el varón estaba a unos cuantos pies de distancia, se detuvo y bajó la vista hacia Bill con una expresión amable. Bill recordaría aquel rostro por siempre, aunque nunca podría describirlo enteramente— tan bondadoso, tan tranquilo; y sin embargo había un sentido oculto de poder y autoridad que le provocaba temor a Bill.

En una voz baja y grave, el varón dijo, “*No temas...*”

Tan pronto como Bill escuchó esa voz, su temor se desvaneció. ¡Era él! Era inconfundible. Esta era la misma voz que le había hablado desde aquel álamo cuando era un niño, diciéndole, “*Nunca bebas, ni fumes, ni deshonres tu cuerpo en ninguna forma. Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.*” Bill nunca podía olvidar aquella voz. La había oído tantas veces al transcurrir de los años. Este varón tenía que ser el mismo ángel que había hablado con él en todas aquellas visiones. Bill nunca había podido mirarlo bien a

él antes. Algunas ocasiones el ángel se había parado detrás de él a su diestra, apenas fuera de la vista de Bill. En otras ocasiones, cuando el ángel se mostraba en una visión, él siempre había estado borroso, de modo que Bill nunca pudo distinguir sus facciones. Pero ahora Bill lo veía claramente. ¡Y esta no era una visión! Este varón sobrecogía los sentidos de Bill tan real como la sangre goteando del extremo de su dedo donde Bill había mordido a través de la piel en su terror.

El ángel continuó, “*Yo soy enviado de la presencia del Dios Todopoderoso para decirte que tu nacimiento peculiar y tu vida mal comprendida ha sido para indicar que tú has de llevar un don de sanidad Divina a las gentes del mundo. Si eres sincero cuando ores y puedes hacer que la gente te crea, nada hará frente a tu oración, ni siquiera el cáncer. Tú irás a muchas partes de la tierra y orarás por reyes y gobernantes y potentados. Les predicarás a multitudes por todo el mundo y millares vendrán a ti en busca de consejo. Tú debes decirles que los pensamientos de ellos hablan más alto en el cielo que sus palabras.*”

Bill oía el mensaje del ángel tan claramente como si él estuviera escuchando a su jefe dándole su carga de trabajo cotidiana en el *Servicio Público de Indiana*; pero no podía imaginarse cómo podría jamás cumplir una comisión tan alta. “Señor, soy un hombre pobre, y habito entre gente pobre. ¿Cómo podría yo ir alrededor del mundo? Y ¿cómo podría darme a entender? Todo lo que tengo es una educación de escuela primaria. Tal vez debería ser alguien con suficiente educación que pueda hablarle a la gente. Ellos no me prestarían atención.”

El rostro del ángel se tornó más severo. “*Así como al profeta Moisés le fueron dadas dos señales para probar que él era enviado de Dios, de igual manera a ti te serán dadas dos señales.*³³ *Primera— cuando tomes la mano derecha de una persona con tu mano izquierda, podrás detectar la presencia de cualquier enfermedad causada por microbio por medio de vibraciones que aparecerán en tu mano izquierda. Entonces debes orar por la persona. Si tu mano regresa a la normalidad, puedes declarar sana a la persona. Si no es así, tan sólo pide una bendición y que siga su camino. Bajo el ungimiento de Dios, no trates de tener tus propios*

³³ Éxodo 4:1-8

pensamientos; se te será dado qué decir.”

“Pero, ¿qué tal si ellos todavía no me creen?” preguntó Bill.

“*La segunda señal es mayor que la primera. Si permaneces humilde y sincero, vendrá a suceder que podrás decir por medio de visión los mismísimos secretos del corazón de ellos. Entonces la gente tendrá que creerte. Esto iniciará el Evangelio en poder que conducirá a la Segunda Venida de Cristo.*”

Esas palabras tocaron el nervio a flor de piel que estuvo descubierto durante meses —no, años— de duda y depresión. Su angustia estalló, enérgica y dolorosa en su pecho. “Señor, esa es la mismísima razón que estoy orando aquí esta noche. Los clérigos me han dicho que esas visiones proceden de un espíritu maligno.”

“¿No entiendes,” dijo el ángel, “*que fue de igual manera en los días de Jesucristo nuestro Señor?*”

La percepción de Bill del mundo espiritual estaba cambiando tan rápidamente que tenía dificultades para mantener el equilibrio. “Pues entonces, ¿qué clase de espíritu sería el que me da esas visiones?”

“*Es el Espíritu Santo de Dios. Y ahora esas visiones se multiplicarán en tu vida.*”

El escuchar estas palabras cambió la percepción de Bill para siempre. Él había sido llevado muy distante de un lado a otro por la opinión de otros hombres. Ahora él comprendía cuán personal es realmente el andar con Jesucristo.

Los brazos del ángel permanecían cruzados y su rostro impasible. Él instruyó a Bill a usar la versión en inglés de la Biblia *King James* [Rey Jacobo] en cualquier parte que él citara la Biblia, sabiendo que para Bill sería fácilmente reconocida como la Santa Escritura. El ángel dijo, “*Considera la vida de Jesucristo. Cuando Natanael llegó a su presencia, Jesús dijo, ‘¿He aquí un verdadero Israelita, en el cual no hay engaño!’ Natanael preguntó, ‘¿De dónde me conoces?’ A lo cual respondió nuestro Señor, ‘Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.’*³⁴ ¿Cómo ‘vio’ nuestro Señor a Natanael? Él lo vio por medio de una visión. Recuerda cómo declaró el Hijo de Dios, ‘No puede hacer el Hijo nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: si no que todo lo que hace, también lo hace el Hijo igualmente.’³⁵ ¿Alguna vez te has

³⁴ Juan 1:43-51

³⁵ Juan 5:19

preguntado lo que significaba esto? Eso significa que el Padre le mostraba visiones al Hijo que le hacían saber lo que Él debía de hacer. Él probó esto cuando, en el estanque de Betesda, Él pasó por una gran multitud de gente enferma y necesitada para sanar a un determinado hombre.³⁶

“Las visiones le mostraban a nuestro Señor con antelación lo que sucedería. ¿Recuerdas cómo es Él sabía que Pedro encontraría una moneda en la boca de un pez?³⁷ Y considera cómo es que nuestro Señor Jesús, cuando Él se acercaba a Jerusalén, les dijo a Sus discípulos, ‘Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará.’³⁸ ¿No sucedió exactamente como lo describió nuestro Señor? Él sabía que así sería, por cuanto Él lo vio primero por medio de una visión del Padre.

“Y además, llegará un tiempo en tu ministerio cuando las visiones te revelarán los secretos ocultos en el corazón de la gente que les impiden ser sanados. Considera a la mujer en el pozo en Samaria. Jesús platicó con ella hasta que Él hizo contacto con el espíritu de ella; luego por medio de visión Él vio dónde residía su problema. Él dijo, ‘Ve, llama a tu marido, y ven acá.’ Cuando la mujer respondió, ‘No tengo marido,’ Jesús contestó, ‘Bien has dicho: no tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido.’ Esto provocó que la mujer exclamara, ‘Señor, me parece que tú eres profeta.’³⁹ Así vendrá a ser en tu ministerio, si eres sincero.”

Aquí el ángel hizo una pausa, dándole a Bill la oportunidad de repetir sus dudas. “Señor, yo no sé cómo pudiera suceder todo esto en mi vida. Soy pobre y sin educación y—”

El ángel lo interrumpió, “*Nunca olvides que Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y por los siglos, así como lo han declarado las Escrituras.⁴⁰ No serás tú el que lleve a cabo nada de esto; será el Señor Jesucristo. Recuerda que Jesús prometió a Sus seguidores. ‘El*

³⁶ Juan 5:1-15

³⁷ Mateo 17:24-27

³⁸ Mateo 21:1-7; Marcos 11:1-7; Lucas 19:28-35

³⁹ Juan 4:6-19

⁴⁰ Hebreos 13:8

que cree en mí, las obras que Yo hago él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre... Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.”⁴¹

¿Qué más podría decir Bill? Enfrente de él estaba un mensajero de Dios con una comisión fantástica— que él, Billy Branham, fue ordenado para llevar un don de sanidad a las gentes del mundo. Parecía casi imposible. Él se sentía abrumado; y sin embargo, algo en lo profundo dentro de su corazón se removía ante el pensamiento de todas aquellas Escrituras que el ángel había aplicado tan expertamente— Escrituras que conseguían comprender el sentido de sentido de la vida por lo demás excéntrica de Bill.

Bill tomó su decisión, “Iré.”

“Yo estaré contigo,” dijo el ángel. “*En cualquier momento que experimentes esta misma sensación que estás sintiendo ahora en mi presencia, sabrás que estoy cerca.*”

La bola de fuego sobre la cabeza del ángel comenzó a ampliarse, crepitando y zumbando mientras se arremolinaba, despidiendo lengüetadas de llama. El ángel se evaporó hacia en medio de aquella estrella. Entonces la Columna de Fuego desapareció a través del techo de piedra caliza.

De pronto la cueva estaba negra como el carbón y silenciosa como un cementerio, provocando que los nervios de Bill se tensaran. Él empezó a pasar apuros de una tentación de dudar su propia cordura. Pero se detuvo a sí mismo. Se llevó los dedos a los labios. ¿Por qué debería de dudar esta experiencia? El ángel que acababa de encontrarse con él era tan real como el sabor de la sangre en la yema de su dedo. No, él no dudaría ni una sola palabra.

Bill se puso de rodillas en el piso, cruzó las manos y dijo, “Padre Celestial, gracias por enviar a Tu ángel a explicarme estas cosas. Parece increíble que todo esto me va a ocurrir— que yo les predique a multitudes alrededor del mundo y que ore por reyes y gobernantes y demás. Soy tan pobre. ¿Cómo pudiera jamás costear el hacerlo? Yo sé que de mí mismo, no puedo; pero también sé que Tú puedes hacer cualquier cosa. Señor, yo iré; y te prometo que permaneceré en el ministerio mientras Tú suplas mis necesidades de modo que nunca

⁴¹ Juan 14:12 y 19-20

tenga que rogar por dinero.”

Aquel miércoles por la mañana— 8 de Mayo de 1946— William Branham se fue a su casa un hombre nuevo.



Pasillo hacia el interior de la cueva. Al fondo se aprecia la pirámide invertida y la “mesa.”



El Tabernáculo Branham en los años 40's

Capítulo 29

La Señal en Su mano

1946

DESPUÉS QUE WILLIAM BRANHAM le relató a su esposa tocante a la comisión del ángel, él inmediatamente visitó a su pastor anterior. El Dr. Roy Davis ahora era Obispo sobre todas las iglesias Misioneras Bautistas en aquella sección de Indiana. Aunque Bill y el Dr. Davis habían desahogado algunos desacuerdos en el pasado, Bill seguía respetando la opinión del mayor y lo consideraba como su supervisor. Y ahora, más que en cualquier otro tiempo de su vida, Bill necesitaba algún buen consejo. El ángel le había pintado un cuadro fantástico de un ministerio mundial, pero no le había dado un indicio para dónde debería comenzar o en qué dirección debería viajar. Tal vez el Señor quería que comenzara dentro de la estructura de la iglesia Misionera Bautista. Si así era, entonces el Dr. Davis podría ayudarle a ponerse en marcha.

Sentado en el cuarto de estudio del obispo, Bill describió su angustia y depresión anterior relacionada con el pensamiento de que el diablo podría estar influenciando su vida. Él narró de cómo el día anterior un árbol de arce había parecido desprenderse sobre él, y cómo es que él se había resuelto a entrar en los bosques y nunca salir hasta que Dios se encontrara con él y lo liberara de su agonía. Él le relató al Dr. Davis respecto a la bola de fuego que giraba en la cueva y el ángel que pareció a la vista. Él describió el aspecto del ángel y luego comenzó a compartir lo que le dijo el ángel— cómo es que él oraría por reyes y gobernantes, y cómo es que la gente vendría a él de todo el mundo en busca de consejo.

Al llegar a este punto el Dr. Davis interrumpió y le dio bruscamente su veredicto. “Bill, ¿qué cenaste esa noche? Obviamente que tuviste una pesadilla.”

Bill se sintió aplastado, “Dr. Davis, no valoro eso en lo absoluto.”

El hombre mayor alzó el brazo y dejó de lado el comentario. “Oh, vete a casa y olvídate de eso, Billy. Es tan sólo otra de esas alucinaciones que ves. Tienes una imaginación demasiado activa.”

“Dr. Davis, Ud. podría decirme que me olvide de eso, pero Dios ha anclado algo muy dentro de mi corazón. Y si Ud. no desea apoyarme, existen otros allá afuera que lo harán. Tengo la obligación con Dios de ir y predicarle al mundo.”

Viendo cuán en serio parecía estar tomando su relato concerniente a una visitación angelical este joven, el Dr. Davis trató de razonar con él. “Billy, ¿me quieres decir que vas a ir alrededor del mundo y ganar millares para Cristo— tú, con tu séptimo grado de educación?”

“Eso es lo que él me dijo y eso es lo que creo.”

“¿Cómo vas a hacerlo?”

“No sé. Yo estaba esperando que Ud. tuviera algunas sugerencias útiles.”

El Dr. Davis se rió entre dientes. “Mi sugerencia es que te vayas a casa y te duermas una larga siesta. Tal vez estés más consciente de la realidad cuando despiertes. ¿Realmente crees que podrías enfrentarte con un mundo educado con semejante teología de sanidad Divina?”

“No es mi sanidad Divina,” contraatacó Bill. “Es la promesa de Dios. Él es Aquel que me dio esta comisión.”

El Dr. Davis no estaba impresionado. “¿Realmente crees que la gente te creará?”

“Eso no me corresponde a mí,” dijo Bill, impávido. “A mí me corresponde quedarme fiel a esa Palabra.”

“Billy, si tú predicas semejante cosa como esa, les estarás predicando a los postes que sostienen el techo de tu iglesia.”

“Entonces les estaré predicando la Palabra de Dios a los postes, porque Dios puede levantar de esos postes hijos a Abraham. Si Dios me está enviando, va a haber alguien allá que lo recibirá.”

Bill abandonó la casa del Dr. Davis todavía determinado y comprometido a seguir la comisión del ángel a pesar de las consecuencias o dificultades. No obstante, la burla del obispo había dejado una pequeña astilla de duda en su corazón que lo enconó y lo asaltó durante el resto de la semana. Después de todo, parecía como un sueño absurdo. ¿Cómo podía él— humilde Bill Branham— llevar un don de sanidad Divina a las personas del mundo? Mirando a eso de manera lógica, parecía poco probable.

El Viernes por la tarde Bill se fue a pie a la farmacia *Mason's* sobre la calle Spring a cobrar en efectivo su cheque de pago de sueldo semanal de \$ 28.00 dólares y a comprar algunos biberones infantiles y mamilas a fin de que Rebekah de seis semanas de nacida pudiera comenzar a tomarse su té de nébeda. Bill acababa de salir de trabajar y todavía estaba vestido con su uniforme del departamento de caza. Mientras se acercaba al establecimiento, un autobús de Louisville se detuvo en la esquina a bajar sus pasajeros. La mayoría de las personas se apearon del autobús con diligencia y se alejaron rápidamente; pero un hombre no lo hizo. Este hombre puso en el suelo su maleta en la acera y recorrió con la mirada sus alrededores como si estuviera desconcertado de estar allí. Cuando su vista alcanzó a Bill, el hombre miró fijamente con la expresión más extraña en su rostro.

Al entrar en la farmacia *Mason's* a realizar sus compras, Bill se olvidó por completo del hombre peculiar en el exterior. Cuando salió de vuelta, vio que el hombre había levantado su maleta y se dirigía hacia la farmacia. El hombre vio a Bill otra vez y se detuvo, mirando fijamente a Bill con la misma mirada desconcertada en su rostro. Por un momento Bill supuso que el hombre quería robarlo. Entonces Bill comprendió que era ridículo ya que era de día en una intersección concurrida y Bill estaba portando un arma en su cinturón a plena vista.

Bill volteó para encaminarse por la calle. Momentáneamente sintió que una mano le tocó el hombro. Dándose la media vuelta, descubrió que era el enigmático desconocido.

“Disculpe,” dijo el hombre. “¿Es Ud. un oficial?”

“Soy un oficial de conservación,” respondió Bill. “Trabajo para el Departamento de Caza del Estado de Indiana.”

El hombre hablaba vacilantemente, como si estuviera poco seguro de sí mismo. “Estoy— ah— mirando para encontrar a una—una cierta persona. Tal vez Ud. pudiera ayudarme. ¿Está Ud.— ah — conoce bien por aquí?”

“Aquí he vivido prácticamente toda mi vida,” dijo Bill. “¿A quién está tratando de localizar?”

Ahora el rostro del hombre tomaba otra vez esa extraña mirada de desconcierto. “No estoy muy seguro. Ud. podría pensar que estoy loco, pero permítame contarle mi historia. Yo vivo en Paducah, Kentucky, como a 200 millas [322 kilómetros] río abajo de aquí.

Como por dos años mi salud se ha estado deteriorando. Más temprano esta mañana tuve un sueño donde veía a un ángel grande y brillante que descendía del cielo y me dijo que fuera a Jeffersonville, Indiana, y le pidiera a alguien con el nombre de Branham que orara por mí. ¿Conoce Ud. a alguien por aquí con el nombre de Branham?”

El corazón de Bill latía tan violentamente con excitación que se sentía como si se fuera a saltar de su pecho. Él dijo, “Mi madre administra una casa de huéspedes aquí a la vuelta de la esquina; el nombre de ella es Branham.”

“Oh, ella es Branham. ¿Ese sería también el nombre de Ud.?”

“Hermano,” dijo Bill, poniendo el brazo alrededor del hombro del desconocido, “más temprano esta mañana yo estaba de pie en una cueva cuando una gran luz entró destellando y un ángel me dijo que fuera a orar por los enfermos.”

El hombre se colapsó y lloró. Bill se quitó el sombrero y juntos se pusieron de rodillas en la esquina de la calle y le pidió a Dios que le devolviera al hombre su sanidad. Cuando Bill terminó de orar y abrió los ojos, él vio que los peatones se habían detenido; los hombres estaban parados con sus sombreros quitados en respeto y las mujeres estaban evitando que sus hijos corrieran por ahí. Bill se sentía como que la aguja de Dios acababa de picar su piel y había sacado definitivamente aquella pequeña astilla de duda para siempre. Ahora él estaba seguro que Dios lo estaba enviando; y si Dios lo estaba enviando, Dios pondría un medio para que él fuera.

CUANDO BILL entró a la iglesia aquel Domingo, la primera cosa que escuchó fue un himno nuevo que estaba entonando su congregación. Le agradó lo que escuchaba. (Ese estaba destinado a ser su tema musical.) El ritmo seguía a una sencilla pero hermosa pauta. Mientras Bill escuchaba a la gente repitiendo el coro con muchas variaciones, él sintió la presencia del ángel del Señor acercarse... como si al ángel también le agradara este himno.

Sólo creed, sólo creed,
Todo es posible, sólo creed...

Cristo está aquí, Cristo está aquí,

Todo es posible, Cristo está aquí...

Creo, Señor, creo, Señor,
Todo es posible, creo, Señor...

Aquel Domingo Bill se presentó ante su congregación y, sin una pizca de duda en su mente, valientemente compartió todo lo que el ángel le había dicho. Él dijo, “Habrán millares de personas que vendrán de toda la nación. Ellos les dejarán fuera a Uds. Uds. no encontrarán un asiento a menos que sean sinceros con Dios y lleguen temprano.”

Su congregación le creyó, incluyendo a un hombre llamado Charlie McDowell. El Lunes en el trabajo, Charlie se quemó los ojos por el relámpago mientras soldaba. Su doctor le aseguró que la ceguera sería temporal, durándole únicamente de ocho a diez días. Pero Charlie llamó a Bill que viniera a orar por él de todas maneras. A la mañana siguiente Charlie vio lo suficiente para regresar a trabajar.

Su jefe, el Sr. Morgan, sorprendido de ver a Charlie de vuelta en su trabajo tan pronto, lo interrogó al respecto. Charlie explicó que Jesús había contestado la oración de su pastor.

El Sr. Morgan dijo, “¿Me pregunto si las oraciones de tu pastor podrían obrar en mi esposa? Ella está aquí en el Hospital Bautista muriéndose con cáncer.”

Charlie contestó, “Yo no sé. ¿Por qué no la traes a la iglesia el Miércoles por la noche y lo averiguas?”

La esposa de Morgan, Margie— una enfermera certificada durante 21 años— había estado muriéndose de cáncer por muchos meses. Ella había sufrido a través de múltiples tratamientos de rayos x, pero todo en vano. Los doctores le practicaron cirugía exploratoria y encontraron cáncer desfigurándole el cuerpo de los senos hacia abajo. El cáncer era tan severo que se había envuelto alrededor de su conducto intestinal como las raíces de un árbol alrededor de un tubo de albañal. Cubriendo por completo la espalda, los doctores dieron el único pronóstico que podían: No había esperanza para ella en absoluto.

En el culto del Miércoles por la noche, el Sr. Morgan hizo llevar a su esposa a la iglesia en una camilla. Ella apenas estaba consciente. Bill miró con lástima a esta mujer consumida. Ella estaba hablando

entre dientes delirantemente mientras se crispaba del dolor. Bill tomó su mano derecha con su mano izquierda, así como el ángel le dijo que tenía que hacer. Su muñeca y el brazo inferior comenzaron a sentir hormigueo. Su mano se hinchó levemente y se puso de un rojo intenso. Pequeños chichones blancos aparecieron en una forma por todo el dorso de su mano. Él podía sentir vibraciones subiendo por su brazo, hasta su corazón.

Alzando la vista hacia su esposo, Bill preguntó, “¿Qué le pasa a la mujer?”

“Se está muriendo con cáncer,” dijo el Sr. Morgan. “¿Puede Ud. ayudarla?”

Bill pensó en las palabras del ángel, “*Si eres sincero y puedes hacer que la gente te crea, nada hará frente a tu oración, ni siquiera el cáncer.*” Él miró al Sr. Morgan a los ojos, “Señor, yo creo que Dios puede sanarla. La pregunta es, ¿lo cree usted?”

“Sí,” fue la respuesta del Sr. Morgan.

Bill cerró los ojos y pidió la sanidad de la mujer en el Nombre de Jesucristo. De pronto la vibración en su brazo izquierdo se detuvo. Bill abrió los ojos y se sorprendió al ver que su mano izquierda ahora estaba tan normal como la derecha. En ese momento vio una visión de la Sra. Morgan vestida con un uniforme de enfermera, atendiendo a pacientes en un hospital. Bill se puso de pie y declaró, “Señor, no tenga temor; pues Así Dice El Señor, ‘¡Su esposa vivirá!’”

El doctor de Margie Morgan, que la había acompañado a la iglesia, protestó, “Pido su perdón, Reverendo Branham, pero el cáncer está apretando sus intestinos tan fuertemente que ni siquiera podemos lavarla con un enema.”

“No me importa que problemas tenga. Yo vi una visión de ella asistiendo pacientes en un hospital otra vez. Y aquel varón que se encontró conmigo en los bosques dijo que todo lo que yo viera yo debería decirlo así exactamente y así sería. ¡Y yo lo creo!”

Al día siguiente Margie Morgan estaba completamente consciente y en sus cabales. Para el Viernes había recuperado el apetito, junto con algo de su fuerza. El Sábado, con gran asombro total de su doctor, ella estaba caminando por los pasillos pidiendo irse a casa.

Capítulo 30

Prisioneros Libertados

1946

LAS NOTICIAS DE la sanidad de Margie Morgan se fueron divulgando de amigo a vecino, dando vueltas y serpenteando en su propio camino misterioso hasta que cruzaron el Río Mississippi. Pronto Bill recibió un telegrama del Reverendo Robert Daugherty de St. Louis, Missouri, pidiéndole a Bill que viniera a orar por su joven hija, Betty, quien estaba sufriendo de una enfermedad desconocida. Reconociendo la mano del Señor en esto, Bill le dijo a su iglesia que él iría tan pronto como pudiera ahorrar suficiente dinero para el viaje. Su congregación sintió también que esta era la voluntad de Dios. Poniendo en un fondo común los recursos de ellos, inmediatamente recaudaron los \$ 11.00 dólares que se necesitaban para un boleto de tren de viaje de ida y vuelta. Bill pidió prestado un traje de uno de sus hermanos y tomó un tren nocturno con destino a Missouri.

Cuando el tren entró en la estación de St. Louis a la mañana siguiente, Robert Daugherty estaba esperando en la estación. Se miraba agotado. “Hermano Branham, ¿ha escuchado Ud. algo de parte del Señor?”

“No, Hermano Daugherty. ¿Cómo está su niña?”

Tenía los hombros caídos y su voz se oía monótona con abatimiento. “Está en muy malas condiciones. Venga, lo llevaré a verla.”

En el camino a casa él le explicó, “Mi hija ha estado sufriendo con esto durante tres meses. Los doctores están confundidos. Sus temblores constantes les hace pensar que pudiera ser baile de San Vito,* pero ella tiene otros síntomas que no corresponden con ese

[*El baile de San Vito es una afección convulsiva generalmente infantil.]

diagnóstico. Nada de lo que han hecho los doctores ha aliviado. Yo he orado y orado por ella; mi familia ha orado; mi congregación ha orado; y otros ministros en la ciudad han ayunado y orado por ella. Pero sigue sin mejorar.”

Al llegar a su casa, Bill conoció a la Sra. Daugherty. Ella se miraba debilitada; los bordes de sus ojos y las comisuras de su boca decaídos. Semana tras semana esta madre se había sentado junto a la cabecera de su hija enferma. En cuanto a la pequeña de cabello rizado Betty Daugherty, ella estaba sufriendo incesantemente. Se miraba tan lastimera. Su labio inferior estaba hinchado y al rojo vivo de sangrar, donde ella se lo había estado mordiendo en su dolor. Ella se revolvió de un lado a otro sobre las sábanas de su cama. La pobrecita niña se había quejado y gritado tanto que no le quedaba nada de voz; sin embargo seguía intentando llorar.

Poniéndose de rodillas junto a la cama, Bill tomó la mano derecha de la niña con la izquierda suya. Le sorprendió que no hubiera vibraciones. El ángel le había dicho que él sentiría la enfermedad en su mano izquierda, y eso era exactamente lo que había sucedido con Margie Morgan. ¿Por qué no podía él sentirlo aquí? Entonces Bill se acordó— el ángel había dicho que él únicamente sentiría vibraciones en su mano si la aflicción era causada por una vida demoníaca, tal como un microbio. Eso quería decir que Betty no tenía una enfermedad. Entonces ¿qué era lo que la estaba afligiendo?

Bill oró por la niña que sufría, sin resultados inmediatos. Sin saber qué más hacer, Bill sugirió que él y el Reverendo Daugherty fueran a su iglesia a continuar su súplica ante Dios. Allí en el quieto santuario estos dos varones insistieron en oración durante tres horas, suplicándole al Dios Todopoderoso que tuviera misericordia de Betty Daugherty. Antes que cesaran, Bill oró, “Padre Celestial, si Tú permites que sane esa pobrecita niña, te prometo que me iré al ministerio al cual me has llamado. Y te prometo otra vez que continuaré en el ministerio mientras proveas mis necesidades, porque no quiero rogarle a la gente por dinero.”

Cuando regresaron a la casa, Betty Daugherty estaba igual. Bill se sentó en el sofá de la sala, orando en silencio. Personas estaban constantemente yendo y viniendo. Después de varias horas Bill salió a estirarse las piernas, continuando orando mientras andaba cuadra tras cuadra.

El abuelo de la niña se encontró con él en el porche cuando

regresaba, preguntándole, “¿Ya le ha mostrado algo el Señor, Hermano Branham?”

Bill respondió con tristeza, “Aún no.” Él se metió de vuelta y se sentó en el sofá. Vio la cama de la niña; vio a la gente reunida alrededor de ella; se vio a sí mismo haciendo algo con la niña. ¿Qué era eso? Antes que pudiera adivinarlo, la visión se desvaneció de una manera brusca y él se encontró a sí mismo en la sala sentado en el sofá. Entonces Bill comprendió lo que había sucedido. El abuelo había entrado de vuelta a la casa, poniendo fin a la visión demasiado pronto.

El abuelo preguntó, “¿Puedo traerle algo, Hermano Branham?”

“No, gracias.” Bill se puso de pie y se fue a la habitación de enfrente. “Con permiso, pero necesito estar a solas por un rato.” Él salió y se sentó en el automóvil de Robert Daugherty, pidiéndole a Dios que permitiera que regresara la visión. Pronto sus oídos captaron el sonido rítmico restallante de un torbellino. Alzando la vista, vio la misma Columna de Fuego que había pulsado arriba del ángel en la cueva. Ahora estaba girando a unos cuantos pies del toldo del automóvil.

La visión vino precipitadamente: Bill vio una niña afuera de la casa de los Daugherty jugando en una puerta de sótano inclinada; la vio brincando de arriba abajo sobre la parte más alta de la puerta; la vio resbalar y caerse en una posición inadecuada. Luego Bill vio su problema; y vio lo que tenía que hacer para curarla.

Abriendo de golpe la puerta del automóvil, Bill recorrió a grandes pasos el camino de entrada y se introdujo a la casa. “Hermano Daugherty, ¿tiene Ud. confianza en mí como siervo de Dios?”

“Sí, Hermano Branham.”

“Tengo ‘Así Dice El Señor’ para su hija. Pero Ud. debe hacer exactamente lo que yo le diga que haga. Primero, quiero que todos salgan de la casa excepto la familia.” Después que los numerosos amigos se habían ido, Bill le dijo a la mamá, “Hace dos días Uds. fueron al centro de las ciudad y compraron una cubeta blanca. Nunca se ha puesto agua en ella. Se encuentra en su despensa debajo del fregadero.”

Los ojos de ella se pusieron en alerta con sorpresa. “Eso es cierto.”

“Vaya y llene esa cubeta de agua y reúnanse con nosotros en la recámara de su niña. Traga consigo un trapo blanco. No me pregunte nada; tan sólo haga como le digo.”

Cuando ella regresó. Bill se puso de rodillas junto a la cama de la niña y continuó, “Quiero que el abuelo se ponga de rodillas a un costado mío y el padre se ponga de rodillas en el otro. Mientras yo repito *El Padrenuestro*, quiero que la mamá humedezca el trapo, lo escurra, y se lo pase por la cara de la niña, luego por sus manos, luego por sus pies justo cuando yo termine.” Bill inclinó su rostro y comenzó, “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre; venga Tu reino, sea hecha Tu voluntad en el cielo así como también en la tierra...” Tan pronto como él terminó la oración ejemplar, la voz de Bill adoptó un tono de autoridad absoluta, y declaró, “Así Dice El Señor, ‘Betty Daugherty será sanada.’ Ella se cayó de la puerta del sótano y se dislocó un hueso fuera de su sitio en su espalda. Empuje hacia atrás ese hueso en su sitio y ella sanará.”

Robert Daugherty volteó a su hija boca abajo y comenzó a tocar la curvatura de su columna vertebral. Efectivamente, una vértebra sobresalía excesivamente. Con manos fuertes dio un apretón rápido y firme sobre ese lugar y la vértebra regresó quedamente a su sitio. Betty Daugherty dejó de quejarse y revolverse inmediatamente. Pronto ella se había incorporado con una sonrisa en el rostro. Bill la tomó de la mano, y juntos salieron caminando de la casa y por la calle a una fuente de sodas, donde Bill le compró una leche malteada.

VARIAS SEMANAS DESPUÉS, Bill estaba sentado en su porche de enfrente hacia el final de la tarde cuando llegó la familia Daugherty. Betty salió de un salto del automóvil primero. Sus rizos rubios saltaban mientras llegaba corriendo con Bill y le daba un abrazo. Robert Daugherty se sentó en el porche y le preguntó a Bill si él pensaba en regresar a St. Louis para un avivamiento de sanidad de una semana de duración.

Bill no tuvo que pasarse mucho tiempo considerando la propuesta. Él pensó en la visión que había visto en Marzo, donde él estaba de pie en el Oeste repartiendo una gran montaña del Pan de Vida. St. Louis estaba al oeste de Jeffersonville. Tal vez este avivamiento sería el cumplimiento de esa visión. Pero en caso que no fuera, Bill sentía ahora que debería cumplir su promesa a Dios y mudarse de tiempo completo hacia este nuevo ministerio.

Al día siguiente abandonó el empleo en el *Servicio Público de Indiana* y su puesto como un guardabosque en el estado de Indiana. El Domingo en la iglesia Bill le dijo a la congregación concerniente al próximo avivamiento en St. Louis. Él también explicó su promesa hacia Dios, que si Betty Daugherty era sanada, él se mudaría hacia el campo evangelístico y se quedaría allí hasta que Dios supliera sus necesidades económicas a fin de que él nunca le pidiera dinero a la gente. Entonces Bill predicó el último sermón que él predicaría en el Tabernáculo Branham por muchos años.

Él tomó el tema del pequeño David derrotando al gigante guerrero Filisteo Goliat. Parecía un texto apropiado porque así como el pequeño David, Bill también se estaba enfrentado en desventaja a sus enemigos. Él era un predicador provinciano sin dinero saliendo en fe a pelear contra algunos de los demonios gigantescos del mundo— enfermedad, dolor, e ignorancia espiritual. Pero él no estaba preocupado respecto a su falta de aptitudes y habilidades, porque sabía que Dios estaba con él. Y con Dios, todo es posible (como lo demostró la historia de David y Goliat.)⁴²

Meda y Margie Morgan acompañaron a Bill a St. Louis, junto con varios miembros más de su iglesia. Robert Daugherty rentó una carpa del tamaño de la de un circo y anunció las reuniones de avivamiento por la ciudad.

Solamente unas cuantas docenas de personas vinieron en la primera noche del avivamiento. Bill les relató cómo el ángel se había encontrado con él y le había dado una comisión de parte de Dios para llevar un don de sanidad Divina a la gente del mundo. Enseguida hizo que Margie Morgan subiera a la plataforma y diera su testimonio. Y qué testimonio tan espectacular fue. Hacía un mes y medio que Margie había dado vueltas en cama, delirante del dolor. Sus horas habían parecido estar contadas. El cáncer la había consumido más allá de toda esperanza. Y entonces vino un milagro. Ahora se sentía tan robusta y saludable como jamás se había sentido en su vida. Después de esto, Betty Daugherty daba saltos al andar hacia el frente. Ella también se miraba tan saludable y energética como cualquier niña de siete años de edad pudiera estar. Con estos dos testimonios como antecedentes, Bill predicó un breve sermón, animando a la gente a que tuviera fe absoluta en las promesas de

⁴² I de Samuel 17

Dios para sanar. Entonces llamó a aquellos que estaban enfermos a que pasaran al frente. Dieciocho personas vinieron al frente para oración.

Una de las primeras personas por las que oró Bill era una mujer de 70 años que tenía una venda envuelta alrededor de la cabeza. También tenía un crecimiento del tamaño de una pelota de golf en el extremo de la nariz. Tomando la mano derecha de la mujer con su izquierda, el dorso de la propia mano de Bill se puso de un rojo intenso y se comenzó a hinchar. Él podía sentir las vibraciones palpitantes procediendo de la mujer, moviéndose por la mano de él, arriba en su brazo, y hasta su corazón. Él estudió el grupo de chichones blancos que se formaron en el dorso de su mano hinchada y roja. Ellos se movían así como en la forma de los chichones que él había visto cuando tocó la mano de Margie Morgan. “Es cáncer, ¿verdad?”

La mujer dijo que eso era. Después que Bill oró por su sanidad en el Nombre de Jesucristo, las palpitaciones en su propio brazo se detuvieron, la hinchazón desapareció, y su brazo volvió a su condición original. Bill la declaró sana, aunque el cáncer sobresalía claramente en su nariz.

Enseguida Bill se movió hacia un anciano que había cojeado hacia adelante apoyándose pesadamente sobre un bastón. El anciano le dijo a Bill que había estado lisiado durante muchos años. Cuando Bill tomó la mano del hombre, no había vibraciones; así que Bill reclamó la promesa de Dios en Santiago 5:14-15—“*¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará.*” Bill tocó la frente el hombre con una gota de aceite de oliva mientras le pedía a Jesús que lo sanará. Antes que Bill hubiese terminado su oración, el hombre echó a un lado su bastón y se fue tan sano y en buen estado físico como si fuera 20 años más joven. Tomando el bastón desechado, Bill lo colgó de los travesaños arriba de la plataforma.

Así trascurrió la noche, una sanidad tras otra. Esa noche dos personas sordas recibieron su oído y un ciego recibió la vista. Desde luego, no todas las sanidades eran visibles; pero cada uno que pasó adelante por oración declaró que algo sobrenatural les aconteció después que Bill oró. La multitud se fue a casa muy emocionada.

Las noticias de milagros tan espectaculares zascandilearon los

rumores locales, y a la siguiente noche casa asiento en la carpa estaba ocupado. Más sillas fueron provistas para la siguiente noche; y todavía quedaron muchas personas de pie. Fue igual por el resto del avivamiento de una semana de duración; la carpa no tenía la capacidad suficiente para acomodar a todas aquellos queriendo entrar. No obstante, aquellos que no pudieron entrar no se fueron a su casa. Ellos se apretujaban cerca de las aperturas para escuchar predicar a Bill, esperando tener una oportunidad más tarde de acercarse al frente por oración.

¡Y tocante a las sanidades! Bill nunca había visto tantas sanidades y milagros amontonarse en una sola semana. Las personas eran liberadas de bizquera, artritis, hernias, tuberculosis, diabetes, problemas del corazón, parálisis infantil, tumores, cánceres, trastornos nerviosos, problemas estomacales, y sin cesar.

Bill identificó a aquellas personas que tenían enfermedades, por medio de la señal en la mano. Él comenzó a formular un conocimiento rudimentario de lo que podía hacer el don en su mano. Aparentemente la vida de cada enfermedad relacionada con un microbio vibraba a una frecuencia diferente. Su brazo izquierdo estaba reaccionado en efecto a aquellas vibraciones. Los pequeños chichones que aparecían en el dorso de su mano le causaban más interés. La forma de los chichones parecía ser diferente con cada enfermedad. Al aprender el significado de cada forma independiente, él podría diagnosticar cada enfermedad causada por una presencia demoníaca, ya fuera microbio o virus. Él naturalmente que estaba adquiriendo bastante práctica.

El Sábado por la noche un anciano de 93 años de edad con una barba blanca y larga fue subido al frente. Él tenía una pata de palo y un ojo de vidrio, pero su petición de oración era por su oído. Él estaba completamente sordo. Después de haberse ungido con aceite y de haberse orado por él en el Nombre de Jesús, el hombre podía oír incluso un cuchicheo. El Domingo por la noche un ministro de color de 65 años de edad fue conducido al frente. Este hombre había estado ciego durante 20 años. Bill enfocó una linterna en el rostro del hombre sin recibir tanto como una contracción nerviosa de un párpado. Él oró por el hombre, ungiéndolo con aceite e invocando el Nombre del Señor. Entonces Bill puso su propia mano enfrente del rostro del hombre y preguntó, “¿Puede Ud. ver mi mano?”

El hombre temblaba emocionadamente, “¡Sí! Sí, veo algo. Borroso y confuso.”

“Esa es mi mano,” dijo Bill. “Mantenga su vista en ella y dígame cuando ya no la pueda ver.” Bill caminó hacia atrás por la plataforma, manteniendo su mano en la misma posición al nivel del ojo. Cuando Bill llegó al filo de la plataforma a 40 pies [12.19 metros] de distancia, de pronto el hombre alzó la vista y gritó, “¡Alabado sea el Señor! ¡Puedo contar las luces! Y puedo ver las crucetas de donde están colgando.”

El Lunes por la mañana un número de ministros en la ciudad vinieron a la habitación de hotel de Bill a pedirle si quería continuar las reuniones durante otra semana. Bill dijo que él oraría al respecto y se los haría saber. Cuando se fueron los ministros, Bill y Meda se pusieron de rodillas para pedir la dirección del Señor. Después que habían orado un rato y las voces de ambos se habían quedado en silencio, Meda se sintió guiada a leer de su Biblia. Ella la abrió al azar y comenzó a leer de Isaías el capítulo 42:

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones... Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.”

Bill sintió que esta era su respuesta. ¿No había visto él prisioneros libertados en esta última semana, aún hasta la apertura de ojos ciegos? Llamando a los ministros de St. Louis, él les dijo que continuaría con el avivamiento de sanidad por otra semana.

Esa noche él le predicó a una carpa llena y oró por los enfermos hasta la una de la mañana. Los prisioneros continuaban siendo libertados— de problemas de senos, cálculos biliares, enfermedades glandulares, visión defectuosa, alta presión de sangre, artritis, y cánceres. Nada parecía poder resistir la fe de la gente en el poder de Jesucristo. Un hombre tenía un brazo que había estado paralizado durante 29 años. Después de la oración él pudo hacerlo girar arriba de su cabeza. Una mujer lisiada que tuvo que ser llevada en brazos,

salió andando por medio de su propia fuerza. Un hombre que tenía tuberculosis en los huesos de su pierna derecha, salió e iba golpeando el piso con su pie alguna vez enfermo sin sentir una pizca de dolor. Una mujer con un infante en brazos le dijo a Bill que el niño nunca había abierto los ojos. Bill oró en el Nombre de Jesús y los ojos del niño se abrieron.

Una noche una niña de 11 años de edad llamada Evangeline Getty trajo al frente a un niño menor que estaba sordo. Cuando Bill escuchó su historia, él la hizo que la repitiera en el micrófono. Evangeline dijo que los padres de Bobby no creían en Dios. Pero ella sí; y ella había visto lo que Dios puede hacer. De modo que había traído a su amigo Bobby a la reunión para que fuera sanado. Bill ungió a Bobby con aceite y oró por él en el Nombre de Jesús. El oído de Bobby fue restaurado.

Este no fue el único niño sordo sanado. Alrededor de las 12:30 una noche, mientras Bill se estaba alistando para clausurar el culto de oración, un hombre prorrumpió a través de la parte de atrás de la carpa, gritando, “Hermano Branham, ¡espere! Todavía no termine.” El hombre condujo a una niña de 12 años de edad hacia el frente. Él le explicó, “Soy un ministro del norte de Illinois. Algunos amigos me llamaron y me dijeron cómo es que el Señor Jesús estaba contestando sus oraciones. Yo manejé todo el día para llegar aquí a fin de que Ud. pudiera orar por mi hija. Ella nunca ha escuchado un sonido en su vida. Nació sorda.”

Ungiendo a la niña con una gota de aceite de oliva, Bill levantó su vista al cielo y oró quedamente, “Por favor, amado Señor, restáurale el oído a esta niña en el Nombre de Jesucristo.”

La niña saltó como sobresaltada, levantado las manos hacia sus oídos, corrió hacia su padre. ¡Podía oír!

Mientras cada culto nocturno comenzaba, algunas de las personas por las que se había orado más antes en el avivamiento pasaron adelante a decir tocante a sus sanidades. Tales como la anciana que tenía cáncer en el extremo de su nariz. La misma noche que se oró por ella, el cáncer se desprendió, dejando un hueco donde había estado el crecimiento. Otra mujer anciana mostró cómo sus manos se movían ahora, explicando que durante los últimos dos años ambas manos habían estado lisiadas e inútiles después de una operación no lograda. Un hombre que antes apenas podía moverse debido a artritis reumatoide demostró cuán efectivamente podía usar ahora sus

extremidades. Una mujer joven narró cómo es que se había herido el pie izquierdo, fracturándose el hueso metatarso el cual entonces sobresalía apenas debajo de la piel. Los doctores no pudieron hacer nada por ella. Pero 15 minutos después que Bill oró por ella, sintió su pie enfriándose. Bajando la vista, se sorprendió de ver que la hinchazón había disminuido y el hueso había retrocedido a su sitio correcto.

Por las pocas últimas noches del avivamiento, tanta gente estuvo amontonándose alrededor de la plataforma por oración que Bill casi no podía moverse de una persona a la siguiente. Con mucha dificultad consiguió orar por cada uno esperando oración, pero eso significaba que los cultos estaban durando hasta las dos de la mañana. Cuando terminaba cada noche, él estaba tan débil que el Reverendo Daugherty tenía que ayudarlo a salir hacia el automóvil. Agregando a esta carga de trabajo agotadora, durante el día el Reverendo Daugherty llevaba a Bill a llamados en las casas, orando también por aquellos enfermos que acudían a las reuniones nocturnas.

Finalmente terminó su primer avivamiento de sanidad, dejando a Bill excitado concerniente al futuro. Él se estaba mudando hacia su nuevo ministerio y Dios estaba bendiciendo. Durante los últimos 11 días, Bill había tocado y orado por más de 1,000 personas. Los prisioneros eran liberados de la prisión; pero no había sido sin costo. Bill estaba agotado físicamente. No obstante se sentía satisfecho porque sabía que había intentado lo más arduamente fomentar la causa de Cristo. Desafortunadamente, en St. Louis él había establecido un patrón para sus campañas que en dos años más casi lo arruinarían completamente.

Explicación del Autor

PARA AQUELLOS LECTORES que tienen curiosidad tocante a la exactitud de este texto, estos comentarios personales serían útiles.

Referente al estilo, así como en el *Libro Uno: El Niño y Su Privación*, la mayoría de las conversaciones en el *Libro Dos* están basadas en los testimonios personales grabados de William Branham mismo, así como él relató estas historias durante los más de 1,100 sermones que él predicó entre 1947 y 1965. Una excepción a esta regla, que se encuentra al comienzo del “Capítulo 23, Batallando de Vuelta, es la conversación donde su madre, *Ella*, le recuerda de su visión de la infancia respecto a los 16 hombres cayendo a su muerte de un proyecto de construcción de un puente sobre el Río Ohio. Esta conversación es especulación mía. Yo la añadí para sugerir cuánto el cumplimiento de su visión de la infancia lo debió haber animado a través de este periodo oscuro de su vida. Los hechos básicos son correctos: *Ella* estaba haciendo funcionar una casa de huéspedes en este tiempo su hijo mayor pasaba a cenar; *Ella* apuntado la visión de su hijo en la infancia y la había guardado; El Puente Memorial Clark, el cual se extiende sobre el Río Ohio entre Jeffersonville y Louisville, fue construido en este año. (Aunque un número de puentes se extienden sobre el río entre estas dos ciudades, William Branham señaló el Puente Memorial Clark a su amigo Peary Green y le dijo que este era el puente que había visto en su visión en la infancia.)

Referente a su comisión, durante los 19 años del ministerio internacional de William Branham él mencionaba frecuentemente aquella noche de Mayo de 1946 cuando el ángel se encontró con él en su cueva y habló con él como por media hora. Su conversación con ese ángel— la cual yo he registrado en el “Capítulo 8, El ángel y la Cueva”— es un compuesto de todo lo que William Branham dijo respecto a esta visita angelical durante todos sus muchos años de predicación. Por lo tanto esta conversación no puede ser hallada en su totalidad en ningún sermón.

Otra cuestión respecto a aquella noche fundamental— en sus sermones William Branham generalmente decía que él estaba orando en una cabaña vieja y abandonada de unos guardabosques cuando el ángel se encontró con él y le dio su comisión. Sin embargo, él le dijo en privado a Peary Green y a otros que esto en realidad ocurrió en una cueva no lejos de esa cabaña. No cabe duda que él estaba preocupado que si él decía públicamente que el ángel se encontró con él en su cueva, la gente podría buscar en los bosques hasta que la encontrarán. Siendo que él usaba esa cueva como un retiro de oración, él deseaba guardar en secreto su existencia. Una ocasión él sí admitió públicamente que el ángel le apareció por primera vez a él en su cueva: “Una noche allá en *Green’s Mill*, Indiana en una cueva en donde yo estaba, el Ángel del Señor me apareció y dijo, ‘Tú has de ir a orar por personas enfermas.’ Luego me dijo lo que sucedería. Él dijo, ‘No temas. Yo estaré contigo.’ Yo me fui, y atravesé el país, allá por Jonesboro, contándole a la gente lo que vendría a suceder. Y así ha sido, y demostrado por todo el mundo.”⁴³

Finalmente, aquí están unas cuantas de mis consideraciones respecto a la señal en su mano. Aunque esta señal era un don sobrenatural, también hubo un aspecto natural de ello. Cuando su mano izquierda tocaba la mano derecha de alguien con una enfermedad, el microbio o virus causaba una reacción física en su mano. Su toque no producía las vibraciones. Las vibraciones ya estaban presentes en la otra persona, causadas por la vida demoníaca de la enfermedad. Con su don William Branham podía sentir estas vibraciones y observar cómo ellas cambiaban la mano de él. Cada uno con enfermedad afectaba su mano distintamente. En su sermón *Hijos En El Desierto*, del 23 de Noviembre de 1947, él dijo que su mano se tornaba “roja sanguinolenta y chichones blancos aparecían repentinamente en ella de acuerdo a la enfermedad.”

A partir de mi estudio de la química yo sé que todos los elementos vibran en frecuencias diferentes; es a saber, los electrones se están moviendo frecuentemente alrededor del núcleo de los átomos. Siendo que es la configuración de electrones lo que le da a la materia su forma, la materia y el movimiento son, en un sentido, sinónimos. Todos los átomos, todas las moléculas, y consecuentemente, las

⁴³ William Branham, *La Columna de Fuego*, sermón predicado en Jonesboro, Arkansas, el 9 de Mayo de 1953, (editado)

células de todos los tejidos vivos están compuestas de vibraciones. De ello se deriva que la vida demoníaca en microbios y virus también vibra en frecuencias diferentes y están sujetas a las leyes naturales del universo.

Existen dos aspectos de la vida— física y espiritual. Esto debería ser obvio para cualquiera que examina la muerte del tejido vivo. Todos los atributos físicos podrían estar allí, pero la vida se ha ido. La vida, en su sentido más puro de la obra, es espiritual. La vida demoníaca de una enfermedad tiene también un aspecto físico y uno espiritual. Aunque la primera señal hizo que este aspecto físico de una enfermedad se manifestara a fin que la gente pudiera verlo, únicamente el poder espiritual de Jesucristo podía poner fin a la vida del demonio.

Por lo que se refiere a cuánto tuvo que aprender William Branham para poder usar su don, yo sé que se involucró algún aprendizaje, porque cuando él tomó la mano de Margie Morgan y sintió las vibraciones por primera vez, él no sabía lo que eso significaba. Él tuvo que preguntarle a su esposo qué es lo que le pasaba a ella. Yo no sé cuánto tiempo duró este proceso de aprendizaje. Pudo haber sido breve. Incluso cuando él estaba aprendiendo, nunca hubo errores en su discernimiento. Si no reconocía una enfermedad, él preguntaba. Ya para 1947 cuando fueron hechas las primeras grabaciones de sus servicios, él no estaba preguntando, él le estaba diciendo a la gente sus enfermedades, y nunca estuvo equivocado.

También hubo una dimensión espiritual para su don la cual desafía la comprensión humana. En la cueva, cuando el ángel le estaba diciendo a William Branham respecto a la primera señal, el ángel dijo, “*Bajo el ungimiento de Dios, no trates de tener tus propios pensamientos; se te será dado qué decir.*” Esto no puede ser explicado, pero los resultados pueden ser escuchados en las grabaciones en cinta de su servicio de oración.

William Branham siempre insistió en que su don no podía sanar a nadie. Sin embargo, viendo que el don diagnosticaba los problemas con 100 por ciento de exactitud podía elevar la fe al punto donde las personas podían aceptar su sanidad de parte de Jesucristo. La fe es una ley espiritual. El poder de la fe está disponible para cada Cristiano que desee usarlo. Permítame dejarle con este pensamiento: No considere a la vida de William Branham tan sólo como historia. Piense en cómo ella se aplica a Ud. Dios ha revelado de nuevo su

poder a nuestra generación. Permita que su fe se eleve al punto donde Ud. pueda recibir de Dios todo lo que Ud. necesita—salvación, sanidad, revelación, todo. Jesús dijo, “Pedid y recibiréis...”

Bibliografía

Acts of the Prophet, [Los Hechos del Profeta], por Pearry Green, 1969. Abarca los aspectos sobresalientes de la vida de William Branham, junto con las experiencias personales de Pearry Green con William Branham. 207 páginas. Disponible de Tucson Tabernacle, 2555 North Stone Avenue, Tucson, Arizona 85705, U.S.A.

All Things Are Possible: The Healing and Charismatic Revivals in Modern America, [Todo es Posible: Los Avivamientos de Sanidad y Carismáticos en la Norteamérica Moderna] por David Harrell, Jr., 1975. Indiana University Press. Muestra cómo el ministerio de William Branham dio comienzo al auge de otros ministerios sanidad/avivamiento en los años 1950's. 304 páginas.

Christ the Healer, [Cristo el Sanador], por F.F. Bosworth, 1973. Fleming H. Revell Co., Old Tappan, New Jersey. Una colección de los sermones de Fred Bosworth predicados en los años 1920's y 1930's, probando por medio de las Escrituras que Jesucristo sigue siendo un sanador en el mundo de hoy en día.

Footprints on the Sands of Time, [Huellas en las Arenas del Tiempo], editado por el personal de Spoken Word Publications. Una compilación de historias relatadas por William Branham concernientes a su vida rara, transcritos de sus sermones grabados, y presentados en un formato autobiográfico. 700 páginas.

I was Not Disobedient to the Heavenly Vision [No fui Rebelde a la Visión Celestial], por el Rev. William Branham, 1947. Describe la sanidad de Betty Daugherty de 17 años de edad y da un

diario día con día de la subsiguiente campaña de sanidad de William Branham en St. Louis, Missouri. 27 páginas.

Jesus Christ The Same Yesterday, Today And Forever, [Jesucristo El Mismo Ayer, Hoy y por los Siglos], por el Rev. William Branham, 1936. Describe su primer llamado al ministerio y sus primeras visiones y sanidades después de su conversión en 1932. 24 páginas [en su edición en inglés]. Disponible de Voice of God Recordings, Inc., P.O. Box 950, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A.

Only Believe Magazine [Revista Sólo Creed] [en su edición en inglés], Rebekah Smith Branham. Esta revista presenta artículos sobre la vida y el ministerio de William Branham. Disponible en el Internet en www.onlybelieve.com

Los sermones de William Branham están disponibles los siguientes:

Bible Believers, 18603-60th Avenue, Surrey, BC. V 3S-7P4, Canadá. Ud. Puede escuchar o imprimir los sermones vía Internet en www.bibleway.org

End Time Message Tabernacle, 9200 - 156 Street, Edmonton, Alberta T5R 1Z1, Canadá, tiene varios sermones impresos.

The Word Publications, P.O. Box 10008, Glendale, Arizona 85318, U.S.A., tiene varios sermones impresos.

Voice of God Recordings, Inc., P.O. Box 950, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A., tiene los sermones en audiocassettes y audio CD's, varios sermones impresos, un índice de sermones, y el Mensaje Programa del Mensaje Almacenado para Computadora el cual tiene todos los sermones en discos para computadora.

William Branham, A Man Sent From God [William Branham, Un Hombre Enviado De Dios], por Gordon Lindsay (en colaboración con William Branham), 1950. Abarca la vida de William Branham hasta 1950, con capítulos colaborados por Jack Moore, Gordon Lindsay, y Fred Bosworth. 216 páginas. Disponible de William Branham Evangelistic Association, P. O. Box 325, Jeffersonville, Indiana

47131, U.S.A.

William Branham, A Prophet Visits South Africa [William Branham, Un Profeta Visita Sudáfrica], por Julius Stadsklev. Informe detallado del viaje de William Branham a Sudáfrica en 1951. 195 páginas. Disponible de William Branham Evangelistic Association, P.O. Box 325, Jeffersonville, Indiana 47131, U.S.A.

Índice

- Ángel del Señor
apareció en persona en la cueva (179)
en visión de las sanidades del hijo del Sr. Himmel y la Sra. Nale (120)
en visión del cordero perdido en Milltown (132)
en visión del Pan de Vida amontonado detrás de una cortina allá en el Oeste (173)
en visión del recipiente de vidrio con palomilla de tabaco (8)
en visión del Tabernáculo Branham (31)
explica comisión (180)
explica Escrituras (181)
explica visiones (182)
protege a Bill de agresor (10)
pone la mano sobre el hombro de Bill (153)
“Así como al profeta Moisés...” (180)
“Llevar un don de sanidad divina...” (180)
“No temas” (179)
“Orarás por reyes y gobernantes...” (180)
“Secretos del corazón de ellos” (181)
“Si eres sincero...” (180, 182, 190)
- Área de Tunnel Mill
incidente de Hebreos 6 (113)
para “una confrontación con Dios” (175)
- Branham, Bill
vea William Branham
- Branham, Billy Paul (108)
- 1935, nació (53)
- Branham, Charles, padre
1936, murió (77)
- Branham, Edward Charles, hijo
1936, murió (76)
- Branham, *Ella* (Harvey) (144)
administra una casa de huéspedes (110)
bautizada en el Nombre de Jesús (4)
relata el sueño de Bill predicando sobre nube blanca (69)
- Branham, Hope (Brumbach) (36, 58, 80, 97, 98)
acepta la propuesta de matrimonio (42)
doctor intenta tratamiento de neumotórax artificial (83)
enferma de neumonía (78)
enferma de tuberculosis (92)
en sueño allá en el Oeste (106, 110)
se casa con Bill Branham (51, 56)
- Branham, Meda (Broy) (145, 156)
acompaña a Bill a la campaña en St. Louis (195)
le es dada la señal que se casará con Bill Branham (146)
luna de miel/ viaje de cacería (147)
oyó la voz profetizar en el bautismo en el Río Ohio (23)
se casa con Bill Branham (147)
se le muestra la Escritura profética concerniente a Bill (198)

- Branham, Rebekah (Becky)
1946, nació (171)
- Branham, Sharon Rose
1936, nació (76)
1937, murió (102)
- Branham, Tabernáculo (184)
construcción terminada
(45, 50)
después de la inundación de
1937 (109)
piedra de ángulo puesta
(33, 34)
- Branham, William (Bill)
ángel le aparece en la cueva
(179)
comienza su propia iglesia
(16)
debate con el exsacerdote
que se volvió inconverso
(11)
escribe el folleto
“Jesucristo Es El Mismo
...” (71)
folleto (74, 129, 140)
incidente de las medias de
chifón (75)
incidente del sillón
reclinable (52, 106)
luna de miel/ cacería (147)
predica su primer sermón (4)
se casa con Hope
Brumbach (51)
se casa con Meda Broy
(147)
su promesa a Dios (183,
192)
tentador intenta apartarlo
de Dios (101)
- Broy, Meda
vea Meda Branham
- Brumbach, Hope
vea Hope Branham
- Campañas
St. Louis, Missouri (195)
- Canto
“Existe una tierra más allá del
río...” (103)
- “Habrá en el aire un encuentro con
Jesús...” (117)
“Hay una rueda en la carreta...”
(105)
Sólo Creed (188)
“Soy de Él...” (58)
“Tenme cerca de la cruz...” (143)
“Yo me paro en las tormentosas
riberas del Jordán...” (21)
- Carta
de la Sra. Halorld Nale (127)
testimonio de la Sra. Der Ohanion
(73)
testimonio del Sr. Merrill (73)
proponiéndole matrimonio a Hope
(39)
- Cazando/ Pescando (57, 147)
- Columna de Fuego
aparece (183, 193)
- Cueva en Tunnel Mill (184)
Bill se encuentra con el
ángel en persona (179)
incidente (de Hebreos 6) (114)
para “confrontación con Dios”
(175)
- Davis, Dr. Roy
critica a Bill Branham (185)
da su opinión respecto a las
visiones (6)
se separa de Bill Branham (16)
- DeArk, George
Bill le relata la visión (9)
carta de la Sra. Ohanion (73)
- Doctrina
bautismo en el Nombre del Señor
Jesucristo (139)
danzando en el espíritu (118)
diezmo (158)
Elías para precursar ambas venidas
de Cristo (25)
espíritus falso y verdadero ambos
alimentándose de Cristo (116)
mujeres no deben ser ordenadas
como ministros (15)
- Dos Señales (180)
- Experiencias Sobrenaturales
abandonando su cuerpo (130, 142)

- amor perfecto detiene a un toro en embestida (162)
- estrella aparece en bautismo sobre el Río Ohio (22)
- Hope ve el paraíso (95)
- “Nunca bebas, o fumes , o deshonres tu cuerpo en ninguna manera.” (70, 111, 179)
- profecía en el bautismo en el Río Ohio (23)
- se encuentra con el ángel cara a cara (179)
- torbellino enorme le da en el pecho (174)
- ve a un demonio en la forma como de un murciélago (48)
- ve a Jesús en un campo de retama (5)
- Hall, William
- futuro pastor de la Iglesia Bautista de Milltown (144)
- viene al culto de la Iglesia de Milltown (136)
- Inundación, 1937 Río Ohio (81, **87, 88**)
- Luz Sobrenatural
- aparece (119, 133, 140, 193)
- Margie W—
- en bautismo en el río Ohio (21)
- en institución para dementes (48)
- McKinney, Reverendo
- da opinión de las visiones (6)
- Mishawaka, convención (58)
- Morgan, Margie
- acompaña a Bill y Meda a campaña en St. Louis (195)
- muriéndose con cáncer (189)
- sanada de cáncer (190)
- Pentecostales
- Casa de David (55)
- convención en Mishawaka (58)
- danzando en la reunión de Víspera de Año Nuevo (117)
- Profecía
- ángel predice de la segunda señal (180)
- Georgie Carter será sanada (140)
- la Sra. Andrews será sanada (168)
- niño tendrá bigote de leche (121, 126)
- Ryan profetiza tocante a Bill Branham (56)
- veintidós pies de agua sobre la Calle Spring (80)
- “Así como Juan el Bautista fue enviado para precursar...” (23, 24-25, 72, 146, 177)
- “Habrá una obra que tú harás cuando tengas mayor edad.” (72, 111, 179)
- “Haz la obra de evangelista.” (31, 68)
- Ryan, John (**170**)
- conoce a Bill Branham (55)
- da a Bill una bicicleta (160)
- invita a Bill para que lo visite (57)
- Sanders, Nellie (47)
- Sanidad
- de Betty Daugherty (194)
- de Georgie Carter (142)
- de la hija de la Sra. Harold Nale (131)
- de la Sra. Andrews (168)
- de la Sra. Reed (163)
- del hijo de John Himmel (126)
- del hombre de Paducah, Kentucky (187)
- de Margie Morgan (190)
- de Mary Der Ohanion (73)
- de William Merrill (73)
- Señal, la Primera
- discernimiento por vibraciones de la enfermedad (180)
- explicada (180)
- Señal, la Segunda
- discernimiento por medio de visión (181)
- explicada (181)
- Sueño
- de Hope y Sharon en el cielo (106, 110)
- de rueda de la carreta rota allá en el Oeste (105)
- Ella* Branham relata el sueño de Bill predicando sobre nube blanca (69)

- hombre sueña de ángel diciéndole que hiciera que “Branham” orara por él (188)
- Torbellino de Dios (111, 174, 193)
mientras bautizaba en el Río Ohio (22)
- Visión
ángel del Señor explica las visiones (181-182)
de ángel blanco en la muerte de su padre (78)
de Bill Branham cosechando en el huerto de Dios (31)
de confundir a un hombre con un perro negro (10)
de dos sembradores sembrando un mundo (115)
de la hija de la Sra. Nale sanada (121)
de la inundación del Río Ohio de 1937 (79)
de la Sra. Andrews sanada (167)
de la Sra. Reed sanada (163)
de la vecina moribunda, sanada y cociendo en el horno pastel de manzana (167)
del cordero perdido de Milltown (133)
del futuro Tabernáculo Branham (31)
del hijo del Sr. Himmel sanado (120)
del hombre que habló en lenguas en Mishawaka (67)
de lienzo negro cayendo (79)
del problema de Betty Daugherty (193)
del Río Jordán contaminado (31)
de Margie Morgan sanada (190)
de Pan de Vida amontonado detrás de una cortina allá en el Oeste (173)
de puente sobre el Río Ohio (111)
de recipiente para dulces de vidrio con palomilla de tabaco (8)
de siete eventos mayores en el tiempo del fin (17)
la Sra. Carter ve una visión de Bill Branham (141)
parte 1 de siete eventos mayores del tiempo del fin: Mussolini (17, 19, 54, 157)
parte 2 de siete eventos mayores del tiempo del fin: Hitler (17,19, 112, 157)
parte 3 de 7 eventos mayores del tiempo del fin: Comunismo (18, 19, 157)
parte 4 de 7 eventos mayores del tiempo del fin: avances científicos (18, 20)
parte 5 de 7 eventos mayores del tiempo del fin: decadencia de la moralidad (18, 20)
parte 6 de 7 eventos mayores del tiempo del fin: mujer dominante (18, 20)
parte 7 de 7 eventos mayores del tiempo del fin: Norteamérica en ruinas (18, 20)
Wright, George (128, 133)

Información del Libro

Libro Uno: El Niño y Su Privación (1909 – 1932)

Desde el momento que nació, William Branham fue apartado de lo ordinario. Atormentado por la pobreza y el rechazamiento, él se convirtió en un niño nervioso. Cosas raras se mantenían aconteciéndole, cosas llenas de misterio y espirituales. . . pero él no comenzó a pensar en Dios hasta que tenía 14 años, cuando casi perdió ambas piernas en un disparo de escopeta accidental. Mientras yacía moribundo en un charco de sangre, vio una visión terrorífica del infierno— se vio a sí mismo cayendo constantemente más profundo dentro de esa región de las almas perdidas y a la deriva. Él clamó a Dios por misericordia y milagrosamente le fue dada una segunda oportunidad— una oportunidad que él después casi falló en aprovechar.

Libro Dos: El Joven y Su Desesperación (1933 – 1946)

Como un pastor joven, William Branham batallaba para entender su vida peculiar. ¿Por qué es que él era el único ministro en la ciudad que veía visiones? Cuando Dios lo llamó por primera vez a un evangelismo en el ámbito nacional en 1936, él se negó, únicamente para pagar caro su error al perder a su esposa e hija de tuberculosis. Las visiones continuaban. Los ministros le decían que estas visiones procedían de Satanás. La desesperación lo condujo finalmente a buscar a Dios en la soledad, donde

él estuvo cara a cara con un ser sobrenatural. El ángel le dio una comisión de parte de Dios para que llevara un don de sanidad Divina a la gente del mundo. Cuando William Branham argumentó que la gente no creería un ángel realmente se había encontrado con él, el ángel le dijo que le serían dadas dos señales sobrenaturales para probar su llamamiento. Entonces ellos tendrían que creerle. *¡Y ellos le creyeron!*

Libro Tres: El Hombre y Su Comisión (1946 – 1950)

El ángel dijo, “Tú has de llevar un don de sanidad Divina a las gentes del mundo.” Cuando William Branham argumentó que nadie creería que un ángel realmente se había encontrado con él, el ángel le dijo que le serían dadas dos señales para probar su llamamiento.

Poco después de la visita del ángel, apareció la primera señal— una reacción física en su mano que ocurría únicamente cuando él tocaba la mano de alguien sufriendo a causa de una enfermedad causada por un microbio. En el lapso de dos meses de su comisión, el extraordinario don de William Branham había ganado atención nacional. La gente por millares se congregaba para sus reuniones, cuando él predicaba salvación y sanidad Divina en el Nombre de Jesucristo. Los milagros abundaban. El mundo no había visto nada parecido desde los días cuando Jesucristo anduvo por Galilea, echando fuera demonios y sanando a todos los que estaban enfermos y afligidos. Aún así, algunas personas todavía se preguntaban si realmente un ángel se había encontrado con este hombre sin educación. Entonces apareció la segunda señal... ¡y ellos tuvieron que creer!

Libro Cuatro: El Evangelista y Su Aclamación (1951 – 1954)

William Branham es una paradoja en la historia moderna. Comenzando en 1946 su ministerio dio un salto de la oscuridad para alcanzar la atención nacional en menos de seis meses, y en el proceso encendió un avivamiento mundial de sanidad por fe. Él logró esta proeza con la ayuda de un solo don— una señal sobrenatural que sorprendió a la gente hasta en poner atención. Pronto Cristianos alrededor del mundo estaban dándose cuenta. Entre 1951 y 1954, William Branham condujo las más grandes reuniones Cristianas en la historia hasta ese entonces —alrededor de 300,000 personas en una reunión en Bombay, India. La demanda de sus servicios en Norteamérica y en el extranjero parecía insaciable. Pero William Branham no estaba satisfecho. Algo parecía andar mal. Durante un largo período de tiempo él no sabía lo que eso era, pero para finales de 1954 él lo supo. Su ministerio tenía que cambiar.

Libro Cinco: El Maestro y Su Rechazo (1955 – 1960)

El ministerio internacional de William Branham tuvo tres etapas principales. Primera, él discernía las enfermedades a través de una señal sobrenatural en su mano. Después, visiones le permitieron discernir las enfermedades y más. Entre 1946 y 1954, más de 500,000 personas aceptaron a Jesucristo como su Salvador a causa de su predicación—y no había modo de estimar cuántos millones recibieron sanidad a causa de las oraciones de él. Discerniendo que las personas no estaban aceptando las profundidades y alturas espirituales que la Palabra de Dios y el Espíritu les estaban ofreciendo, William Branham sentía que el Espíritu de Dios lo estaba llamando a hacer más. Él sabía que la gente venía a sus reuniones por muchas razones. Algunas personas venían porque creían que el Espíritu de Jesucristo estaba presente. Otras venían por la novedad y la emoción de ello, así como cuando la gente se congregaba para ver a Jesús sanando al enfermo y multiplicando el vino, el pan, y el pescado. Pero fueron las enseñanzas de Jesús las que cambiaron la historia del mundo. William Branham sentía que Dios lo estaba llamando a enseñar más durante sus campañas desanidad por fe. Él creía que su ministerio podía hacer una contribución más duradera y benéfica a la iglesia Cristiana.

Iniciando en 1955, él no únicamente enseñó sanidad Divina, también enseñó otros aspectos de la Palabra de Dios. Dios le dio una visión de una etapa nueva en su ministerio—un “tercer jalón” (para usar las palabras del ángel)—el cual superaría todo lo que Dios había hecho a través de él en el pasado. Inevitablemente, él ofendió a algunas personas.

Libro Seis: El Profeta y Su Revelación (1960 – 1965)

Libros disponibles en:

Tabernáculo *Luz Al Atardecer*

Apartado Postal # 512

Cuautitlán Izcalli, Edo. de México. 54700

MÉXICO.

Correo electrónico: luzatardecer@terra.com

Tucson Tabernacle

2555 North Stone Avenue

Tucson, Arizona 85705, USA